



65 **RELATOS** **INSTANTES**

Y OTROS

UN ANTOLOGIA DE RELATOS

EL MELOCOTÓN MECÁNICO

Edita: Grupo AJEC
Primera Edición Digital: Junio 2009

- © Rafael Avendaño Torres 2009 por «65 Instantes»
- © David Prieto Ruiz 2009 por «Highwayman»
- © Carlos Martínez Córdoba 2009 por «Los Buenos Amigos»
- © Antonio J. Cebrián Berruga 2009 por «Un Cuento Chino»
- © Alicia Sánchez Martínez 2009 por “C.N. Vandellós”
- © José Miguel Vilar Bou 2009 por “El Laberinto Reflejado”
- © Álvaro Bruno Aparicio 2009 por “Horizonte”
- © Alejandro Carneiro 2007 por “Huitzilopotchili Tonight”
- © José Rubio Sánchez y José Miguel Cuesta Puertes 2009 por “La Amada Inmóvil”
- © Ignacio Segura Postigo 2009 por “Nueva Delhi fue un Suburbio de Londres”
- © Daniel Pérez Navarro 2009 por “73 Segundos”
- © José Mauel Sala Díez 2009 por “Tiempos Remotos”
- © Javier Omar Cabezudo Fernández 2009 por “Xiloleh”

© Diseño de Cubierta: Estudio AJEC 2009

Corrección de estilo: Pablo Almécija Lusón

Colección Albemuth y su logotipo es Marca Registrada.

© Grupo AJEC 2009
Apartado de Correos 2328. 18014. Granada.
www.grupoajec.com grupo-ajec@grupoajec.com

ISBN: 978-84-96013-51-3
Depósito Legal: En Trámite

65 INSTANTES Y OTROS RELATOS

V ANTOLOGIA DE RELATOS
«EL MELOCOTÓN MECÁNICO»



GRUPO AJEC. COL. ALBEMUTH 21

POSFACIO A LA EDICIÓN DIGITAL

Es complicado tomar una decisión como la que ha llevado finalmente a posponer de manera indefinida la edición de esta antología en papel, y sustituirla por una edición digital.

Aunque una edición digital tiene muchas ventajas sobre una en papel: ilimitado mercado de lectura, edición siempre disponible, número general de lectores mayor que en papel; desde luego el encanto del papel sigue siendo inigualable, tanto para los lectores como –y muy especialmente– para los autores. Cuánto no viste más un relato en un volumen en papel, que treinta o cuarenta publicados únicamente en internet.

Pero es hora de adaptarse a los nuevos tiempos. La edición digital va ganando cada día terreno, y AJEC ha decidido lanzarse de lleno, con la página FicciónBooks.com, dónde inicialmente se colgará esta antología.

Pero el principal motivo, por desgracia, es económico. Las sucesivas antologías de «El Melocotón Mecánico» han ido teniendo unas ventas cada vez más cortas, lo que ha llevado a que sean económicamente nada rentables. No obstante, se admitía ese déficit para dar paso a la edición del volumen correspondiente, ya que el concurso de «El Melocotón» lleva desde 1998 (y 7 ediciones) realizándose.

Pero este año la situación económica de AJEC no ha permitido grandes alardes, y una de los damnificados ha sido la edición en papel de esta antología, que lleva posponiéndose más de un año. Pero era injusto mantener estos relatos con tanta calidad inéditos, por eso la solución a medias ha sido realizar una edición digital aprovechando el lanzamiento de FicciónBooks.com, colgándola libre y gratuitamente para la descarga de cualquier aficionado. Estas antologías no son para tener rendimiento económico, y era la mejor manera de dar a conocer estos relatos.

Desde luego, la intención sigue siendo hacer una edición en papel de la antología, más reducida eso sí, pero para que quién quiera tener su copia en papel, pueda hacerlo sin problemas. Esperemos que estos malos tiempos nos den un respiro, y podamos llevarlo a cabo.

Raúl González. Junio 2009.

PRESENTACIÓN

Un año más, la editorial AJEC publica los mejores relatos recibidos en su concurso «El Melocotón Mecánico».

Desde el ya lejano año 2000, son 5 las antologías aparecidas bajo este epígrafe, y una sexta en preparación. Pocos concursos en el ámbito de la ciencia ficción y la fantasía nacionales puede presumir de ello, y más en un mercado donde las antologías de relatos parecen, por desgracia, sistemáticamente condenadas al olvido y la ignorancia.

Y no es fácil precisamente lanzar una antología de estas características tras cada convocatoria del concurso, no por la calidad de los relatos, lógicamente, pues ésta en las convocatorias es alta y más que satisfactoria. Si no por todo el esfuerzo *a posteriori* que conlleva.

Brevemente: una vez que el jurado selecciona el ganador, finalistas y menciones especiales, hay que pedir permisos a los autores para la publicación de su relato en la antología; preparar el libro, maquetarlo, corregirlo, preparar la portada, mandar los archivos a imprenta, y una vez comenzada la distribución, hacer la máxima publicidad posible del libro; mandar los ejemplares a los autores, a los servicios de prensa, a los suscriptores a la colección... y como las antologías del «Melocotón Mecánico» no tienen un epígrafe que los lectores habituales puedan reconocer, hay que estar en foros, listas de correo, etc.... pendiente de ese lector despistado que pregunta si «se ha publicado ya». Y después, como es lógico, esperar que las ventas de la antología sean suficientes para, al menos cubrir los gastos de la imprenta.

Todo este trabajo, añadido al del escritor, y al del propio esfuerzo de convocar el concurso y leer cientos de originales para seleccionar lo mejor, es muchas veces soslayado por el lector que se acerca a un libro de estas características. Y para colmo, las antologías de este tipo son deficitarias económicamente, y sólo el empeño y la cabezonería, hacen que se sigan publicando; que un año tras otro puedan seguir apareciendo algunos de los mejores relatos y los mejores autores nacionales en «El Melocotón Mecánico»; autores para los que –y pásmense de cómo estará el mercado del relato– publicar es reconocimiento suficiente.

Por fortuna, y gracias a estos autores, este año los relatos que aparecen en este volumen, no tienen nada que desmerecer a los mejores publicados en cualquier otra revista o antología. Echémosles un breve vistazo:

El ganador por mayoría de la votación del jurado fue el relato que da nombre a la antología, «65 Instantes» de Rafael Avendaño Torres, un relato en el más puro estilo de la ciencia ficción clásica, que nos recuerda a eso relatos de la Edad Dorada de la ciencia ficción, aunque convenientemente modernizado.

«Highwayman» de David Prieto es todo lo contrario; ciencia ficción *dura* enmarcada en las técnicas narrativas más modernas. Una buena muestra del hacer del autor salmantino en diversos géneros (recordemos que es autor de «Urnas de Jade», novela de fantasía épica editada por AJEC).

Fiel a lo que parece ser su cita habitual, Carlos Martínez Córdoba es por tercer año finalista con «Los Buenos Amigos» («¿Te acuerdas?») y «El gesto»

fueron sus anteriores relatos finalistas). Una historia realista que deriva de manera escalofriante a los dominios del terror más cercano.

Antonio Cebrían Berruga nos devuelve a la ciencia ficción de corte más clásico con «Un cuento chino». Una turbadora narración de lo que bien podría ser un futuro no demasiado lejano.

En «C.N. Vandellós», Alicia Sánchez Martínez, otra vieja conocida del concurso, se aleja de su habitual registro de terror para brindarnos un inquietante relato de ciencia ficción que aborda temas comunes, pero con un inimitable esencia de ciencia ficción española, eso que es tan difícil de conseguir.

El autor de la aplaudida novela «Los Navegantes», José Miguel Vilar-Bou, (editada por AJEC) nos brinda en «El laberinto reflejado» un relato que, por calidad y ambientación, bien podría haber formado parte de los Cuentos de las 1001 Noches.

Otro tema clásico de la ciencia ficción, las naves generacionales, toma forma en «Horizonte» de Álvaro Bruno Aparicio. Un relato brillante que explora un tema tan común, evitando caer en los tópicos del mismo.

«Huitzilpotchli Tonight» de la mano de Alejandro Carneiro, es una ácida y divertida revisitación de los *reality shows* en un futuro seguramente no tan lejano.

«La amada inmóvil» del tándem José Luis Rubio y José Cuesta narra las peripecias de un celador nocturno de un museo de Historia Antigua, y su particular historia de amor entre esas paredes.

«Nueva Delhi fue un suburbio de Londres», de Ignacia Segura especula con las posibilidades de otro clásico de la ciencia ficción: la teletransportación. Pero lejos de imaginar un futuro al estilo Star Trek, las cosas pueden ser muy diferentes.

«Setenta y tres segundos» de Daniel Pérez puede ser considerada la más surrealista de todas las que forman parte de la antología. El despegue de un cohete espacial, puede dar más vueltas de las previstas, y todo en algo más de un minuto. Un relato que pertenece a la antología «Mobymelville» que en breve verá la luz en AJEC.

La fantasía vuelve con «Tiempos remotos», de José Manuel Sala, que nos plantea un mundo tan original como atractivo, con toques, también, de ciencia ficción.

Y para finalizar, Javier Omar Cabezudo en Xiloeh toma el género de terror y uno de sus referentes, como es el Dagón de Lovecraft, para darle un nuevo giro; y es que en un pueblecito de Uruguay no todo parece lo que es.

Deseo que el lector disfrute de los relatos que vienen a continuación (lo hará, empiece por donde empiece, créanme), pero tengan también en cuenta que estas páginas suponen muchas horas de empeño, trabajo, a veces robadas al descanso, para poder seguir manteniendo la llama viva del relato de género español.

Disfruten, y gracias por confiar en nosotros.

Raúl González del Águila, editor.

ÍNDICE

<i>Nueva Delhi Fue un Suburbio de Londres</i> Ignacio Segura Postigo.....	9
<i>Horizonte</i> Álvaro Bruno Aparicio.....	17
<i>Tiempos Remotos</i> José Manuel Sala Díaz.....	39
<i>Setenta y Tres Segundos</i> Daniel Pérez Navarro.....	59
<i>Huitzilipotchili Tonight</i> Alejandro Carneiro.....	77
<i>Xiloeh</i> Javier Omar Cabezudo.....	89
<i>El Laberinto Reflejado</i> José Miguel Vilar-Bou.....	107
<i>La Amada Inmóvil</i> José Rubio y José Miguel Puerta.....	115
<i>CN Vandellós</i> Alicia Sánchez Martínez.....	135
<i>Un Cuento Chino</i> Antonio Cebrián Berruga.....	163
<i>Los Buenos Amigos</i> Carlos Martínez Córdoba.....	185
<i>Highwayman</i> David Prieto Ruiz.....	203
<i>65 Instantes</i> Rafael Avendaño Torres.....	225

NUEVA DELHI FUE UN SUBURBIO DE LÓNDRES

Ignacio Segura Postigo

Entre los muchos méritos de Ignacio Segura (Granada, 1977) están los siguientes: haber cumplido los 30 sin haber sufrido ninguna crisis (se reserva para los 40), haber sido el alumno de doctorado del departamento de Psicología Experimental con el expediente más bajo de su promoción, haber ido a Alemania sin saber ni una palabra de alemán, haber dormido en un cajero automático en Málaga, haberse teñido el pelo de rojo dos veces y haber dado el primer paso para la desintoxicación, que es admitir públicamente que tiene un problema: es adicto al chocolate. Además, lee comics cuando cree que nadie le mira y tiene un Mister Potato Darth Vader en su escritorio junto a un cerebro de goma antiestrés, por muy ridículo que parezca. Le gustan los monólogos de Buenafuente, Me llamo Earl y Futurama. El tono de llamada en su móvil y la chapa de Bender enganchada a su mochila demuestran esto último más allá de lo soportable. Ah, y ahora que me acuerdo, de vez en cuando escribe tonterías.

Si los mejores científicos salen de La India, ¿por qué demonios vamos a pagarles el sueldo de un país civilizado?

Y con ese argumento los gerentes de Athena Technologies terminaron de convencer a los altos gerifaltes de ECRON Corporation UK, un suizo y un par de belgas de cuello muy pero que muy duro, para que prestaran su sede en Londres para el primer uso de la teletransportación en el mercado privado. Si hubieran rechazado el proyecto, ECRON todavía existiría.

El cálculo era sencillo. Si te traes a los trabajadores desde Nueva Delhi a vivir a Londres tienes que pagarles de media...

En cambio, si los teletransportas todos los días desde Nueva Delhi y puedes tenerlos trabajando en Londres pero cobrando un sueldo acorde con su status de “país con economía emergente” —en el argot del FMI eso significa que está prohibido admitir en público que no va a terminar de emerger nunca—. La teletransportación vale tanto de instalación inicial, tanto de gasto por persona y viaje.

Esto multiplicado por esto otro da... y me llevo tres... msssmm...

Los gerentes de Athena tenían muy bien estudiados los argumentos a favor de su propuesta. Todos ellos se basaban en al menos un pecado capital:

§ Ahorraréis dinero en sueldos, que es esa cosa incómoda que el neo—capitalismo todavía no nos ha dejado suprimir (codicia).

§ El núcleo más importante de I+D sigue en Londres —léase “en un país civilizado”— (pereza).

§ Vais a poder presumir en las reuniones y ferias comerciales de que habéis conseguido que un montón de morenos mostachudos con ~~toallas~~ turbante en la cabeza vengan desde su país hasta Londres todos los días para trabajar por un sueldo que ningún londinense aceptaría (soberbia).

§ Si te puedes traer a los científicos, te puedes traer al personal de limpieza. Y es increíble lo guapas que son las chicas hindúes (lujuria).

El único argumento en contra era “La Mosca”, un remake de un remake de un remake de una película sacada de un relato de apenas veinte páginas escrito por un franchute que se llamaba vaya—usted—a—saber—cómo, pero por suerte el estreno mundial se había retrasado varios meses. En el anecdotario de la película ya constaba que se habían pasado un año buscando un actor con una cara más inquietante que la de Jeff Goldblum —el primer remake—, pero no consiguieron encontrarlo, así que tuvieron que conformarse con Günter Bates.

En cuanto los abogados y la agencia de aduanas dieron el visto bueno al proyecto, se instaló un teletransportador en la sede en Londres, otro en Nueva Delhi y empezó a despedirse y contratarse personal. Probaron primero a traer el personal de limpieza de allí, por dos razones:

§ Si ocurría algún accidente, sería más fácil silenciar la desaparición de una pobre chica de los barrios humildes de Nueva Delhi antes que la

de un supercerebro del departamento de genética de la Universidad de Nueva Delhi (egoísmo).

§ Querían ver chicas hindúes fuera de su ambiente natural, intimidadas por el gran poder de los jefazos de una compañía que abarca el mundo (lujuria con un punto enfermizo).

El único punto que causó controversia fue el del horario de limpieza. Si entraban allí de día, trabajaban en Londres de noche, así que no estorbaban pero nadie las veía. ¿Dónde estaba la gracia? Al final se llegó a un acuerdo con el horario que incluía tiempo para mirar e intimidar a las limpiadoras. Con el cambio de zona horaria al *trasladarse* —tenían prohibido decir “teletransportarse”—, el personal de limpieza vivía demasiado tiempo de noche, lo que evidentemente perjudicaba su salud, pero el FMI y el Banco Mundial habían conseguido hacer retroceder la normativa laboral de La India hasta la edad de piedra en sólo medio siglo, por lo que podían desentenderse de ese detalle.

Así pues, movidos por la lujuria, el egoísmo, la vanidad y la codicia, ECRON Corporation colaboró con el mayor hito tecnológico no catastrófico del siglo XXII. En categoría absoluta, catástrofes incluidas, está la Gran Cagada Atómica en la ciudad de Esperanto, anteriormente situada en la Luna y ahora esparcida por Japón, China, Filipinas, Indonesia, la península de Indochina, el océano Pacífico y algún sitio más.

El agujero se ve desde la Tierra con un telescopio barato.

Alguno de los pedacitos escapó a la atracción gravitatoria de la Tierra y está ahora camino a Mercurio.

El caso es que, tal como prometieron los de Athena, el invento era todo un éxito y ahorrraba dinero a la empresa, así que decidieron empezar a contratar personal muy cualificado de la Universidad Jawaharlal Nehru de Nueva Delhi, que era el objetivo inicial.

Y mientras tanto, los de Athena Technologies se fueron a por otros clientes. El transportador tenía capacidad de sobra para *trasladar* el personal de varias empresas. Por un módico precio, varias empresas con sedes cercanas podían compartir los gastos de un transportador y beneficiarse todos ellos de sus ventajitas.

Una vez abierta la brecha con ECRON fue fácil “comerle la oreja” a otras empresas. De hecho, uno de los gerentes de Athena se llevó una agradable sorpresa: una de las ejecutivas de Peltzer TL no sólo era fácil de convencer: era *fácil* y punto. Después de comerle la oreja en la sala de reuniones le comió todo lo que no es la oreja —bueno, y la oreja también— en el hotel Park Lane, en Piccadilly.

Algunas cafeterías de la zona, por cierto, tuvieron que empezar a despedir camareros porque con saber hablar inglés ya no bastaba.

A medida que el invento prosperaba y había más y más hindúes entrando y saliendo del país, los ejecutivos de ECRON descubrieron algunas cosas sorprendentes sobre su nuevo personal:

§ Efectivamente, las chicas hindúes son muy guapas

§ No, no son más fáciles de seducir / engañar / violar que las inglesas.

§ Hace por lo menos medio siglo que ningún hindú lleva ~~toallas~~ turbante en la cabeza, ni siquiera los más tradicionales. Y casi nadie lleva bigote. Y los hay paliduchos.

Pero mientras los picatostes máximos de ECRON especulaban con las virtudes y habilidades de las chicas hindúes en la cama —qué gran publicidad es el Kamasutra— y Athena Technologies compartía cama con Peltzer TL en el hotel Park Lane, algo se rumiaba en el interior de estas empresas. Muchos trabajadores hindúes afincados en Londres empezaron a plantearse que podían volver a su país de origen sin dejar sus trabajos.

Así que empezaron a buscar casas para adquirir en las afueras de Nueva Delhi y pidieron permiso a la empresa para usar el transportador.

Lo primero que contestó la dirección es “el transportador cuesta dinero”, así que los propios trabajadores se ofrecieron a pagar el coste de la transportación diaria de sus propios sueldos. Era una buena oportunidad para rebajarles el sueldo *un poco más* que el coste real del *traslado* diario, así que aceptaron.

Pronto había una cierta cantidad de familias hindúes muy pudientes comprando casas en Nueva Delhi como los alemanes en Málaga durante finales del siglo XX. Algunos incluso establecían allí su residencia permanente. Sueldo inglés, coste de vida hindú, impuestos en La India, vivir en tu tierra de origen. Los niños educados en escuelas de la India y relacionándose con su gente. Para muchas familias era lo mejor de ambos mundos. Las ventajas de occidente sin perder su identidad.

Y lo que era más importante, sin que sus hijos la perdieran. Ver a tu hija de doce años tratando de vestirse imitando al ídolo musical del momento era más de lo que muchos padres estaban dispuestos a soportar. No les importaba que sus hijos cogieran cosas de la cultura occidental, pero ¿por qué precisamente *esas cosas*?

Pero la cosa empezó a ponerse realmente rara cuando trabajadores de origen occidental pidieron permiso para acceder al transportador. Al principio fue una consecuencia predecible: los trabajadores podían irse de turismo a Nueva Delhi durante el fin de semana. Como cambio de aires no estaba mal. La empresa se vio obligada a ceder un poquito más cuando estos trabajadores pidieron llevarse a sus (presuntas) esposas y (presuntos) maridos con ellos, porque ¿qué clase de escapada de fin de semana era si tenían que ir solos?

Les das la mano y te cogen...

Los taxistas fueron los primeros en darse cuenta de que se cocía algo: turistas occidentales que no llegaban desde el aeropuerto y que no entendían ni una palabra de lo que les decías...

Los segundos en darse cuenta fue una empresa constructora que se hizo con muchos terrenos cercanos al transportador de Delhi, y empezó a hacer publicidad no en La india, sino en las empresas que hacían uso del sistema de *traslado*.

Y ¡sorpresa! No todos los compradores eran hindúes. ¿Qué estaba pasando?

Lo que estaba pasando era que estos nuevos empleados se estaban emparejando con gente que vivía en Londres. Y algunas familias veían su futuro muy difícil en Inglaterra. Era más barato comprar un dúplex en Nueva Delhi que un cuchitril en Londres, el clima era mejor —en cualquier parte es mejor—, el ambiente era menos deprimente, la gente, cuando entendía lo que decías, era mucho más amable, y podían ir a Londres cuando quisieran en un instante.

Además, a medida que se iban ocupando casas, todo el vecindario era, como mínimo, bilingüe, y había muchas familias jóvenes, lo cual que la vida allí fuera tremendamente dinámica e interesante. Los servicios públicos eran peores —viva el FMI— pero iban mejorando —adiós, FMI—.

En las cafeterías cercanas a ECRON tenías que saber hablar hindi para trabajar, y en Delhi tenías que saber hablar inglés. Todo se estaba mezclando. En ECRON querían tener un puñado de tipos morenos con ~~toalla~~ turbante en la cabeza explotados discretamente, —y unas cuantas empleadas exóticas a las que poder tocarle el culo— y en su lugar tenían tipos no tan morenos *sin ~~toalla~~ turbante*, mujeres exóticas que *no se dejaban tocar el culo*, empleados ingleses que *se querían ir a vivir a La India*, cafeterías en las que había que pronunciar la palabra “croissant” tres veces porque el nuevo camarero *no te entendía...*

Por no hablar de los cambios en el menú de estas cafeterías. El mejor desayuno típicamente inglés que te podías comer justo antes de trabajar lo servían en la cafetería de Naseeruddin Shah... en Delhi. Y la carta del restaurante Norwell, situada en los bajos de Peltzer TL, era espectacular.

Para quien la entendía, claro.

Todo se estaba volviendo muy raro, sí.

El paso siguiente fue cuando algunos empleados decidieron no volver. El cambio de hora y otras muchas cosas les estaban volviendo locos, así que tuvieron que escoger entre el trabajo y la casa.

Y eligieron la casa.

Eso ya estaba previsto, al menos en lo que se refería al personal de mantenimiento, que se renovara continuamente. Era personal barato y poco cualificado, nadie se daba cuenta de lo mucho que cambiaba.

Ahora bien, cuando cincuenta cerebritos *sin ~~toalla~~ turbante* decidieron que ya estaba bien de no saber a qué hora tenían que acostarse ni levantarse, y se dieron cuenta de que con un poco de capital fuerte de origen asiático podían establecer su propia empresa en Delhi, fue el principio del fin para ECRON.

Ni siquiera avisaron a sus empresas. Al final de un día de trabajo se metieron en el transportador y al día siguiente sencillamente no volvieron.

El mejor capital intelectual de una corporación de alta tecnología se había largado a otro país sin avisar para fundar su propia empresa. Porque, claro, si cincuenta de tus compañeros no vuelven, ¿para qué vas a volver tú? Y lo que es peor, otras empresas vieron la oportunidad definitiva para llevar a la muerte a ECRON. Empezaron a llover las ofertas de otras empresas para los creativos, gerentes e ingenieros de ECRON y el resto de las empresas que hacían uso del transportador. Esos cincuenta ausentes pronto fueron cien, y luego doscientos. Pero cuando en un sitio llueve, en

otro escampa, lo cual en este caso significaba que los accionistas e inversores *huyeron* como alma que lleva el diablo —el diablo del capitalismo, se entiende— en cuanto se dieron cuenta de que sus equipos de investigación se estaban quedando vacíos.

Nadie quiere estar junto a un perdedor.

Nadie quiere quedarse en un barco que se hunde.

Lógico, ¿no?

En momentos como éste es cuando los MUY GRANDES JEFAZOS de las compañías implicadas —o más bien apuñaladas en plan romano— deciden tomar cartas.

“Tomar cartas” en estos casos suele significar “tomar el hacha”: cortar algunas cabezas, cerrar el kiosco y buscarse otro sitio donde poner el huevo. Y para no salirse de la norma, eso fue lo que hicieron. Los que quedaban, trasladados o a la calle, el suizo a suiza, los belgas... a la mierda. ¡Y por favor que vengan los de Athena Technologies a desmontar ese cacharro porque si no vamos a traer una excavadora y lo vamos a solucionar al buen viejo estilo!

Así que la mujer *fácil y punto* de Peltzer TL, que le había pedido el divorcio a su marido para casarse con su amante —el de Athena, se entiende, no el otro—, se quedó plantada en el altar, porque cuando su *futurible* se vio en la encrucijada de salvar el transportador *versus* casarse como es debido eligió lo primero.

Y lo peor, lo peor, lo peor de todo es que ni los dos belgas ni el suizo que autorizaron el proyecto consiguieron jamás acostarse con ninguna de esas muchachitas de mirada hipnótica a las que tanto les miraron el culo.

Moraleja: lo mejor es dejarse de líos y sencillamente *pagar*, ¡coño!

El franchute que se llamaba vaya—usted—a—saber—cómo era George Langelaan, y su relato “La Mosca” puede encontrarse en su libro “Relatos del antimundo”.

HORIZONTE

Álvaro Bruno Aparicio

Horizonte quiso ser ciencia ficción de corte clásico. Cuando el relato fue concebido, no pretendía otra cosa más que plasmar algunas ideas «interesantes» en pocos renglones de folio; incluso, en su avance inicial, pudo haberse extinguido mi interés creativo de no haber sido por las esclarecedoras lecturas de los pilares del género, de los escritores que esgrimieron la filosofía como verdadero telón de fondo para sus sobrios altares dedicados al tan lejano como cercano futuro social y tecnológico. Mi mayor temor era verter palabras en sopa fría..., sopa muchas veces recalentada por el microondas comercial, de modo que busqué desmarcarme de la alargada sombra de lo ya visto en demasía y busqué un sendero más personal y posiblemente más confuso, pero mucho más satisfactorio en su conjunto. Durante tres semanas de producción el relato me acompañó a la cama, despertándose conmigo, cenando conmigo. Mi mujer, física aplicada, aportaba valiosos datos para darle un sustento científico al argumento sobre el cual giraban los sucesos: el peregrinaje no podía estar exento de minuciosidad numérica.

En trance, escogía la melodía más «universal» del caos de cedés apilados y regresaba al gélido ambiente de los asépticos pasillos sin luz, al griterío de los tripulantes que resonaban en los rincones de la nave. Lo disfruté de principio a fin, de ahí mi confianza al publicarlo, cosa que no siempre ha ocurrido, puesto que, si no soy el primer satisfecho con el trazo final, no pretenderé que los demás lo adoben con opiniones manidas; y dado que he conseguido una posición, eso sí, humilde, entre los seleccionados, doy mi bienvenida al lector, a todo el que busque perderse entre los tubos de neón de este galeón de acero.

Buen viaje, marinero.

*¡Qué extraña escena describes —dijo— y qué extraños prisioneros!
Iguales que nosotros...
Platón*

Mi herencia genética no es comparable a la de los primeros hombres que, previamente seleccionados, honraron a su nación ofreciéndose como viajeros del confín. Yo soy una variable derivada de muchas noches sonámbulas por manos prófugas y besos tristes acompañados, tal vez, por un susurro que imagino articulando el siguiente interrogante: ¿cuándo llegaremos? Descendiente de presuntos héroes, heredero final de lo que se creyó una empresa realizable, yo sólo soy jirones de futuro. Y por más que busco en la infinidad de las estrellas, contando y nombrando, como así me enseñó mi padre, cada centímetro cúbico de la inmensidad inalcanzable del cosmos, no logro hallar una respuesta a la pregunta que se realizó el primer hombre ensombrecido por la incertidumbre: ¿por qué hacia allá, qué diferencia hay entre esa exhalación nebulosa y ese ojo zafiro que parpadea como pulsado por un campo electromagnético? Yo no lo sé y he logrado advertir en mis años de estímulo y estudio que tampoco quienes legislaban el proyecto eran sabedores de la absurda necesidad de llegar a un destino favorable para la colonia. Lamentablemente, de haber sido éste último el objetivo principal de la misión, incluso podría haberse conseguido con éxito ulterior; pero la mezquindad y la codicia, ambas hermanas de la curiosidad y la ambición de conocimiento y prestigio, empujaron absurdamente a la tripulación hasta extremarla, quebrándola. Hueca suena la palabra tripulación al resucitar aquel recinto deshabitado y destartalado por desmanes y egoísmos: para los de la cuarta generación como yo, el concepto de coordinación y equipo sólo simboliza una utopía. Pero será inteligente por mi parte que abandone los preludios y trate de manifestarme de forma cronológica. Empezaré por la quimera de un grupo de científicos: alcanzar el sistema planetario vecino y localizar mundos aptos para la habitabilidad. Proseguiré con la locura de los sociólogos que intervinieron: integrar en una comunidad quinientos individuos de distinta genética para hacer viable la subsistencia intelectual de las generaciones futuras alumbradas abordo. Concluiré con el orgullo henchido de aquellos doscientos cincuenta matrimonios de disimiles religiones, naciones y profesiones o conocimientos de las ramas científicas, marchando marcialmente sobre la rampa de abordaje hasta la escotilla principal del *Astral Rider*, como fue bautizado en su etapa de construcción por sus operarios sajones.

O como lo conocí yo: *El Indómito Pedazo de Mierda*.

La algarabía de los pueblos unidos no podría haber sido más profusa. La sombra del hongo que se erguía sobre las alianzas que se disputaban por motivos económicos y ecológicos entre potencias de gran calibre fue relegada a un segundo plano... durante un par de meses. El relajamiento político abrió nuevos canales de diplomacia, pero el mar cubrió las huellas y, dado que el proyecto no se sabría viable hasta mucho tiempo después, las belicosidades retomaron su vigencia. Y el símbolo del hongo, acentuado

por la insignia “*Trinity 16/7 México*”, colmó el temor de la gente hasta que perdimos contacto con la Tierra.

Puesto que siempre confié en la supervivencia del suelo que originó los genes de mis ascendentes, incluso cuando las últimas noticias auguraron trágicos designios, seguí buscando claves en el espacio: trataba de hallar la estela invisible de nuestra nave para redescubrir el punto hacia el cual debía dirigir mis ojos cuando evocaba la esfera azul repleta de vida —y formas de ella— que en fábulas y verdades mis padres y tutores supieron retratar.

A partir de la incomunicación con las centrales de la Tierra a causa de una barrera electromagnética provocada por un cinturón de asteroides, lo que estuvo diezmado por el cansancio murió finalmente por agotamiento. Oriundo de *El Indómito Pedazo de Mierda* y nacido en una fecha que desconoce de cambios de estación, no comprendo vivamente otra cosa más que pasillos de aluminio y luces de neón de bajo consumo recargables y reciclables. Porque aquí todo era recargable y de bajo consumo: incluso nuestros movimientos.

Mis padres, también ellos nativos de la nave, cometieron la torpeza que con ellos cometieron mis abuelos: aguijonearles la necesidad de prosperidad contrastando el presente con lo que alguna vez fue un glorioso inicio. No me lo creí y nunca se lo creyó nadie. Los problemas en la nave comenzaron recién concluido el primer año de viaje. ¿Cómo apaciguar la ira que puede desembocar tras un malentendido entre tantos individuos enclaustrados y sin posibilidad de echarse atrás? ¿Cómo hacerles ver a esos matrimonios jóvenes, porque de más está decir que no se aceptaban parejas solteras unidas por vínculos amorosos por cuestiones protocolares, que acababan de tirar su vida al cubo de la basura y, por añadidura, habían también condenado a sus descendientes a rematar lo empezado por ellos? La imposibilidad de encontrar el orden de simulacro que antes de despegar les habían enseñado a conseguir los planificadores fue provocando asperezas. La bajada y subida de tripulantes de baja estofa a cargos jerárquicos colaboró a resentir la injusticia y la imparcialidad de los legisladores. El fallo de experiencias científicas en busca de nuevos métodos de mantenimiento de la flora hidropónica o la subsistencia hidrogenerativa no ayudaron a amortiguar el caos inminente.

Los primeros seis años se emplearon en preparativos para facilitar la tarea de los descendientes que, naturalmente, se esperaban; pero siquiera con el ocio exterminado se logró frenar la pasividad anímica con que muchos tomaban el suicidio. La densidad demográfica de la nave descendió de un 100% a un 65%, siendo los pisos de habitaciones inferiores, los más cercanos al reactor, utilizados, ya vacíos, para la implementación de sistemas de energía secundarios, optativos en caso de no disponer del número estipulado de tripulantes operativos. Bajones de esta índole vivieron mis progenitores en reiteradas ocasiones: por boca suya llegué a imaginarme, para luego vivirlo, los corredores vacíos a lo largo de muchas habitaciones deshabitadas. El silencio y su eco; los pasos y mi respiración. El vapor de mis exhalaciones ante el frío de un invierno eterno. Los espejos que reflejan sólo sombras y todas mías. El zumbido de las lámparas térmicas que pasan al sistema de bajo consumo, dejando en penumbras el sector transpuesto. El traslado de las discusiones lejanas o los gritos

desgarradores a través de los respiraderos. Viviendo en el terror la mente se acostumbra a las señales del dolor. Uno puede elucubrar razones y lógicas para la muerte de otras personas pero, al final, todo se pierde en el olvido, incluso la propia existencia. Perder el sentido del espacio y el tiempo es un síndrome natural cuando se está rodeado de vacío. Vivir en ochocientas habitaciones no da sensación de espacio y autonomía, sino de desamparo.

En fin..., sentimientos que un servidor está firmemente dispuesto a sentir y se reafirman tras años de convivencia con tantos otros de idéntico raciocinio. De este modo, si colocamos en la balanza la distancia temporal de adaptación y los factores de haber nacido al aire libre, sacaremos en limpio que la primera generación del *Astral Rider* sufrió pérdidas cuantiosas por falta de visión en los organizadores del proyecto, que creyeron posible la supervivencia, al menos para el ánimo, dentro de un paisaje abiótico sin previa conciliación forzosa con el nuevo entorno, luego de haber gozado del oxígeno puro de los pinares del mediterráneo. ¡Porque ése fue el destino al que enviaron a los miembros de la tripulación a modo de despedida el día antes del despegue! Increíble, ¿verdad? Con ese recuerdo nadie se va..., supongo. Yo sólo conocí esos parajes en fotos.

Cuando la tasa de suicidios disminuyó y se construyó lo que cómicamente mis tutores apodaron “colmena estable”, fueron siendo ejercidos con mayor ahínco y respeto los puestos de mando. No comprendo cómo los fallecimientos prematuros pudieron ser óbice para el correcto funcionamiento de la comunidad cuando se suponía que todos estaban preparados para afrontar momentos de dura convivencia, pero la verdad es que sólo con los primeros nacimientos médicos y enfermeras pudieron realizar sus tareas para urgencias optimistas y no sólo necropsias. Imperó la necesidad de alcanzar triunfos en el campo al que fueron destinados inicialmente. Dado que los hijos fueron la salvación, no tuvieron mejor idea que seguirlos teniendo hasta abrumar la nave de llantos. El declive numérico de habitantes dio paso, exponencialmente, a la pronta superpoblación. Siempre me causó aversión el impropio criterio de relojería que utilizaron los constructores de la nave para conservar un número exacto de habitantes, como si no se esperase, por ejemplo, como sucedió varias veces, el nacimiento de mellizos o trillizos. Pero más aversión creó siempre el criterio del Juez que subía al estrado. No importa en qué generación haya sido elegido este Juez o por quiénes: la nave siempre ostentaba un dueño de la ley, usualmente un carcamán más o menos sabio, que subía y bajaba el dedo cual Herodes cuando los nacimientos resultaban una clara ofensa a la limpieza genética de la nave. Todo aquel que arribaba a la enfermería desde algún recóndito punto del Limbo y no traía consigo su equipaje para sobrevivir a las pruebas era automáticamente señalado de lastre. Y, como tal, era juzgado por el Juez para valorar su importancia en cuanto a distribución de víveres y espacio libre, siendo esto último lo de menor importancia ya que, como se espera de una comunidad mal regulada en lo que a población se refiere, en muchas ocasiones se hizo de las salas de máquinas refectorios o albergues. Los que pasaban las pruebas, agraciados en minoría, eran rehabilitados a la sociedad para la correcta crianza que sus padres debían brindarles. Los que, en cambio, demostraban poseer una cantidad ingente de defectos

graves eran inhumanamente arrojados al vacío luego de recibir una inyección letal que adormecía hasta detener todas las funciones cerebrales y cardíacas. Pero no llegaba hasta aquí el poder de los Jueces: eran pontífices, cada uno en su período de solicitud y lucidez, en cuanto a temas materiales e incluso espirituales. Dado que la religión en la nave era un asunto para el estudio mas no para el adiestramiento, los Jueces muchas veces se vieron obligados a abandonar sus ataduras prosaicas para enlazarse directamente con el deber Divino, uniendo matrimonios con rituales cristianos o musulmanes, separándolos, debidamente, luego de un tiempo y castigando simbólicamente a quienes ultrajaban el derecho de pertenencia de los demás. Eran partes fundamentales que ligaban grano con grano, idea con idea, maquinaria con necesidad y funcionalidad con inflexibilidad. Pero por sobre la cabeza —y el poder— del Juez estuvo, algunas veces, una figura partidaria a realizar la misión sin errores, inmiscuyéndose lo menos posible con la clase trabajadora de la nave, irrumpiendo en la vida cotidiana de los mismos de forma esporádica y por necesidades obligatorias que su jerarquía imponía: el Capitán. En la historia del *Indómito Pedazo de Mierda* hubo dos simas políticas a destacar: la primera fue producto de lo planeado; la segunda, la resaca que trajo la marea. El señor Paradis, seguro y serio, adusto y amanerado, es para mí poco menos que una figura heroica en tiempos donde lo último que se requería era probar el arrojo de los hombres. Mis padres nunca se cansaron de relatarme las peripecias de este señor que, enardecido por el contaminante aburrimiento de una tarea inacabable, hilaba y deshilaba las más controvertidas situaciones. Indomable y orgulloso, siempre con su tesitura sospechosamente homosexual, sin ser esto segundo un comentario prejuicioso sino, más bien, informativo, tomó contadas veces la decisión unánime —por ser suya— de desviar el curso del trayecto para corroborar la dimensión y geografía que los astrofísicos y astrónomos habían decretado desde sus puestos de avanzada en la Tierra.

Alegremente incrédulo ante la simple idea de tener que llevar el mando hasta legarlo poco antes de morir, el señor Paradis disfrutó de la nula vigilancia de los gobiernos y surcó el infinito a sus anchas hasta agotarse las ideas. Su muerte fue decretada por un gremio anarquista formado en la nave: sus miembros —el médico, el farmacéutico, y los sicarios de ambos— querían formar un Parlamento unicameral para discutir los pormenores con todas las jerarquías de la nave, y no sólo con la oposición —siempre en boga— del Capitán. El Juez de aquel entonces ante la desalentadora idea de tener que procesar a los miembros más indispensables del equipo operativo optó inteligentemente por hacer creer a todos que había sido un accidente. Adiós, señor Paradis. Ante semejante fechoría, los guardias —contados pero selectos— se amotinaron y quisieron impulsar sin éxito un golpe de estado. La tarea de responder las misivas de la Tierra que antaño caía en responsabilidad de los representantes del Ejército Internacional fue derivada al gremio agricultor por ser éste de mayor relevancia para la subsistencia. Al final, gracias a una fortaleza civil implacable, los guardias fueron despojados de su poder.

Los años cruzaron la inmensidad sin conocer capitanes. El Juez, luego del Parlamento, tomó las riendas de las decisiones de escala jurídica y los tripulantes de navegación de mayor escalafón las de índole técnico y

práctico para lo que significaba la misión. El período de vacío gubernamental no hizo mella en la sana evolución de la comunidad. Como sectores autónomos, lejos del Parlamento y del poder intraspasables del Juez, los técnicos, los científicos de distintas ramas y los tripulantes no operativos, siendo éstos últimos niños e incapacitados, llevaron sus propias ideas a muelles distintos sin por esto entrar en conflicto. Un próspero cuadrilátero donde afloraban novedades y mejoras en cada una de las cuatro esquinas.

Sin embargo, veinte años de actividad idílica, política, científica o íntegramente ociosa, no pueden borrar lo subrayado: faltarían décadas para llegar al borde del siguiente sistema planetario. A raíz de esto y de mis estudios previos a mi especialización profesional asignada y obligatoria dentro de la nave, evoco en estos momentos desesperantes el recuerdo de Pedro el Ermitaño, que promulgó en los albores de las Cruzadas a los más humildes el fervor de proteger la Ciudad Santa. Reunió una armada de pecadores que quisieron lavarse las manos con armas que ni siquiera tenían. Trazaron rutas erráticas por Alemania, Hungría y los Balcanes hasta ver en la distancia Constantinopla. En su viaje triste y mustio, marcha mecánica de engranaje gastado, túnicas sucias de plegarias pidiendo y nunca dando, preguntaban a cada viajero peregrino si acaso esos tejados que se veían bajo la luna próxima era Jerusalén. Vigilados de cerca por la incordia de la pasión ignorante, navegaron el Bósforo con ayuda de Alejo I, sólo para morir en manos de los selyúcidas. Pedro y algunos regresaron a Constantinopla con el golpeteo de la derrota en la nuca. Nunca habían visto la ciudad a la que querían salvaguardar.

Cualquier poblado era en verdad Jerusalén. Una capilla, una efigie: un salmo. La nada no deja de serlo sólo por verla. Pero ya es demasiado tarde pretender, no diré hacer, que quienes enviaron a mis antepasados a esta nevera ambulante, comprendan que la negrura no es más interesante por distante. Conociendo el filo del segundo sistema planetario no se siente uno más cerca de la verdad: sólo más ignorante.

No quiero dejar por la mitad la línea que dibujé con respecto a los capitanes, así como tampoco la cronología del relato.

Arriba mencioné la abolición del más elevado rango como una suerte de tranquilidad laboral y científica, donde cada rubro se abrió a sus anchas, quitando del medio las asperezas conyugales y las disputas sociales de bajo o alto nivel, como una suerte de bonanza. Cierto es que en aquel entonces se vivían nuevas formas y tendencias: la carencia de mandatos supuso una libertad de acción superior pero, al mismo tiempo, un descontrol impune que el Juez no podía atribuir más que a la situación preponderante. Nadie era culpable de que no hubiera una voz que alertara a los tripulantes en no reincidir en irresponsabilidades y desapegos. ¿Por qué, entonces, la nave llegó a un punto de deplorable no retorno cuando se la pensó capaz de perdurar lo máximo necesario? Lo que se había programado a base de energía atómica y con las firmes intenciones de ser un medio de conducción viable para la subsistencia de cualquier género viviente es, hoy por hoy, y como bien lo dice su alias, una mierda destartalada que se desarmaría al penetrar cualquier atmósfera. Si es que no se ha desarmado ya en algún recodo del horizonte. Eso no lo puedo saber.

La tripulación, sin orden, no lograba impulsarse por los móviles iniciales: sin horarios, sin intenciones, además, de esbozarlos, caían en letárgicos períodos de pobreza intelectual y laboral. No obstante, tampoco cometeré el daño de hacer creer que no hubo, por lo menos, algún grupo, reducido seguramente, de veraces e intensos trabajadores. Los docentes albergaban aún su necesidad de adoctrinar; el Juez de sentenciar y los pilotos de tripular. Los agricultores y operadores del agua nunca fallaron. Lo que sí falló fue el equipo de reparación del mecanismo de fusión de materia — oxígeno, hidrógeno— para crearla y potabilizarla. Inevitablemente llevó esto a una confrontación entre ambos grupos: operadores e ingenieros. La debacle no duró más que un par de careos con un jurado integrado por un miembro de cada colectividad profesional, pero a causa de este breve lapso —una semana— los tanques se redujeron a la mitad proporcional de uso estándar. El mayor error, sin duda, fue no exponer la rencilla al resto; de haber sido así el agua hubiera sido racionada. No fue el caso. Sequía espacial, mencionó el Juez en un atisbo de sutileza metafórica. Murió el 65% de los niños en aquel incidente y cuatro adultos por avanzada deshidratación. La maquinaria de reposición no pudo hacerse funcionar al mismo ritmo que el índice de consumo. Un mes más tarde no hubo agua para verter en las canaletas hidropónicas. Feneció otro 20%. La falta de agua debilitaba las ya de por sí pobres fortalezas humanas para contrarrestar los efectos contraproducentes de las radiaciones emitidas por pésimo mantenimiento de los reactores a causa del apagado momentáneo del sistema de refrigeración. Los médicos comunicaron este agravante a la Tierra...

Y por primera vez fueron conscientes de la distancia: la Tierra no podía hacer nada. El equipo médico puso manos a la obra en conjunto con los farmacéuticos anarquistas y desarrollaron un componente químico que endurecía el sistema inmunológico al punto tal en el que corrían peligro, incluso, algunas bacterias propias del organismo, necesarias para su natural proceso cíclico. Fue utilizada de forma experimental en un caso terminal sintomáticamente similar a los pretéritos: no sirvió de nada. Una vez más el cuerpo humano decidió no comportarse como el de una rata de laboratorio. Restaba cruzarse de brazos; sin embargo, algunos *ilustrados*, análisis de Geiger—Müller previo, expusieron una idea convincente: clausurar las habitaciones de los reactores y todo el sector de la nave inseguro a los mayores niveles de radiactividad. Sólo recorrerían los pasillos infestados quienes tuvieran un deber técnico o científico y el permiso neutral del Juez, siempre presente pero nunca opinante en lides extendidas a otros rubros de la sapiencia. Como una bóveda mortuoria fueron selladas las puertas secundarias del sector, apagadas las luces para un menor consumo de energía y tapiadas con planchas de metal los respiradores provenientes de aquella zona prohibida, mencionada por muchos con el aire enigmático de las catacumbas. Al reducido espacio sobrevino espectacularmente un ataque masivo de claustrofobia. Una rama del pánico, en igual escala pero menor potencia, se extendió por las pocas familias de más de dos miembros.

Se acostumbraron. Y pasaron los años...

La segunda y tercera generación nació y creció en un mundo de aluminio y aleación; de aromas de plástico y sudor. Cincuenta años después de haber avistado de cerca Marte y su turbulenta superficie roja, la vida ya no era igual. Los conceptos uniforme, rango, especialización o misión “*siguiente sistema planetario*”, incluso el nombre *Astral Rider*, fueron siendo atrapados en la neblina de lo informe y abstracto. El Parlamento terminó convirtiéndose en una liturgia para jubilados politiqueros. ¿Qué sentido tiene colocarse un uniforme raído? ¿Qué sentido tiene respetar un protocolo que obstruye el procedimiento rutinario? ¿Qué sentido tiene llamar a una nave por su nombre de bautizo si la misma se comporta más como una mula que como un pura sangre? ¿Qué sentido tiene todo si al fin y al cabo sólo nos queda la químera y la mitad del espacio habitable del estreno? ¡Eh, porque lo segundo no fue una químera! La reducción de área se hizo notar en la convivencia y lo sé por las fuentes. Las trifulcas vecinales se hicieron costumbre y fueron ganando popularidad como eventos sociales de interés. Los adolescentes no distinguían etnia, idioma o cultura: el sexo era su vía de escape a tanto aburrimiento. Lo tradicional era encontrar los baños hechos una mugre y de fondo los gemidos apresurados de alguna nueva pareja. Lo subsiguiente: la temprana maternidad y las enfermedades venéreas, el contagio iracundo de padres a padres y las muestras de rebelión por parte de los más afectados: en suma, los menos culpables.

Sin embargo, el auténtico caos que tuvo que vivir la segunda y tercera generación fue el tener que alistarse a una profesión ilustrada por algún “terrano” —mote categórico y separatista impuesto por los jóvenes extraterrestres para con los extintos miembros del viejo linaje terráqueo— tan anciano y olvidadizo en cuanto a sus propios conocimientos que incluso albergaba cierto resentimiento ante la obligación de tener que impartirlos. De las academias salían nuevos médicos, técnicos, y futuros, por qué no, Jueces. Pero de talla mediocre: incapaces de innovar, sufrientes de encuadramientos y encasillamientos de profesiones que, en apariencia, ya no podían ser renovadas. Todo estaba inventado; según los profesores, sólo restaba ponerlo en práctica. Muchos frustrados se encauzaban en largas gestas por la liberación del yugo y formaban conciliábulos donde exponían sus diatribas sociales. Los carteles comenzaron a verse en los corredores a la hora de dormir. “¡Movimiento extraterrestre: hijos de Antares! Exigimos la posibilidad de decidir y *ser*.” Mi padre formó parte de ese movimiento y me contó que nunca faltaba el extremista que clamaba por la cabeza rodante de algún terrano que se imponía a sus fines. Precisamente por éste motivo jamás los tomaron en serio, y con el tiempo y la maduración mental de sus respectivos miembros la cofradía se disolvió y la diferencia entre terranos y extraterrestres quedó sólo como una distinción de procedencia sin ánimos de ofensa. Todos éramos miembros, al fin y al cabo, del *Indómito Pedazo de Mierda* y nacer entre galaxias no garantizaba una mayoría de neuronas activas, como la misma experiencia demostró.

El inicio de las sucesivas batallitas se desencadenó después de un acontecimiento que se forjó en la historia de la expedición a fuego lento: un campo electromagnético se interpuso en la senda de los pilotos y los sistemas de comunicación con la Tierra resintieron la interferencia con las microondas de emisión y recepción. En los altavoces de la nave, en

cada pasillo, en cada habitación, la actividad se detuvo; sólo se oyó el mugido gutural de las ininteligibles palabras que llegaban audibles. Un minuto más tarde el silencio desató el único nudo del lazo que mantenían con la civilización. Adjudicaron la interferencia a un error del receptor; el Juez dictaminó esto como un fallo por negligencia. Pero todos sabían que la maquinaria era operativa. Un jurado convocado por emergencia sentenció a muerte al operador, ayudante primero del jefe del gremio de agricultores, y fue aislado a una celda cercana al sector de radiactividad. Poca falta hizo bajar el dedo pulgar para asistir al hombrecillo en su destino final: con la piel deshidratada y los ojos purulentos, a las cuatro semanas de habitar en una celda sin otros respiradores que los de la zona prohibida expiró. Este suceso revistió un enigma que duró meses de rumores. Cuando el gremio de agricultores entró en revuelta a modo de protesta con el firme propósito de hacer abdicar al Juez y revelar la poca seriedad de su acción torturando al prisionero que impunemente había dejado desgraciarse hasta morir, los niveles de oxígeno comenzaron su estrepitoso descenso. Hubo un proceso de purga ideológica: comenzaron a manifestarse facciones. Dos caras de la moneda. Los agricultores se cruzaron de brazos y alertaron a la población que no habría vegetación suficiente para refinar el oxígeno. Los civiles que estaban a la vanguardia de las ideas hicieron suyas las horas de sueño con sus barbijos puestos murmurando palabras de revolución y nuevas propuestas. Al poco tiempo los pasillos fueron tomados por una niebla ligera y pegajosa. Las exhalaciones del mecanismo de la nave entorpecían la vida diaria, cosa harto sabida desde hacía tiempo, y sólo aumentando la cantidad de vegetación en los receptáculos hidropónicos podría detenerse el progresivo avance de las toxinas. La fuerza del pueblo es una sola cuando trabaja unida. Aplicaron este poder irrefutable quitándole al Juez su magisterio y otorgándoles a los agricultores la aceptación de todas sus demandas. Entre ellas, un nuevo capitán y la disolución del caduco Parlamento. Su líder agrónomo: Archenar Vega. Agraciado por sus padres, cuya sangre latina hervía en cada expresión, con el poder de una estrella, sólo visible sin artefactos desde el hemisferio sureño de donde provenían, Archenar Vega fue el segundo y último Capitán que *Astral Rider* acogió al mando; y el portador de todas nuestras desdichas.

Contradictorio en sus decisiones, inseguro en su mando: sus órdenes no fueron las de un Capitán sino las de un Rey. Sin un planeta madre al cual pedir consejo, los tripulantes se sintieron perdidos siguiendo los mandatos de un individuo de pobre estirpe y grandes pretensiones. Hosco de habla y cejijunto de mirada, infundía más miedo que respeto, elementos tradicionalmente asociados, pero muy distantes cuando el vasallo no es imbécil. Mi madre me alumbró en éste período: hoy ya cuento con sesenta años. Abrí los ojos en un hábitat que nunca, *in mente*, podré abandonar. Nací sin politeísmos o monoteísmos: hablé un idioma que alguna vez fueron decenas. De rituales y tradiciones sólo logré captar lo dicho por los ancianos. Archenar Vega desagradaba a la sociedad y, al mismo tiempo, la subyugaba con su idiosincrasia pueblerina: mantenía al margen las formalidades, como buen hijo de vecino criado lejos del servicio militar terrano, pero cometía la torpeza de violar demasiado el código ético de quienes lo acompañaban abordo. Un sinnúmero de veces lo escucharon decir que al *Astral Rider* era mejor estrellarlo contra el primer satélite; y

asentían con la cabeza como bueyes. Expresó su desagrado para con los jubilados, alegando que eran un estorbo y la sobrecarga era mejor verla flotar a la deriva para luego chocarla con la popa. Yo tenía seis años cuando mi padre —descendiente de altos mandos y, por herencia, especialista en física aplicada— me llevó a una reunión para conocer la sala de mandos. Mi padre no lo sabía, pero uno de sus compañeros había optado por *absolver* al Capitán de su mando, ignorando, como era de esperar en hombres que no tenían el control del futuro en sus manos, que los demonios astados ven más lejos por tener a su alrededor más cabezas inclinadas. Un anciano que tendría mi edad actual se levantó para iniciar un monólogo cuando dos de los principales sicarios de Archenar lo tomaron por los brazos y lo llevaron hasta un rincón. Lo sometieron a fuerza de puño y le hicieron escarmentar por sus intrigas hasta la muerte. Aquellos dos sicarios fueron, más tarde, encontrados víctimas de sodomía y puñaladas cerca de la zona prohibida. Era una batalla disputada por oposiciones poderosas: el Capitán era el visible, el lícito; los sabios ostentaban otro tipo de fuerza: la que se escurre por los pasillos, abre con códigos robados las puertas, se acerca al camastro y acierta con la daga a poner otro gramo a su lado de la balanza.

En otro orden de cosas, el funcionamiento de la nave fue sometido a prueba luego de largos y regulares apagones. La oscuridad se mimetizaba con la del espacio y sólo los colores de las nebulosas iluminaban los corredores desolados. Los camarotes hervían de susurros clandestinos. Archenar temía una revuelta que se hacía inminente. La tensión entre poderes hacía desigual la capacidad de triunfar sin recibir cuantiosas pérdidas. Deduzco que por este motivo, erróneamente, decidió revalidar su puesto y hacerlo satisfactorio con la legalidad que ofrece le redención. Apareció un día de intensa actividad y comenzó a pregonar por la sala de maquinarias y pilotaje que celebraría un discurso en el salón de reuniones. Tal era su informalidad. Los sabios y sus mercenarios ocuparon sus lugares junto con la plebe ignorante y los esbirros agrónomos. De haber podido las cabezas emanar sus ideas y hacerlas prevalecer sobre el resto, aquello hubiera sido una batalla legendaria. Pero Archenar hizo valer su posición destacada y no permitió que otro se expresara. En su extensa oratoria manifestó su gratitud para con todos quienes le fueron fieles en sus años de liderazgo. Para recompensar sus vicisitudes invertiría el trayecto: volveríamos a la Tierra. El pasmo súbito y general quitó aliento a la informe muchedumbre. ¿Volver a la Tierra? ¿Para qué? Un viejo alzó la voz y con el puño en alto gritó a voz de pregón que nadie ansiaba regresar a un páramo desértico. Que, incluso, aunque viraran y la Tierra no hubiera sucumbido por el desenlace de las guerras, ¿qué sentido tendría si todos correrían el mismo destino de la guadaña, separados por una distancia de al menos ciento cincuenta años? ¡Nadie llegaría con vida! Tergiversaciones varias acaecieron sobre lo dicho por Archenar: sus palabras habían obrado el efecto contrario. Con un dedo perentorio señaló a los problemáticos y sus hombres los llevaron a salas contiguas. El sonido de los azotes alimentó la mudez de los presentes hasta hacer patente la aceleración de las palpitations. Nunca nadie más que los poderosos se habían visto envueltos en un acto de tal incordia y agresión. Aquellos extraterrestres, como yo, de mi sangre, no conocían la violencia en tal grado. Habían visto trifulcas

vecinales tras gozar con la mujer de otro. Incluso suicidios pasionales o agonías decretadas por los magisteriales, pero... ¿un asesinato en la sala de al lado? ¿Matar a un abuelo de quince nietos? La gente se puso de pie, asustada, e hizo sentir su repudio. Se retiraron del salón previendo futuras represalias por parte del gobernador. Los agrónomos tenían el poder en todos los sentidos representables y simbólicos: el alimento y el oxígeno, la burocracia y la política. Afortunadamente ninguno de los dos primeros puntos fueron tasados a modo de tortura; pero tanto las leyes como los códigos protocolarios se hicieron más estrictos y firmes. Nadie podía alterar su ciclo laborable para descansos. Las conversaciones quedaban depuestas para los momentos de ocio. La nave llevó a cabo el giro de 180° que provocó la avería clave del sistema de velocidad: el destino había sido hilvanado con cuerdas de fuego restallante. La Tierra ¿aguardaría? por sus hijos. Las expresiones artísticas relativas al modo de gobierno eran vistas como un acoso a la estabilidad social. Fueron acusados de desacato quince ingenieros y mecánicos por no vestir el uniforme correctamente. Su pena: un 30% de trabajo extra semanal por tiempo indefinido. El disgusto latente fue exteriorizándose progresivamente; y, mientras tanto, las voces de los intelectuales se hacían escuchar en los reductos de la nave. No podíamos volver con las manos vacías. De regresar sin haber concluido la misión, decían, nos ganaríamos el rechazo popular. ¿Queremos eso, darles a nuestros descendientes el epíteto de parias? Vivimos décadas sin nadie al mando. La franqueza y honestidad de nuestros móviles como comunidad siempre se interpusieron a cualquier expolio o acto delictivo, ¿por qué dejar atrás nuestro derecho a elegir? Volver es degradarse: somos extraterrestres.

Cumplí veinte años y los acordes de la primera sinfonía sangrienta se estaban rasgando. Los rebeldes, guiados por los intelectuales supervivientes de la rabia represora, con el ideal presente de que retornar a la madre patria sólo era una revelación de los deseos de Achernar, se hicieron con las armas de los antiguos y olvidados soldados del Ejército Internacional. El secuestro se efectuó con mi ayuda en las horas de sueño: violamos las cerraduras viejas y el sistema de vigilancia por cámaras con relativa sencillez. Los censores térmicos habían dejado de funcionar hacía un siglo. Los mecanismos de autocierre y alarma también. Fue tan sólo abrir la puerta, acceder al Arsenal, llevarse todo en bolsas y cerrarla como si nunca hubiera sucedido nada.

Así comenzó la guerra.

Limpiamos las balas con el impropio amor de los poetas. Lustramos los gatillos y los cañones. Ver aquellas muestras de fuego primigenio ardiendo en nuestras entrañas nos provocó una nerviosa necesidad de corroborar nuestra masculinidad. Guardamos el arsenal hasta que los sabios dieran su visto bueno. En aquel entonces Archenar se ocupaba regalándole sueños imposibles al pueblo. Su discurso preferido y el más ocasional hacía referencia al futuro placentero que les esperaba a sus restos mortales y a sus descendientes. La sola idea de sentir mis huesos vertidos en una fosa de tierra, material avistado pocas veces en los laboratorios de los agrónomos, me apabullaba a tal punto que, precisamente, ese miedo era un acicate para mi rebeldía hacia el ideal impuesto. El aroma húmedo y su tacto áspero y frío me repugnaban.

Muerto, mi único deseo era flotar en el cosmos. Muchas veces reicidi en mi deseo, comunicándoselo a mis padres para que lo llevaran a cabo. La sombra de la duda rellenaba sus arrugas.

Muy distinto al apocado joven supersticioso era cuando traspasaba el umbral de nuestro camarote, tan pequeño y destartalado. Una cama de una plaza para tres personas. Cumplida mi mayoría de edad hacia rato, a modo de retribución, le ofrecí a mi padre la total disponibilidad del lecho. Antes nos turnábamos al lado de madre, algo inaudito siendo padre su marido y yo su hijo. Les prometí que me enlazaría con una mujer de la casta de los Ofiuco y nos estableceríamos en alguna habitación del piso alto, donde está —si aún existe— el domo abovedado y pueden contemplarse las providencias. Todo era mentira. Todo, excepto mi miedo a morir.

Bosquejamos en secreto conciliábulo la mejor manera de tomar el control de la sala de pilotaje. Los sabios nos alumbraron con sus querellas murmuradas entre sí: había que actuar deprisa, sin detenerse, sin pensar en futuras consecuencias. El *Astral Rider* tenía que voltearse una vez más para proseguir su curso para el cual fue concebido. Pasaron algunos meses hasta que pudimos urdir lazos entre los camaradas que voluntariamente se habían ofrecido como guardias de Archenar para vigilar los pasillos. Algunas semanas más se esfumaron entre nuestras manos vacías hasta que maquinamos las tareas y su debido orden de ejecución. Sólo días para despedirnos de nuestras familias y tomar aire. Horas para vencer al miedo y creer en un futuro mejor. Apenas minutos para arrepentirnos, víctimas de la vergüenza y el orgullo extraterrestre. Exoneramos nuestras cadenas con los sabios y prometimos salvaguardar sus identidades para no enviarlos también a ellos a la muerte en caso de ser capturados: los ancianos eran la luz y, como tales, tenían que seguir de pie incluso cuando nosotros, los jóvenes, cayéramos sin remedio al frío espacio maternal. Enfundamos con nerviosismo las armas de fuego y arremetimos hacia el corredor de salida, a oscuras, con una sola palabra entre ceja y ceja: triunfo. Contábamos con quince células, todas compuestas por un número aproximado de cinco o seis rebeldes: a la misma hora, en todos los rincones recónditos y prohibidos de la nave, se oyeron los pasos estrepitosos de los que iban a encontrarse con la apertura de una nueva Era. Infaustamente recordé, sin remedio, la humedad de la tierra, su granuloso tacto y el contaminado aliento del viento que la acariciaba: imaginé mi cuerpo corrompiéndose en aquel ambiente y me horroricé. En uno de los pocos baños comunales sólo para hombres hallamos al resto del enjambre aliado. Pensábamos como uno solo. Dirigimos nuestros pasos sin cuartel hasta la sala de máquinas y detuvimos el mecanismo funcional que mantenía en marcha los espolones de popa y proa. Mantuvimos encendidos los de estribor y babor para luego, una vez tomada la sala de pilotaje, producir el lento giro sobre el eje. Yo, apostado para hacer guardia en la entrada, fui uno de los primeros en recibir fuego enemigo. A causa del silencio que provocó el cese del movimiento en línea recta fuimos cercados por un pequeño grupo de soldados entrenados recientemente por la presunta elite de Archenar. Salimos airosos tras disparar varias ráfagas que fueron a perderse en paredes y puertas. No habíamos recibido entrenamiento y los fusiles eran viejos. Teníamos las balas contadas y una puntería horrible;

pero nuestros conocimientos se elevaban del arte de la matanza y aterrizaran de lleno en el de la estrategia. Sectores abandonados nos saludaban a nuestro paso fugitivo con los gritos sobresaltados de nuestros perseguidores siguiendo nuestro rastro. Abandonamos la esperanza de hacernos fuertes con los fusiles y apelamos a la astucia y la velocidad: en defensa propia, debo aclarar, ambos elementos me fueron útiles para esconderme rastrosamente cuando intuí que la causa estaba perdida. Otros, sólo más veloces, fueron atrapados poco antes de llegar a la sala de pilotaje, donde Archenar hacía guardia con el resto de su legión.

Condenados a muerte. Esas fueron sus palabras el día posterior al ataque que él designó como terrorista. La juventud entera sobre el cadalso. ¡Muerte a la cuarta generación!, bramaron sus hombres más leales a modo de vitoreo. Yo estaba entre los inocentes. Me desvistió el repudio generalizado de quienes desde el estrado de los culpables me observaban. Ofrecí mi vida como un cordero se abalanza sobre el cuchillo del fariseo. Absurdo sacrificio. El depuesto Juez, ya viejo y maltrecho, los médicos, los farmacéuticos, los operadores, los ingenieros mecánicos y científicos, los propios científicos: padres y madres de quienes habían sido señalados por la suerte injusta —todos— alzaron sus manos cuando los viejos insurrectos, sabios entre sabios, esperanzados por la salvación, irguieron a la masa como una sola para arremeter con la ira del cometa.

Fui absuelto para no echar más leña al fuego. Castigado con el epíteto de cobarde, nada más. Nada menos. A la semana, ya procesados todos los culpables, se iba a llevar a término la pena genocida. Iba a ser un festín público para que nadie osara recobrar aquel brío díscolo y utilizaran las mermadas fuerzas para faenas lícitas y cooperativas. Los milicianos de Archenar se frotaban las manos de ansiedad: querían ser los primeros en implementar aquellos fusiles en desuso para su fin verdadero. La ejecución del mandato divino: dador de vida, cosechador de muerte. Todo había sido dispuesto como en los cumpleaños o las bodas: un espectáculo inigualable. Los padres que iban a presenciarlo penetraron en el inmenso refectorio vacío de mesas y sillas, y se posicionaron en sus sitios diestramente escogidos para el procedimiento de liberación. Cincuenta y cinco jóvenes; cuarenta guardias, incluido Archenar; doscientos varones de edad madura con intenciones de ajusticiar al tirano; y los ancianos ilustrados mimetizándose con el batallón, acechando y recordando. Al menos aquella vez, yo estuve ahí para levantar mi porra. El epíteto de cobarde, pensado indeleble, se borró con el primer cráneo roto. En el fragor de la batalla, diezmada la primera línea guerrera a causa de las balas, algunos jóvenes asaltaron la retaguardia del enemigo mientras otros huían para refugiarse. Archenar exhortó a sus hombres a la retirada temiendo lo que sus ojos habían corroborado: el fin de una guerra que no le concedía la victoria. Los cadáveres retirados fueron ofrecidos en un ritual reservado, de aquel entonces en adelante, únicamente para los bravos caídos en batalla. Anotados sus nombres en láminas de aluminio, los cadáveres, a diferencia de otras veces, fueron guardados en los refrigeradores del piso más austral del *Astral Rider*. Eran héroes. O padres. Para el caso, lo mismo. Recogimos y agrupamos las armas de los caídos del bando contrario y nos vimos en la difícil tarea de asumir que estábamos tecnológicamente atrasados en cuanto a defensa y ofensa. Aquellos treinta soldados —diez

habían perecido— de Archenar pronto se doblarían en cuanto avisaran de su suerte a sus compañeros aislados en el Hemisférico, una pequeña estructura anexada a último momento cuyo único acceso solía estar bien protegido. Su objetivo era el de vigilar el movimiento de los astros; ahora, vestido de bastión, el de oír las palabras que reclamaban venganza. En esencia: un hombre con fusil, entrenado y a una distancia prudente, equivalía a diez de los nuestros. Pero nosotros éramos más. Muchos más; y utilizamos esa fortaleza para hacer desaparecer de nuestros corredores a los marginados que habían azotado al pueblo en un momento que ya parecía remoto. El Hemisférico era su sitio: rara vez salían de ahí; y, si lo hacían, era para recibir atención médica o reclamar una parte de la comida generada por los cultivos hidropónicos que les correspondía. Los nuevos agrónomos, biólogos en su mayoría, acudían a este pedido sin mezquindades: sólo pedían algunos consejos a cambio. Era en beneficio de la comunidad, musitaban con una sonrisa gélida.

Sobrevino, más o menos un mes después, que el *Astral Rider* no pudo recuperarse del segundo giro abrupto de 180°. Letárgicamente, como un enfermo agónico lindante al valle de las sombras, la nave mantuvo su silencio y su escasa luz en los corredores a lo largo de quince interminables jornadas. Se perdieron cultivos; el oxígeno, contaminado, tuvo que ser depurado en su totalidad, tarea hartamente consumidora de energía mecánica y humana. El pavoroso semi-apagón alimentó el temor de los núcleos familiares y durante aquel reinado de niebla todos se exiliaron en sus propios camarotes, saliendo lo imprescindible por miedo a toparse de frente con algún hombre de Archenar. Pero lo cierto es que éstos no eran guerreros de ley. Tan asustados como los civiles, urdían planes de defensa para que nadie traspasase sus murallas. Se supo de familias que, una vez recuperada la nave, tuvieron que hacer uso de baldes para transportar las heces que se habían acumulado entre las literas.

Pasaron, perezosos, tiempos de pequeñas guerras y desidia. Cuando el miedo quedó atrás y Archenar recuperó su seguridad y sus ambiciones, comenzó a movilizar sus patrullas a corredores antes impensables. Varias veces me topé con presencias hostiles que me estudiaban desde el otro extremo del corredor para luego, ya satisfechos con su certeza, echar a correr. Corrían. Corrían como bestias. Pocas veces iban armados. Quienes portaban fusiles los habían robado del arsenal de Archenar por miedo a verse vulnerados por fuerzas opositoras.

Los años de guerrilla se situaron en la historia de la expedición como un episodio sin buen término. Los cadáveres amanecían sobre las aguas de los cultivos hidropónicos, contaminando el único componente sano y exclusivamente regenerativo de la alimentación, mermada, por cierto, hacía ya décadas. La cerrazón galáctica se internaba con mayor frecuencia en la nave. Los apagones duraban semanas enteras. Sólo se escuchaba la reverberación de los cristales blindados cuando un disparo era proyectado hacia su blanco. La población disminuyó y la natalidad se volvió nula: la cuarta generación era, de entre todas, la decadente, recibidora de una nave de mierda, un sistema político de mierda y una situación sociológica y psicológica que, para no defraudar al convencimiento, era una increíble mierda. Desmayado por la rutina y el ocio, enfrascado en mis tareas maquinales, autómatas, de llevar de aquí para allá encargos u ofrecerme,

de tanto en tanto, para tareas de bajo rango en los consultorios médicos, contraí matrimonio con una jovencita de la casta de Ofiuco. Era, además del temor a la muerte que en épocas de rebelión sentí, la primera verdad de entre todas las mentiras enunciadas. Sustraer hasta aquí mis vivencias privadas no haría más que provocar una digresión fatal a la información hasta este momento otorgada. No obstante, de aquí se desprende una sucesión de acontecimientos radicales: cambio de camarote, paz y un cierto arraigo a nuevos —en mí— ideales burgueses. Que las guerrillas se hicieran solas. Que a los muertos los lloren sus familiares. Que la nave se vacíe de una puta vez. Que jodan lo que quieran pero no se metan con lo que no es suyo. Un sinfín de razonamientos egoístas e individualistas que emergían por mi boca mucho antes que pudiera terminar de pensarlos.

De forma regular anunciaban los tripulantes de proa que se redoblaría el tiempo para llegar a destino —¿qué destino?— a causa de los desbarajustes en los motores de popa que por motivos inexplicables se sometían a largos minutos de autonomía, provocando una desaceleración total. Se sospechó de Archenar: luego se descubrió que la nave hacía lo que quería. Daba igual, pensaba en mi fuero interno, de todos modos hemos logrado lo que nos propusimos; y esto era no regresar a la Tierra.

Hasta ahora nunca se me ocurrió pensar qué tanto mejor vivirían mis descendientes, que no tengo, pero es por decir algo, en un trozo de metal que va dejando sus restos al pasar como si se desarmara por el mero roce invisible de la inercia. Nunca se me había ocurrido siquiera concebir otro destino para mis hijos: era natural en mí despertar cada ¿mañana? con el ronroneo de los intercomunicadores informándome acerca de las tareas de la jornada que aguardaban a ser cumplidas. Descender mis pies hasta la alfombra harapienta y salir del camarote con los suspiros silentes de mi mujer aún dormida. ¿Qué era para mí la Tierra? Más arriba creí certero asegurar que nadie se iría a navegar el cosmos luego de haber visto posarse el sol en un bosque mediterráneo. Finalicé dicha frase con un “supongo”. Pero es más fuerte el que lo crea que el que lo suponga. Sin embargo, sólo es una cuestión estética. Mi odio hacia la tierra como elemento que compone la superficie del planeta es incuestionable. Con toda certeza sería inviable mi alegría en aquel manantial de descomposiciones biológicas. A duras penas pude soportar transportar los muertos que quedaban de las guerrillas. Imposible es decir poco si tengo que catalogar el nivel de eficacia con el cual muchas veces evadí dichas responsabilidades. Entonces, si odio la tierra húmeda, granulada, ¿cómo soy capaz de enamorarme de fotos roídas por el tiempo? Fotos que mis bisabuelos conservaron con amor descansaban en mi armario, heredadas por parte de mis padres fallecidos. Las arrojaba sobre la cama y las posicionaba en distintos ángulos para recomponer una composición nebulosa de aquel planeta madre del cual no tenía recuerdos auténticos: sólo ajenos. Para mí aquellos atisbos de la realidad no tenían nada que ver con la mía. Un extraterrestre rodeado de caos y convulsiones sociales y políticas, ¿cómo podría imaginar una ciudad más que a través de la imaginación, activa por descripciones orales o relatos populares? Me sentía más propio de Marte por su áspera y aniquiladora superficie que de la suave y vívida Tierra. ¿Era yo, acaso, un ser insensible a la belleza natural? No: era un extraterrestre. Un ser del otro extremo del confin. Nada me ataba a los límites políticos de las naciones

o a las etnias tribales o civilizadas que pugnaban por hacerse con la vigencia exclusiva del poder. Desconocer la forma de un animal no es, en tanto, tan terrible como ignorar sus movimientos, el influjo primitivo de su mirada, de sus costumbres: de su jerarquía involucionada pero aún embravecida y nada derrotada. Agonía es no entender lo que significa disfrutar del aroma de la hierba húmeda que augura tormenta; y yo entendía.

Con el tiempo hice mío el término y lo abarqué como nombre. Agonía es mi nombre. Ignorante cabalgador de astros, alguna vez me tuviste tiranizado por tu letárgica letanía sin rumbo fijo ni objetivo concreto. ¿Buscábamos vida extraterrestre o acaso sólo la posibilidad de colonizar un planeta? Ninguna de las dos cosas: alargábamos nuestro porvenir, fuera éste benéfico o nefasto.

Era nuestro mundo viajero.

Negábamos la colonización por dos motivos claves: a) descender a una superficie habitable nos parecía tan simétricamente horroroso como regresar a la Tierra y b) no disponíamos de los elementos necesarios siquiera para erigir un puesto de avanzada. Y negábamos el contacto con otras razas extraterrestres por desinterés. Si no conocíamos a los de la nuestra, ¿qué sentido tendría el creer que llegaríamos a un acuerdo tácito de paz con aquellos desconocidos si apenas lográbamos tener armonía en nuestro pequeño ecosistema humano? Llegué a creer que éramos ermitaños malvados carentes de toda aspiración: sólo viles embusteros haraganes que vegetaban a costa del sueño de otros que dieron su vida por un fin honrado. Mi estadia obligada en el Indómito *Pedazo de Mierda* reforzó esta, en principio, débil percepción.

Los soldados de Archenar seguían presos del servilismo al cual su amo les había acostumbrado. El Hemisférico era un recinto sellado incluso para los médicos. Pero quiso el destino que esto cambiara... para mal. El hacinamiento, la malnutrición y la suciedad, según había indicado uno de los doctos del cuerpo humano, habían propagado con velocidad una pandemia de pronta evolución. El informe que éste mismo señor expuso ante el resto de médicos señalaba el estado higiénico del Hemisférico como lamentable. Se entretuvo manifestando su desagrado ante los fétidos aromas que arrojaban las habitaciones hacia el pasillo. Remató la gracia anunciando que Archenar y los suyos estaban destartalande el Hemisférico, quitando paneles y cables, para echarlos a una pira que mantenían encendida constantemente. ¿Qué locura era aquella?, preguntó uno de sus compañeros, atónito. El ingenuamente divertido disertante no supo contestar a la inesperada amargura de su compañero. Que sí, acertó a decir al fin, que utilizan fuego para mantener el calor en su bastión: lo alimentan con todos los elementos combustibles que tienen a su alcance. Ese frío, continuó, está ligado de alguna manera a la fiebre que afecta a los habitantes del lugar. Calló y lanzó una mirada hacia arriba. Muy hacia arriba, como si quisiera observar los pies de Archenar andando entre sus camaradas para darles ánimos y fuerzas. Con cuarenta años, yo seguía siendo un sencillo mandadero que colaboraba una magra cantidad de horas con el único fin de recibir su ración diaria de comida; pero esto me sirvió para atestiguar la noble decisión unánime del equipo médico. Todos visitarían las puertas del bastión y ofrecerían su colaboración para diezmar la plaga. Temían el contacto humano con Archenar, pero más temían la

propagación de las fiebres en el resto de la nave, tanto o más mugrienta, en proporción, con el Hemisférico. Fue de esa manera que se desenlazó el más inesperado y fatal factor para que se produjera un desentendimiento profesional por parte del equipo médico con todo lo referente a Archenar.

El médico que había arrojado al suelo la idea de ir todos juntos para que los demás la recogieran y la aceptaran, también obró subrayando que el envío de un enfermero para anunciar su pronta llegada a Archenar era una obligación para no despertar la alarma en la presunta facción enemiga. Una impertinencia, sería, sino, el aparecer sin más para intentar curar a los convalecientes aún cobijados tras su honor frustrado de guerreros mal adiestrados en las lides de la batalla. El joven enfermero, dispuesto, marchó con las palabras que el médico le había confiado grabadas a fuego. Nunca regresó: ni al día siguiente ni a la semana entrante. En principio, el equipo había optado por no subir por cuestiones protocolares: sin respuesta afirmativa, era arriesgarse vanamente. La ausencia de réplica encumbró la incertidumbre.

Si el físico de la nave, el único que había sobrevivido a la purga de la cuarta generación, ya entrado en años como yo, no hubiera visto desde su centro de observación el cuerpo flotante del enfermero recién arrojado al abismo, ¿los médicos hubieran esperado eternamente? Archenar envió a uno de sus hombres para pedir disculpas y relató los hechos con la mayor franqueza posible... en él. Todo había sido un accidente, se disculpó también el heraldo. Un error. Pensamos que era un enemigo, un espía. ¿Un espía?, indagó el médico planificador, absurdamente insultado en su buena acción. No lo conocíamos, ratificó el otro; y con una breve disculpa, rehizo el camino andado hasta el Hemisférico. En el camino fue capturado y asesinado por la familia y los amigos del enfermero. Arrastraron el cadáver por los pasillos, trayendo la sombra de la peste sin saberlo. Pregonaban a voz ardiente que el fin de la guerrilla estaba por llegar. Que se enlistaran quienes tuvieran los “huevos bien puestos”, obtusa expresión ampliamente terrana, y se presentaran en la sala de maquinarias: se innovarían nuevas armas si hacía falta. No faltaban inventores para el arte de la muerte cuando la vida de los inocentes era la víctima. Cuando la familia, encuadrada por otros hombres, traspuso el umbral de mi camarote arrastrando el cadáver con un barbarismo siniestro, empujé suavemente a mi mujer hacia atrás, sin saber que la estaba salvando, sin efecto, pero por instinto, de la guadaña que no se previene ni se contraataca: sólo se padece. Un pequeño batallón de guerra floreció en la nave y marchó con distinción por los corredores para presentarse como los nuevos guardianes. Todos jovencitos e inexpertos que querían reforzar su hombría. Los extraterrestres no nos diferenciábamos demasiado de los terranos en lo primario: la sangre nos hervía de emoción por el odio y el amor. Salvo la cultura, que no teníamos propia, y los límites geográficos, que en nuestro caso sólo se encontraban en coordenadas numéricas, nada nos desunía lo suficiente como para hacer propicio comentarios peyorativos entre ambas clases. Huelga decir que ya no vivían terranos entre nosotros. Pero la nostalgia no es óbice para creer aún de pie el puño firme de un anciano indoblegable a las carcomas de los lustros. Incluso, creo, siempre tuvimos un ápice por encima de nosotros a los pioneros terranos. Qué absurdo. Mitos y leyendas..., pero qué reales.

Ver aquel carrusel de rostros inexpertos y, en el fondo, cobardes, me provocó la extraña sensación de estar encallado en la cresta de un ciclo social disputado por períodos casi regulares en épocas inexplicables. Armados aquellos vagabundos de la autoestima con garrotes y cuchillos, sentía más inseguridad que tranquilidad. El desquite definitivo sobrevino el día del famoso ataque triunfal. Los familiares y amigos del enfermero muerto anunciaron a sus “soldados” enrolados que la hora había llegado. Los vi despedirse en el mismo sitio donde había contemplado cómo arrastraban al cadáver del vasallo de Archenar. Observándome de soslayo, sabiendo que no contaban con mi entusiasmo, de más está decir pacifista, el mejor amigo del enfermero que encabezaba la marcha me saludó con una inclinación de cabeza. Tanto circo me hizo sonreír, pero contesté al gesto con el respeto que se le debe a un hombre que busca encontrarle un final a su daño sufrido... y, ¿por qué no?, a su vida. Supe, por el voceo que recorrió las sombras luego del enfrentamiento, que no hubo tal. Los médicos ocultaron todo en la trastienda. Lo sabía todo el mundo y todo el mundo lo negaba. Los médicos, creyéndose únicos poseedores de dicha verdad, decidieron con firmeza no dejarse sonsacar por los curiosos.

Los soldados que habían arribado al Hemisférico, desaparecieron tras los consultorios. Quienes vocearon fueron los obreros que soldaron la entrada del Hemisférico: no habían cadáveres frescos, decían ebrios de atención aunque esto les costase la reputación, sólo un intenso olor a descomposición que databa, sin duda, de muchas semanas. Dado que Archenar y sus hombres estaban muertos, ¿qué sucedió entonces?, se preguntaron todos. ¿Suicidio colectivo? ¿Inanición atada a la soberbia de no querer pedir comida? Irracional creerlo: por comida el hombre dejar de ser hombre, y el orgullo sólo puede ser llevado por imbéciles de dos pies. Los médicos, silentes, quitaron la cortina y dejaron que la luz de la verdad nos quemara los ojos. La plaga estaba entre nosotros. Quienes habían buscado fuerza en el sufrimiento para aniquilar al tirano destituido fueron velozmente incorporados al hospital. Todos los jóvenes de la quinta generación yacían dentro junto con algunos adultos de la cuarta. ¿Quién lo hubiera dicho? Un filósofo de pacotilla, embebidas sus palabras en sustancias étlicas, demostró su encono con la muerte y disfrazó su ignorancia con retóricas indomables: la muerte, según creí entender, se había cansado de nuestros vaivenes y se había dispuesto cercenarnos a todos el pescuezo para no tener que ir y venir cada vez que se nos ocurriese matarnos sin llevarlo a término. Del filósofo sólo quedó su camarote vacío cuando la peste decidió llevarse su alma sobre su lomo. Y, con la fuerza del impulso, prosiguió dejando a su paso de jinete galopante una estela de seres sin habla, de ojos vidriosos, que habitaron conmigo y los otros supervivientes en la prisión en la que se transformó el *Astral Rider*. En un sitio cerrado las exhalaciones pútridas legislaban los pasillos, convirtiéndolos en túneles directos hacia el sueño inmortal. Poco a poco, los cuchicheos de los camarotes fueron cubiertos por el polvo del mutismo. Las sombras desaparecieron y sólo quedó la luz y la pared. Los médicos cayeron sin mediar palabra con nosotros. Se confinaban en recintos cerrados o iban a parar a la zona prohibida, creyendo que de esa manera el contagio sería menor y el sistema inmunológico podría generar defensas antes de que fuera demasiado tarde. En su afán de santidad sólo lograron

perpetuar su solitaria agonía. De los niños sólo tenía misteriosos recuerdos. De la vida, sólo mi existir. Con la pérdida de mi mujer comprendí que estábamos llegando al fin. La velé hasta que sus párpados cedieron a la fiebre y sus manos, hinchadas, no tuvieron el vigor de acariciar mi frente. La perdí sin llorar porque tenía la falsa sensación de que pronto me reuniría con ella. Pero no fue así. Jardinero de un bosque que moría a mi alrededor, adiviné la sentencia que me tocaba: valerme hasta el final con las últimas palabras de los queridos. Sin tripulantes la nave no era operativa; sin agricultores nadie podía comer; y fue de éste modo que la peste le otorgó protagonismo a otros factores decisivos. Quedamos, para nuestra sorpresa, los más mediocres en cuanto a profesión y desempeño: los zánganos prescindibles aún nos aferrábamos a la postergación arbitraria de nuestro sino. En un momento dado las luces y los motores se apagaron y no volvieron a encenderse. Sólo teníamos una idea rondando en nuestras cabezas cuando contemplamos el parpadeo de la última luz: ¡faltaba tan poco para arribar al siguiente sistema planetario! ¡Apenas días de arrastrar polvo solar para chocar con la barrera del ensueño que nuestros antepasados nos inculcaron como único fin en la vida! Pero no la alcanzaríamos todos juntos. Los rincones se convirtieron en tumbas. Los enfermos se acurrucaban en los recovecos más apartados y ahí, nómadas, morían con los ojos cerrados, de antemano sabedores de su suerte.

En el fin de todas las cosas que alguna vez conocí, sólo quedé yo; luego de mí, la nave. ¿Hasta donde llegaría este bólido de acero si la perdurabilidad de sus materiales se suspendiera en la eternidad? ¿Acaso podría caerse en las cataratas de estrellas que mis abuelos estimaron saludable describir? ¿Podría internarse en las tormentas electromagnéticas o hundirse en la inconmensurable gravedad de algún gigante gaseoso? ¿Remataría su destino la absorción titánica de un agujero negro en busca de más material para recomponer su estructura química?

Arrastré los pies a lo largo de cuatro semanas creyendo que encontraría la paz si lograba reunir todos los cadáveres antes que la putrefacción les quitara la expresión humana de sus rostros. Sesenta años distan mucho de estar compuestos por la vitalidad de un hombre de cuarenta, más aún cuando nunca se hizo verdadero ejercicio físico. Mi fortaleza menguaba a causa de la pobre ración alimenticia que ingería cada dos días para tolerar el hambre. El agua podrida, donde flotaban aureolas de aceite que fragmentaban los colores, recorría mi garganta rasgándome el interior y produciéndome una descompostura estomacal que dejaba mis nalgas con un ardor de hierro al rojo vivo. El hedor de los laberintos se intensificaba en la penumbra de los sectores que no tenían ventanas. El nivel de oxígeno, lo supe por mi dificultad para respirar, descendía. No tanto porque yo lo consumiese, sino porque se mezclaba con los miasmas del sistema mecánico de la nave. La rutina que llevé a cabo consistía en recopilar datos pasados y en recorrer sectores que antes me estaban vedados. Alcancé sin orgullo el asiento que alguna vez había ocupado el Juez y leí con atención todos los tratados y papeles. De las mil leyes que se habían promulgado, ninguna se había llevado a buen término, siendo vigentes la anarquía y el despotismo. Tantos números codificados, tanta enumeración de leyes ajadas y depuradas, tanta burocracia sacudida y asesinada, para que, al final, venciera el mismo viento que respiramos desde el día de

nuestro nacimiento. La desazón que me acometía pudo servirse de todos los cotilleos que el añejo magistrado había anotado en su época de servicio. Me sentí peor que un correveidile al hurgar en el pasado y el recuerdo de individuos sin gloria ni paz, pero no podía culparme: tenía la confianza de ser el siguiente. Infidelidades, atracos, mentiras y engaños: no había ningún ciudadano extraterrestre que pudiera ostentar un legado impecable. Ciertamente, hay que decirlo, que el Juez incluso anotaba penas y correcciones a nimios crímenes y que, por añadidura, jamás claudicaba su sentencia en la gran mayoría de los casos, dejando el asunto en una simple conversación a puertas cerradas con los implicados.

El Hemisférico se me apareció como la cabeza de un lobo de cuya boca manaba el aliento de la peste. Anduve por sus corredores como si hubiera caminado por la casa de la Parca. En mi solemnidad, con un mendrugo de pan mohoso que había encontrado en las bodegas, recorrí las habitaciones de paredes desnudas, sin paneles, y sentí la reverberación de la agonía y el miedo. La opresión capturó mi pecho y me quitó el aliento. Sin hambre, guardé el mendrugo en el bolsillo y continué mi pesquisa hasta el escritorio donde Archenar había estado anotando su bitácora. Pobre, pobre infeliz. De haber sabido el nefasto destino que sus canalladas le habían reservado, hubiera quedado postrado suplicando perdón. Su orgullo y el de todos los hombres que le siguieron fue la causa de la defunción de toda una *raza*. Recuerdo haberme sentado detrás de aquel escritorio, leyendo con la luz de las nebulosas, cuando la nave se detuvo completamente. Alcé mis ojos de las escrituras de enmarañada caligrafía. ¿Acaso el motor del Astral Rider había resucitado? ¿Acaso, en algún lugar, vivía un reducto de seres humanos que controlaban, desde algún lugar, quien sabe, la zona prohibida, el funcionamiento de la nave? Descarté las ideas a medida que las iba esculpiendo: cuatro semanas gritando y peregrinando en los pasillos no puede dejar exento a nadie de la revelación de mi presencia. Salí del Hemisférico con el corazón en el puño y los ojos abiertos de desconcierto. Una nave que recorre el espacio a una velocidad similar a la de la luz no se detiene por simple casualidad. Bajé escaleras, traspuse escenarios de desolación y llegué a la sala de mandos, luego de cuarenta minutos de subidas y bajadas, traspies y maldiciones. El cadáver de un piloto descansaba su cabeza sobre el teclado de órdenes. Quité al desgraciado del asiento y lo dejé tirado en el suelo como un títere. Busqué el botón que activaba el micrófono y lo encontré luego de percibir que ningún comando respondía a mis insistencias. Si acaso había gente aún en la nave que de un modo u otro era capaz de producir un desacelere tan grave, entonces sería cuestión de tiempo hasta que me los cruzase. No pensé, en aquel entonces, que de ocurrir algo así, posiblemente no sería mi presencia bien recibida. Ni el alimento ni el agua estaban en condiciones de ser repartidos. Un zángano de mi talante sólo hubiera simbolizado un impedimento. Escuché unos pasos a mis espaldas. No temí la singularidad del suceso: quería vencer mi soledad. Giré sobre el asiento del piloto, corriendo con un pie la pierna derecha del cadáver, y quedé frente a una silueta robusta y bien formada que me observaba fijamente. Saludé a aquel sobreviviente. Adelanté una mano para ofrecerle mi ayuda. Quise hacerle saber que si acaso nuestra condición de supervivientes nos colocaba en el más alto escalafón de la selección natural, entonces podríamos acondicionarnos a

un nuevo estilo de vida, siempre cooperando. La silueta dejó escapar una frase extraña, incomprensible, gutural, y oteó el corredor que le antecedió, sospechando de otras presencias. Razoné que la soledad vuelve reluctante a los individuos, incluso cuando el peligro es inexistente. Pero, ¿cómo convencerlo de que un vejstorio como yo no representaba peligro alguno? Lentamente, con su voz llenando el aire cerrado de la sala de mandos, levantó una mano en mi dirección. Con una sonrisa y los brazos extendidos, me paré para saludarlo en nuestra fortuna.

Recuerdo una luz azul, fugaz, que se hundió en mis pupilas para luego marcharse, como una víbora, entre las rendijas de un respiradero. Mis ojos se acostumbraron a ese azul suave y temí que aquel color hubiera suplantado al resto. Sacudí la cabeza y de mi cabello largo y sucio llovizó algo ligero y granuloso. Bajé la mirada y contemplé una inmensa planicie amarilla. El rugido de unas ondulaciones azules a mi izquierda, más oscuras bajo el celeste perpetuado hasta la línea de la distancia. Vertical, con las rodillas temblando, temiendo que aquel viento fuerte que me arrancaba susurros de las orejas me impulsara hacia las temibles ondulaciones, empecé a elucubrar, a regenerar los recuerdos de mi juventud, de la herencia de mis padres. Las fotos de la Tierra emergieron y desfilaron ante mí. La similitud me dejó desarmado: estaba frente al mar. Caí de rodillas, amortiguando mi confusión, y observé con detenimiento aquel material inmundo denominado arena. Estaba sucio de él: uñas, pelo, ropa. Y el viento me empujaba, me hendía con su violencia. Me erguí con un tesón desconocido y huí lejos del bramido del agua. A pocos metros vislumbré una franja verde manchada de sombras y pilares marrones. Penetré en aquel refugio de mansedumbre y abandoné mis músculos cansados entre dos prominencias grises y duras como el metal. De ellos se desprendía un calor que me adormecía. Dejé caer mi cabeza hacia atrás y vi un disco dorado que refulgía en las alturas. Sonreí, con la lucidez en fuga, y en mi piel quedó sellado aquel mohín rufián, cargado de odio y desprecio hacia ese extraño ser que me arrancó de la nave... No olvidaré sus enormes ojos azules ni la determinación con la cual me devolvieron a la Tierra para alejarme de sus dominios.

TIEMPOS REMOTOS

José Manuel Sala Díaz

Escribí este relato antes de iniciarse el verano de 2005, mientras ideaba la ilusa tarea de configurar un mundo de relatos conectados entre sí. *Tiempos remotos* no fue el primero, pero sí podría decirse que es, bajo mi ingenua experiencia, un prólogo de «esos días pasados», basado en la idea de una gran civilización (presumiblemente humana) que vivió su cénit hace millones de años... para caer en el olvido y sobrevivir en los sueños. Tal y como lo cuenta el hombre-pájaro en su cháchara de profecías con gran sentido.

La literatura fantástica actual como inspiración, al menos, no ha sido nunca una gran aportación en mis cuentos. Ideas como el agua o los niños se inspiraron más en los mitos griegos o leyendas, y el tema del tiempo es mi gran obsesión desde siempre. No creo que quisiera crear tampoco unos «buenos» y unos «malos», ya que un editor me comentó estar de acuerdo con la posición del hombre-pájaro. No obstante, los motivos que mueven a estos ridículos y diminutos personajes quizás no sean de nuestro alcance, por lo que mejor será «devolverlos a casa».

Y aquí estoy yo. Espero volver a colaborar con el grupo AJEC y con El Melocotón Mecánico. Y cuanto a vosotros, sólo espero que os guste (de eso se trata, ¿no?)

Muchas gracias.

José Manuel Sala Díaz (Alicante) ha recibido varios premios por sus relatos y publicado cuentos y ensayos en fanzines como Axxón o NGC.

La planicie se expandía sin límites.

El olor de la tierra húmeda les había acompañado durante toda la búsqueda. La hierba que pisaban sus bestias poseía el color apagado de las cosas a punto de sucumbir. Hierba asfixiada, sin vida. Sin color. Debía hacer meses desde que la última lluvia arreciara sobre aquel campo inconmensurable, y los charcos habían ahogado con demasiada rapidez cualquier esperanza de que volviera a crecer en aquellas tierras. Las tormentas que arreciaban más allá de la ciudad del jardín eran frenéticas batallas eléctricas donde los rayos alcanzaban la tierra al mismo tiempo que el agua caía, en demasiada cantidad, con demasiada rapidez. El mayor lo sabía. El joven ingenuo que le acompañaba, también. Tras toda una noche de intensa lluvia el amanecer se les presentaba de nuevo con la niebla que comenzaba a desvanecerse en el horizonte, fundiéndose con el mismo cielo gris plata de intenso albor. El aprendiz sujetaba las riendas de su montadura con la misma quietud que ésta le permitía, zarandeándolo de un lado a otro sin demasiada brusquedad, sin que le permitiera mostrar demasiado su inexperiencia ante su superior. Éste, sin embargo, no le prestaba atención.

Sus ojos expertos observaban la llanura por la que avanzaban con lentitud.

Fue entonces cuando la niebla que cubría el firmamento empezó a apartarse.

El mayor levantó la mano y detuvo la marcha.

—Oh, qué...—escuchó decir al joven tras de sí.

La planicie que se expandía sin límites mostraba en la lejanía el primer relieve en forma de tenue sombra. A pesar de que estaban a mucha distancia, la niebla se levantaba con velocidad.

Y enseguida divisaron el árbol.

Debía de medir unos treinta metros hasta la cima, sin tener en cuenta la anchura de sus ramas que expandía la copa en un abanico imposible de describir. Aunque no podían distinguir su espesor, el mayor pudo apreciar la oscuridad que se escudriñaba entre las ramas más altas, la extraña lobreguez en la que se hallaban sumergidas las ramas más gruesas que parecían atadas a una materia oculta que, ya sí, no podían vislumbrar. Sus ojos parpadearon, lo contemplaron con tranquilidad. Las hojas del árbol eran rojizas y contrastaban con fuerza ahora que apenas quedaba niebla y tan sólo existía el cielo gris.

Pero no fue eso lo que más le llamó la atención.

El tronco era grueso como una columna de Puertas Sagradas. Al mayor le pareció así. Pero donde en uno había pureza y vida allí tan sólo se podía atisbar madera ennegrecida, dura como la roca, silvestre, nacida en la planicie desde hacía siglos, tal vez más. Uno de los pocos árboles que debían quedar en el exterior del jardín.

Y bajando la vista hasta el suelo, el mayor distinguió una frágil silueta que yacía a sus pies.

—¿Es ella?—le preguntó con voz emocionada el joven detrás de él—.

¿Es la noctívaga?

El mayor chasqueó los dientes. Apartó la chaqueta de su cintura, echándola hacia atrás, dejando a la vista la daga del cinto.

—Podría ser —contestó.

El joven soltó una exclamación de satisfacción. Su montura emitió como respuesta un gorgoteo y dejó caer por sus colmillos un hilo de saliva. Se recompuso con rapidez.

—¿Qué hay en el árbol?—le preguntó el joven acercando su bestia junto a la de su maestro—. Parece que hay algo entre...

—Un hombre-pájaro —le susurró el mayor—. El árbol debe pertenecerle.

—¿Supone eso un problema?

El mayor volvió a chasquear los dientes y también la lengua. Le cansaba hablar. El joven lo recordó.

Reanudaron la marcha con lentitud.

Los primeros metros transcurrieron en silencio. Sin embargo, conforme la figura del árbol se hacía ante ellos más y más grande el joven no pudo evitar preguntárselo. Sólo una vez.

Una vez más.

—¿Es cierto que pueden viajar con la mente? ¿Es cierto que pueden hacer todo lo que cuentan?

La respuesta, como siempre, fue la misma que al principio de la búsqueda.

—No nos importa.

Los asuntos de Puertas Sagradas eran asunto de los sacerdotes de Puertas Sagradas, de puertas adentro. Ellos tan sólo eran los guardianes encargados de vigilar el jardín en el extrarradio, y de encargarse de aquella misión. Por eso estaban allí, y nada más.

Prosiguieron con la misma parsimonia. Las rachas de viento apenas levantaban sus capas y éstas continuaban pegadas a sus espaldas. El mundo a su alrededor permanecía en silencio, quebrantado sólo por las pisadas de sus monturas.

La niña no tenía miedo.

La inmensa copa del árbol era un manto que no dejaba pasar la luz del sol. Sus pasos de sonámbula la hacían moverse de aquí para allá, alrededor del tronco, más grueso que su propia estatura, tan robusto como podía para aguantar el peso del espeso follaje que se abría entre las ramas.

—Niña, niña, niña...—le llamó el árbol.

La niña no tenía miedo. La niña no era consciente. Su traje estaba manchado por el barro, y los pliegues que llegaban hasta sus tobillos destrozados por el caminar. Sus ojos miraban perdidos a la frondosidad de aquel bosque aislado. La sombra era tan profunda como la humedad y frío reinaba en torno al árbol. Continuó dando vueltas.

—Niña, niña, niña...—volvió a llamarla.

Y de nuevo volvió a ignorarle. Sus pasos de bailarina hipnotizada siguieron su curso hasta que tropezó con una raíz seca que sobresalía entre la tierra muerta. Cayó sin hacer apenas ruido, boca arriba.

—Niña...

La niña no escuchaba. Observaba el manto negro del árbol.

Y contemplaba sus luces. Ajetreadas allí arriba, moviéndose de un lado para otro en la frondosa, impenetrable oscuridad. Sus miles de luces.

El viento agitó suavemente sus cabellos levantándolos ligeramente, dejándolos caer sobre su rostro de forma enmarañada y harapienta. Pero no le importaba. Ni lo más mínimo. La inmensa copa llenaba toda su vista, y algunas luces empezaron a descender lentamente junto a ella. Sus oídos escuchaban el crujido de las ramas más altas, el susurro incontenible de las hojas. Y el sonido de las alas de las luciérnagas.

Cuando quiso darse cuenta tenía a varias encima de su cabeza. Sonrió, divertida. Un par de luces sobrevolaban su cuerpo y tres jugueteaban posándose en sus pómulos, para esquivar al instante sus manos infantiles que querían cogerlas. La niña exclamó una risa alegre, ingenua. Sobre sus pupilas las luciérnagas se proyectaban como haces de colores, fulgores ámbar que siseaban por el aleteo incesante de sus extremidades de crisálida.

La niña noctámbula se rió, despreocupada.

La criatura oculta entre las ramas del árbol aspiró el aire. Olfateó el aroma de aquella presencia. Su única visita desde hacía siglos. La reconoció con rapidez.

—¿?— graznó en voz baja—. ¿Ashmen-Rak? ¿Niña de la Fuente?

Las luciérnagas comenzaron a alejarse rápidamente del rostro de la niña. Ésta las despidió con la mano, pero les instó a que permanecieron un rato más con ella. Las luces, por el contrario, ascendieron. Perdiéndose en la oscuridad frondosa. Con temerosa precipitación.

—Niña...—volvió a susurrar.

La niña no tenía miedo. La niña no era consciente. Apenas se dio cuenta de las ramas del árbol que empezaban a inclinarse. Apenas pudo observar cómo toda la gigantesca copa se inclinaba, cómo los chasquidos de cientos de pequeñas ramas al romperse daban paso al estiramiento de huesos y músculos, demasiado tiempo aletargados.

Apenas pudo darse cuenta de nada.

Cuando consiguió comprenderlo varias ramas colgaban encima de ella. El tronco había girado más de cuarenta grados y podía aspirar la putrefacción de la savia muerta. Y la voz sonaba terrible, terriblemente más cerca.

—Niña...

La niña trató de moverse. De manera instintiva, de manera automática. Lo primero que intentó fue levantarse pero pronto se dio cuenta que gran parte de la enmaraña de la copa lo rodeaba, como si un inmenso bosque se abriera sobre su cabeza a ras de suelo, claustrofóbico, rodeándola. Muy pronto se dio cuenta de la realidad.

Y muy pronto observó los ojos de la criatura. Frente a ella. Reflejando su propio cuerpo tumbado en cada una de aquellas pupilas rojizas.

—Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien, ¿verdad, asquerosa niñita del Agua?— le susurró a través de una boca situada justo debajo de aquellos ojos, a través de varias hileras de dientes que sobresalían deformados y expectantes. El resto de la cabeza apenas podía atisbarse pero aquello le bastó a la niña como para permanecer quieta, paralizada—. No tengas miedo. Seré rápido.

A unos escasos centímetros de su cuerpo, a sólo unos escasos y miserables centímetros. La criatura guarnecida entre las ramas se inclinó

un poco más, su peso terminó de declinar al árbol hacia el suelo, hacia ella. Observó cómo aquella boca se abría de par de par, cómo sus mandíbulas se preparaban.

La niña no tuvo tiempo de gritar.

El destello fue tan rápido que apenas lo pudo apreciar. La criatura lanzó un chillido infernal, empujó hacia atrás echando el árbol hacia su posición natural, terminando de apresarla, liberándola.

El fuego se extendió por las ramas que aún no habían recobrado la verticalidad. Las llamas se extendieron, y se extendieron. A la niña le parecieron luces de colores, de tono ámbar. Luciérnagas.

A los dos jinetes, ninguna de estas cosas.

—Cubre a la Niña —le ordenó el viejo a su discípulo, mientras espoleaba a su montura con la daga aún en mano, humeante tras el corte. Dispuesta—. Aléjala.

El joven montó a la niña en su bestia y comenzó a retroceder hasta una distancia segura.

El viejo continuó su camino. Hacia el centro de aquel bosque, hacia el tronco. A menos de veinte metros de distancia.

Aceleró el paso de su montura pese a saber que la carrera de hacía unos instantes le había producido una enorme fatiga. La bestia escupió saliva, cansada. El viejo la espoleó con fuerza de nuevo. No volvió a protestar.

—Vamos allá.—le susurró.

Sus pisadas se aceleraron. El ritmo del galope, también. El viejo miró hacia delante, hacia el árbol inmenso como una montaña. La parte ardiente era tan sólo un pequeño trozo, minúsculo en comparación con toda la frondosidad que le amenazaba sobre su cabeza. Pese a todo el hombre-pájaro aullaba en el interior del árbol y sus movimientos eran tan bruscos que producían una incesante lluvia de hojas secas. El viejo aún no había tenido tiempo de vislumbrarlo con claridad. No le importó mucho.

No demasiado.

Se apartó un par de hojas de la cara y continuó su carrera hacia el centro del árbol. Alzó la daga cuando estuvo a unos pocos metros del tronco. Esperó el momento apropiado.

Blandió el arma produciendo un corte en la madera. Un corte leve. Suficiente.

Las llamas surgieron enseguida y recorrieron parte del tronco, ascendiendo con rapidez. Escuchó sobre su cabeza cómo chillaba la criatura, sintió cómo el torrente de hojas que caían aumentaba convirtiéndose en una auténtica cascada. Pero al viejo ya no le importó.

No demasiado.

Continuó avanzando hasta que salió del radio del árbol. Luego dio la vuelta realizando un amplio arco, sin atreverse a introducirse bajo la copa que lloraba pétalos fúnebres y despojos de las ramas, donde caía con tanta densidad que resultaba imposible apreciar algo al otro lado. La montura resopló, pidiendo un descanso. El viejo no se lo permitió. No hasta dar la vuelta completa y encontrarse con el joven.

Éste había desmontado, y se hallaba al lado del cuerpo de la niña, tumbado en la hierba seca. Inconsciente.

—Ha tenido una conmoción —le informó el joven al verlo acercarse—. Debe de continuar con los efectos de la última ceremonia. Por eso se dejó

atrapar.

—¿Cuánto tardará en recuperarse? —al joven le gustaba hablar demasiado. Sin demasiada determinación.

—Poco, supongo —el joven observó su rostro durmiente y angelical, y luego le miró a él—. ¿No te parece inofensiva?

El viejo desmontó también de su montura. Se quitó las hojas muertas que aún le colgaban de la reciente lluvia.

Y luego, la miró.

—Los ángeles también parecen inofensivos. Y las sombras de la Estigia —sacó de su bolsillo una cantimplora y bebió un trago largo. Luego estiró las piernas—. Nos quedaremos aquí hasta que los animales descansen. Estamos fuera de su alcance.

—¿Del árbol?

—De su dueño.

Volvieron la vista.

El árbol había sufrido dos incendios que se prolongaban aún con fuerza. El primer corte, al rescatar a la niña, había sido demasiado precipitado, demasiado bajo para producir una herida mayor para cualquier experto en curación instantánea. Habían espoleado a sus bestias nada más observar el inclinar del árbol y nada más llegar el viejo no había tenido una opción más apropiada. Al intentar apreciar ahora algún rastro de aquel golpe apenas podía atisbar ya un par de llamas perdidas en la copa, que se esfumaban con rapidez. No se sentía totalmente satisfecho.

Del segundo incendio, bien no podría decir lo mismo.

Las llamas ascendían por el tronco dominadas por una fuerza ingobernable, y la criatura del interior del árbol así lo sabía, y chillaba y zarandeaba su hogar con furia, presa de pánico, o de odio con más exactitud. Las llamaradas anaranjadas lamían el tronco y ascendían por las ramas principales, pero, y el viejo lo reconoció a su pesar, no con la suficiente velocidad. Nada más llegar a la masa negruzca y enmarañada de los árboles las lenguas de fuego se dividían vertebrándose por el armazón de ramas y recovecos, para tras un intervalo, esfumarse.

El joven, que lo observaba al igual que el viejo, no pudo evitar reprochárselo. Con su ingenua y cotidiana perplejidad.

—¿Por qué el fuego no continúa ascendiendo? —le preguntó, mientras se sentaban en el suelo de la explanada a la vez—. ¿Por qué se detiene en la copa?

—Porque tiene conjurado al árbol —le susurró el viejo, molesto.

Las criaturas que sobrevivieron a la Gran Plaga habían adquirido pequeños poderes de nigromante. El viejo lo sabía. El hombre-pájaro debía tener protegido su hogar, pero eso no significaba que la protección fuera eterna.

Sacó la daga de su cinto y examinó su filo.

—El corte ha sido intenso —aseguró—. *Kasjar-Narl* —al pronunciar la palabra se volvió hacia el joven, que lo miraba con una curiosa mezcla de incertidumbre y pavor. Sonrió. Y guardó el arma—. El hechizo cederá. Tarde o temprano.

El sonido que brotó de sus labios al musitar la palabra apenas se escuchó. Inmediatamente el crujido de las ramas al zarandearse desapareció para dar paso a un graznido desolador.

—¡! ¡! —gritó el ser oculto en el árbol—. ¡Devoradores de la Luz!

Nervioso, el joven se incorporó. El viejo observó cómo su labio inferior temblaba, vacilante. Su cuerpo, sin embargo, no se movió un centímetro. Se limitó a esperar.

—¡Hojas, tierra, mugre! ¡Apartaos!

El árbol gigantesco se zarrandó una última vez. La lluvia de hojas se reanudó con fuerza, pero sólo durante un instante de tiempo muy breve. El viejo escuchó cómo decenas de huesos crujían, cómo se estiraban extremidades longevas. Ahora la copa entera crepitaba y se movía en su interior una masa negruzca y deforme.

Cuando consiguió sacar las garras, el joven soltó un gemido de terror. Cuando consiguió apreciar la cabeza y el tórax, estuvo a punto de desvanecerse. El viejo se levantó con precaución. Y le ayudó a reponerse.

—¡Celadores de la Fuente! —chilló el hombre-pájaro—. Estad preparados.

El viejo no lo reconoció en voz alta, pero en su interior tuvo que admitir que impresionaba, pese a estar lo suficientemente apartados para saber que nada podía ocurrirles. Había leído las historias de la llanura y de las criaturas que habían sobrevivido a la devastación, pero nunca había visto a ninguna tan grande, ni tan cerca. Decir que era parecida a un extraño pájaro no tendría sentido, pues ahí estaba su rostro putrefacto y humano, pero tan grande como un individuo, con aquellos ojos rojos justo en medio que dejaban fuera de duda su terrible condición. Mutante, desecho de la llanura. Superviviente de la Plaga.

Los ojos expertos del viejo podían apreciar sus alas deformadas y recogidas entre las ramas, y podía atisbar también el enorme laberinto que recorrían sus brazos hasta salir al exterior.

El joven había recuperado algo la compostura. Los suficiente como para observar los cuarenta metros de ramas y monstruo que se presentaban ante él, a menos de veinte de distancia. Pese al gesto, el viejo continuó oliendo su miedo. Y le liberó de él.

—No puede llegar hasta aquí.

—¿Cómo?

—Los hombres-pájaro viven en sus árboles —le susurró—. Crecen y se mantienen en ellos. Su cuerpo está atrofiado y prisionero entre las ramas. No puede salir.

—Pero puedo ver cosas, maestro celador —les respondió la cabeza que sobresalía entre las ramas—. Veo cosas. Y profetizo. Profetizo lo que todos mis congéneres también sueñan.

El viejo se separó del joven y miró atrás. La niña aún continuaba dormida, y las monturas aún continuaban resoplando.

No había por qué preocuparse. Se hallaban a kilómetros de distancia de Puertas Sagradas, en mitad de una llanura y delante de un milenarío árbol. Lo suficientemente lejos para estar a salvo de cualquier embestida pero tan cerca cómo para seguir observando su gigantesco tamaño.

No había por qué preocuparse.

El hombre-pájaro se movió de un lado para otro. El viejo continuó observándole.

En silencio.

—Veo fuego —continuó hablando la cabeza a través del pico deformado, mientras zarandeaba ligeramente y sus ojos se desviaban para observar las llamas crepitantes que ascendían por el tronco—. Fuego artificial, de armas blancas bañadas en el Agua Primaria. Armas otorgadas por los soñadores de la Fuente, armas que hicieron arder el tronco de mi casa y rasgaron mi conjuro para siempre. Pero esta no ha sido la primera herida que la Hermandad producirá en la llanura. No será éste el último árbol quemado más allá de los jardines dorados, ¿me equivoco?

—¿De qué está hablando? —le susurró el joven al viejo.

La criatura respondió por él. Con rapidez y vehemencia.

—Hablo de la condena, pequeño. De la condena que la Hermandad impuso al mundo que vivía alrededor de la Fuente. Hablo de la Plaga. De antes de la esterilización. Hablo de los tiempos remotos antes de la llegada del Agua. Hablo de esta llanura cuando era un bosque inexpugnable que se expandía sin límites. Hablo de la reclusión de la Luz. La Luz que debió ser libre y que desde años siglos la mantenéis presa. Y hablo de vuestra prosperidad, de vuestra gloriosa civilización que habéis alcanzado en vuestra burbuja. Hablo de vuestra casa. Puertas Sagradas.

El viejo escuchó cómo lo pronunciaba. Luego miró al joven, que lo continuaba mirando con la misma expresión de desconcierto. Y tenía toda la razón.

El hombre-pájaro les había confundido con hermanos y cuidadores de la Fuente, cuando tan sólo eran guardianes del jardín. Y como guardianes, al igual que la gran mayoría de Puertas Sagradas, desconocían los secretos del mundo. Desconocían el porqué de la Plaga, el inicio de la vida de la Fuente.

Sólo cumplían órdenes. Los asuntos de Puertas Sagradas eran asunto de los sacerdotes de Puertas Sagradas, de puertas adentro. Sólo cumplían órdenes. Misiones. Por eso estaban allí.

Y nada más.

El hombre-pájaro, ajeno a esto, continuó culpándoles.

—Vuestra civilización aún está en su cenit —habló la criatura—. Veo en mis sueños, y así lo he visto. Vuestros logros máximos están por venir. El poder de la Fuente es imprevisible. Dinámico. Os trasladará a confines del universo que no conocéis. Vuestros asquerosos niños enfermos os conducirán. Viajaréis eones de luz a través de la materia oscura. Armaréis navíos cuyas alas se desplegarán por sistemas indescifrables. Navegaréis con ellos gracias al poder del Agua. Vuestras mentes infantiles trazarán mapas de galaxias. La conciencia propia será un anatema dentro de miles de años —lanzó un graznido sordo. Continuó, sonriendo—. Pero el cenit llegará a su fin. Y pagaréis el precio de la decadencia. Y expiraréis.

El viento sopló con fuerza por la llanura desierta haciendo oscilar las ramas del árbol. La criatura se detuvo un instante.

Los guardines, esperaban.

—No desapareceréis —siguió— pero el Agua se quebrará. El poder desaparecerá. Y serán tiempos conflictivos. Decadentes. Veo en mis sueños navíos del tamaño de montañas ardiendo con crudeza, perdidos en los confines de las galaxias hasta el fin de los tiempos. Veo niños ahogados por el frío, ojos inexpresivos que mirarán al cielo pero que nada contemplarán. Veo vuestra Hermandad extinta porque dejaréis de tener

hogar. Veo la Fuente aislada de la realidad y transformada en un sueño que los supervivientes hermanos tratarán de sostener. Pero ya no serán hermanos, sino cofrades errantes, en busca de los trazos que sostengan la Cofradía. Porque toda vuestra historia, toda, habrá desaparecido. Las generaciones que pueblen los planetas futuros no os conocerán. Ignorarán vuestras vidas. Os habrán olvidado. Y así empezaréis desde el principio. Y ése será vuestro resurgir.

El viejo chasqueó la lengua. Empezaba a cansarse.

—Despierta a la niña —ordenó al joven—. Nos vamos.

El joven asintió con la cabeza. Observó cómo el hombre-pájaro se enfurecía. Sus pupilas rojas estaban clavadas en el viejo.

Éste le miraba sin temor.

—¿Crees que no es cierto? —le espetó con furia—. ¿Crees que no es verdad? ¡Contéstame!

—No creo en profecías—. Pese a todo, le seguía molestando hablar.

—¡Estúpido! —el pico lanzaba hilos de espuma y saliva—. ¿Crees que os he hablado para preveniros? ¿Crees que me interesa salvaros?— soltó una risa salvaje y desquiciada—. Nada más hayáis renacido, en vuestra pobreza, convertidos en la sombra de lo que fuisteis, algo sucederá. El universo se tornará, la materia oscura caerá. Ni mis sueños en noches de tormenta pueden prevenir el horror que se os acontecerá. Será el fin. El fin de los tiempos.

—Qué divertido —suspiró el viejo.

—¿Sabes lo que es divertido, carne de cañón? —sus brazos se movieron por el interior del bosque rompiendo algunas ramas que cayeron al suelo—. Lo divertido será cuando os veáis insignificantes, incapaces de hacer frente al caos y al terror. Y entonces será cuando os deis cuenta de vuestro error. Comprenderéis el error que cometisteis al acaparar la Fuente olvidándonos del mundo que os rodeaba. Recordaréis la Plaga, y vuestra vanidad se vendrá abajo. Y tendréis remordimientos. Remordimientos de cuando fuisteis algo y no conseguisteis manteneros. Y entonces, os acordaréis de *nosotros*. De la llanura. De los tiempos perdidos. Y de nuestros hijos.

El hombre-pájaro realizó un nuevo movimiento. Rompió un par de ramas más. Su cabeza se echó hacia atrás y el viejo observó cómo su cuerpo se retorció hasta darse la vuelta. Su cabeza salió de nuevo al exterior, por lo más alto de la copa.

Lanzó un graznido. El viejo le dio la espalda.

—¿Cómo está la niña? —le preguntó, acercándose a las monturas. El cuerpo de la pequeña reposaba en el suelo entre las dos bestias, sus ojos observaron cómo su tronco ascendía suavemente a cada respiración—. Ayúdame a subirla —le ordenó al joven, situado tras de él. Acarició los cabellos que colgaban de la cabeza de la bestia situada a su izquierda y tras un cansado ronroneo empezó a incorporarse—. Vamos, ayúdame— le repitió, cansado.

Le molestaba que no le prestara atención. Volvió la vista hacia su discípulo.

Se hallaba atónito, a un par de metros delante de él.

Observando el árbol.

El segundo graznido del hombre-pájaro fue más grave que el anterior. Su cabeza se movía hacia arriba, hacia el cielo azul sin nubes de la llanura

sin fin. Furiosa, vengativa. El viejo la observó y la observó cuando graznó por tercera vez. Hacia el cielo. Fue entonces cuando comprendió adónde miraba el joven en realidad.

Por si fuera aún más evidente, su voz temblorosa se lo advirtió. Sin poder apartar la vista.

—El cielo... —le informó de forma titubeante—. El cielo...

El viejo no dijo nada. Aparte de la molestia, no serviría de nada.

De modo que sólo se limitó a mirar.

Se aproximaban desde la lejanía del firmamento, y en la claridad tras la tormenta nocturna se apreciaban bastante bien, pese a la distancia que les separaba y que disminuían con acelerada rapidez. Al principio parecían únicamente un trazo difuso y oscuro en mitad del fondo celeste. Pero conforme volaban hacia ellos sus rasgos propios los hacían distinguirse unos de otros. Con terrorífica y pasmosa perfección.

La pregunta del joven no se hizo esperar. Aún sin poder apartar la vista.

—¿Cuántos... cuántos son?

El viejo chasqueó la lengua, trató de agudizar la vista. Cuando se le acabaron los dedos de las manos decidió dar una cifra aproximada.

—Una docena. Tal vez más.

El joven consiguió darse la vuelta. Miró al viejo y caminó hasta él. Sin ocultar el enrojecimiento de su rostro. Ni el tono nervioso de su voz.

—¿A cuánto están? —balbuceó.

Las alas ya se apreciaban al igual que las cabezas. Los picos eran la mitad de grande que la de la criatura del árbol. Pese a ello, el viejo creyó vislumbrar el reflejo de sus dientes. Destellos de cuchillas.

—Tres minutos —calculó con voz templada—. Menos quizás.

—Creía que los mutantes eran estériles —recordó el joven, visiblemente alterado.

—Pregúntale a la sirena —le replicó, señalando a la cabeza que sobresalía del árbol.

Tras unos instantes gorgoteando ahora emitía graznidos cortos y silbidos. Parecía que se había olvidado de ellos, que había olvidado su presencia.

Evidentemente, no era el caso.

—¡Sí, maestros! —les chilló, volviendo su cráneo hacia ellos tras otro graznido—. Subestimasteis a la Llanura. Subestimasteis vuestros errores pasados. Y ahora, los hijos de la Plaga cobrarán ese precio. No lo dudéis.

La prole que se avecinaba ante ellos así lo probaba. El joven trató de recuperar la compostura.

—Somos más rápidos. Podemos intentar escapar.

— Los animales aún no se han recuperado. Y menos para otra carrera —el viejo le miró, sereno, impávido—. No duraríamos más de media hora bajo su rastro. La llanura es demasiado grande.

El joven resopló. El viejo apartó la vista del cielo de una vez por todas.

—Saca tu daga —le ordenó. El metal brilló nada más salir de su cinto. El viejo le acompañó al instante—. Ante todo irán a por la niña. Volarán bajo, en picados cortos. No son tan estúpidos para atreverse a aterrizar. No se lo permitiremos.

Volvieron junto a las monturas, se colocaron frente al cuerpo aún dormido.

Esperaron.

Pero no mucho.

Atacaban de frente. El viejo lo supuso al principio y lo supo al observar cómo descendían los dos primeros a cien metros de distancia, raspando el suelo de la llanura. El resto continuó en lo alto, realizando círculos.

A la espera.

—¡Estad preparados! —escuchó que les chillaba el hombre-pájaro.

El viejo ignoró sus palabras. Sus ojos estaban puestos en las dos criaturas. Sus zarpas rozaban el suelo y sus alas aprovechaban el escaso viento para ir a toda velocidad. Como proyectiles lanzados a presión hacia ellos. Listas para demoler a su paso. Sin contemplación.

—Ocúpate de la de la derecha —le susurró al joven al observar que se dividían—. Levanta el *Kasjar-Narl* nada más pasen.

Escuchó cómo asentía pero continuó sin apartar la mirada. A menos de diez metros se dio cuenta que había subestimado su tamaño. Eran demasiado grandes.

Cuando se dio cuenta dos ojos rojizos estaban frente a él. La criatura no aminoró la marcha, embistió con el pico, rabiosa. El viejo giró su tronco agachándose, sin dejar desprotegida a la niña. Sintió el aliento ácido de la boca de la criatura y cómo ésta inclinaba la cabeza tratándole de darles caza. Por suerte fintó con suficiente velocidad, y cuando la bestia quiso darse cuenta ya los tenía debajo de su tripa. El viejo hundió con fuerza la daga, dejó que su propio movimiento le abriera una brecha.

Inmediatamente toda su carne estalló en llamas. Su cuerpo transformado en un meteoro ardiente continuó hacia delante. Pero el viejo ya no le prestó atención.

No demasiada.

Se incorporó con rapidez, comprobó que el cuerpo de la niña continuaba intacto. Miró hacia la izquierda, hacia el joven. La segunda criatura había pasado de largo sin que pudiera herirla, y continuó en su trayectoria rasa hasta dar con los restos ardiendo de su compañera. Una vez entonces se alzó hacia el cielo junto al resto que los contemplaban sobrevolando. Expectantes.

En cuanto se reunió con ellas, cuatro iniciaron el descenso. Pero el viejo ya no le prestó atención. Ni siquiera acaso le importó.

El joven estaba sangrando.

Le había alcanzado con alguna de las garras y su túnica se teñía de rojo desde el hombro extendiéndose hasta la cintura. Su daga estaba en el suelo, caída, inofensiva.

—No les estamos impresionando mucho, ¿verdad? —masculló, dolorido.

—No —le respondió el viejo recogiendo el arma. Al dársela hizo que apretara la empuñadura, sujetándole la mano con fuerza—. ¿Puedes seguir?

—Lo intentaré.

Los graznidos de la nueva ofensiva empezaron a oírse. Volvían a atacar de frente al igual que los anteriores, a toda velocidad. El viejo maldijo en voz baja. Levantó la daga.

—Lo harás —le corrigió.

Lanzó una estocada al aire, tragó saliva.

Sus ojos observaron el impacto de las garras y picos incluso antes que se produjera. Sus piernas se aferraron al suelo. El filo de su daga

desprendía pequeños hilos de humo que se desvanecían en el aire. Estaba fría.

Volvió a calentarse con rapidez.

La niña no era consciente. La niña estaba soñando.

Soñaba con luciérnagas.

Luciérnagas pequeñas, diminutas. Luciérnagas que se movían por el cielo en un amplio círculo en torno a ella. Luciérnagas con alas, luciérnagas con dientes.

Criaturas extrañas.

La niña lo observaba todo como si estuviera inmersa en una burbuja de agua. No del tipo de agua con la que la bañaban en casa. No ese tipo de agua. Agua fresca, cálida. Una burbuja de calor. A través de ella observaba los juegos de luces que se producían en el exterior, en el frío, frío exterior.

Pero también veía sombras.

Sombras extrañas.

Siluetas deformes que arremetían contra ella. Con dolor, con rabia. Por venganza, por furia. ¿Por qué lo hacían?, se preguntó la niña. ¿Qué estaba sucediendo?

La niña no era consciente. La niña no conocía todas las respuestas.

Sólo sabía que estaba lejos.

Lejos de casa.

Sabía que en casa había estado aprendiendo las danzas del agua junto con los maestros, a la orilla del agua en la diminuta playa de arena. Luego la habían bañado, su decimotercero baño en lo que iba de día. Había permanecido quieta, con los ojos abiertos, totalmente sumergida al igual que el resto de los baños. Su cuerpo había comenzado a estremecerse, y había sido en ese instante, allí, en la soledad abisal, cuando había empezado. Empezado con las visiones.

Al principio no había sido diferente. Los mismos destellos, los mismos astros. El cosmos se había abierto ante ella con la misma e intuitiva rapidez. Sus pupilas se habían llenado de galaxias anaranjadas y turquesas, planetas desconocidos se habían abierto ante sus ojos, regiones del espacio. *Improntas.*

Pero algo había pasado. Algo extraño. De pronto las visiones habían sido demasiado fuertes, demasiado rápidas. De repente había sentido como si hubiera dejado de tener el control del viaje, como si una fuerza externa tirara de un hilo invisible arrastrándola consigo. Las estrellas se mezclaban unas con otras ante sus ojos.

La alejaban de casa. La arrastraban hacia más adentro de la materia oscura.

Y entonces recordó que sintió miedo. Un miedo atroz. Se sintió atrapada, presa del mismo tipo de fuerza que ella había invocado pero que ahora le era imposible controlar.

Cerró los ojos.

Y decidió irse.

Dentro del agua había sentido frío, frío glacial. El frío del Agua.

Cuando había despertado se había encontrado pisando tierra seca, trozos de hierba quejumbrosa. Había levantado la vista y se había encontrado en mitad de ninguna parte, bajo un cielo abrasador. Ya

entonces había comprendido cuán lejos había llegado a parar en esta ocasión.

Ya entonces se sintió perdida. Como ahora, observando ajena los fuegos que explotaban en sus retinas.

Una llamarada pasó muy cerca de la superficie de su burbuja. Brilló con intensidad durante unos instantes hasta que se perdió en la oscuridad.

Casi estuvo a punto de despertarla. Pero no lo hizo. Pese a todo, continuó sin tener miedo.

Y continuó dormida.

El viejo escupió al suelo. La daga estaba al rojo vivo. Los restos de la última criatura afortunada se esparcieron en forma de una nube de cenizas sobre su cabeza. Su rostro se llenó de mugre, se limpió la cara con rapidez.

Miró al joven, arrodillado en el suelo, en una pose lo suficientemente disimulada para fingir una posición calculada, estratégica. El viejo observó el hilo de sangre que ya le llegaba a la altura de la pierna. Pero no dijo nada.

Acababan de matar a dos. El par restante apenas había tratado de embestirles. Únicamente se habían procurado alcanzar una de las monturas.

Observaron cómo se llevaban al animal por los aires, sujetándolo por el cuello entre ambas. Los colmillos de la bestia trataron de zafarse de sus captores, los guardianes escucharon cómo gemía nada llegaron al círculo donde el resto de hombres-pájaro les esperaban.

Una vez allí tan sólo se dedicaron a descuartizarlo y a pasarse los restos por el aire. Les dio suficiente alimento para todas.

El viejo rió, pese a todo.

—Al menos recuperarán energía.

Más que una molestia esta vez fue un suspiro de agotamiento. El animal que quedaba junto a ellos gimió, asustado. El joven lo calmó a base de acariciar los cabellos que le cubrían la cabeza.

—¿A qué esperan? —le preguntó al viejo, desesperanzado.

El círculo de criaturas no se había apresurado a enviar una nueva embestida. Permanecían a la espera, silbando.

Expectantes.

—Deben de estar pensando en atacarnos a la vez —supuso el mayor, apoyándose levemente en la tierra—. Saben que ya no podemos escapar.

Y estaba en lo cierto. Observaron cómo empezaron a descender lentamente, ampliando cada vez más el radio de la circunferencia. Escucharon sus graznidos de furia.

El hombre—pájaro, desde el árbol, volvió a maldecirles.

—Los hijos venideros que pasen por estas tierras, se preguntarán, hablarán entre sí. Y recordarán con miedo los desechos de la llanura, los desechos que ignoraron durante tanto tiempo. El resultado de la Plaga que acabó con el bosque. Y sabrán que nunca tuvieron que dejarlos a su suerte. Que nunca debieron condenarles.

El viejo ignoró el soporífero comentario. El fuego que quemaba el árbol había alcanzado ya las primeras ramas y muy pronto dejaría de tener fuerzas para contenerlo. Sus graznidos de aviso debían de haberlo cansado aún más.

Se incorporó con dificultad y observó a la niña.

Continuaba durmiendo.

—No lo conseguiremos, ¿verdad? —le preguntó el joven—. Llevarla de vuelta, quiero decir.

El viejo volvió a reírse en voz baja mientras sacaba su cantimplora y acababa con las últimas gotas. Las criaturas, desde el cielo, empezaron a cercarlos.

—¿Vamos a conseguirlo? —le repitió con voz cansada—. Dime, ¿vamos a hacerlo?

Pensaba obviar la pregunta al igual que la primera vez. Pero no quería ser pesimista. Le miró y volvió a sonreír.

—Claro —le mintió— ahora pégate a mí, junto a la niña. Y prepárate. Nos van a dar por todos los lados.

No se equivocaba. Ni lo más mínimo.

Los ojos cansados del viejo observaron cómo formaban tres líneas y cómo descendían a toda velocidad al mismo tiempo, en picado. El joven le susurró algo, pero no se dio la vuelta. Ya no pudo apartar la mirada.

Ya no.

Las figuras le cegaban la vista al estar contra el sol. Tan sólo podía atisbar las siluetas negruzcas lanzándose hacia su cabeza, y podía saber cuán cerca estaban por el sonido de sus alas contra el viento, y por los graznidos y el silbido de sus mandíbulas.

Cerró los ojos. Esperó el momento justo, hasta casi sentir que los tenía encima. El joven volvió a llamarle. El viejo, de nuevo, no contestó. Ya le había contestado a suficientes cosas.

— *Kasjar-Narl* —musitó tan sólo para sus adentros.

Alzó la daga y sintió cómo cortaba un ala. Giró el tronco, dio dos pasos hacia atrás y se dio la vuelta haciendo una vuelta invertida de aspa. Un chasquido frente a él que pronto se convirtió en una explosión de cenizas. Abrió los ojos.

La criatura que tenía tras de sí se consumía en la tierra con una extremidad en falta. El joven maldijo, él en voz alta. El viejo tan sólo tuvo tiempo de moverse hasta llegar donde él y de partir en dos una de las bestias que se lanzaba hacia su espalda. Giró de nuevo su tronco, de nuevo tan sólo tuvo tiempo de contemplar, de observar durante un corto instante el cuerpo del joven, tendido en el suelo. Derrumbado. Inmóvil.

Escuchó tras de sí unas garras que lo empujaban, y cuando quiso darse cuenta estaba derribado en el suelo. Notó cómo se fracturaba la rodilla ante el peso de una de las criaturas sobre su pierna. Chilló de dolor. A ciegas lanzó una estocada hacia arriba, con la suerte de decapitar la garra que le mantenía preso. Dolorido giró por la tierra para que no le alcanzaran las llamas. Sintió la ola de calor en la cara.

Todo pasaba deprisa, demasiado deprisa.

Se acercó hacia el cuerpo caído del joven. Gemía de sufrimiento, pero estaba vivo. Vivo. El viejo observó con horror la herida en forma de flecha que le recorría la cara, llena de sangre. No tuvo tiempo de hablar.

Escuchó cerca la montura, enloquecida, corriendo de un lado a otro, intentando huir de las criaturas. Una de ellas se hallaba con las garras casi acariciando su piel. El viejo la observó a tiempo, alcanzó la daga del joven arrojada en el suelo y se la lanzó con fuerza. La criatura se convirtió

en una bola de fuego y cayó en algún lugar fuera de su alcance. Al viejo ya no le importó.

En todo aquel caos, buscó a la niña. Cuando la encontró soltó una maldición ahogada.

Dos bestias se acercaban hacia ella. A vuelo raso. Listas para embestirla.

El viejo se incorporó con dificultad. Una tercera criatura le alcanzó en un vuelo raso y lo arrojó a unos veinte metros de distancia. Al caer desde el aire notó que toda su pierna ya no le obedecía. Se dio la vuelta, incapaz, furioso.

Sólo tuvo tiempo de observar la colisión.

Luego cerró los ojos.

La niña no tenía miedo. La niña sólo estaba soñando.

Las llamas empezaban a acorralar su burbuja. Llamadas inmensas, explosiones de color. Todo se había vuelto difuso, borroso. Difícil de explicar.

La niña no tenía miedo. Aún no. La niña era valiente, era una niña diferente al resto. Ya en casa le decían que era demasiado impetuosa para su edad, demasiado temeraria. Aquella no había sido la primera vez que se había escapado, aquella no era la primera de las muchas transportaciones que había realizado en su corta infancia.

Pero sin duda había sido la más arriesgada. Si de algo estaba empezando a estar segura es que había aparecido muy, muy lejos de casa. De Puertas Sagradas.

Y ahora estaba perdida. Perdida en sueños terribles, en pesadillas.

Pero la niña no sintió miedo por eso. La niña no solía temer las cosas reales que la rodean. Tan sólo temía las visiones y aquella visión agotadora que la había arrastrado por el cosmos.

Por un instante la recordó. Recordó la visión.

Todo su cuerpo tembló con fuerza.

La niña no tenía miedo. Pero sí que lo tenía. Allí, sumergida en la Fuente, había tenido miedo. Había sentido miedo. Y por ello había huido, se había alejado lo máximo posible.

La niña era una cobarde. La niña se acaba de dar cuenta.

Había huido. Había desobedecido las órdenes de los hermanos. Le habían hecho prometer que nunca más lo haría, que nunca volvería a escapar. Pero les había fallado y había incumplido su promesa.

Y ahora estaba allí.

Viviendo en sueños.

Una bola de fuego volvió a pasar delante de ella. Su cuerpo volvió temblar. El destello brilló con intensidad encarnada en sus pupilas y esta vez tardó mucho más tiempo en apagarse. La niña empezó a tener miedo, miedo de verdad. Pero lo cierto es que siempre había tenido miedo, miedo desde el primer momento, terror y desconcierto desde que conoció la Fuente. Miedo durante toda su vida.

Miedo a perderse.

Y la niña lo comprendió, y lloriqueó por esto, sollozó por tener miedo. Sollozó por ser tan cobarde. Y por saberlo. Por ser consciente. Por estar soñando y estar expuesta a las luces extrañas, a las sombras.

Su mente empezó a alterarse, sintió cómo el descubrimiento del miedo le impedía estar tranquila y sosegada. Un nuevo destello volvió a sacudirla.

El terror se había adueñado de ella, siguió sollozando. Sollozaba con fuerza, sintió en su sueño cómo los ojos se les enturbiaban por las lágrimas y cómo su visión a través de la burbuja se hacía cada vez más y más turbia. Las sombras y las luces se mezclaron, todo se convirtió en algo complicado e imposible de definir. Y se lamentó por ser tan débil y tan cobarde, y de su propia existencia, de sus propios pensamientos, y de que soñara tanto tiempo, y de que apenas prestara atención a los hermanos, y de que las luciérnagas se hubieran marchado nada más verla, y del extraño ser que se había acercado con intenciones extrañas. Su mente se aceleró más y más, ante ella pasaron los niños de la Fuente, las galaxias, los cometas, los astros, las estrellas. Y volvió a lamentarse de todo otra vez, y otra, hasta que no le quedó nada más de lo que hubiera lamentarse, hasta que se hubiera despellejado su memoria y una pregunta, la pregunta, surgiera de repente en su cabeza, como una solución premeditada, extrañamente optimista. Y pura.

Bien, tonta. Y ahora que has llorado suficiente, ¿qué vas a hacer?

La niña abrió los ojos. La niña era consciente.

Las dos criaturas se acercaban a ella a toda velocidad y sus picos estaban abiertos y mostraban dientes afilados como cuchillas. Pero no sabían que estaba despierta.

Extendió las manos hacia ellos.

La explosión interna de sus cuerpos apenas hizo ruido. Ni tan siquiera hubo tiempo para las llamas.

Simplemente, explotaron.

La niña se incorporó, aún con las manos puestas sobre las nubes de cenizas. Rígida. Fría. Escuchó unos graznidos y silbidos de terror sobre su cabeza.

Levantó hacia arriba la vista.

Seres extraños, sombras extrañas. Como en su sueño, pero esta vez ya no se acercaban. Se alejaban, ascendían a toda velocidad. Se hallaba en mitad de ninguna parte y el cielo era azul, radiante.

Tosió. Su vestido estaba manchado de barro. No le importó.

Con la vista puesta en el firmamento alzó las manos. Sin miedo. Sin pavor.

Como una paleta de colores el cielo dejó de ser únicamente azul. Líneas naranjas empezaron a dibujarse, trazos líquidos que descendían con lentitud, lenguas de fuego que caían despacio acompañadas por graznidos ahogados que muy pronto dejaron de escucharse.

La niña se mantuvo impávida observándolos. Los pequeños trozos de fuego brillantes que planeaban hasta el suelo les recordó algo.

Luciérnagas.

Los escombros empezaron a caer sobre ella y alrededor. Calientes, una lluvia cálida. Le gustaba el calor. La niña dejó que le cayeran hasta que empezó a oír de nuevo graznidos. Graznidos fuertes, de rabia.

Giró hacia la izquierda.

Un árbol ardiente. Una criatura guarnecida entre las sombras de su copa.

Recriminándole.

—Mis hijos...—gritaba—. ¡Malditos, hijos de la Fuente! ¡*Ashmen-Rak*! ¡Monstruo! ¡Monstruo!

La niña dobló débilmente la cabeza. La distancia que les separaba era muy grande, y el árbol grandioso, ocupaba toda su visión. Parecía difícil.

No lo sería.

Extendió las manos.

La primera embestida fue brutal. Las ramas de los árboles se inclinaron hacia atrás por un viento incontrolable. El fuego inundó al instante al árbol y lo convirtió en una titánica antorcha. El calor desprendido por las llamas le llegó a la cara de la niña. Pero no le preocupó.

La criatura del interior aullaba de dolor. Su cuerpo trataba de romper las ramas carbonizadas que lo aprisionaban pero todo su cuerpo ardía, también. Los graznidos se fundían con el crepitar de las llamaradas. A la niña siguió sin preocuparle. Continuó con las manos extendidas.

La segunda embestida casi levanta el tronco del suelo, casi arrancando el árbol y separándolo de las raíces profundas que lo mantenían firmemente sujeto en la Tierra. Pero no quiso hacerlo.

La masa negruzca que se retorció de dolor entre las llamas había cesado de gritar y un instante después dejó de moverse. Y fue entonces cuando la Niña de la Fuente decidió bajar las manos. Y ver lo que había hecho.

El árbol se había transformado en un inmenso faro de fuego cuya columna de humo se elevaba sin aparente fin por el cielo. Un destello incontenible que permaneció reflejado en sus ojos, y que decidió retener manteniendo la vista, dejándose iluminar por la luz de la purificación, el miedo que había liberado, el resultado de su terror al dejarlo liberar. Y continuó mirándolo. Disfrutándolo.

—Brilla como las luciérnagas —consiguió susurrar al ver al hombre que se venía desde su izquierda, arrastrando la pierna con dificultad—. Como luciérnagas.

El viejo decidió no detenerse. Pasó de largo hasta llegar junto a la montura agotada por el ataque, hasta llegar junto los restos calcinados de las criaturas cuyas cenizas esparcía el viento.

Hasta llegar al joven.

—¿Ha sido ella? —le preguntó cuando movió su cuerpo ya consciente. La herida aún sangraba por su hombro y el viejo comenzó a realizarle el torniquete—. Dime, ¿ha sido ella?

El viejo no le respondió.

Ayudó al joven a subir a la bestia. Alcanzó su daga que yacía en el suelo y se la tendió mientras intentaba mirar la cicatriz que le atravesaba el rostro en dos. Luego avanzó los metros que la separaban de la niña, y luego tan sólo esperó al momento oportuno. Su cuerpo pequeño contemplaba con tanta fascinación el fuego que le fue difícil encontrar el momento de interrumpir su visión. Pero lo hizo.

—¿Niña? —la llamó, aún con el sabor de la sangre en su garganta, aún con el dolor de la pierna que arrastraba sin disimulo y el cansancio que soportaban sus piernas—. ¿Niña?

La pequeña se dio la vuelta.

—Luciérnagas —le repitió— como en mi sueño.

El viejo suspiró.

—Llevamos tres días buscándoos tras desaparición— le informó, ajena a su comentario—. Tras buscar en los jardines los hermanos atisbaron que yaceríais en alguna parte de la Llanura Externa —carraspeó la voz—. Somos vuestros guardines.

La niña volvió la vista hacia el último árbol de la llanura. Sus restos empezaban a precipitarse unos con otros, aumentando sin embargo el volumen de la hoguera y las llamas.

El viejo escuchó acercarse al joven tras de sí, subido en el animal.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntó, extrañamente energético. Animado pese a sus heridas—. Esa criatura ha hablado de cosas extrañas, de profecías. Hemos descubierto que pueden tener descendencia. Y luego está la niña...¿Es cierto entonces lo que se cuentan que pueden hacer?¿Es cierto que viajaremos por las galaxias?

El viejo maldijo en voz baja.

—Estoy cansado —le confesó únicamente, aunque también le hubiera querido decir más cosas. Hubiera querido decirle que nunca sabrían que había pasado en aquella llanura interminable, que nunca descubrirían quién provocó la Plaga. Pero no se lo dijo. Las preguntas le abrumaban, pero tan sólo era un guardián y no necesitaba respuestas. En tiempos remotos como aquél, las palabras eran vacuas y no merecía la pena perder el tiempo.

De modo que calló. Tocó el hombro de la niña y ésta se volvió hacia él, aturdida por el largo tiempo que llevaba observando la hoguera, ingenua.

Inofensiva.

—¿Qué haremos? —le volvió a preguntar, insistente—. ¿Qué haremos ahora?

El viejo le miró. El joven observó aquella mirada y entonces recordó que debía callarse. Ayudó a subir a la niña consigo en el animal.

—Atravesaremos las montañas —le dictó el viejo—. Al igual que a la salida, dispondremos de la Estrella de la Cúpula como guía de orientación. Será fácil seguir el camino. No nos perderemos.

El mayor cogió las riendas y empezó a nadar tirando del animal, pese al dolor de la pierna y pese que sabía que se iba a prolongar. Descubrió que la niña yacía de nuevo semidormida, pero protegida ahora bajo los brazos del joven que le observaba desconcertado. Sin saber qué decir.

Y fue entonces, y por si quedaba alguna duda, cuando el viejo le contestó.

—La niña está salvo. Hemos cumplido nuestra misión —carraspeó la voz, tosió, miró hacia atrás, hacia las llamas del árbol que tardarían horas en apagarse y hacia los misterios que escapaban a cualquier explicación. Y por último, le miró a él, sonriéndole—. Volvamos a casa.

SETENTA Y TRES SEGUNDOS

Daniel Pérez Navarro

Daniel Pérez Navarro (Córdoba) nació en 1968. Escritor inédito hasta el año 2006, en el que obtiene diversos galardones en premios literarios, como ganador, finalista o mención especial del jurado, tanto en concursos generales como en los especializados en literatura fantástica. A lo largo del 2007 han aparecido algunos de sus relatos en diversas editoriales

Ha editado en la editorial Grupo AJEC el libro «Mobymelville». A él pertenece la siguiente historia.

«Setenta y tres segundos» trata de parodiar la digresión y el humor irónico que tan bien cultivó Herman Melville. Con estas maneras (a su modo, fingidas), narra las desventuras de un mono listo para despegar de un transbordador espacial que se verá atrapado en un curioso bucle y al que aguarda un destino sorprendente.

La explosión

Setenta y tres segundos después de haber despegado del *Kennedy Space Center*, el transbordador espacial explotó, tal y como había sucedido hacía unos años, en concreto un día de invierno de 1986. Entonces, en aquel mismo lugar y tras esos mismos breves segundos, uno de sus cohetes propulsores decidió inmolarsse y con él lo hicieron los siete tripulantes. Habían transcurrido veinte años y, como si se tratara del título de una novela de Dumas, la mañana del infausto aniversario despegó una nave que repitió la desgracia. La primera vez que sucedió, se achacó al frío. Agujas de hielo perforaron la piel del Challenger y el combustible escapó a la superficie. Al líquido inflamable no debió de parecerle bien la baja temperatura de aquella mañana, de modo que se produjo un incendio, que se extendió al tanque que almacenaba oxígeno e hidrógeno líquido, una combinación que en cantidades suficientes reventaría los dos polos e inundaría cada chiringuito de playa del planeta. En menos de lo que tardó en explosionar la materia primigenia durante el big bang, el cohete saltó en pedazos, iluminó el cielo y conmocionó a los telespectadores de todo el globo, de manera particular, naturalmente, a aquellos que no se reunían sobrecogidos delante del televisor desde que murió Kennedy o, más recientemente, desde que Michael Jordan encestaba con un desparpajo que sofocaría al mismo asombrado padre de Wolfgang Amadeus Mozart cuando escuchó la primera sinfonía que compuso su hijo a los ocho años de edad.

El Challenger OnO explotó, otra vez, a pesar de que por cumplirse el aniversario de un accidente de tan doloroso recuerdo, las precauciones se extremaron y todo se miró y remiró hasta en los más ínfimos detalles. Al principio, abotargados por lo que sucedía delante de sus ojos, en Houston sólo pudieron abrir la boca para gritar: *¡Oh mierda, mierda!*, pero luego, cuando se fijaron en el reloj de las imágenes grabadas, que repitieron desde diferentes ángulos lo que había ocurrido, no salieron de su asombro: un transbordador había reventado otra vez, sí, a los veinte años de aquel célebre desastre de la aeronáutica, de acuerdo, pero lo hizo a los setenta y tres segundos de haber despegado, como la primera vez, lo que, sin emprender ningún análisis de la situación, parecía burlarse del sentido común e invocar al demonio que administraba las casualidades imposibles.

La explosión de 1986 pasó a la historia porque en ella falleció el primer civil que viajaba al espacio, una maestra de escuela de treinta y siete años llamada Sharon Christa Corrigan McAuliffe, y la segunda pasaría a la historia, si alguien se animaba a desvelarlo, porque en ella falleció un chimpancé llamado Hall, como el celoso ordenador que se volvía majareta en la película de Kubrick. Además del primate, la tripulación la componía una ensalada de nacionalidades, como en los chistes: dos norteamericanos, un brasileño, un español, un francés y un japonés, y en cuanto al reparto de sexos, empataron, si excluimos a Hall del recuento. Puede que estos detalles no fueran los más relevantes, pero el primer comunicado de prensa facilitó sus nombres y nacionalidades antes de contar cualquier otra cosa,

y se calló, al menos al principio, el más llamativo detalle: que el Challenger OnO había estallado exactamente en el mismo momento que lo hizo su predecesor.

Hall, primeros segundos

Cuando el universo es grande, el resultado de los lanzamientos puede predecirse. Habito un universo que se ramifica constantemente en nuevas variantes, de modo que cada vez que ocurre un incidente, por pequeño que sea, como la caída de una hoja, esas millones de posibilidades caben dentro de su Historia, que incluye todas las historias posibles. Lo que quiero decir es que en alguno de esos sucesos paralelos, el transbordador espacial explotará, y en algún otro universo reventará incluso, para regocijo de Mobymelville (*desolación, ruina, tránsito último*, eso sugiere su nombre), exactamente a los mismos segundos que la primera vez.

De modo que yo, primate convidado a esta partida, puedo estallar dentro de pocos segundos, un pensamiento nada halagüeño.

¿Por qué justo ahora me aborda esta preocupación? Cualquiera de estos seis *Homo Sapiens Sapiens* que me acompaña recurriría a la psicología de bolsillo para revelar que se trata de una neurosis, de un temor infundado parecido al que asalta a ciertos pasajeros cuando suben a un avión, pero yo, que aplico otros razonamientos, debo concluir, no sin cierta sorna, que se equivocarían al suponerlo. ¿Por qué? Porque yo, al contrario que ellos, lo percibo.

A Mobymelville.

Está aquí, de visita. Y nunca acude para mirar. Fue él quien sugirió que meditara acerca de ello, y cuanto más lo hago, más me convengo de que va a ocurrir. Explotaré a los setenta y tres segundos. La historia va a repetirse.

Fausto, ópera en dos actos de W.A.Mozart

Ludwig van Beethoven adoraba a Goethe y a su *Fausto*, pero, como en las historias de amor no correspondido, Goethe no guardaba para el de Bonn una estima que pudiera equipararse. De hecho, Goethe opinó que si algún músico intentaba convertir *Fausto* en una obra de teatro musical, sólo Mozart lo conseguiría de manera satisfactoria. Ignoramos lo que hubiera respondido el salzburgués, que entonces jugaba a las cartas en el limbo reservado a los muertos, y que antes de fallecer, en lo que se entretuvo fue en escenificar un mundo de serpientes, flautas con poderes mágicos y cazadores de pajarillos, bastante alejado de las almas vendidas al demonio tan caras a Goethe. El universo debía dar muchas vueltas para incluir, en alguna de sus posibilidades, un encuentro entre Goethe y Mozart que se saldara con el compromiso del primero de componer un libreto sobre Fausto que el segundo musicaría. En alguno de aquellos retruécanos, el diablo protagonista no se llamaría Belcebú, ni Leviatán, ni Pedro Botero, sino Mobymelville. Para mayor gloria suya. La insistencia de aquella criatura pagana venida de lejos en adoptar la fisonomía de alguna deidad de tintes

aciagos de las que poblaban la imaginería de los, entonces, arrendatarios del tercer planeta, rallaba en lo extravagante, y aún así, Mobymelville se esforzó en que el universo se desdoblara una y otra vez, hasta que en alguno de aquellos consecutivos lanzamientos de dados coincidieran todas las cifras. No deja de resultar paradójico que mientras que en alguna de las múltiples realidades de aquel planeta de cubierta azul, a los veinte años del desastre del Challenger ningún transbordador explotara, en otra no sólo sí lo hiciera, sino que repitiese los guarismos, setenta y tres segundos, y que, además, como guinda del pastel, el capitán de la nave llevara consigo una grabación de *Fausto* de Wolfgang Amadeus Mozart grabada por Herbert von Karajan a finales de los cincuenta para el sello Deutsche Grammophon, en la que Elizabeth Schwarzkopf interpretaba el papel de Margarita, Leopold Simoneau, el de Fausto, y Cesare Siepi, el difícil y endiablado de Mobymelville.

Antes de la cuenta atrás

—Control a Challenger OnO.

—Astronauta Uno.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué?

—El brillo dentro de la cabina.

—¿A qué te refieres?

—¿Sucede algo o continuamos con el programa?

—¡Eh!

—¿Qué ocurre en la cabina, Challenger OnO?

—El chimpancé de las narices.

—¿Qué ocurre?

—Nada, continuamos con el programa de lanzamiento.

—Pero ¿qué sucede?

—Hall ha sacado un espejo de alguna parte y está jugando con él.

—Hall no tiene acceso a ese material.

—Pues emplea algo reflectante. Espera, es el traje de Hall.

—Que deje de hacerlo.

—¿Cómo se lo pido? ¿Por favor?

—Haced lo que sea, pero que el chimpancé deje de levantar el brazo.

Nos está deslumbrando.

—Se despide de vosotros.

—Sí, en código morse. Ahora lanza un S.O.S.

—Eso es porque le asusta volar.

—Bien, en serio, Hall no debería poder moverse.

—Ahora lo solucionamos. Astronauta Uno a Astronauta Tres.

—Astronauta Tres.

—¿Lo has escuchado?

—Estoy en ello. Hall está muy nervioso, a pesar de los sedantes.

—¿Está ya sujeto?

—Listo.

—Hall, resignate, te vienes con nosotros a las estrellas.

—Hasta el infinito y más allá.

Los hermanos de Hall

En aquella posibilidad, dentro de todas las posibles que incluía el universo, la madre o el hermano de Hall se llamaba Dolly. La portada de la revista *Nature* del número que salió a la venta en febrero de 1997, incluía una fotografía de Dolly, el ancestro primitivo, en un segundo plano, justo detrás de Hall, el organismo genéticamente idéntico que provenía de una célula de Dolly y que invadía la portada con una expresión que los lectores quisieron leer como triunfante, como si Hall ironizara acerca de la dotación genética de la que presumía Dolly, que se creyó diferente, o, peor aún, única, y de la que Hall descendía, después de que hubieran implantado aquel minúsculo elemento de Dolly en un ovocito enucleado de una raza de chimpancés conocida como Scottish Blackface.

Lo que ya se había logrado con plantas, se logró entonces con mamíferos superiores. Y había que celebrarlo. Y qué mejor ceremonia que incluir a Hall en un programa espacial y compararlo, cuando regresara después de dar un par de vueltas siderales, con alguno de sus hermanos gemelos, igualmente nacidos de una célula de la glándula mamaria de Dolly, de dotación genética similar en todos los casos, según pudieron comprobar los científicos. ¿No se refirió Einstein, para explicar la curva del espacio y el tiempo, al ejemplo de dos hermanos gemelos, uno de los cuales viajaba por el espacio a la velocidad de la luz mientras el otro esperaba en la Tierra? Aunque Hall no viajaría un suficiente número de años ni, muchísimo menos, se desplazaría a la velocidad de la luz, existía curiosidad por contrastar a Hall con sus compañeros de promoción, la quinta de Dolly. A fin de cuentas, con los viajes interestelares, como quien dice, a la vuelta de la esquina, bueno era tener una referencia experimental que certificara que los desplazamientos a través del vacío que separaba la materia de un universo en expansión no provocaban cáncer, ni impotencia en los hombres, ni disminuían la libido, ni, lo más importante, alteraban la configuración genética en modo alguno, ni envejecían tampoco, pues, sobre esto último, aunque los estudios prometían que, en todo caso, los viajes espaciales rejuvenecían a quien se atreviera a lanzarse hacia las estrellas dentro de una diminuta cápsula sin apenas resguardo, casi todos reclamaban una prueba que lo confirmara. Einstein sería un genio, no lo ponían en duda, pero ¿acaso el físico y violinista aficionado navegó por los sistemas solares? ¿Acaso sacó una balanza para pesar la materia oscura? ¿Acaso trató de tú a alguna estrella supermasiva, de las que existían antes de que se formaran las primeras galaxias? ¿Acaso se vio salpicado por los haces de radioondas intermitentes de un púlsar? No, y no, y de nuevo, no, y por último, no. Y allí se encontraba Hall, atado a su asiento del transbordador espacial Challenger OnO, dispuesto a convertirse en el primer clon que viajaba al espacio.

Sin bordes ni fronteras

Hall abrió los ojos. No podía ser. Acababa de morir, envuelto en llamas, una ignición vertiginosa de la que aún creía sentir el calor, y, sin embargo, allí se encontraba de nuevo, en la cabina del Challenger OnO.

—Hall, estate quieto —dijo el Astronauta Tres.

Ese enunciado, según constató, fue lo único que diferenció el primer despegue del segundo, porque todo lo demás sucedió de la misma manera, incluido el estampido que perforó sus membranas timpánicas, entre otros efectos, a los setenta y tres segundos.

Abrió los ojos una tercera vez. Una mosca se posó en uno de sus guantes. Pero ¿cómo habían permitido que se colara una mosca en el interior de la cabina? Intentó, en vano, que atendieran a sus señales luminosas. La nave despegó y estalló a los setenta y tres segundos.

A la cuarta ocasión, aunque ya estaba prevenido y podía tomárselo con más calma, repitió los aspavientos con los que pretendía llamar la atención de aquellos que podían abortar el lanzamiento. Lo único diferente, en esta ocasión, fueron sus premoniciones: la primera vez percibió la presencia amenazante de Mobymelville, que auguraba el desastre, pero ahora, aunque Mobymelville seguía allí, en algún punto de aquella cáustica posibilidad, no se molestaba en advertirle de nada, simplemente se reía. Y a la quinta vez, percibió que las carcajadas de Mobymelville eran tan fuertes que descoyuntarían al entretenido bárbaro. Como a la sexta vez. Y a la séptima, y a la octava ocasión.

La broma

A Hall lo despertó una música suave que reconoció enseguida: el aria del vendedor de almas perteneciente a la ópera *Fausto*, compuesta por Mozart (al menos en aquel facsímil del universo originario), en la que el tenor preguntaba a Margarita si no se embovedaba el cielo en las alturas, si no se afirmaba la tierra a nuestros pies, si no se elevaban los astros inmortales y nos miraban con ojos infinitos y afables, si el sentimiento no lo era todo y los nombres sólo humo, sonidos (a lo que Margarita, con los pies en el suelo, replicó que toda aquella palabrería estaba muy bien, pero que ya la conocía, pues, coma a coma, el cura repetía lo mismo, aunque, eso sí, el sacerdote no pretendía, como Fausto, introducirse en su lecho).

En las horas libres, los astronautas podían elegir entre practicar algún ejercicio o dormir, y cuando escogían esto último, luego los despertaba una música que les sosegaba, como sucedió en ese momento en el que Hall vislumbró las estrellas, hacia las que el Challenger OnO se dirigía, como si la nave pretendiera abrazarlas. El Astronauta Tres, al lado del primate, seguía dormido. Llevaba puesto un antifaz opaco que impedía que los cambios de luz le molestaran. El transbordador nadaba en el vacío, en busca de la estación espacial. Aquella cuenta atrás de setenta y tres segundos formaría parte de una pesadilla provocada, tal vez, por un atracón de cacahuetes.

Escuchó un ruido que le pareció que provenía del tanque externo, lo que era imposible. La cabina en la que se alojaban debió desprenderse del

pesado tanque, que albergaba el combustible criogénico en tres zonas — una con oxígeno, delante; otra con hidrógeno líquido, detrás; y una tercera que los mezclaba y alojaba el impulsor del cohete—. El ordenador tuvo que soltarlo unos minutos después del ascenso, de modo que en el espacio, el resto de la nave, liviana, se impulsaría como una pluma a la que lanzaron a una velocidad de veintisiete mil kilómetros por hora. Sin embargo, volvió a oírlo, un murmullo que sonaba como un ronroneo metálico, como si un gato frotase una uña en el revestimiento térmico del tanque.

Alguien lo llamó. Soñaba.

—Despierta, Hall, salimos dentro de un par de minutos.

—No sé por qué le administran tantos sedantes al pobre chimpancé. Fíjate, apenas puede abrir los ojos.

—Estoy contigo. Ni que fuera a darle una crisis de pánico.

—Deberían sedarme a mí. Yo sí que estoy nervioso. Que despegue el mono en mi lugar.

—Y los demás, mientras, dormimos.

Los seis astronautas rieron, como Mobyemville, que raspó, otra vez, el revestimiento térmico del tanque justo antes de la cuenta atrás. Así, el transbordador no soportaría las extremas temperaturas que se alcanzaban durante el lanzamiento. Aunque durante esta variante, algo más cambió: Hall esperó sin inmutarse el final de la cuenta atrás, que concluyó, como siempre, no al llegar a cero, sino al contar hasta setenta y tres.

Hall, últimos segundos

Después, quizá, durante años, las naves evitarán este lugar. Saltaremos como ovejas necias que siguen a la primera, la cual se despeñó por un vacío sólo porque alguien la azuzó con una vara. A eso lo llaman costumbre, rutina, tradición, precepto, creencia, protocolo, rito.

Atiendan bien, si pueden escucharme: Este viaje inanimado y endeble que nos arrastra, obedece a una voluntad ajena a la nuestra, como si fuéramos insectos que deberían renunciar a cualquier conocimiento, o como si fuéramos aldeanos excluidos de la evolución que aún sostienen velas para alumbrarse, como si no mereciéramos otro destino que tropezar una y otra vez, como si tuviéramos que presenciar cien veces la batalla de Waterloo, con cien desenlaces distintos o siempre con el mismo, como si las chimeneas de Dachau no cesaran de repetir: de aquí no vas a salir sino como humo, como si ciertos olores pudieran olvidarse y no quedara otro remedio que evocarlos en cada giro completo, como si no nos mareásemos ni sintiéramos náuseas, como si un vodevil pudiera calcar la misma frescura que la primera vez que se representó, como si los perros no hubieran aprendido a ladrar y necesitaran un ensayo cada noche, como si Margarita no muriese en cada representación, como si aquel que vendió su alma pudiera comprarla a precio de saldo.

Preparativos antes del lanzamiento.

El chimpancé, durante una de aquellas repeticiones, se soltó de nuevo. El Astronauta Tres no lo había sujetado correctamente y ahora observaba cómo el animal trataba de quitarle un rotulador.

—Estate quieto, Hall —ordenó.

El chimpancé apretó el objeto con el pulgar y el índice y pintarrajeó sobre su traje.

—Hall está juguetón —dijo el Astronauta Tres. Y añadió, dirigiéndose al Astronauta Uno, el capitán del transbordador espacial—: Deberían haberle administrado más sedantes.

—Quítale eso de una vez.

—Ya lo intento —dijo el Astronauta Tres mientras el chimpancé se zafaba de sus manos y terminaba de garabatear.

—¿Lo tienes?

—Sí. Y al mono bien sujeto. Pero deberías darte la vuelta.

—¿Qué ocurre?

—Hall ha escrito algo en su traje.

—Es un chimpancé. No sabe escribir.

El Astronauta Uno se giró para poder ver el traje del animal, como hicieron los otros cuatro ocupantes de la cabina. Podía leerse una palabra, caligrafiada con pulso irregular, cinco letras separadas por espacios en blanco:

D O L L Y

Los seis astronautas se miraron alternativamente unos a otros. ¿Qué significaba aquello? ¿Hall se acordaba ahora de su madre? ¿O era una hermana? ¿Cómo se denominaba aquel grado de parentesco que soldaba una célula de Dolly a los calcos que sucesivamente se obtuvieron a partir de ella?

—Un chimpancé listo —sugirió el Astronauta Uno.

—Por eso viaja con nosotros. Si se desconfigura el ordenador central, Hall lo arreglará antes de que la nave se vaya a paseo —ironizó el Astronauta Tres.

—¿Por qué se acuerda ahora de Dolly? —preguntó el Astronauta Cuatro.

—La pregunta es —intervino el Astronauta Dos— cómo conoce la existencia de un chimpancé llamado Dolly. ¿También tiene conocimientos de biología molecular?

—Todo esto es muy extraño —dijo el Astronauta Tres.

—Control a Challenger OnO.

—Astronauta Uno.

—¿Qué ocurre?

—Hall ha aprendido a escribir.

—¿Qué?

—Ha escrito el nombre del chimpancé primigenio en su traje.

—¿Dolly?

—Sí, y ahora me pide que le acerque una libreta y un rotulador.

—Queda poco para el lanzamiento. Vamos a dejar las bromas para después.

El chimpancé cogió el rotulador que le tendió el Astronauta Uno y empezó a garabatear sobre un papel en blanco.

—¿Challenger OnO? ¿Me escucha alguien? Challenger OnO, ¿qué ocurre? Challenger OnO, ¿me escucháis?

—Astronauta Uno. Hall acaba de anotar algo.

—¿Qué?

—*Fallo en el revestimiento térmico. Escape de combustible.* Eso es lo que ha escrito.

En realidad, el chimpancé anotó tres palabras más que el Astronauta Uno no leyó:

No soy Hall.

Poco después, les comunicaron que el lanzamiento iba a ser abortado, ya que tras revisar el estado del revestimiento térmico, llegaron a la conclusión de que existía un riesgo alto de que el transbordador se incendiase al despegar. Pero, de manera inexplicable, a los setenta y tres segundos de abortar el lanzamiento, el Challenger OnO estalló.

Dolly, ¿Dolly?, al final de la cuenta atrás

De repente, sintió un dolor horrible que lo partía en dos. Y lo hizo. El dolor lo dividió en dos chimpancés idénticos. Primero sintió que se le condensaba la cabeza. Luego se disolvió la cubierta de pelo y piel. Los dedos se multiplicaron, diez en cada extremidad superior, y se escindieron, cinco a cada lado, como una cremallera que se abriera en dirección al hombro. Gritó entonces, salvajemente. A continuación la experiencia se repitió en los miembros inferiores. Luego las vísceras, como pudo percibir por sus abultados movimientos, se duplicaron. Los intestinos hincharon el vientre, ya que apenas encontraban espacio para encajonarse, y cuando parecía que iba a estallar, lo hizo, se rompió, y los órganos se distribuyeron en dos mitades idénticas. Por último, sin revelarse cómo, le invadió un sufrimiento indecible, perdió la vista y dejó de oír durante un minuto, pasado el cual volvió a ser él mismo, y a su lado, reflejando un dolor similar, como en un espejo, se encontraba su doble.

Entonces escuchó su risa. *Tú no eres Dolly*, susurró una voz.

No, no lo era. En aquel ramal del caprichoso y variado universo expansivo, el nuevo lanzamiento de dados deparó una variante que Hall trató de aprovechar: metió a Dolly en su jaula y ocupó la de Dolly. De este modo, supuso, escaparía de la incansable repetición de estallidos, de aquellas dos enumeraciones; la primera, hacia atrás: nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero; *ceeeeero*; la segunda, hacia delante, hasta setenta y tres, ni un segundo más ni un segundo menos; luego, cada una de sus fibras reventaba, con la detonación ardía como Juana de Arco y, por último, o de nuevo, como se prefiera, despertaba en la cabina del Challenger OnO, listo para el siguiente lanzamiento. ¿Resulta extraño que intentara escapar, aunque para ello condenara a Dolly a la suerte que MobyMelville había reservado para él?

Pero a MobyMelville le divirtió la variante de Hall.

Y rizó un nuevo bucle, otra posibilidad en la que Dolly estallaba en la cabina mientras Hall, en el laboratorio, se duplicaba como una célula.

Creced y multiplicaos

Como si fuera un embrión, inmediatamente después Hall volvió a dividirse, al mismo tiempo que lo hizo su doble recién aparecido, de manera que en menos de cinco minutos se juntaron cuatro chimpancés idénticos en el laboratorio, que no jugaron al parchís, sino que volvieron a dividirse, y poco después fueron ocho, y los ocho se convirtieron en dieciséis, los dieciséis en treinta y dos, y los aullidos de sufrimiento, cada vez más fuertes, ya que cada vez eran más las gargantas que los despedían, alarmaron a los hombres que, absortos, contemplaban una y otra vez las imágenes ofrecidas por la televisión en las que el transbordador espacial Challenger OnO explotaba a los setenta y tres segundos del lanzamiento. Los científicos, que no salían de su asombro, vieron entonces aquello que sucedía en el laboratorio, que les pareció aún más sorprendente. Se miraron boquiabiertos unos a los otros, y a los sesenta y cuatro chimpancés, que pronto fueron ciento veintiocho, y esta vez, incluso los hombres escucharon su risotada, la de Mobyemville, que no podía contenerse, como tampoco aquella ramita de realidad del tercer planeta podría contener, en muy pocos días, la proliferación de monos domésticos.

El primero de los dobles se volvió hacia Hall, a su lado, que aún se retorció después de la última división y ya notaba que se aproximaba la siguiente. El primer doble abrió la boca y, sin que nadie le hubiera enseñado a hablar, dijo:

Padre, ¿para esto me has traído al mundo?

Los espejos

Dolly contempló con los ojos caídos el arrancar del sol. Los rayos le cegaron momentáneamente. La visión de la mañana se nubló, adquirió un tono pajizo, de fosforescencias intermitentes y de sorprendente negrura en medio de tanta luz. Acomodó sus pupilas a la nueva gradación de colores y, con resignada calma, esperó. El transbordador iba a comenzar la cuenta atrás. El siguiente lanzamiento.

Pudo contemplar, al desviar la vista hacia la derecha, cómo un pájaro cruzó de derecha a izquierda la cabina. Aunque algún curtido hombre de campo ibérico no habría dudado en asegurar que aquel espécimen que volaba alrededor de la nave —quién sabe por qué capricho— era un gorrión, un *Rufous-collared Sparrow* según los habitantes de Houston, un confiado chingolo para los uruguayos y los argentinos, si es que algún habitante de esos dos países lo observaba también, a Dolly se le ocurrió compararlo a un diminuto fénix de quince centímetros. Porque era eterno. Porque renacía de sus cenizas después de poner un huevo y arder.

Se esforzó en mirar más allá, en descubrir un detalle diferente o un pequeño acontecimiento que hubiera pasado desapercibido durante las repeticiones. Trató de animarse con una idea imbuida de cierto panteísmo: amanecía a diario, y siempre de la misma manera, pero eso no convertía la salida del sol en un espectáculo monótono.

Buscaba algo diferente y lo encontró. Podía llamarse un espejo. Lo colocó Mobyemville, a izquierda y derecha de la cabina. Al principio no identificó

la figura, intangible, nebulosa, pero luego sí. Se trataba de un extraño reflejo del transbordador, o de una alucinación provocada por aquel claustrofóbico encierro, o, por qué no, de una copia de la nave. Y detrás de ella, descubrió un tercer transbordador, y luego un cuarto, un quinto, y siempre, detrás de cada uno de ellos, asomaba uno más, hasta que se emborronaron en un punto distante, como sucedía en los laberintos de espejos, se le ocurrió, en los que su propio reflejo se multiplicaba en infinitas copias, como una pesadilla dentro de otra pesadilla. En cada uno de los idénticos transbordadores distinguió a un chimpancé con sus mismos rasgos, que se desesperaba, o bien lloraba, o reía, o se apartaba de la vista ajena, o mostraba una mirada triste, o esperanzada, o temerosa. Cuando no pudo soportar más la visión, cerró los ojos y esperó el inicio de la cuenta atrás.

Trece

Ocho, siete, seis, cinco...

...Cinco...

...Cuatro, tres, dos, uno...

...Uno... Cero... *Ceeeeero... Ceeeeeroooooo.*

HUITZILOPOCHTLI

TONIGHT

Alejandro Carneiro

Alejandro Carneiro (Ferrol) es un gallego que pasaba por aquí y nos gustó lo que trajo. Disculpen las molestias. También pasa por otros sitios y le publican, así que no es una novedad ver un cuento suyo, incluso le han premiado alguna vez. Todos sus cuentos están basados en casos reales que imagina. No le suelen pagar, pero él acepta donativos en metálico o en especie (sexuada preferiblemente). Le gusta leer a Luciano de Samosata a la luz de una vela, se viste de romano en fin de año, es hincha del Racing de Ferrol y se pirra por los higos turcos.

Un día antes

No me extraña que los hosteleros se quejen ante el ministerio. Los rituales aztecas del dios Huitzilopochtli son una competencia abusiva. No miento si digo que el sábado pasado más de medio planeta se paso la noche viendo el fabuloso espectáculo de los sacrificios. Yo no pude porque la vecina del trigésimo cuarto D me llamó para que le arreglase el mando de la nevera. La pobre ya no sabe qué organizar para verme a solas. Es una maldita pesada con una ansia de emparejamiento tan desquiciada que no le entra en la cabeza que lo nuestro sólo fue una tarde de lujuria en el ascensor averiado, sin más etiquetas. No me vuelvo a liar con solteras que se me abalancen en espacios cerrados. Cientos de millones de personas se quedaron en sus casas con las pupilas pegadas a sus televisores panorámicos, pero yo de estúpido, ajustando un mando ni siquiera estropeado y aguantando otro discurso de amor despedido. Para este fin de semana se anuncia la presentación estelar del futuro programa sobre sacrificios cartagineses al dios Baal, que promete mayores emociones y premios para toda la familia. Incluso se habla de nuevas versiones con extraños rituales orientales bajo el asesoramiento de expertos antropólogos. No pienso perdérmelo y no me extraña que los hosteleros se subleven ni que las cadenas televisivas rivales de Canal ZCO abarroten los despachos de los juzgados con denuncias estúpidas sobre los derechos humanos. Ya no saben cómo impedir el descalabro de sus negocios y el despeñamiento de sus índices de audiencia. Me dan una pena, pero así es la ley de mercado.

En el trabajo aprovecho para hacer decenas de llamadas al concurso. Quiero que me elijan para ser sacrificado algún sábado antes de la primavera, a ser posible en Navidad, cuando el programa lo ve más gente. Me importa un bledo que el día de mañana se quejen a mi jefe de planta por la factura de mi masclétfono los pesados del departamento de control de empleados. Mi jefe es el primero que se anima a llamar, todos en mi sección del edificio nos turnamos en los masclétfonos por orden de antigüedad. No debemos ser los únicos fanáticos por ser elegidos. En dirección deben estar haciendo la vista gorda hasta que pase la moda o puede que estén pensando en descontar el dinero de las nóminas. También puede ser que estén ocupados llamando por su cuenta. Después de todo, quién se resistiría a ser sacrificado en el gran templo escalonado, con sus pebeteros ardientes y sus sacerdotes ensangrentados reclamando tu presencia mientras ondean sus cuchillos de pedernal desde lo alto de la plataforma. Es una tentación irresistible. El mejor fantasy show de la historia. Siempre portada de inicio del Eventos 1º Edición de los domingos.

Mi madre nunca se pudo imaginar semejante espectáculo cuando me contaba los programas que alegraban su infancia. Pensaba que ya estaba todo hecho y que las telenovelas polinesias no tenían rival, que eran insuperables. Siempre decía que un romance de polinesios entre cocoteros, acabado en boda bajo un huracán salvaje que se llevaba volando a la mala de la serie, supera a cualquier partido de fútbol de los que se tragaba mi padre. Pero ahora ya nadie se acuerda de las lágrimas vertidas por

culpa de los amoríos polinesios y los jugadores de fútbol tienen que firmar contratos más reducidos porque se les ve menos cada domingo. Muchas cámaras ocultas los han cazado llorando como críos en los vestuarios. Huitzilopochtli Tonight y sus malas copias arrasan las audiencias de todas las edades y condiciones, sin posibilidad de hacer distingos que alivien conciencias. Es que la televisión avanza que es una barbaridad. Si mi madre levantara la cabeza....

Tengo que reconocer que al principio el programa no me engancho como a la mayoría de mis amigos y gente con la que he hablado del tema. Parecía muy previsible. Se escogen a tres personas por sorteo y se les obliga durante una semana a vivir como conquistadores españoles prisioneros de los aztecas. El último día el público elige a uno de ellos para ser sacrificado a la antigua usanza del dios Huitzilopochtli en una reconstrucción perfecta del gran templo de Méjico. El premio, claro está, es ganarse un puesto en el paraíso azteca y en segundo lugar, pero creo que no menos importante, hacerse famoso en todo el mundo y que hablen de ti hasta el comienzo del siguiente programa. A los perdedores se les regala un simple apartamento y un coche deportivo para que lloren la amargura de la derrota. A primera vista, más bien una curiosidad histórica con ciertos toques de concurso que un programa de entretenimiento. Pero lo sigues una vez y ya no puedes apartar el ojo. Es como una droga sin secuelas. Siempre hay algún concursante que no aguanta la semana e intenta escaparse de su prisión a través del decorado a tamaño natural de la ciudad de Tenochtitlán. El premio por lograr esta aventura es sustancioso, nada menos que presentar las siguientes ediciones del programa hasta que otro tenga tanta suerte como tú. Pero ninguno lo ha conseguido. El presentador y sus guerreros jaguar los persiguen con saña asesina y acaban todos capturados y arrojados al foso de las fieras. Es misión imposible, el truco malvado del programa para concursantes demasiado ambiciosos, pero rezo porque algún día suceda un desenlace contrario. Ojalá un afortunado consiga la proeza de fugarse del decorado y ser el nuevo presentador, pues el actual me resulta un relamido insoportable, es la única pieza errónea del concurso. Se pasa el rato sonriendo bajo su bigote de gigoló de tebeo y su verborrea intrascendente de filósofo de bazar siempre le roba el tiempo de despedida a la víctima del sacrificio. Apenas le suelen quedar cinco minutos para despedirse del mundo después de que el presentador le haga su largo discurso de entrada, que es más bien una alabanza de su propia persona. Un verdadero chupacámaras. Me cae mucho mejor el sacerdote que se encarga de abrir a las víctimas y arrancarles el corazón palpitante. Se nota que lo suyo es por savoir—faire y no alarde de cutis bigotudo y palabrería vana. Es una azteca descendiente de los originales, igual que sus ayudantes, de mirada perdida en otro tiempo de realidades únicas y que no le tiembla el pulso ni le falla la mano a la hora de usar el cuchillo de pedernal afilado. Clavar, abrir y sacar. Con las pausas necesarias para el ritmo televisivo no sea demasiado rápido ni excesivamente lento. Un maestro, el alma mantenedora del show, carente del afán de protagonismo del ubicuo presentador con bigotes imposibles. Aunque, por otra parte, a mí me estremece el verlo tan puesto en su papel de sacerdote verdugo. Tiene que tener hielo en las venas para sacrificar a una persona todos los domingos

sin denotar el menor indicio de duda o aprensión. Yo una al mes podría, como cualquier persona normal, pero una a la semana es para gente con mucho aguante o carácter tirando a salvaje sediento de carne. Incluso creo que no le cuesta nada el abrir pechos como latas, que en sus acciones hay cierto sentimiento de venganza secular, acumulada generación tras generación, porque más de una vez le he visto elevar al corazón arrancado ante la estatua del dios con una sonrisilla satisfecha asomando en su cara goteante de sangre. Para él, aparte de un sacrificio, debe ser también la celebración de que hay un gachupín explotador de menos. Se lo debe pasar pipa en cada programa el muy hijo de mezcal adulterado. Bueno, eso es lo que pienso a bote pronto, no es que sea racista ni un xenófobo de esos. Es sólo una interpretación. Respeto mucho al sacerdote y me cae mucho mejor que el presentador.

Por supuesto, programas de tanto éxito siempre tienen sus detractores. En la oficina tenemos a uno que se pasa el día despotricando sobre los sacrificios. No es que tenga un pariente hostelero o trabajando en una cadena rival de ZCO, el cachalote multimedia, sino que es el típico raro que hay en todas partes. Los que disfrutan al margen del gusto común y se meten de lleno en la adoración de exotismos y el disfrute de trivialidades de esnob. Gente alterna que produce cortocircuitos. Este lo único que tiene de normal es el nombre, Fernando, porque el resto es para dar de comer aparte. No usa corbata ni pajarilla, en los descansos prefiere el té verde al café, lee libros y nunca hace comentarios sobre la mujer del jefe. Siempre filosofa sobre la marginación de las personas en nuestra sociedad y la presión del ambiente sobre la individualidad. Chorradas de radicales universitarios. Además, casi no ve la televisión. Como lo oyen. Nunca ha visto el Eventos 1º Edición. Un verdadero extraterrestre. Por supuesto, un tipo así detesta el Huitzlopochtli Tonight, al que considera una bestialidad típica de la bajeza hipócrita de nuestros tiempos decadentes. A saber lo que quiere decir con eso. Le gusta comentar que los sábados por la noche sale a pasear en vez de quedarse a gusto en casa. En la oficina ha corrido el rumor de que no sólo pasea con nocturnidad, sino que incluso se detiene en bares oscuros a beber cerveza y que fuma a escondidas en parques solitarios. No sabía que aún dieran cerveza en los bares, me da la impresión que los rumores son exagerados, pero no deja de ser un border line de primera. Aunque como sea cierto y lo pille la policía ingiriendo bebidas no recomendadas se le va a pasar la tontería rebelde a porrazos. No entiendo como entró en la empresa. Seguramente gracias a cualquier programa de rehabilitación social para inadaptados, que aún quedan como restos de tiempos más caóticos. Aunque entiendo menos que todavía no le hayan echado a la calle. Quizá los de arriba no sepan que sigue por aquí. Es lo malo de las multinacionales con millones de empleados. Siempre puedes ocupar un despachito entre dos tabiques de formica donde nadie te pregunte qué demonios haces y te puedas pasar el tiempo acelerando la evolución del arte de la papiroflexia. Tardan años en descubrirte y al final la culpa es del sistema informático, que también tiene sus momentos de delirio, y te dan excusas e incluso te indemnizan por el daño moral causado a tus ganas de estabilidad laboral. Fernando lleva dos años vegetando de esta manera al lado de mi despacho. A veces levanto la cabeza para echar una ojeada de vecino curioso a su rincón. Siempre lo encuentro vagueando

con el ordenador o peor aún, leyendo un libro. Según la teoría de la esbelta Antonia, la secretaria del subdirector de planta, Fernando es un infiltrado de los directivos. Un topo vigilante del personal. Hay que tratarle bien y tenerlo contento en los intermedios del café, aunque le guste dar la nota con su taza de té verde. Creo que la Antonia se engaña a sí misma y se deja llevar por los vericuetos de su vena tierna. El Fernando sólo es un tipo estrafalario, un inmaduro con buena pinta, cuyo aire de niño perdido despierta el lado maternal de las mujeres responsables. Detesto que le guste. Pero la Antonia ya se dará cuenta de que con el Fernando no tiene nada en común.

Vaya, estoy cayendo en la charla de cuestiones del trabajo que no deberían importarme lo más mínimo. Pues estoy convencido que en menos de un par de semanas me llamarán al concurso y que estos cotilleos se convertirán en tonterías lejanas. Ayer visité a un tarotista experto, de los que salen por la televisión. Me costó medio sueldo mensual, pero como si fuera toda mi fortuna. Me dijo que no necesitaré de más dinero en corto tiempo, que las cartas anuncian mi futura fama sobre una gran plataforma ensangrentada. Más claro es agua de manantial. Me siento muy ilusionado por el aviso. Les puede parecer de idiotas que crea en las incertidumbres de la adivinación, pero un sexto sentido me anuncia desde mi infancia que conmigo funcionan las reglas del destino, que soy una pantalla encendida que despierta en la gente una sensibilidad especial con la que puede ver los rasgos del porvenir que en otros se ocultan. Mi madre siempre me veía como un futuro oficinista. Lo tenía muy claro. Es que se te ve de una ojeada, mi niño, acabarás en un despacho haciendo informes como el apagado de tu padre, tus abuelos y los calandracas de tus tíos. Te miro y veo un formulario con patas. Has nacido para vivir entre grapadoras y aire acondicionado, sólo espero que no esté contaminado de hongos. También la tía Engracia predijo que me rompería una pierna antes de llegar a la edad adulta si seguía empeñado en mi manía de trepar por la secuoya gigante del parque. Cosa que ocurrió la víspera de cumplir quince años, pero se me rompieron las dos piernas. Es un trauma que todavía no he superado. Me molesta recordar que no llegué por poco a la primera rama. Pero bueno, no se puede tener éxito en todo lo que uno emprende. Mi amigo del colegio, Roberto, siempre me avisaba de que una voz interior le decía que más tarde o más temprano romperíamos nuestra amistad por culpa de una mujer fatal, que nuestra relación terminaría como consecuencia de una disputa por celos de efectos imprevisibles. Tomaba sus augurios a risa, los consideraba efectos de su carácter pesimista de romántico desafortunado, pero su voz interior tenía razón. Una mujer peligrosa nos separó para siempre. Una mañana lluviosa a Roberto le atropelló un coche conducido por una recién divorciada. Murió en el acto. Con precedentes como estos es normal que la predicción del tarotista haya de ser tenida en cuenta. Basta con que fuese un poco legal con sus cartas o despierto de mente para descubrir un indicio seguro del porvenir en una persona tan diáfana como yo.

En fin, tengo que mentalizarme que a corto plazo seré concursante del programa más deseado por la audiencia. El destino lo ha decretado. Porque mi madre no captó todo mi futuro, las telenovelas polinesias debieron embotarle el cerebro, sino también vería que no he nacido sólo para seguir

la cadena familiar de oficinistas de multinacional. Mi final es el sacrificio en el gran templo frente a millones de espectadores que comentarán mi vida y envidiarán mi apoteósica muerte durante una semana entera. Excepto los excéntricos como el Fernando. Ojalá le persiguiera la bruja del trigésimo cuarto D para que supiera lo que es sentirse presionado por el entorno y se dejase de tanta filosofía barata.

Por cierto, mañana llamarán a los elegidos del canal ZCO para el programa de esta semana. Quizá soy un apresurado optimista, pero mi intuición me anuncia que el corto plazo para mi elección puede ser de apenas horas. Debido a los nervios esta noche no podía dormir y la televisión no me calmaba como de costumbre. Empeñarme en cerrar los ojos y vagar por la cama adoptando todas las posturas de un catálogo de monos sería inútil remedio. Así que decidí pasar la noche en vela hasta cansarme lo suficiente para echar una cabezadita. La mejor manera de alcanzar ese estado es visitar a mi vecino de descansillo, el ultra Mbotó, que nunca duerme y siempre está dispuesto a soltar su aburrido monólogo sobre los problemas de nuestra sociedad. Sé que los ultras no están considerados una compañía agradable ni aconsejable para gente de bien, pero es que yo, a mi manera, soy bastante tolerante con las ideas políticas de los demás. Por supuesto, soy de centro como todo el mundo civilizado, no piensen mal, pero estoy abierto a la discusión constructiva y a relacionarme con amplia gama de pareceres. Después de todo, me gusta toda clase de canales mientras no abusen de la publicidad.

Mbotó me recibió en su apartamento con su alegría habitual y el desorden como estilo decorativo. Había revistas y panfletos esparcidos en cada rincón, arrugados como si los leyera u ojeara de forma compulsiva y se olvidara de ellos al leer la última línea. Dice que lee libros, pero lo dudo. Se las quiere dar de rarito como el Fernando pero en otro estilo. He oído que los que leen libros cuidan el objeto de sus lecturas, incluso toda la vida, y no los siembran por su casa como si fueran cáscaras de frutos secos que se pisan sin contemplaciones. Mbotó es un poco fantasma, pero es simpático. No puso reparos a mi visita intempestiva. Suele permanecer despierto hasta el amanecer, así que lo encontré hablando en Internet con un grupo de sus amistades de ideas marginales semejantes. Se pasa las noches montando conspiraciones y maquinando un futuro sin inmigrantes ilegales, principalmente australianos. Defiende que la abusiva llegada de australianos en la última década, para ocupar el espacio dejado por los emigrantes a Marte, está aumentando los índices de violencia callejera e incrementando el paro nacional hasta cotas del siglo XXI, pues los europeos de toda la vida no trabajan por el salario misérrimo que aceptan los australianos. Además, hablando sin tapujos, quién se atreve en su sano juicio a entrar en un barrio australiano, si es que te matan por un par de zapatos. Hay cientos de casos de violencia inmigrante según Mbotó. El barrio de La Magdalena, por ejemplo, lleva como cinco siglos de civilizada tradición senegalesa y argelina. Pero desde que los australianos se han instalado con sus enormes familias, su horrible música y sus horrorosas mascotas saltarinas, que lo dejan todo perdido y encima dan puñetazos, el índice de delincuencia se ha disparado a tales cifras que la mayoría de las familias de toda la vida han tenido que cambiar de barrio. Los Hassani, los Ngono Kama, los Pérez Torrecilla, las familias con más pedigrí cuyas

raíces se pierden en el tiempo, muchos instalados en el barrio desde antes de la primera expedición a Marte, han mudado sus hogares a zonas más tranquilas de la periferia. El mismo Mbotó se tuvo que ir de su casa familiar, habitada durante generaciones de Mbotos. Ahora ya nadie cruza las calles del barrio de su infancia para atajar hacia la autopista. El miedo primitivo a los depredadores asoma en la ciudadanía al pronunciar el nombre de La Magdalena. No me extraña que mi vecino defienda la política de poner cuota de entrada a tanta escoria de la antípoda, como él la llama. Dice que si los australianos tienen derecho a expresarse reclamando trabajo él también tienen derecho a pedir su expulsión. Debe estar muy amargado. Normalmente lo están todos los que habitan los retales sueltos de la sociedad y devoran panfletos. Pero como ya he dicho antes, a mí me trata con simpatía y marcado respeto. Será porque soy de los «autóctonos».

Había ido a su apartamento para ver si su monólogo de siempre me daba sueño. Pero tuve que sufrir el suyo y el de sus tres camaradas que estaban conectados a la red. No me transportaron al deleite onírico, sino más bien al hastío profundo preludio de una gran depresión. La dosis de aburrimiento fue demasiada para mi intelecto. Casi acabo solidarizándome con los inmigrantes australianos. Así que viendo lo inevitable de pasar la noche en vela y antes de pensar en el suicidio, me despedí del gentil Mbotó y sus insufribles amigos para volver a mi piso y al menos pasar las horas viendo capítulos grabados de Huitzilopochtli Tonight, que es pasatiempo más gratificante a la hora de devorar minutos de insomnio. Creo que mi decisión fue como un augurio instintivo de la gran mañana que me esperaba. El prólogo ideal y perfecto para asimilar la gran noticia de mi vida.

El día del anuncio

Estaba distraído, disimulando que repasaba un informe de personal. Me acuerdo perfectamente. Siempre retenemos en la memoria las circunstancias que rodean los momentos de dicha extrema. Normalmente nuestra memoria es un archivo informático de caducidad temprana, pero si la felicidad es desbordante, la memoria se convierte durante unos segundos en una pizarra de barro de las que usaban los antiguos que vivían en las pirámides de pedruscos que salen en la tele, que graba y luego al secarse deja inscritos para toda la vida los detalles del momento, por muy ínfimos y vulgares que se nos antojen. Yo estaba masticando la punta de mi bolígrafo electrónico, eran las 8:30 de la mañana en el reloj fosforito de mi mesa y el sol buscaba asomarse en los ventanucos poligonales de las paredes. Meditaba sobre ellos, pues me ha sorprendido desde la más tierna infancia esa manía de reducir las vistas exteriores de las oficinas como si trabajásemos en naves espaciales. Es una moda duradera que han tenido que sufrir la generación de mi padre y la mía. Será porque resulta más fashion y avanzado, estilo colonia marciana de aguerridos pioneros, y te centra más en tus labores a la vez que aumenta la comunicación entre el personal de oficina, pero me choca tanto como los malditos bares con sistemas antigravitatorios de la zona centro; donde acabas persiguiendo el contenido grumoso de tu copa por el techo mientras

chocas con el resto de la clientela, por no hablar de los problemas en los servicios. Es que te pone de los nervios tanto flotamiento, aparte de los cardenales que te propinas. Son modas estúpidas para gente con ganas de que le tomen el pelo. Pero hay que sufrirlas para sentirse bien en sociedad. Toda queja es vana.

Ya estaba pensando en escribir una solicitud para que abriesen por lo menos otro ventanuco en mi piso a la altura de mi despacho cuando sonó el teléfono de mi mesa. Me dio un susto morrocotudo y casi me parto un diente del mordisco que le di al bolígrafo. Llevaba diez años trabajando junto a aquel aparato y era la primera vez que realizaba su función. Hasta ese momento había sido un adorno prehistórico, molesto y carente de utilidad que me obligaba a colocar el teclado del ordenador al borde del precipicio sobre la moqueta. Pero es que no se puede luchar contra la tradición empresarial. El fundador de nuestra multinacional, Don Robustiano, había dejado claro hace unos cuatrocientos años que debería haber un teléfono al lado de cada empleado, con la excusa de aumentar la fluidez de información e intercambio de ideas en la empresa. Era uno de sus lemas más repetidos en los carteles del edificio y por eso desde hacía cuatro siglos no faltaba en ninguna mesa el maldito cacharro bendecido por el fundador. Rituales de las viejas compañías con solera que hay que aceptar como inevitables. Cuantos más años se tiene, más surrealista se comporta uno con el mundo, ya se sea persona o una empresa con millones de empleados. Gran parte de la plantilla pensábamos que los aparatos telefónicos eran meros complementos al mobiliario, sin ningún valor excepto su irritante presencia. La ocurrencia de que pudiesen funcionar resultaba cómica, para algunos incluso siniestra. Se conocían leyendas oscuras sobre empleados que habían recibido llamadas, pero nadie se las creía muy de veras. Una llamada por teléfono es impensable dentro de la lógica, aunque quién no conoce su sonido elemental de las visitas escolares a los museos. Es tan simple como inolvidable. Así que ya se pueden imaginar el nerviosismo que aquel pitido me metió en el cuerpo. Pensé, alhelado, que incluso podría ser la vecina del trigésimo cuarto D que necesitaba verme. Menuda estupidez, pero lo digo para que imaginen el estado de confusión de mi ánimo en ese momento. Todas las mesas cercanas a la mía se llenaron de ojos de búho que se clavaron en mi cara. Por un instante dudé entre meterme debajo de la mesa o salir corriendo pasillo adelante, lejos de aquella pesadilla. Hasta que Fernando me dijo tranquilamente si pensaba descolgarlo de una vez o prefería seguir deleitándome con el pitido insistente. Su aplomo me hizo dar cuenta del ridículo en que estaba cayendo. No pensaba darle la satisfacción a ese raro de esconder el bulto o verme escapar como iguana despavorida. Para retos, yo mismo. Levanté el auricular y contesté lleno de pavor, pero con voz sonora y decidida, un rotundo «¿aló?». Recordaba que se decía algo así al levantar los teléfonos.

Me llamaba el presidente regional de la compañía. El excelentísimo Don Manuel McAllister de Guayaquil. Casi me caigo de mi silla eco—ergonómica. Increíble, un presidente regional llamando a un empleado de oficina local grado tercero de auxiliar administrativo. No me negarán que es más sorprendente que descubrir que funcionaba el maldito teléfono. Debía estar saltándose como treinta escalones del organigrama de la

empresa. Tal imprevisto sólo podía anunciar uno de mayor asombro. Aunque ya me la esperaba con el ánimo de un volcán a punto de despertar de la resaca. Así que no le dio tiempo a Don Manuel para acabar su segunda felicitación. Mi grito atronó en varios pisos y puso los pelos de punta a los ascensoristas. La saliva llegó a la distancia de cuatro mesas y el monitor de la mía destelló como un flash ante semejante descarga de energía contenida. Al fin la intuición se volvía realidad. ¡Me han elegido! ¡Soy el nuevo concursante de Huitzilopochtli Tonight! ¡Uno de los elegidos! Ni que decir tiene que todos los empleados de la planta murmuraron maldiciones de envidia antes de volver a serenarse en sus asientos, recuperar la decencia social y felicitarme con admirada y casi afectuosa educación. Incluso el rarito del Fernando me levantó el pulgar de la mano en señal de enhorabuena, aunque creo que fue en realidad más ironía que fingido cumplimiento. El director de planta me regaló un puro, llevado por la emoción y rompiendo todas las normas antitabaco que defiende en las comidas anuales con la plantilla. Luego soltó un pequeño discurso sobre la fortuna de la gente de su sección como ejemplo de que los buenos empleados siempre son recompensados, ya sea por el prestigioso departamento de cálculo de nóminas o por la providencia divina, que viene a ser lo mismo. Estaba pidiendo un brindis en mi honor cuando volvió a sonar el teléfono. En mi conmoción por el feliz desenlace de todos mis deseos había colgado el auricular al presidente regional sin darle tiempo a felicitarme del todo por mi elección. Un pecado inaudito pero comprensible por la situación, aunque el presidente estaba en verdad muy molesto. Tuve que disculparme anunciándole que sería de las primeras personas que saludaría durante mi estancia en el programa y que la empresa tendría en mí un adalid que dejaría su pabellón bien alto frente a la audiencia. Ganaría el concurso y sería la más barata y mejor inversión en publicidad desde que hace un año copatrocinamos con Pepsi el famoso viaje tripulado de exploración a Plutón. Que en principio no parecía una inversión muy rentable, sino otra expedición de astronautas aventureros a un planeta congelado de escaso interés para el público general. Pero cuando se descubrió que era el hogar de la tribu perdida de Israel, Dios santo, fue la repera informativa, quién no lo recuerda todavía, nuestras acciones subieron hasta arañar la cornisa de la Bolsa. El logotipo de la empresa salió en todos los telediarios de difusión mundial durante un mes. Y cuando el Gran Rabino Plutoniano se ofreció a vender nuestros bizcochos dietéticos a cambio de financiar la nueva sinagoga, llegamos al paroxismo de dividendos. Se cuenta que los beneficios de un solo día dieron para construir el nuevo megacentro de oficinas en Segovia. Desde luego, ahora yo no pretendo devolver a la memoria estos hechos todavía actuales como dando a entender que mi elección para participar en Huitzilopochtli Tonight es comparable. No soy tan soberbio ni persigo mayores méritos. Simplemente lo menciono para que se entienda la alegría con que en mi empresa recibieron la noticia y mi empeño de llegar en el concurso hasta el final. No me rendiría para luego consolar mi cobardía con un miserable apartamento y un coche cualquiera. Sería el elegido para el sacrificio ante todo el mundo y la mayoría de las colonias marcianas. Un empleado de la empresa en la cumbre de la fama universal. En las alturas comprendieron perfectamente mi potencial a corto plazo y

me concedieron libre el día que faltaba hasta mi presentación en la cadena ZCO, el cachalote multimedia. Nunca desde el siglo XXII se habían concedido a ningún empleado un día de vacaciones fuera de los obligados de Agosto.

Aunque mi primera acción del día libre no fue mía, tuve que presentarme ante los periodistas en una rueda de prensa que duró un par de horas. Exigencias de la empresa y la productora del concurso. Pero tras la felicitaciones y preguntas banales de rigor se me concedió unas horas para invitar a cenar a Antonia, ya saben, la esbelta secretaria del subdirector de planta. Es que me encontraba ya capaz de todo y quería disfrutar del instante a lo grande, con la chica más guapa de mi oficina brindando a dos velas. A los del concurso y la empresa les pareció una idea estupenda, pues daba un toque romántico a mi imagen, incluso con matices secundarios familiares muy del agrado de la audiencia. Encima Antonia fue muy amable, se mostró ilusionada y aceptó la invitación, que en el fondo era irresistible. Aunque luego, durante la cena en el restaurante más lujoso de la ciudad, mi idea de una velada íntima se convirtió en un baile de cámaras por delante de nuestra mesa y fuera del escaparate que quizá pecó en exceso de entrometido. No es que me haya molestado tanta falta de intimidad, es el precio inevitable de la fama, pero me irritó de veras que en los pocos momentos de relativo aislamiento que tuvimos Antonia y yo, en los minutos de anuncios, a ella sólo le interesase hablar del Fernando y su maldito té verde. Menuda inoportuna, descubrí enseguida que no tiene ningún tacto con las personas que la aprecian y le dan un homenaje con todo su cariño. Que se quede con su rarito. No tengo ganas de insistir a estas alturas. En fin, porque estaban los periodistas de Eventos 1º Edición a la salida del restaurante, que si no se vuelve a casa en taxi. Que tampoco tenía tiempo para ser un caballero.

Al entrar en mi edificio me encontré con mi vecino Mbotó que venía de plantear revoluciones totalitarias con sus amigos en oscuros rincones. Me seguían de aquella solamente tres cámaras de programas nocturnos, pues ya era madrugada entrante, pero al Mbotó le enfadó mucho su aparatosa presencia. Creo que hasta se asustó del alboroto de los focos. No las dejó colarse en el portal, y les escupió al objetivo que se dedicaran a grabar las tropelías de los inmigrantes australianos, que eso sí que es noticia de interés general, en vez de perseguir a honrados ciudadanos que desean descansar en su hogar. No sé si lo dijo por mí, por él o por ambos. Yo, como estaba alicaído y apático por el desplante de Antonia, no me percaté de la imagen poco correcta que estaba dando Mbotó de mi entorno y hasta solté en murmullo que nos dejaran en paz, como aprobando su discurso xenófobo. Luego me felicitó en el ascensor por echarle agallas a las televisiones izquierdistas y me invitó a su piso a tomar la última copa, que todavía no se iba a la cama, faltaría más, que había dicho lo anterior para desinformar a las teles corruptas que me acosaban, pues en verdad volvía para preparar una fiestecita nocturna fin de noche con una banda de amigos que estaban a punto de llegar; que la madrugada todavía es joven, el ánimo se niega a rascar el colchón, apetece diversión sana y todas esas mandangas que te sueltan los bohemios que presienten la llegada de la apatía diurna. Acepté su invitación, aunque no me encontraba demasiado animado para escuchar su lista de planteamientos radicales y tenía que

pensar en mi ajetreado mañana. Pero era mi última noche en la vida normal, tenía ganas de un poco de desenfreno, que tampoco es pedir mucho.

Al día siguiente me despertó la llamada a la puerta de los delegados del concurso. Me había quedado dormido y las sienes me retumbaban como una maraca electrónica. Un vago recuerdo de haber tomado güisqui en casa de mi vecino, rodeado de más gente y con música de instrumentos histéricos, me rondaba la cabeza sin definirse por completo. También la horrorosa imagen de la vecina del trigésimo cuarto D pegada a mis morros con cara traviesa y una lengua muy larga. Espanto y pesadumbre, preferí no indagar más en mis recuerdos. Menos mal que la bendita resaca me difuminaba lo peor de la noche. Nunca he sido aficionado al alcohol, como buen ciudadano que se precie, pero varias copas de güisqui sumadas a la emoción del día anterior y el champagne—cola de la cena infructuosa con la cursi de Antonia debieron afectarme más de la cuenta. Tampoco recordaba cómo había llegado a mi cama en mi última noche de vida normal. La primera vez que estaba en tal estado. Suponía que me lo había pasado de miedo en la fiesta o lo que fuese el lío organizado en el apartamento de Mbotó y que alguien de loable caridad me había traído a casa. Destellos en mis neuronas de botellas itinerantes, risas femeninas y desenfreno báquico me servían de prueba de que debía habérmelo pasado de juerga extrema, exceptuando, claro está, la pesadilla de mi morreo con la vecina, que no conseguía borrarla y me daba nauseas. Mejor no saberlo todo.

Pero a los delegados del concurso mis explicaciones confusas pero lógicas del retraso no les agradaron. Les pareció una falta de respeto que les abriera la puerta rascándome los tegumentos y en pijama arrugado. Mi análisis psicológico no decía eso. Me vistieron a toda prisa y me sacaron sin contemplaciones a la calle, sin darme tiempo a despedirme de mis cosas. Con el ajetreo casi vomito en el ascensor.

Al llegar a la calle tuve que sortear a una marabunta de cámaras insidiosas que no dejaban de hacerme preguntas estúpidas para rellenar los programas de mediodía. Los del concurso me llevaron en andas hasta la limusina y me arrojaron a su interior como si fuera un peluche. No protesté porque no quería quedar mal ante las azafatas embutidas en cuero y sonrisas picaronas que me esperaban en el interior, que si no, les lleno los nombres familiares de improperios. Hay que reconocer que los de ZCO son un poco brutos, pero saben preparar ambientes. El viaje hasta los estudios de televisión fue muy agradable gracias a las atenciones de la compañía femenina; creo que las dos horas a través de la ciudad me parecieron tan cortas como el tiempo entre dos jadeos después de jugar un partido de waterhockey. Pero me negué a tomar más champagne—cola y, por si me estaban grabando, a cada rato alababa las virtudes de los productos de mi empresa a las atentas azafatas encueradas que no me quitaban ojo. Que no se quejen los directivos por mi comportamiento. A mí no se me sube la fama.

Al llegar a los estudios, me volvieron a llevar de los brazos a hasta una especie de ropero gigantesco del tamaño de un aeropuerto, donde unos tipos de mono rosa me subieron a una cinta transportadora que me fue llevando por diferentes secciones del gigantesco ropero, donde otros tipos de mono rosa me iban desvistiendo a toda prisa y enfundando las diversas

partes del traje de conquistador español, modelo siglo XVI. Al llegar al final de la cinta me recibió un ayudante de realización que me preguntó por mis impresiones sobre la vestimenta y sin darme tiempo a responder dio su visto bueno. Le dije que la armadura me sentaba como un guante, pero protesté porque el casco me quedaba estrecho y apenas se sujetaba en la cabeza. Comentó de forma muy seca que mucho mejor, que así caería con más efecto. No entendí lo que eso significaba hasta que abrieron una puerta y unos tipos de mono negro me arrojaron dentro de ella como un saco de patatas. La sorpresa fue morrocotuda. Entré de sopetón en medio de una batalla bajo un sol ardiente, rodeado y a merced de varios aztecas furibundos, vocingleros y enrabiados, que me miraban con una mala leche evidente desde detrás de sus escudos. Casi creí que eran de verdad. Aunque no me dio tiempo a recuperar el hilo cabal de mis pensamientos. Sentí un fuerte golpe en la cabeza y caí de bruces soltando un lamentable gorgorito. Al tocar tierra, antes de sumirme en la placidez de la inconsciencia, vi como mi casco rodaba perezoso entre los pies de los guerreros. Tenía razón el ayudante de realización, el efecto era muy bonito. Seguro que lo emitirían a cámara lenta en las cuñas del programa. En fin, que ya empezaba el concurso, y conmigo dentro.

El día del sacrificio

Conseguido. Son cuatro sílabas que resumen una semana de duro sufrimiento pero también de alguna que otra alegría compensatoria, que no todo ha sido aflicción y amargura. Podría alargarme en mi propio elogio durante horas, pero tampoco quiero que me tachen de vanidoso, y la verdad, no me queda mucho tiempo. Ya han anunciado el estreno el miércoles del nuevo programa de inspiración cartaginesa: Moloc Insaciable. Ha sido un espectáculo muy bonito, con un grupo de niños bailando de forma muy graciosa la melodía que un coro elefantes barritaba mientras meneaban sus trompas en armonía. El concurso promete emoción a raudales, es todo un punto a su favor el foso de fuego espeluznante que traga entre sus llamas a la víctima infantil ofrecida al dios. Los cartagineses tenían su morbillo a la hora de los rituales. Me da pena dejar este mundo sin poder echarle una ojeada, pero no deja de ser un programa que plagia al verdadero y único concurso de sacrificio que pasará a la historia por mérito propio. El Huitzilopochtli Tonight seguirá marcando la pauta y yo seré parte de su gloria.

El sacerdote está repasando su cuchillo de pedernal en la capilla situada en lo alto del templo y el presentador me indica por gestos que empiece a subir la escalinata, que ya he chupado mucha cámara durante la semana. Será capullo el muy caradura bigotudo y rompedor de espectáculos. Pues bien que se cargó la trama hasta el fondo hace dos días, cuando cazó al iluso de Juan Gustav y dejó a la audiencia sin su ración de aventura. Está perdiendo el norte. No me extrañaría nada que apareciese un día estos apuñalado en su mansión del Caribe por un fan decepcionado. Pero vayamos por partes.

Me caía bien el Juan Gustav. Cuando me desperté en la jaula de los prisioneros fue el que se acercó a preguntar por mi chichón. El otro

concurante, Hassan Ricardo, mostró distanciamiento desde el primer momento. Puede ser que por no perder la concentración y objetivo del concurso, que en una semana y en estas condiciones concedo que es difícil juzgar a las personas, aunque me da la impresión que el Hassan Ricardo no será muy diferente en la vida normal, trabaje en la compañía que trabaje, que nunca lo dijo. Tuve suerte de padecer su desprecio, al público debió caerle más simpático mi carácter optimista y el buen rollito que me surgió con el Juan Gustav. Desde el primer día nos llevamos como buenos hermanos. Encima era administrativo como yo. En una empresa africana de video consolas. Creo que su cercanía a los juegos liberadores de adrenalina acabó siendo el motivo de su perdición. Pensó que su experiencia en el mundo de las aventuras virtuales le ayudaría a escapar y quitarle el puesto al maldito presentador. Desgraciadamente no se dio cuenta que se necesita jugar en el modo Dios para conseguir semejante proeza.

El concurso en sí no fue tan difícil como parece desde fuera. Los aztecas no te torturan en exceso; algún que otro pinchazo con la lanza cuando hay conexión en directo, pero no dejaron de alimentarnos de buenas tortitas de maíz, acompañadas de gran variedad de salsas, frutas y hortalizas que no desmerecen formar parte de menús de postin. Incluso nos dejaban salir dos horas al día a estirar las piernas y desentumecer los huesos, cosa de agradecer, pues en la jaula apenas podíamos estar de pie sin rozar el techo con la cocorota, lo cual producía un molesto sentimiento de claustrofobia durante gran parte del encierro. Por supuesto, esto no es más que un concurso, así que en caso de necesidad fisiológica podíamos ir al servicio al fondo de la jaula, camuflado bajo la apariencia de serpiente emplumada. Un poco hortera y fuera de contexto, pero la intimidad ante todo.

Mi táctica para conseguir el aprecio del jurado popular fue asumir mi papel de conquistador español y mostrarme altanero con mis captores. Llegando al extremo de intentar abrir sus mentes paganas a las bondades del evangelio mediante narraciones de episodios de la Biblia y explicaciones someras de teología. Un papel heroico e histórico que causó la réplica contraria en Hassan Ricardo, que buscó la integración con los aztecas, buscando aprender su lengua y sus costumbres en una pose claramente forzada y bastante ilógica; difícil de comprender si no es producto de la desesperación por ganar el concurso. Resultaba patético que después de un golpe de maza de cualquiera de los guardianes preguntase muy cortés por la palabra náhuatl para «somanta». Poco creíble y bastante ridículo. Hay que conocer al público. Los espectadores quieren héroes altivos, no antropólogos sumisos.

Mientras, el simpático pero optimista Juan Gustav calculaba el mejor momento para fugarse y pensaba una ruta de escape por el gran decorado de Tenochtitlán. Había visto todos los programas de Huitzilopochtli Tonight y estudiado con atención los intentos de fuga de los ilusos con sus mismas ideas. Me dijo que se podía conseguir llegar hasta los espectadores sentados al fondo del gigantesco decorado si en vez de correr por las calles, disfrazarse o saltar de tejado en tejado, se usaban los canales de agua que atravesaban la ciudad. De día estaban llenos de canoas de extras ambientando el decorado en las horas de prime time, pero de noche no había ningún movimiento en sus aguas, eran líneas oscuras y plácidas entre los bloques

de casas, siempre al margen de la atención de los focos. Los guerreros jaguar del presentador lo buscarían por las calles principales, los puentes y los tejados, buscando de forma secundaria los mejores planos de cara a la conexión en directo que se produciría de inmediato. Pero Juan Gustav escaparía por la ruta acuática relativamente corta que tenía memorizada en la cabeza. Estaba seguro que nadando con cuidado durante una noche y regulando las fuerzas llegaría hasta la primera fila de espectadores antes del alba y de que entrasen los extras a trabajar. El maldito presentador de bigote imposible tendría que reconocer su derrota y darle su puesto. Era un buen plan en principio, al menos original en la forma. Pero nunca debió contármelo en la hora de más audiencia, aunque fuese en voz baja. Le traicionó la vanidad. A los pocos minutos supongo que todo el planeta ya estaba apostando sobre su fuga y esa noche los debates en los programas de opinión debieron echar brasas de alegría por semejante caramelo.

Intenté hacerle cambiar de opinión, de veras, no estaba disimulando de cara a la galería mundial para quedar como amigo de buen corazón. Era evidente que su plan se derrumbaría a las primeras de cambio. El programa haría trampas de alguna manera para aumentar la emoción y lo cazarían, o lo haría el mismo presentador, que no se iba a quedar con los brazos cruzados sabiendo lo que pretendía llevar a cabo. Aunque su confesión parecía tan estúpida que seguro que muchos pensaron que haría lo contrario, buscando fugarse de una manera distinta y que su intención al contármelo era despistar y provocar la confusión. Puede ser, es una posibilidad. Pero no creo que fuera tan rebuscado, sino más bien un bocazas. Estaba allí y puedo opinar con argumento. Era un buen chico, pero con el impulso peligroso de tener que demostrarlo a la primera oportunidad y de parecer siempre un pedazo de pan. Aún así, no sabremos nunca qué pretendía, pues no dio tiempo a comprobar la veracidad de su plan. La noche siguiente Juan Gustav comenzó su huida cortando la ligaduras de la puerta de la jaula con un trozo aserrado de hueso a modo de lima. Se despidió de Hassan y de mí con un hasta la vista bastante fuera de lugar y avanzó un par de metros. No avanzó un centímetro más porque los guerreros jaguar le cubrieron con un ovillo flechas en un suspiro. Varias decenas de arqueros se habían escondido en las sombras de los edificios cercanos. El pobre Juan Gustav gritó como un animal durante un par de minutos, no creo que fuera sólo el dolor, pero su alarido fue decayendo en gemido hasta que el silencio cubrió su sombra. El presentador no había querido darle ninguna oportunidad y prefirió curarse en salud acribillándolo como un perro.

Por eso ahora, bajo el gran templo, el público le silba e insulta desde sus asientos. Después de tres días todavía no le han perdonado que su miedo les dejara sin un intento de fuga que había levantado tanta expectación. El pobre no sabe adónde dirigir su mirada de cuervo, le tiembla el bigote y sólo puede indicarme que suba la plataforma de una maldita vez, mientras sus guerreros jaguar se ocultan de nuevo con disimulo en las sombras de la gran plaza, pero esta vez para que no les tiren más botes de Coca-Cola. Yo no hago caso al presentador y me tomo el tiempo que me da la gana. El protagonismo es al fin todo mío. Es el gran momento que he esperado durante lustros de disciplinado anonimato por las calles de la ciudad, puede que desde el comienzo de la monotonía de calendarios

a la que llamo vida. Creo que nací predestinado a ser concursante de Huitzilopochtli Tonight, que mi destino tiene su punto final en lo alto de la escalinata del templo, asomado al mundo entero, saludando a las masas desde la plataforma que me llevará al cielo. No hay nada con más sentido que este instante. Mañana será la portada de Eventos 1° Edición.

Veo en una esquina del público a Hassan Ricardo, con las ridículas llaves del coche y el folleto del apartamento de consolación. Apenas contiene las lágrimas por su derrota. Falló sin remedio al intentar conseguir el objetivo de su vida. El 82% del público votó a mi favor. Yo, en su lugar, me he hubiera suicidado de una manera discreta, antes que cargar el resto de la existencia con la idea de haber llegado tan cerca para ser vencido de una forma tan abrumadora en el umbral de la meta. A su lado veo a mi primo Juanjo, que se ha anotado de gorra al espectáculo como pariente más cercano. Llevo veinte años sin verle, no ha habido comunicación entre mis tíos y yo desde que emigraron a las colonias marcianas buscando futuros imposibles. Pero se aprovecha de los flecos que deja la fama, esa modista siempre despilfarradora en sus costuras. Seguro que mañana sale en un par de entrevistas. También veo a Antonia, que me saluda con admiración, sentada junto al rarito de Fernando, que se ha traicionado aceptando venir rompiendo con sus ideales. Es cierto lo que dicen los viejos, que el amor puede con todo, incluso la dignidad. Aunque me resulta más extraño no ver al ultra Mbotó; podía permitirse el gesto de venir para despedirse de un amigo, no creo que haya australianos en producción que le destrocen el día. En fin, al menos es un alivio que no aparezca la insoportable del trigésimo cuarto D.

La escalinata termina. He llegado a lo alto de la plataforma y me giro para saludar a todo mi pasado. Me enmarcan dos grandes pebeteros de imponente fumarola y la plaza extiende a mis pies una alfombra de cabezas que reclama la sangre de mi sacrificio. Todo es pequeño bajo mi mirada. Delante, cientos de extras aztecas chillan pidiendo la presencia del sacerdote. Al fondo, el público del programa contiene la respiración bajo los focos de las cámaras. Me quito la camisa arrugada y me dejo sujetar de brazos y piernas por los ayudantes del sacerdote, que me acuestan en la piedra de los sacrificios. Su contacto es duro y pegajoso, me da la impresión que no la limpian después de cada programa. Pero no es momento para pensamientos de tanta banalidad. Hay que pensar en la gloria. Evitar no sufrir la traición del instinto de conservación y que se fastidie el asunto en el último momento. He visto en emisiones anteriores como algunos ganadores perdían los nervios de forma vergonzosa cuando el sacerdote levantaba el puñal de pedernal sobre su cuerpo, retorciéndose como gatos acosados en un vano intento de escapar del golpe. Puro instinto dominante y relajación del espíritu racional. Es un comportamiento que recibe al día siguiente críticas tremendas en los talk—show más vistos de la franja nocturna. Mi último deseo es no acabar así, entre berridos y convulsiones cobardes. Hay que recibir la muerte con la sonrisa irónica de los héroes.

Los tambores retumban en la lejanía, es el anuncio de que el sacerdote va a salir de la capilla del dios Huitzilopochtli para completar mi destino. Llega el sacrificio ritual, el pedernal liberador que me llevará a la inmortalidad. Millones de ojos me contemplan tendido a las puertas del martirio. Ahí sale el altivo azteca de mirada fría, debo tener valor y firmeza...

no, no puede ser, no tiene sentido, esto es una pesadilla cruel... ¡soltadme, soltadme, voy a matar a ese desgraciado!

¡Bienvenidos a Eventos 1º Edición, señoras y señores! La información servida a la gente corriente como ustedes, que sostienen la sociedad para conseguir un mundo mejor y más agradable.

Es de obligación empezar nuestro informativo de hoy con los graves sucesos acaecidos en la última emisión del popular programa Huitzilopochtli Tonight, emitido todos los sábados noche en esta misma cadena y que es seguido por una multitudinaria audiencia entre la que se encuentran ustedes, siempre excelentes. La cadena ZCO quiere dejar bien claro que no ha tenido toda la culpa de lo sucedido y que el fallo producido en la seguridad es en gran parte achacable a la desidia de las autoridades, que permiten tener tarjetas de identificación en regla, sin ninguna restricción, a conocidos activistas defensores de la violencia terrorista. Así es imposible controlar al público y estos lamentables sucesos son difíciles de evitar. Una vez más, disculpen las molestias.

Pero vean ahora el momento en que un grupo de unos diez alborotadores extiende su pancarta protesta en contra de la inmigración australiana desde lo alto del templo y como su líder, vestido con las ropas del sacerdote al que previamente había maniatado, grita sus proclamas frente a las cámaras durante varios segundos, exigiendo su derecho a la libre expresión, hasta que es derribado al suelo por el propio concursante vencedor del concurso, que le replica su derecho a pegarle y, preso de una ira incontenible, le muerde la nariz, le araña la cara y le cubre de patadas hasta que es sujetado a duras penas por las fuerzas de seguridad. Todo ante la asombrada mirada de los espectadores. Las imágenes que les ofrecemos hablan por sí solas y no necesitan comentarios.

El líder terrorista del grupo ha sido identificado como Edelmiro Mbotó, conocido activista de tendencias xenófobas, vecino del concursante, cuya relación se sospecha que utilizó para conseguir las entradas a la final. También ha sido detenida en el altercado su vecina del trigésimo cuarto D, que ha declarado antes de ser metida en el furgón policial que su acción es producto de la promesa de amor sincero que le había hecho al concursante; un sujeto que está siendo interrogado en estos momentos por la policía de ZCO, pues las últimas informaciones llegadas a esta redacción indican que poseía un fuerte vínculo con los terroristas, todavía no precisado. Se sabe que la noche antes de ingresar en el concurso la pasó en su compañía hasta altas horas de la madrugada y es previsible que todo haya sido un montaje bien preparado para sabotear el buen discurrir del concurso, por lo que el canal ZCO ha declarado en varias notas informativas que no acepta ninguna posible reclamación de terceras partes. Desgraciadamente, según los médicos de la cadena que le han atendido, el concursante parece que ha entrado en un proceso de alineación mental de evolución desconocida, en el cual se limita a balbucear incoherencias sobre pedernales.

Les mantendremos informados en próximas emisiones de Eventos 1º Edición.

Esta impactante noticia de actualidad ha sido patrocinada por los bizcochos dietéticos Pazo de Don Robustiano, el manjar del Gran Rabino Plutoniano.

Ahora, los deportes...

XILOEH

Javier Omar Cabezudo Fernández

Tengo 33 años. Vivo en Uruguay y soy arquitecto; profesión que detesto pero que (según dicen algunos amigos) le otorga a mis relatos una cualidad espacial (urbanística se diría) absolutamente despreciable pero muy divertida.

Este es el primer cuento mío que resulta publicado y coincidentemente es el primer cuento mío que, me parece, vale un poco la pena, lo que no deja de ser una suerte y un hecho un poco perturbador.

No es mucho lo que diría si comentara que Xiloeh es una readaptación de los mitos de Chutluh y el intento de ver como le sentaban un par de ingredientes que a la obra de Lovecraft le faltaban: el sexo y el humor.

Siempre me llamó la atención que los protagonistas de las historias de Lovecraft eran, en general, ancianos castos y solitarios, incapaces de convocar una fuerza maligna ni aunque se lo propusieran. Me pareció que un verdadero cultor del inframundo debería ejercitar sus practicas en un ambiente de drogas, orgías y otros entretenimientos mas intensos que el estudio de viejas genealogías y polvorientos libros. En fin; creo que Xiloeh es lo que llamo un plagio critico; un relato que puede llegar a digustar a los admiradores de Lovecraft y a sus detractores por igual.

No puedo dejar paso al texto sin antes aclarar que la población de Cabo Polonio existe realmente pero que toda la información que van a leer acerca su geografia y población son productos mi imaginación. Los habitantes de esta aldea son decentes, sanos y absolutamente refractarios a los sacrificios de animales y a los intercambios venéreos con seres de las profundidades. He hecho leer Xiloeh a algunos habitantes de Cabo Polonio. Habla muy bien de estas gentes el hecho que todos me lo devolvieron completamente enfurecidos...

La primera regla de la magia negra y de la hechicería es la de reservar, antes de la sesión, a alguien medianamente sobrio, alerta y armado vigilandó el espectáculo.

Cuando murió Papá me ocupé del funeral. Retiré la parte de los ahorros que me correspondía y me fui con Cecilia a drogarme y a follar a Xiloeh, una finca que tiene la familia en el balneario de Cabo Polonio.

Cecilia es mi hermana. Es cierto, follo con mi hermana. Además soy un drogadicto y un degenerado pero todo esto tiene una explicación que podrán entender. Yo soy como esos delincuentes que entrevistan en los programas progre de la televisión; la culpa no es mía, es de la sociedad.

Xiloeh no es un lugar lindo. Es una casa bastante grande frente a una barranca estéril bajo la cual rompe furioso el océano. La playa es angosta, fea, y de difícil acceso. Hay lugares mucho mas bonitos en Cabo Polonio; al otro lado del la pequeña península de piedras o mas cerca de la ciudad, donde esta el hotel y único edificio (aparte de la estación de policía y el dispensario médico) que tiene servicio eléctrico. Lo que pasa es que era adecuado al temperamento del viejo cuando la construyó.

La casa (en realidad una cabaña rústica construida poco a poco) solo tenía dos habitaciones; un dormitorio pequeño y una sala inmensa (O por lo menos comparada con el resto de la casa). El baño estaba separado del edificio principal y había una cocina a leña. Tanto esta gran sala como la cocina estaba llena de cachivaches, huesos, máscaras que mi padre había traído de sus viajes; pósters viejos anunciando viajes químicos y cosas así. Producía diversas impresiones dependiendo de la hora del día y del estado de ánimo del visitante pero todas giraban alrededor de un lugar increíblemente viejo y descuidado. Al lado de la puerta una enorme estufa de piedra dominaba la situación; con una boca ancha y llena de tela de arañas que no recuerdo haber visto jamas encendida.

En sus primeros años la casa fue empleada como una especie de cripta o templo por mi familia y sus extravagantes amistades para todo tipo de rituales: brujería, magia negra, necromancia, sacrificios de animales, de todo lo que cabe imaginarse. Estas visitas eran apenas toleradas (incluso por el permisivo ambiente de Cabo Polonio) y generalmente terminaban en grandes escándalos.

En los últimos años mi familia prácticamente había abandonado la casa. Solo yo aparecía de vez en cuando para hacer orgías y drogarme. Estas apariciones mías eran bienvenidas por los otros residentes porque le daban una gran tranquilidad a las inmediaciones si se las comparaban con las visitas de mi padre, mi madre y toda su comitiva. Tuvimos un millón de problemas con la policía y los vecinos pero siempre salíamos bien y paulatinamente nos fuimos quedando solos en la barranca.

Había otro detalle del que no me quiero olvidar; a la derecha de la casa había una especie de dolmen, bueno, los dolmen estan en Inglaterra pero esto era algo parecido. Una hermosa piedra roja, muy antigua, alta como una persona, enhiesta sobre un montón de piedras menores. Su silueta se recortaba contra el mar como un enorme falo y resultaba muy llamativa para todos los que conocían la zona.

Después de un largo viaje llegamos a la casa y Cecilia entró. Yo me retrasé un minuto para guardar la moto en un cobertizo inmundado y casi en ruinas que estaba pegado a la casa. Iba a entrar cuando me di cuenta me estaban observando.

Era una niña llena de pecas de unos 12 años, montada en su bicicleta. Estaba del otro lado de la calzada y me miraba inmóvil excepto para quitarse el pelo de la cara cada tanto.

Me moví un poco, fui al fondo para buscar una cadena con la cual asegurar la moto y la niña seguía ahí mirando. Me di cuenta que sería tonto seguir allí haciendo como si su presencia me pasara inadvertida.

—Hola —le dije acercándome.

—Hola —contestó con una actitud de estudiado desdén y luego agregó:

—¿Porque escribieron eso en la puerta de tu casa? .

Me fijé. Algún gracioso había escrito «la familia Adams» en la entrada.

Me encogí de hombros. — No sé. Algún admirador—. Me di cuenta que la chica era una típica desfachatada residente local. Ya había recibido sus primeras lecciones de soberbia y desprecio de los turistas pero aún no las había pulido. Le vendrían bien dentro de unos años cuando intentara vivir de ellos vendiendo artesanías o haciendo trenzas en la playa.

—¿Es tu novia?— Volvió a preguntar apuntando con su pequeño mentón a la casa. Claramente se refería a Cecilia.

—No. Es mi hermana.

—Tiene los pantalones muy ajustados — dijo lanzando una sonrisa maliciosa , sin piedad.

—Sí. Ella es así.

—¿Tu padre no viene? Yo sé quien es.

—No. Murió ya.

—¿Van a volver a gritar y a tocar tambores por la noche como hacían antes?

No lo preguntó molesta o en actitud de reclamo sino con desfachatez y curiosidad, no sé si sincera, y un velado propósito de intimidarme o provocarme como hacen siempre los niños cuando los adultos se muestran abiertos a sus preguntas. Creo que quería que me diera cuenta que sabía lo mal que nos portábamos aquellos días.

—No. Las cosas van a cambiar ahora —no sé porque dije eso—. ¿Cómo te llamas?

—Luziana.

—¿Eres de aquí?

—No. Voy a la rambla. A ver a los turistas aplaudir al sol cuando se pone. Me mato de la risa.

—Si debe ser genial.

—...

—Bueno, que te diviertas.

—Y chau —dijo dando la vuelta y desapareciendo por el camino.

Entré a la casa. Un tiempo atrás, para mis fiestas privadas, yo había colocado un gran espejo de piso a techo en una de las paredes de la sala. Ahora, cuando entré, lo primero que atrajo mi mirada fue mi hermana mirándose en ese espejo y a mí mismo acercándome a ella. Puede parecer raro pero de todas mis expediciones a Xiloeh lo que siempre me quedó

mas grabado eran las diversas imágenes del interior de la casa visto a través de ese espejo. De noche, recuerdo, las luces de las velas (me encantan, yo suelo ponerlas por decenas) que se reflejaban en la miríada de objetos que colgaban de las paredes producían un efecto perturbador como el de estar en una habitación completamente diferente y extraña. Ahora era de día y, aunque ese efecto en particular no se producía, el espejo igualmente tenía la virtud de transportarme a un mundo de fantasía. Solo las dos personas que estaban en la habitación dominaban la imagen que devolvía; mi hermana aparecía con un rostro angelical pero siempre fue una atleta, es decir, tenía las piernas fuertes como columnas de acero, un torso poderoso (incluso un poco masculino) que se afinaba en una cintura minúscula. Yo aparecía algo detrás rodeándola con mis brazos, como un tipo con su elegancia, tal vez un poco pasado de peso y al que se le empezaban a notar los años de excesos. Cecilia me preguntó si había metido la marihuana adentro de la casa porque si la dejaba sola en la moto en cinco minutos nos la robarían. Pero no le hice caso, estaba absorto en la imagen. El conjunto me parecía majestuoso. Yo era un Cesar que había mandado llamar a su tienda Imperial a su gladiadora favorita para felicitarla por su actuación en la arena (por azar la historia la había sorprendido en blue jeans). Nos quedamos un rato mirándonos, disfrutando de nuestras fantasías ante una escena que no dejaba de perturbarme. No, perturbarme no es la palabra, me dejaba una sensación extraña; como si estuviera ante dos personas completamente ajenas al mundo.

Como llegamos a la hora de almorzar me llevé a Cecilia a uno de esos restaurantes de pescado que están en el pueblo. Estábamos de buen humor, teníamos hambre y no hablamos mucho; lo que me permitió pensar un poco en mi situación en su conjunto.

Estar ahí, rodeado de turistas era algo que en mi familia podría considerarse un desliz burgués. Mi padre era una especie de Timothy Leary local aunque de un carácter más malsano. En mi familia las orgías, la hechicería y la droga fueron algo cotidiano desde que tengo memoria.

Cabo Polonio siempre tuvo un ambiente muy proclive para ese tipo de cosas. Se daban cursos, se hacían sesiones de meditación y yoga, yo que sé... Mas allá de los centenares de locos simpáticos que podían encontrarse estaban, además, los pesados; los aficionados a la magia negra, a las drogas duras, a la pornografía infantil... Para todos ellos mi padre era una especie de líder espiritual.

Me acuerdo, cuando siendo chico, yo mismo me encerraba en mi cuarto y me ponía una almohada en la cabeza para no oír los demenciales ritos que se hacían en el caserón que teníamos en Montevideo. En esos ritos participaba mi hermana prácticamente desde que aprendió a ponerse en pie, ella siempre fue mas dura que yo para esos negocios.

Cuando cumplí doce años Cecilia, me violó con exquisito arte (ella tenía catorce) y a partir de ese momento (aunque tuve otras parejas) intermitentemente seguí follando con ella. A los 18 mi padre (visto que no compartía su entusiasmo por los ritos que practicaba la familia y que, además, me mantenía razonablemente sobrio la mayor parte del tiempo) me dio un revólver y me encargó cuidar de cualquier desborde en los rituales de los viernes. Con el tiempo supe que esa es la regla de oro de la

magia negra; siempre tiene que haber alguien sobrio, alerta y armado vigilando el espectáculo.

Una noche yo estaba en una de esas misiones de vigilancia cuando se me nubló la vista, se me cayó el revólver de las manos y caí completamente inconsciente. En el ambiente en que muevo es vital ser muy desconfiado y a mí me parece que alguien me puso algo en la cena para que no viera o recordara nada de lo que pasaría esa noche. Lo cierto es que debe haber sucedido algo particularmente horrible ya que esas ceremonias se abandonaron para siempre en Xiloeh y en la casa de Montevideo. No recuerdo nada de esa noche, aunque recientemente me ha surgido como un pseudo recuerdo; una reunión nocturna en el extraño invernáculo de la casa de Montevideo con varios encapuchados formando un círculo alrededor de un enorme recipiente lleno de agua donde chapoteaba algo blanco que no llegué a distinguir.

Esos recuerdos me vinieron en épocas más recientes, supongo que alguien que tiene las neuronas tan maltratadas por los químicos como yo no puede estructurar una relación memoria—tiempo como una persona normal, quiero decir, el incidente no me afectó en una forma visible en esa época pero reapareció de manera intermitente en tiempos recientes.

A los 25 recibí la licenciatura de antropología y escribí un trabajo de matriculación sobre las momias blancas peruanas. Por pura chiripa 14 meses después de publicado se encontró en Perú un santuario con 300 de esas momias, tenté suerte, lo ofrecí a una editorial peruana y gané muchísima plata. A partir de entonces nadie en mi familia hace nada productivo. Ni siquiera yo. De todos modos puedo darme el lujo de decir que tengo una profesión, la de escritor. Algo de lo que pocos de mi entorno pueden alardear.

Me quedé con Cecilia charlando y tomando cerveza en el hermoso restaurante disfrutando de la brisa. Ibamos por el café cuando se me acercó un tipo por detrás dándome un susto que casi me tira de la silla.

Estaba todo tatuado y me hablaba con esa simpatía que solo cabe atribuírsela a los locos y a los borrachos. Atrás esperaban otros zaparrastrosos; cuatro chicas y dos hombres llenos de tatuajes y peinados raros.

Era increíble la popularidad que papá había adquirido en esa zona, sobre todo para las comunidades (Juro que pagaría para encontrarle un nombre mejor) semi-hippies que habitaban la zona. Eran muy fáciles de reconocer. Parecía que todos los habitantes del pueblo se comportaran igual, había visto esas características (Aunque no desarrolladas del todo en Luziana, la niña de la bicicleta)

No eran solo las fachas sino un aire de superioridad y ese aire de entenderlo todo de que hacían gala.

Después de darme un efusivo pésame (mas parecía una calurosa felicitación) fue al grano.

— Tu padre fue un gran mago.

Me dio ganas de reirmele en la cara (Un gran psicópata) pero simplemente le agradecí modestamente.

—Todos los conocimos bien por aquí, fue una gran pérdida para la comunidad. Cuando él venía esto estaba de más... Ahora; con todos estos turistas...

—La gente lo recuerda permanente. Él nos leía siempre el libro.

—Oh, me acuerdo —contemporicé. En realidad no me acordaba. En casa había muchos libros.

—Yo estuve en tu casa de Montevideo una vez que tu padre ofreció un rato a los seres del mar. Fue una experiencia maravillosa.

—Sí. Dagón, los seres del mar —terció Cecilia con entusiasmo.

Yo había tratado de llevar la charla con una especie de cordial indiferencia a ver si podía sacármelos de encima rápido pero Cecilia empezó a fraternizar con ellos de una manera que me enfureció. Luego de un rato de charla lanzó la terrible frase:

—Nosotros nos vamos a casa. ¿Porque no nos acompañan y tomamos una cerveza allá?

Un rato después estaban todos tirados en el piso de la sala de Xiloeh tomando cerveza y fumando marihuana. Eran como todas las bandas que visitaban a papá; snobs, oficiosos y mentirosos pero me llamó la atención que no eran tan ignorantes como los que yo conocía de antes. Estaban bastante bien informados aunque curiosamente no sobre hechicería afro (el metier de mi padre) sino de mitología polinesica a la que habían equipado de verborragia ubandista (supongo que para hacerla potable a los gustos de la zona). Pero, sobre todo, eran terriblemente latosos. Como todos los adictos carecían de capacidad de «descentrarse», es decir, de apartarse por un rato del tema que los obsesionaba para escuchar a su interlocutor. Cada tanto Cecilia y yo lográbamos intercalar alguna palabra pero eran meras interrupciones en el discurso de ellos.

—Es una suerte que hayan vuelto.

—Solamente volvimos por unos días.

—El padre de ustedes fue el último que hizo el ritual del Dios Pez.

—Sí. Luego dejo de hacerse —dijo Cecilia con seriedad.

—¿Porque? Era lo más importante del año en el Cabo, venía gente de otros lados a presenciarlo, incluso...

—Quisiera saberlo—intervine con sarcasmo—. Pero alguien estaba bastante interesado en impedírmelo.

—Nosotros sabemos hacer el ritual— dijo una chica que parecía salida de un montón de leña—. Pero lo tiene que hacer alguno de la familia.

—Bueno —dijo Cecilia—. Nosotros estamos aquí

El líder del grupo, bah, el líder..., el tipo que me abordó en el restaurante, se hacia llamar Obiang entró en escena:

—Ustedes conocen la historia de los seres del mar —susurró misterioso.

Los seres del mar. Los hijos de Xiloeh en la época lejana, antes que vinieran los conquistadores, salieron del océano y se mezclaron con los primeros humanos, aquí, en la playa.

—Los seres del mar se aparearon con los humanos del pueblo y engendraron —agregó con entusiasmo el otro hombre del grupo.

—¿Cómo? ¿No usaron preservativos?

El pobre muchacho parecía inmune a mis burlas. Creo que si lo hubiera rociado con alquitrán y le hubiera arrojado plumas blancas de gallina hubiera seguido ahí, en cucullas, hablándome, imperturbable.

—Los seres del mar eran monstruos, eran mitad hombres y mitad peces, con una especie de agallas en las clavículas. Y eran todos machos.

—Todos los habitantes de este pueblo son descendientes de los seres del mar. Todos los descendientes del pueblo del mar son machos.

—Entonces. ¿Ustedes también? —sugerí tratando de imaginar a Obiang con un par de aletas y una escafandra verde como el monstruo de la laguna negra.

—No. Nosotros vinimos aquí hace poco, los seres del mar solo engendraron hombres. Todos en este pueblo son descendientes del pueblo del mar.

—Pues yo en este pueblo veo hombres y mujeres.

—No se —dudó Obiang.

—Vos sabes de donde viene el nombre de la casa

—Sí. Xiloeh, el dios pez.

—Xiloeh es el padre de los seres del mar. Ha ascendido del mar muchas veces. Si se lo convoca de manera correcta nos deja ver su modo mas hermoso.

Lentamente la situación se fue ablandando y la conversación fue perdiendo coherencia. Vi todo tipo de pastillas y hierbas esa tarde. Una pareja comenzó a tocarse y abrazarse en un rincón, yo los dejé hacer. ¿Que iba a hacer?

Al final paso lo que se suponía que tenía que pasar. Nos sacamos la ropa todos y nos entrelazamos frente al gran espejo que yo había puesto en el cuarto chico. Aunque metí mano por todos lados (y me di cuenta que la chica del montón de leña tenía el par de pechos mas espectaculares del mundo) lo que realmente quería era encontrarme con el cuerpo fuerte y reconocible de mi hermana y cuando lo logré me quede toda la noche con ella. Sin ser un episodio memorable la pasé bien. Solo dos cosas no me gustaron; una fue el único vistazo que le di al espejo en toda la fiesta. La profusión de piernas, brazos y torsos que se movían adquiría el aspecto de un mar agitado fluyendo lentamente y el espejo me suministraba la acostumbrada imagen de brillantes objetos de metal, hueso, madera y cuero que convertían al interior de la cabaña en una rebuscada y barroca catedral. Sin embargo, me dio por un momento la impresión que entre nosotros se movía una figura demasiado *blanca* y demasiado *plástica* para corresponder al de un humano desnudo divirtiéndose, fue solo un instante porque la boca y el cuerpo de mi hermana me reclamaban y enseguida tuve que volver a lo que estaba haciendo. Además, cuando mi hermana está drogada, tiene unos modales para hacer el amor que es capaz de romperte el cuello si te descuidas. Lo segundo fue a la noche, cuando todos dormíamos desnudos a lo oscuro. Me desperté un momento y tuve la imprecisa sensación que dos manos heladas me agarraban los tobillos.

A la mañana siguiente me levanté y salí de la casa para ir al baño. Mis huéspedes no se habían marchado y me pregunté si iba a tener que soportarlos hasta el almuerzo. A mitad de camino me encontré con Cecilia que venia del mismo lado. Nos cruzamos las miradas y una perversa electricidad fluyó desde nuestros ojos. Sin decirnos nada fuimos hasta la piedra roja y la empujamos. Como era muy esbelta y estaba apoyada en un lecho inestable de grandes rocas sueltas no nos costo mucho derribarla. No se porque hicimos eso. Supongo que por maldad.

Estuve toda la mañana sacando borrachos de la casa. Cecilia estaba peor que la mayoría. Conozco ese tipo. Nunca tienen dinero y en siempre andan a la caza de alguien con vivienda para que los albergue. Si no mostraba firmeza pasaría mis vacaciones en comunidad.

Salí de muy mal humor a dar un paseo solo. Estuve recorriendo el pueblo durante un rato pero me cansé enseguida .

El día se había puesto solidario con mi estado de ánimo. Pesado y húmedo. No me apetecía estar más tiempo a la intemperie.

Volví a la casa y me encontré con Luziana casi en el mismo lugar donde la había encontrado la mañana anterior. No se porque me dio ganas de hablar con ella. Hoy estaba hosca y nada comunicativa. *Vamos a ver—* pensé—. A lo mejor hoy puedo molestarla yo.

—¿No vas a ver a los turistas aplaudir el sol hoy?

No me contestó. Ahora era yo el que buscaba prosa. Intenté de nuevo.

—A lo mejor alguno se cae al agua hoy, yo....

—Cuidado con lo que hace con las piedras —me interrumpió secamente clavándome sus ojos azules de niña—. No se meta con cosas que no sabe.

—¿Que piedras?

—La piedra roja. *No debió haberla movido. ¿Porque lo hizo?*

No supe que contestarle y me metí adentro de casa.

Cecilia se había levantado. Estaba con un poco de resaca. El día era maravilloso e hicimos cosas muy agradables, Cecilia estuvo muy sexy, loca y de gran humor *pero no era ella*. Perdonen que traiga a páginas este tema justo ahora pero a lo largo de toda nuestra vida Cecilia pasó por momentos en que tenía como fugas, en los que parecía que otra persona ocupaba su lugar. En ocasiones eran manifestaciones benignas como esta, podía hablar, bromear, hacer todas las cosas que hacía habitualmente pero era como si otra persona sutilmente distinta hubiera tomado el mando de su cuerpo. Otras eran mucho más severas, no tengo mucha memoria de haber visto ese tipo de episodios en tiempos recientes. Pero esa misma madrugada esos ataques volvieron.

Era todavía de noche o a lo sumo estábamos en el comienzo del crepúsculo. Cecilia no estaba a mi lado, lo que me alarmó. Como nunca me acuerdo de poner fósforos cerca cuando me voy a dormir me quedé un rato con los ojos abiertos para adaptarme a la oscuridad. Cuando me levanté sentí una especie de rumor sordo en la sala y me di cuenta que era la respiración de Cecilia.

Me di cuenta que la había atrapado en una de sus «lagunas». Estaba toda arrollada y con la mirada vidriosa. Estaba acostumbrado a eso.

Me acerque a ella y le hable muy bajo.

—¿Qué te pasa Cecilia? Vamos a dormir.

—Tengo que leer el libro pero no puedo.

En el pasado, las primeras veces que la encontraba en ese estado intentaba despertarla, luego me di cuenta que lo que mi hermana padecía no tenía nada que ver con el sonambulismo ni nada parecido. Había que seguirle la corriente.

—Es que hay muy poca luz.

—No puedo ver claro, no puedo ver claro en absoluto, ¿Oyes el mar?

—Si lo oigo.

—Necesito leer el libro para cuando el mar venga a Xiloeh, necesito leerlo para recibirlo de forma *correcta*.

Entonces hice algo que se me ocurrió en la primera época de sus ataques y que mas tarde note que le hacia bien. Cuando Cecilia quedaba en ese estado de trance yo la levantaba, la ponía detrás de mí, la obligaba a poner los brazos alrededor de mi cuello y caminábamos un rato en la esperanza semi—infantil de que el ejercicio físico pudiera espantar de algún modo el «espíritu malo» que la acosaba. Esta vez volví a hacer eso. La levanté y caminamos de ese modo levemente ridículo alrededor de la sala hasta que consideré que ya se había calmado lo suficiente y nos volvimos a acostar. Me sentí terriblemente inseguro y agitado (debo decir asustado) Nunca le habian dado esos ataques estando a solas conmigo.

La mañana siguiente lo pasamos adentro de la casa, a la tarde bañándonos en el mar y paseando por el pueblo como una pareja normal, es decir, olvidando cualquier vínculo fraternal que nos uniera. Cecilia pasó por algunos breves periodos de aturdimiento pero fue ella en la mayor parte del día. Solo ocurrió un episodio muy amargo al caer la noche del cual solo yo fui testigo.

Estaba en la casa buscando velas y empezando a añorar la presencia de un televisor cuando escuché una fuerte derrapada seguida de un torrente de tacos. Me di cuenta que algo terrible había sucedido en el camino frente a la casa. Un jeep viejo y destartalado estaba cruzado en el camino con el parabrisas roto y una niña en el piso inmóvil, completamente empapada en sangre. Fijé mas la atención y vi una bicicleta destrozada un poco mas lejos. No había dudas; era Luziana; la niña que había hablado conmigo ese par de veces. A pesar que, como dije, la casa esta en un lugar bastante desierto nunca faltan espectadores que saben que hacer en estos casos. El conductor salió del jeep agarrándose la cabeza pero dos o tres tipos que pasaban por ahí le gritaron que levantara la niña y la llevara a la clínica. Lo hizo; la levantó como un muñeco (estoy seguro que estaba muerta) la metió en el jeep y arrancó a toda velocidad. Un vecino que estaba por allí me dijo; «Es increíble; vienen de vacaciones y se creen que estan en Monza.» Ahora hay una gran mancha de sangre frente a la casa que se va volviendo marrón a medida que pasan las horas.

Cecilia y yo volvimos a salir, no me acuerdo a donde, le conté la novedad pero fue como si no le hubiera dicho nada. Nunca fue una persona compasiva.

Volvimos de noche, tarde. Entraba al jardín de la casa cuando casi piso a Obiang que dormía a pierna suelta frente a la puerta. Toda la turba de payasos con la que nos habíamos encontrado el día anterior estaban esperándonos. En el ambiente en que se movía mi familia siempre reinaba un hipócrita sentido de la hospitalidad. Siempre en casa se podía encontrar viviendo alguien raro que se había auto—invitado. Si bien eran situaciones bastante incómodas, cuando me acostumbré, se puede decir que me sirvió para aprender bastante de la gente.

Los hice pasar, los deje con Cecilia y me fui a buscar unas cervezas a un comercio el cual esta bastante lejos.

El realidad me alegré que hubieran aparecido esos vagos porque no me hubiera parecido buena idea quedarnos solos con el horrible recuerdo de lo que sucedió a la tarde, además, temía protagonizar otro episodio de demencia de Cecilia, como el de la noche anterior.

Cuando regresé ya estaban enfrascados en una amena charla en la sala. Flotaba en el ambiente el acostumbrado aroma mitad dulzón, mitad algo parecido a la pólvora, en fin, lo que siempre me pareció el olor a marihuana.

—Vamos a hacer un gran ritual —dijo Obiang apenas me instalé.

—¿Como el de anoche? —dije afilando mi costado mas irónico.

—Vamos a convocar al Dios Pez —dijo Cecilia temblando de excitación.

—¿Y donde lo van a hacer? ¿Contrataron salón?

—Aquí —dijo “La chica del montón de leña” con una autoridad que la hacia parecer como si acabara de firmar el contrato de compra de Xiloeh.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunté—. ¿Vamos a torcerle el cuello a algunas gallinas?

—No. Esto es mucho mas serio. Hay que hacer un gran sacrificio. Matar un carnero.

—Pues nadie va a matar un carnero aquí. Ensuciarán la alfombra.

—No va a ver sangre —me respondió “La chica del montón de leña”. En su mirada brilló un rayo que no me gustó nada—. Hay que matarlo con las manos.

—Yo quiero hacer el sacrificio — gritó Cecilia con cantarina voz. Al parecer muy cómoda entre sus nuevos amigos. (Saltó como una escolar diciendo: —Señorita, señorita, yo voy a decir la lección.) —Esta casa es tanto mía como tuya. No puedes impedir que haga lo que quiera.

¿Para que discutir? Está bien. ¡Matemos al carnero! —dije agarrando una revista y fingiendo gran indiferencia.

—Yo podría hacer eso —dijo Cecilia en medio de una nube de marihuana.

—Tú no podrías matar un carnero con las manos —le dije riendo.

—Claro que si —dijo dando otra pitada con superioridad—. Me le subo encima y lo ahorco. A mí me gusta matar.

A pesar de esta barbaridad su declaración me tranquilizó. Esa era mi hermanita: arrogante, sádica y depravada. Bah, pobre Cecilia, todos en la familia somos igual, no se porque solo por el hecho de ser el que cuenta la historia me pongo en un plano superior.

Se fueron a la madrugada. Quedaron para hacer la ceremonia a la medianoche siguiente. No cumplieron mi deseo de quedarse toda la noche. Un buen bacanal, creo, me hubiera quitado la esa sensación de opresión que estaba experimentando desde que derribamos la piedra roja.

Tuve un dormir agitado; plagado de sueños extraños en los que me desperté varias veces para volver a dormirme y retomar los mismos sueños.

De repente me hallo buceando en un mar profundo y opaco, prácticamente flotando en las tinieblas. Por encima de mi cabeza el manto del océano se agita como un sudario. Las cosas se ven con ese tono veteadado y azul con el que se ven en las películas subacuáticas. Soy como un ser marino nadando a mis anchas sin equipo, ni ninguno de esos chirimbolos que llevan los hombres ranas. Estoy en eso cuando se me acerca un pez enorme y plateado. Me intimida un poco pero para nada me asusta. Es un ser maravilloso. Parece una nave espacial. Comienza a hacer círculos en silencio alrededor mío. Es algo como hipnótico. De repente, movido no se por que inspiración,

extiende mi mano y lo agarro de la punta de la cola. El pez se zambulle entonces en las profundidades mas oscuras y viscosas, arrastrándome consigo. Yo estoy horrorizado pero no puedo (esas cosas que tienen los sueños) hacer algo tan simple como abrir la mano para librarme de ese viaje horrible que me lleva a no se donde.

Me acuerdo que viajaba a una velocidad increíble, como si estuviera prendido a una extraña maquina submarina y veía el fondo del mar pasando frente a mi, con una extraña textura, como de superficie lunar. Arena, rocas, piedritas redondas pasaban raudas ante mi vista. Si quisiera comparar esta experiencia con lo mas aproximado en el mundo real y de vigilia podría hablar de aquella escena del viaje alucinante del astronauta en “2001 odisea del espacio”. Esa escena donde el polvo interestelar pasaba frente a sus ojos adquiriendo todo tipo de formas caprichosas.

Luego el escenario cambió. Me encontraba abajo, en la playa, en una noche cerrada, constelada de estrellas. Solo. La diabólica luna brillaba justo frente a mí. (Yo me encontraba de espaldas al pueblo) Siempre me pareció que no importa lo loco que fueran mis sueños las emociones que me producían eran muy próximas a la situación que yo vivía en ese momento. Juguemos a la interpretación freudiana; en el sueño anterior mi sensación era de fascinación mezclada con miedo. El hermoso y poderoso pez que me arrastraba a las profundidades era, sin dudas, Cecilia a la que se le habían pegado desordenados recuerdos de la delirante disertación de Obiang acerca de Xiloeh. Cecilia me arrastraba hacia la profundidad de su amor, de un amor enfermo pero amor al fin y yo me zambullía para saborearlo trozo por trozo. En cambio, mi sensación en esa playa era solo de pavor. El mar parecía haberse vuelto loco y a mi derecha, arriba, en la cima de la cuesta, las luces de Xiloeh se encendían y apagaban como haciendo señales. Casi me muero de un infarto cuando me di cuenta que Cecilia estaba a mi lado. Vestía una pollera verde y estaba sentada en posición de Buda en la arena, de espaldas al mar, con un libro enorme y viejo sobre las piernas, en una actitud de gran concentración.

—¿Que estás leyendo?

—Un libro que explica como matar un carnero.

—¿Qué?

Cecilia empezó a leer en voz alta

—...—Tome al carnero y proceda de la siguiente manera»

No recuerdo que mas leyó porque apenas empezó, me di cuenta enseguida, en el mar, en medio de enormes torbellinos, empezó a salir una mano blanca y gigantesca, unos dedos como torres y unas uñas largas y retorcidas, altas como el velamen de los mas grandes barcos. Surgían vacilantes del agua levantando chorros de espuma blanca y transparente. A mi me dio como una especie de vértigo animal que hizo que se me aflojaran las piernas. A medida que Cecilia leía la mano salía del agua, blanca y brillante se acercaba a nosotros como si se tratara de un tren expreso, en el medio de una especie de maremoto mientras las luces de la casa se prendían y a apagaban de una manera cada vez mas enloquecida.

—Por favor no leas más. Basta.

Cecilia se detuvo y la mano se hundió majestuosa en el mar. Tan lenta como había surgido. Cecilia levantó hacia mi esos maravillosos ojos negros.

Los ojos negros que yo también tenía mirándome con tristeza.

—Pero mañana no voy a saber como matar al carnero.

No supe que contestar y me di cuenta, horrorizado, que tomaba de nuevo el libro, bajaba la vista y arrancaba nuevamente con su lectura..

—...Una vez que el carnero este a su merced...

Apenas empezó, una columna blanca, como un géiser monstruoso, levantando miles de toneladas de agua se elevó imponente en el medio del océano.

En eso me desperté.

Estaba amaneciendo y cuando me incorporé me di cuenta que estaba absolutamente descompuesto por el miedo. La cabeza me punzaba. Mi estomago era un volcán en erupción. Dando tropezones logré salir afuera y apoyarme en la pared exterior de la cabaña. Un sol como de sangre asomaba de ese mar, con ese color tan raro y tan oscuro.

—¿Que está pasando aquí? Casi lo grité. ¿Que era lo que estaba pasando en el pueblo. ¿Que era lo que le pasaba a mi hermana y sobre todo que era lo que me pasaba a mi? ¿Que era lo que me tenía muerto de miedo de solo pensar lo que podría ocurrir esta noche.

De a poco mi respiración se fue normalizando. No se cuanto tiempo estuve ahí, apoyado contra la pared de la casa, mirando hacia el mar sin atreverme siquiera a plantarme sobre mis propios pies. Pero logré hacerlo cuando los rayos del sol empezaron a calentarme un poco.

Finalmente, después de tantos años, los ritos de magia negra volverían a Xiloeh. Entré. Cecilia estaba levantada y fiel a su costumbre ancestral andaba semidesnuda por toda la casa. Estaba alegre y comenzó a comentar llena de dicha la noche que se aproximaba.

—Hay que sacar todos los muebles de la casa, hay que dejar espacio para hacer un circulo...—Al carnero lo podemos atar a la estufa.

—Cecilia. Tú no has estado bien en estos días. No te acuerdas pero te volvieron los ataques. Aquí hay un clima que no se soporta. ¿Que te parece si juntamos las cosas, agarramos la moto y nos vamos a la casa de Kuati? Tienen TV cable, nos podríamos quedar unos días.

—Nos perderíamos la ceremonia —me dijo mirándome como si fuera un loco—. Para mi es muy importante la ceremonia—. Yo voy a presidirla—. Quiero ver a Xiloeh.

—Ustedes no saben cómo hacer la ceremonia.

—Ayúdanos

—Yo tampoco sé.

—¿No te gustaría verme matar al carnero? —Se me acercó insinuante—. Lo voy a montar y ahorcar entre las piernas, entre estas piernas fuertes—. Me dijo tocándose los muslos y paladeando las palabras, mostrando la punta de una lengua roja y brillante como una brasa.

Si, claro que me gustaría. Ya lo dije; soy un depravado, un drogadicto y un incestuoso pero no esta noche. Estaba dominado por el oscuro recuerdo de las ceremonias Xiloeh de mi infancia. Un pseudo-recuerdo nada agradable. Como tampoco era lo que sucedía en las mañanas siguientes; los apresurados movimientos para quemar o enterrar los despojos, las anomalías que aparecían en la playa después de los rituales — algunas de tamaño increíble—

que llenaban de horror, incluso, a los que conocían a nuestro clan desde hace tiempo. Y porque sé, aunque no podría describir detalles, que una vez, en una de esas ceremonias de locos, apareció algo tan espantoso que mi estirpe enferma y degenerada las suspendió para siempre.

Pase el día en un bar del pueblo viendo llegar la hora fatal. A la tarde, los turistas esperaban que se pusiera el sol para aplaudirlo. Por primera vez no me pareció estúpida la actitud y casi envidié su normalidad. No me angustiaba el acto de crueldad contra los animales que iba a producirse. Si bien no pasaba todos los días, estaba acostumbrado a ese tipo de conductas en mi familia, nuestro entretenimiento con Cecilia de niños era atormentar gatos y perritos. Siempre estuvimos vinculados al Mal, es decir, el mal entendido (como decía Poe) como esa necesidad de hacer actos malvados o disparatados por el simple hecho de saber que esta mal hacerlos, es mas, no recuerdo bien, pero tengo la impresión de que Cecilia protagonizó un hecho muy similar cuando ella tenía once o doce años. Pero había algo raro en el conocimiento que tenían esos tipos de mi familia, del ritual, pero sobre todo me inquietó el condicional «si el ritual se hace de la manera correcta Xiloeh muestra su aspecto mas hermoso» Sabia lo que pasaba si el ritual no se hacia de la manera mas correcta. Es mas, si algo me constaba de la noche en que se abandonaron en mi casa los rituales, fue que no se habían hecho de la forma correcta.

El sol se puso y los turistas, previsiblemente, aplaudieron. Lentamente los bares y las tiendas encendieron las luces. Me senté en una de las mesillas al aire libre, pedí cerveza y me prometí no levantarme hasta que estuviera completamente borracho. Sentí un deseo irrefrenable de cambiar mi vida aunque no sabia de que manera. Mas allá del pueblo el mar estaba desagradablemente negro y encrespado. Unas nubes, como un ejercito de enanos encapuchados se acercaba desde el Oeste y si aguzaba la vista, veía una única luz sobre la barranca, deseé equivocarme pero sabia que no había otras casas en la zona.

Llegue a Xiloeh a eso de las once de la noche, tambaleándome y sucio con mi propio vómito. Había pensado en quedarme mas pero los del bar me dijeron que me echarían a patadas si no me iba por las buenas.

Entre. La sala de Xiloeh estaba totalmente vacía. Los escasos muebles de la sala habían sido arrojados, sin piedad, para afuera. Por todos lados habrían unas cien velas de colores y la casa ya estaba llena de la gente de Obiáng, esos inútiles, esos parásitos, formando un circulo en el medio de la sala. En el centro había un carnero viejo y enorme, de cuernos retorcidos, atado a un bastidor con esa actitud extrañamente pacifica que exhiben las víctimas de sacrificios. Sin dudas era un animal fuerte pero no había duda que Cecilia lo podría partir en cuatro en el momento que quisiera. Ella estaba cerca, inmóvil, de pie, de cara hacia el, con los puños apretados y los ojos cerrados en una expresión de gran concentración y esperando el momento para saltarle encima.

Toda la gente de la sala no reparó siquiera de mi presencia, todos estaban concentradas en las dos figuras en el centro del circulo. Un extraño canto salía de todas las bocas como una especie de salmodia y vi a Cecilia moviendo los labios apenas al ritmo del sonido que salía de la sala. Yo conocía la teoría del proceso, en realidad la que comandaba el rito era mi

hermana pero no era dando instrucciones sino de un modo solamente corporal. Seamos francos, mi hermana se imponía por su belleza y por su físico tremendo pero como persona era una estúpida, una nulidad, solo interesada en las drogas, follar y hacer maldades. Pero ahora ella o lo que fuera que estaba en su interior tenía el control sobre todo el lugar. Ella estaba balanceando su cuerpo para imponer el ritmo del canto, como esos tipos con los tambores que en los barcos antiguos le imponían el ritmo a los remeros. Se suponía que en el momento que considerara justo se arrojaría sobre el animal y lo mataría. Como en la mayoría de los rituales que implican sacrificio de animales se suponía que la energía vital del carnero haría como una especie de carnada que impulsaría al dios a abandonar su fuente espacio—temporal y acercarse a esta.

El deber de Cecilia era sostener el trance del grupo. Lentamente, sin dejar de balancearse se fue acercando al animal que retrocedió asustado. A espaldas de los participantes el espejo estaba apoyado de una manera precaria contra la pared. Al parecer cumplía algún papel en el rito que yo no alcance a descifrar. Por un momento me vi tentado a mirar su superficie pero por el rabillo del ojo entreví que la imagen que devolvía parecía una colmena invadida por una horda de furiosas luces anaranjadas y me quitó inmediatamente los deseos de emprender tal aventura.

Tuve la intención de hacerle a mi hermana un chiste; «suerte, cuidado con su derecha y no dejes que te ponga contra las cuerdas» pero me di cuenta que ya no era Cecilia sino esa entidad que aparecía y desaparecía en su cuerpo.

Me encerré en la habitación. No tenía intención de ver a mi hermana haciendo lucha libre con un carnero.

Me senté en la cama, a oscuras, he hice lo que hace tantos años se me enseño hacer; preparé el revólver que había traído conmigo, lo puse en un cajón que hacia las veces de mesa veladora y me preparé por si necesitaba hacer frente a lo que fuera. Solo hice una trampa; me tome un trago de whisky y un par de Valium. Algo del fulgor rojo de las velas de la sala de al lado se filtraba por el marco de la puerta y se reflejaba en la cantidad de objetos que llenaba el cuarto, además, el moroso cántico que me había recibido se había convertido en una enloquecida cacofonía, un ensordecedor griterío que me daba la sensación de estar en la sala misma. Sentía al carnero balar desesperado, No me acuerdo bien, no se si fue por la desesperación que me vino después, pero no lograba distinguir una palabra salvo la voz de la chica del montón de leña que en algún momento la escuche gritar: —¡Mátalo, mátalo al carnero de mierda..!¡

Sentía un pavor tan grande que me costó dominarme y evitar tirarme en la cama y ponerme la almohada en la cabeza como cuando era niño. Después sentí un ruido, tan fuerte que no logré explicarme el origen, proveniente del mar. Un rugir como de un objeto inmenso y correoso deslizándose barranca arriba, hacia la casa. Un segundo después *algo enorme* golpeó Xiloeh con tanto poder que derribó todos los objetos que colgaban de mi cuarto. Creo que fue la primera vez que vi las paredes de la casa desnudas. ESTABAN TODAS ESCRITAS con unos caracteres que no tuve ni tiempo ni ánimos para descifrar. TODA LA CASA ERA UN LIBRO, ojo, no quiero ponerme en pose, de darle a este descubrimientos atributos de gran revelación que, estoy seguro, no tiene. Ya sabia yo de hace tiempo

que la casa era el libro; la casa, mi padre Cecilia, yo, el Cabo Polonio entero era un perverso libro que el horrible ídolo marino que esos estúpidos llaman Xiloeh escribió hace millones de años. No era nuevo para mí. Desde chico sabía que éramos como marionetas. Mientras pensaba esto, temblando y sudando como una liebre sentí como las luces se apagaban, los cantos cesaban y como todo el frente de la casa se desplomaba con enorme estrépito.

La lucidez me volvió enseguida. Desde luego es esa lucidez falsa que causa el miedo. Estoy seguro que si un policía de tránsito me hubiera pedido que caminara en una línea me hubiera caído de bruces completamente Knock—out. No lo pensé mas; agarré el revólver y me lancé a la sala. Estaba todo tan oscuro que no podía ver a un palmo de distancia. Toda la gente había desaparecido, se habían esfumado sin dejar rastro, creo, que en el mismo momento en que escuche cesar los cánticos. Estaba casi al aire libre. Junto con el frente de la casa lo que fuera que nos hubiera golpeado se había llevado un pedazo del techo. Al lado de la estufa divisé, en el suelo, a Cecilia y al carnero; el animal daba los últimos estertores. La cabeza llena de agujeros rojos productos de los puños llenos de pesados anillos de mi hermana. Cecilia estaba sentada a horcajadas, sobre su lomo, Con sus manos le sujetaba los cuernos e inclinaba su cuerpo hacia atrás para destrozarle las vértebras en un esfuerzo tan intenso que las rodillas de mi hermana estaban hundidas diez centímetros en la arena a ambos lados del animal. Tenía la piel blanca como un papel, los músculos como cañerías a punto de explotar, inmóvil y concentrada en un esfuerzo brutal, levantó la cabeza y me dirigió una mirada ROJA. No quiero decir que tenía las pupilas coloradas como en las películas de terror, tenía una mirada roja como las fieras salvajes que estan comiendo una presa y levantan la vista para mirar la cámara del documentalista. Solo fue un momento, porque en ese momento sentí que una figura se acercaba del lado norte de la sala (el lado que había quedado entero) me di vuelta y estuve a punto de meterle cuatro tiros en la cabeza a “la chica del montón de leña” que se arrastraba (mas pálida que mi hermana, los ojos desorbitados) gritando enloquecida.

—¡¡¡¡Esto es culpa de ustedes¡¡¡. ¡¡¡No hicieron el ritual de la manera correcta, derribaron la piedra roja¡¡

Entonces Cecilia (De nuevo la otra Cecilia) dejo en paz al carnero (cuya cabeza hizo un ruido seco al caer en el piso de madera) y saltó como una fiera frente a la muchacha.

—¡NO ME VENGAS A HABLAR DEL RITUAL¡ ¡Yo sé todo lo del libro; ¡¡Nadie sabe mas del libro que yo¡¡

Se lanzó sobre ella pero yo la atajé prácticamente en el aire. Estoy seguro que la chica hubiera corrido la suerte del carnero si no lo hacia. Mientras trataba de sujetar a mi hermana le preguntaba a los gritos a la chica donde se habían ido los demás, pero también estaba totalmente incoherente; se alejó lentamente y salió por el boquete de la casa. Nunca más volví a verla.

Forcejamos un rato. Mi hermana se fue calmando hasta convertirse en una especie de muñeca inanimada en mis brazos, de forma tal en que me costó darme cuenta si estaba viva o muerta. Por última vez en mi vida logré que se apoyara en mi espalda, la tomé de los brazos que colgaban

encima de mis hombros y empecé a arrastrarla afuera de la casa mientras ella respiraba como Darth Vader al lado de mi oído.

Nos dirigimos hacia el boquete para salir cuanto antes de allí. El mar vomitaba espuma blanca y un viento ululante casi me impedía caminar con la carga extra.

Antes de irme cometí la estupidez de dirigir la última mirada al espejo. Me vi a mi mismo llevando a Cecilia sobre mi espalda, Ya dije que ella era prácticamente una atleta. Yo nunca lo fui pero, bueno, tenía 27 años y lo que yo vi en ese espejo eran dos ancianos. No se. No estoy seguro de lo que vi. Ni quiero acordarme.

A la mañana me subí a la moto y me volví para Montevideo solo. No hubo manera que Cecilia recuperara la razón ni que viniera conmigo. Solo era verle la cara y darse cuenta que era perder el tiempo. No quise avisar a las autoridades; mi pasado es bastante obscuro (por no decir mi futuro) Me han dicho que la han visto convertida en una bruja, viviendo entre los matorrales que están alrededor de la cabaña, asustando turistas a medianoche, comiendo basura y proclamando la llegada de Xiloeh a quien quiera y no quiera escucharla.

Eso es todo. Un mal ambiente general. Unas pesadillas y unos cultos satánicos aderezados con alcohol y drogas. Parecería que algo más entró por el frente de la casa pero juro por Dios que no lo vi. Es una casa vieja, mal construida y está sobre una barranca muy expuesta a los vientos. Se que declararé haber visto algo extraño reflejado en el espejo pero recuerden; tenía tres litros de cerveza encima y un par de anfetaminas, en ese estado no me hubiera extrañado haber visto a Mahoma instalado en mi casa y a Osama Bin Laden abriéndome la puerta personalmente. No soy de esos escritores que dicen «Preferir retratar el ambiente a los hechos». Si hubieran ocurrido algo más seguro lo hubiera contado. Bueno, ocurrió algo más, solo un poquito. Algo acerca de Luziana, la niña que atropellaron. Antes de irme leí en el diario local una noticia sobre ella; la autopsia indicó que en realidad era un niño...

EL LABERINTO REFLEJADO

José Miguel Vilar Bou

José Miguel Vilar-Bou (Alfajar, Valencia, 1979) es periodista. Ha vivido en Italia, Bélgica y los Balcanes. En España ha trabajado para numerosos diarios, revistas y televisiones, principalmente en las secciones de sociedad, sucesos y tribunales.

Es autor de la novela *Los navegantes* (Grupo AJEC, 2007) y ha publicado cuentos en la antología *Visiones*, la revista *Galaxia* y el diario *El País*, para el que fue también corrector de estilo de un suplemento especial sobre el cambio climático. Fue ganador del concurso de literatura breve de la Universidad Cardenal Herrera-CEU en el año 2002 y obtuvo el segundo premio en 2003.

Déjame que te relate, oh amo del porvenir, cómo Saad, tras escapar de la isla de los hombres incompletos a bordo del barco que le había entregado la princesa de Kessra, navegó cuatro días con sus cuatro noches por mares desconocidos hasta por Alá, que todo lo ve. Y aquellas fueron horas interminables bajo un sol que regalaba oro a la piel del mar.

Y fue justo al amanecer del quinto día cuando el marino divisó en la lejanía una escala dorada que descendía de una nube solitaria al mar. Saad se maravilló mucho de aquello, porque no es dado a los hombres hacer caminos que vayan de la tierra al cielo ni del cielo a la tierra. Y sabía también que aquello no podía ser obra de hijos de Adán, sino de efrits¹ o acaso de seres más terribles.

Pero como el hambre y la sed le mortificaban, decidió aprovechar el viento favorable y poner velas rumbo a la escala de oro que se perdía en las alturas. Y hete aquí, oh cifra del tiempo, que el vagabundo llegó al pie de la escalera y se encaramó a ella. Y subió y subió. Y su barco amarrado quedó cada vez más pequeño y el mar se revelaba en toda su inmensidad. La escala rozaba lo interminable. Tanto que el marino temió caer al vacío derrotado por el cansancio.

Pero no fue así porque Saad llegó arriba y saltó a la nube y supo maravillado que podía caminar sobre ella.

—¡Por Alá! ¿En qué sueño estoy viviendo? —exclamó al descubrir el nuevo prodigio que se le revelaba ahora.

Un palacio inabarcable como jamás se haya visto hundía sus cimientos en aquellas tierras gaseosas. Tenía cuatro torres, a cada cual más alta y vertiginosa. Sus cúpulas coloridas ambicionaban rascar el dosel añil del cielo. Un camino hecho con rubíes grandes como cabezas conducía a la puerta de la mansión celestial.

El intruso se preguntó qué seres habitarían tales regiones aéreas. Y aunque temeroso, ya no había vuelta atrás, así que hizo camino por la senda de rubíes y penetró en el palacio cuyas altas puertas le aguardaban abiertas.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —exclamó desde el dintel.

Sólo el eco respondió.

Atravesó una sala que conducía a otra sala. Y esta sala a otra sala y esa a otra más. Espejos de todos los tamaños pendían de todas las paredes de todas las habitaciones. Reflejado en todos ellos, el intruso deambuló hasta que se supo definitivamente perdido. Subió por escaleras que nunca terminaban. Bajó por otras que descendían hasta lo remoto. La única compañía de Saad era su propia imagen que se multiplicaba y prosperaba a lo largo de los espejos incontables y omnipresentes.

—¿Dónde estás, amo del castillo? —preguntó Saad. Pero sólo respondía el eco que es a su vez el espejo de la voz.

Transcurrieron cuatro días con sus cuatro noches sin que nadie se le apareciera. Las sombras se acortaban y alargaban conforme lo dictaban la aurora y el atardecer. Sucesivamente, cuatro soles y cuatro lunas se asomaron a las ventanas y se reflejaron en los espejos. Saad no pudo evitar sospechar que la luna es el espejo del sol.

Pero he aquí, oh rey de las horas, que el amanecer del quinto día sorprendió a Saad dormido entre dos vasijas altas como negros gigantes. Y al despertar recordó que se había amodorrado en un salón circular con 16 puertas. Abrió los ojos y ahí estaban tal como las recordaba la noche anterior. Éstas se alternaban con 16 espejos de idéntica forma a la de las puertas. El marino emergió del sueño con un miedo nuevo e indescifrado: había soñado que los 16 espejos eran también 16 puertas.

—¿Quién hay ahí? —preguntó. Porque le llegaba un sonido insistente y delicado.

Y como no obtuvo respuesta, atravesó una puerta que daba a una gran galería. La luz entraba cegadora por las ventanas. Había decenas de espejos. Una figura desdibujada por la luz solar pasaba un paño por las superficies pulidas. Saad se le acercó. Era un hombre o un ser semejante a un hombre. Vestía túnica. Su cabeza rutilaba calva y redonda. Aunque su piel era joven, tenía la mirada vieja, como si la hubiera paseado por todos los rincones de la Creación. Era alto y flaco, de cuello estrecho y nariz y orejas prominentes.

—Sé bienvenido a mi palacio —saludó el anfitrión.

Parecía cosa injustificada cuestionarse si aquella figura tallada y estrecha, acariciada por una mano de sol, había nacido de mujer o no. Parecía absurdo dudar si se había metido en la casa de un demonio o de un efrit. Y como el dueño del palacio respetaba las divinas normas de la hospitalidad, el marino maldito devolvió el saludo y se presentó:

—Me llamo Saad. Busco Basora.

—Ese camino lo conozco —afirmó el hombre de piel joven y ojos viejos mientras sacaba brillo a un espejo con su paño—. Pero antes de irte deberás permanecer en este palacio cuatro días y cuatro noches. Después podrás marcharte.

Saad, impaciente, inquirió irritado:

—¿Y a qué cosa obedece esa imposición?

—Porque esas son las normas de la casa —lo dijo como si tales normas fueran superiores a su dueño y éste sólo se limitara a transmitir las—. Porque cuatro es el número que el palacio impone. Cuatro lados tiene la mesa donde comes. Cuatro la silla donde te sientas. Cuatro la cama donde dormirás las cuatro noches. Cuatro fachadas tiene esta morada. Norte, sur, este y oeste son cuatro. Lo mismo que vivimos en un mundo concebido en cuatro dimensiones, la última de las cuales, y más incomprensible de todas, es el tiempo.

Saad se sonrió ante las locas costumbres de su anfitrión. Pero comprendió también que no podía contradecirle.

—Veo que has dormido en la sala de las 32 puertas —dijo el poseedor del castillo.

—No son 32, sino 16 —respondió Saad—. El resto son sólo espejos.

El anfitrión sin nombre le tomó del brazo y le condujo de nuevo a la cámara circular donde había pasado la noche.

—Cuenta de nuevo, marino —ordenó.

—Son 16 puertas y 16 espejos —se reafirmó el interpelado.

El otro sonrió y le empujó suavemente hasta ponerle delante de uno de los espejos.

—¿Qué ves? —le preguntó el amo de la mansión.

—Me veo a mí mismo.

—¿Y qué más?

—Te veo a ti, dueño de esta tierra. Y veo los otros espejos. Y la ventana. Y más allá el cielo. Y el sol.

—Has de saber, Saad, que los de mi casa no son espejos corrientes —dijo con voz profunda—. Al otro lado de cada uno de ellos hay un mundo exactamente igual al que tú habitas. Y a su vez ese mundo contiene miles de espejos que encierran otros miles de mundos que a su vez conducen a otros miles más. Los espejos son los eslabones que enlazan la cadena del infinito y la eternidad. Son mundos gemelos, idénticos y simultáneos. En este mismo instante, miles de millones de Saads contienen el aliento como lo haces tú ahora ante mi revelación. Ese que te mira desde el otro lado eres tú, pero no eres tú. Es otro. Es alguien.

Esa idea espantó al marinero. No pudo tolerar la visión de su propio yo, de modo que se apartó del espejo. Pero el joven de ojos viejos le retuvo con fuerza de demonio y le empujó contra el cristal. Saad esperaba romperse la cara en el vidrio. Pero en vez de eso lo cruzó libre y se fundió con su reflejo mismo. Cayó al suelo. Abrió los ojos y vio cómo el espanto y la perplejidad se pintaban en su yo reflejado. A su lado estaba aquel hombre horrible, que dijo:

—Has atravesado el cristal. Ahora estás al otro lado y al mismo tiempo estás donde has estado siempre.

Saad se apartó temeroso y primordialmente confuso.

—¿Quién eres? —interrogó.

El interpelado cruzó las manos a la espalda y se observó a sí mismo multiplicado en los 16 espejos.

—Es algo que nunca me he preguntado —respondió despacio. La luz del sol le doraba la piel y la mirada—. De ser algo, puedo decir que soy un viajero. Desde que tengo noción de existir (y ese día se ha perdido en la memoria de los planetas, porque yo nací con este palacio y este palacio nació conmigo) no hago más que viajar. Seré más preciso. No hago más que buscar.

—¿Buscar? ¿Y qué puedes buscar si nunca has salido de tu laberinto?

El pretendido inmortal sonrió lento como la arena que mueve las dunas. Puso sus ojos extenuados en el sol que refulgía tras las ventanas.

—Como te he dicho, cada uno de espejos de mi palacio es una puerta. Una puerta que conduce a un mundo gemelo. Y ese mundo gemelo contiene otros miles de espejos que conducen a mundos iguales entre sí. Llevo una vida entera recorriéndolos, viajándolos. Saltando de parte a parte. Como puedes ver, las combinatorias son infinitas. Pero hay un mundo, uno entre infinitos, que es diferente. Y ese universo único, desligado de todos los demás, descifra el resto.

Saad asintió atemorizado. Así que lo que él creía inocentes espejos constituían caminos que hacían más infinita la ya de por sí infinita mansión.

—He consagrado mi tiempo a la conquista de ese universo de universos —prosiguió el otro—. Quiero encontrarlo. Quiero habitarlo para descifrarme. Para descifrar el mundo. Para descifrar el infinito.

El marino temblaba exactamente igual que sus 16 reflejos.

—Pero hay un peligro terrible en mis trabajos —añadió con poso desazonado el viajero de los espejos—. Hay infinitos *yo* e infinitos *tú*

reflejados. Pero entre todos ellos existe uno, uno solo, que también es diferente. Y ese doble nuestro nos estará buscando empecinadamente desde el día en que nacemos a través de todos los espejos. Nos perseguirá hora a hora. Segundo a segundo. Y cuando nos encuentre, cuando pongamos nuestros ojos en él, habrá llegado el final.

Y dicho esto se fue. Y Saad se quedó sólo y pensativo, maldiciendo la hora en que había subido a aquella nube.

Y ahora que asoma la luna a nuestras ventanas, déjame que te cuente, oh hacedor de infinitos, cómo Saad pasó aquel tiempo de reclusión inexplicable extraviado por el palacio sin mapa. Las horas se devoraban unas a otras mientras vagaba por pasillos que se perdían en lo indescifrable. Por galerías, pórticos y cámaras. Siempre le acompañaba su propio reflejo que se desdoblaba espejo tras espejo, como una imagen desvinculada de su dueño, un reflejo perplejo de sí mismo.

A veces se cruzaba con el glabro dueño de aquel reino arquitectónico con trazas de ser inabarcable. Los encuentros sucedían en los lugares más inverosímiles y alejados los unos de los otros. Porque el viajero consumía su tiempo atravesando los espejos en busca de ese mundo filosófico que explicaba los otros.

Fue en el transcurso de la segunda noche cuando el vagabundo se atrevió a preguntar a su anfitrión. Más allá de las ventanas rutilaba el firmamento. Dijo Saad:

—¿Y no es para volverse loco vivir solo y rodeado de espejos?

A lo que respondió el joven con alma y ojos viejos:

—No estoy tan solo. Los espejos tienen memoria. Y son capaces de atrapar el alma de quien se refleja en ellos. Un espejo es una mirada — pasó su paño sobre uno de ellos—. Nos acechan. Nos hacen preguntas. Nos interrogan sobre quiénes somos. El que observa y el observado no son el mismo. No estoy solo, no.

Y pasó después, oh letra que da sentido al verbo, que el tercer amanecer sorprendió a Saad despierto y tembloroso. Porque había soñado que alguien igual a él, pero que no era él, le miraba desde el fondo de un cristal. Como ese *otro yo que no es yo* y que nos busca a través de todas las superficies pulidas para darnos muerte, según le había revelado el propietario del palacio.

Amaneció, decíamos, y los espejos circundaron a Saad. Y se sabía vigilado por sí mismo en todos ellos. Y por eso se refugiaba bajo las escaleras. En las cámaras menos reveladas. Tras las cortinas polvorientas y dormidas.

En cuanto a su captor, aparecía y desaparecía en busca del quimérico mundo que servía de vértice a todos los otros. Esa colección fabulosa de dimensiones que contenía la cifra que daba lógica a la ecuación de lo existente. Esa pieza clave en la bóveda de la Creación.

Y cuando atardecía, escuchó Saad unos pasos en un corredor cercano. El marino siguió el eco y se encontró con el morador de la casa. Éste, sin embargo, no le dirigió la palabra. Continuó con su camino y desapareció.

Saad se alzó de hombros y se sentó al pie de una escalera. Pero no había pasado una hora cuando se escucharon otra vez pisadas. El viajero de los espejos apareció por segunda vez en el pasillo.

—De nuevo nos vemos —le saludó Saad.

El otro le miró perplejo al principio. Inquieto después:

—¿De nuevo? —repitió como si no le hubiera entendido.

—Sí —dijo el vagabundo—. No hace una hora que nos hemos cruzado en este mismo corredor.

El motilón abrió mucho los ojos. Un temblor sacudió su alargada persona.

—No era yo —respondió lacónicamente.

Y se marchó. Su paso, menos decidido que en otras ocasiones, se perdió por los recovecos de aquella casa olvidada de Alá.

El anochecer llegó silencioso. Las sombras se alargaron. Los rincones se oscurecieron. Las cámaras más recónditas se anegaron de tinieblas. Se iba el tercer día. La noche se hacía interminable para Saad en el laberinto de los espejos que le miraban, que estaban vivos. Se sabía observado a través de todas las superficies pulidas que eran sendas a mundos iguales donde iguales suyos vagaban y dejaban escapar suspiros iguales a los suyos. Y esa era toda la verdad.

El cuarto día nació como un tímido cinturón de perlas. Se dibujó la frontera entre el mar y el cielo. Un día más. Uno sólo y sería libre. Porque Saad supo que jamás iba a encontrar él solo la salida. Que aquel palacio tenía voluntad y que no toleraría que su huésped escapara.

El sol ya alimentaba todos los rincones del laberinto cuando el marino se topó sin quererlo con la sala circular de los 16 espejos y las 16 puertas. Se preguntó si había llegado allí por casualidad o si era el palacio quien le guiaba. Porque aquellas paredes parecían estar siempre cambiando sin realmente llegar a cambiar. Igual que el alma humana. Las escaleras aparecían y desaparecían. Los pasillos se alargaban o morían. Se engendraban grandes salones donde segundos antes sólo languidecían tabucos. O eso al menos sospechaba el prisionero.

Y llegó la cuarta noche y las estrellas se prendieron a la vez que se prendían las velas sobre los candelabros. Y los cortinajes susurraron amedrentados por la brisa nocturna. Y tampoco esta vez pudo dormir el ladrón. Porque jamás había deseado tanto que regresara el sol. Porque la noche caminaba despacio como si fuera definitiva.

Pero he aquí que se escuchó un revuelo lejano de carreras y gritos. También de cristales que se rompían. El marino corrió al lugar de donde venía la escandalera. Se perdió por pasajes injustificados, sucesiones de salones y escaleras. Estaba cerca. Abrió una puerta y se encontró con el buscador de universos que estaba rompiendo todos los espejos contra el suelo. Miró a su invitado temblando:

—¡Me ha encontrado! ¡Me ha encontrado!

Saad no sabía a quién se refería ni entendía tampoco por qué destruía desordenadamente sus caros espejos.

Y se escucharon entonces pasos en la escalera. Y de entre las sombras emergió alguien idéntico al dueño del castillo. O acaso él mismo. Y ese alguien irrumpió en la sala sin hacer caso del marino y fue directo a por su doble. Éste se llevó las manos al cabeza aterrorizado. Y tartamudeó con voz derrotada:

—Ha llegado mi hora. Pero dime, ¿has visto ese lugar que siempre he buscado y que nunca encontraré?

—No existe —respondió su reflejo. O acaso él mismo.

Y sin más palabras, la representación echó las manos al cuello del original y le estranguló. Saad asistió sin intervenir. La agonía transcurrió en silencio. Los ojos de la víctima se hincharon como huevos hervidos. Su piel enrojeció como una cresta de gallo. Y al cabo quedó quieto, con la boca groseramente abierta al infinito. La lengua morada e impúdica, colgando.

Sólo entonces el asesino reparó en Saad. Dejó caer al muerto (que no dejaba de ser él mismo). Las velas doraban su rostro y sus pupilas. Su sombra se acortaba y alargaba al capricho de los candelabros. Y dijo el reflejo encarnado señalando el cadáver:

—Yo soy él y por tanto tú eres mi huésped. Y según las normas de esta casa ahora deberás permanecer conmigo cuatro días con sus cuatro noches. Y a esos cuatro días les seguirán cuatro semanas. Y a esas cuatro semanas, cuatro meses. Y a esos cuatro meses, cuatro años. Y a esos...

Pero no pudo continuar porque Saad le agarró del cuello y le empujó hasta un espejo y juntos lo atravesaron y aparecieron en un pasillo que daba a una escalera de caracol. Y el amo del palacio tropezó y se precipitó escalones abajo. Y sus quejidos y sus costillas moliéndose de peldaño en peldaño resonaron durante mucho tiempo. Y dicen, oh hacedor de hacedores, que los gemidos y el estrépito de su caída interminable se escucharán por los siglos de los siglos, pues la escalera no tiene fin. Pero eso es algo que no se sabe porque nadie hay allí para comprobarlo.

Que amanezca es cosa ordenada por Alá. Y ese día no fue distinto. Saad encontró la salida del laberinto con el alba. Abandonó el palacio y la nube no sin antes llevarse muchas gemas. Y descendió la escala de oro y desamarró su barco y escapó de aquel lugar maldito.

Y dicen también, oh propietario del tiempo, que después de muchos días sobre las olas, divisó un islote con una torre blanca. Y que en torno a esa torre volaban en círculo aves de una especie desconocida.

LA AMADA INMÓVIL

José Rubio & José Miguel Cuesta

José Rubio Sánchez y José Miguel Cuesta Puertes (ambos nacidos en 1963), residen en Valencia, a orillas del Mediterráneo. Desde hace décadas compaginan sus respectivos trabajos con su verdadera vocación: la escritura. Su producción abarca campos tan amplios como las Nuevas Tecnologías y la Literatura en diversos géneros.

Dentro de la categoría de producción multimedia se pueden destacar varios Libros Electrónicos, como los realizados en colaboración con AMD Media Consulting: *Andalucía contada por sí misma*, para el Foro Andaluz de Ediciones; *El Puente sobre la Estación: una muestra de la arquitectura de Santiago Calatrava*; o las *Obras Completas en Castellano de Helena Petrovna Blavatsky*, un adelanto de los cada vez más difundidos E-book.

Hasta la fecha han recibido diversos premios y publicado varias obras, entre ellas: *El Loto tras el Muro* (octubre de 2005 por Edebé); *La Ciudad de las Puertas de Oro* (octubre de 2006 por Timunmas); *El Durmiente* (septiembre de 2007, también en Edebé), y próximamente la novela finalista en Planeta 2007: *El Ocaso del Sol Invicto* (Grupo Sirius), o *El Tao de la Carretera y Pasajes sobre el Porvenir* (Corona Borealis).

La Amada Inmóvil forma parte de un proyecto más amplio denominado «NecroEroticon». Son historias, como la presente, en las que se aúnan terror, misterio y, como no: sexo. Este proyecto será editado próximamente por AJEC.

¡Yo (el mago) entro en tu cuerpo como una mosca! ¡Veo tu cuerpo desde dentro y doy vuelta para atrás tu cara...!
Ostracón Armytage, ll. 6-9; A. Shorter en *The Journal of Egyptian Archaeology* 22 (1936), 165-8 J.F.Borghouts, o.c., 1-2, n° 3.

Este insecto que ha entrado completamente en este su cuerpo (el del paciente), tan pronto como él abandone (el cuerpo del paciente), ¡se arrastrará sobre la tierra como un efluvio!
J.F. Borghouts, *Ancient Egyptian Magical Texts* (Leyden, 1978), 17, n° 19.

*Informe para el oficial médico del Departamento de Psiquiatría
Hospital Universitario
26 octubre 2003*

Me piden un informe sobre lo sucedido en el museo y eso voy a hacer, aprovechando la oportunidad que tan amablemente me concede el Dr. Xavier para explicar todos los detalles, y su insistencia en que cuente algo de mí mismo. Espero que mi buena disposición acelere los trámites para volver con mi amada.

Mi nombre es Juan Ribera Martínez, y soy, o era, el guarda nocturno, vigilante, portero o como se lo quiera llamar, del Museo Arqueológico de Valencia.

He trabajado en este oficio toda mi vida laboral, y lo cierto es que empecé como si se tratase de algo pasajero; pero ya han transcurrido más de veinte años. Hace poco cumplí los cuarenta.

También, desde que recuerdo, he trabajado de noche. Al principio, porque buscaba una tarea que me permitiese, a la vez, estudiar una carrera universitaria -¿qué mejor que el retiro y la tranquilidad de la noche para estudiar?-. Después porque parecía que mi forma de ser, reservada y misántropa, se avenía perfectamente con la vida nocturna, sin compañeros pesados, sin jefes agobiantes, sin demasiados esfuerzos ni compromisos. Era feliz envuelto en la soledad y el silencio.

Nunca tuve problemas por mi predisposición, es más, mis compañeros siempre lo agradecieron. En realidad les hacía un favor, pues al realizar el turno de noche, ellos podían ir a dormir a casa con sus mujeres, o salir de fiesta para conquistarlas. Así, lo que empezó como una opción provisional, día a día, mes a mes, se convirtió en una forma de vida que ha durado años.

Yo era consciente de la decisión que tomaba y de sus consecuencias, ya que el trabajo de noche no está exento de complicaciones y problemas. Conocí a otros compañeros en las mismas circunstancias y reconocían que a veces era insoportable, sobre todo si se encontraban aislados en un edificio solitario, durante largas e interminables noches.

Las consecuencias eran: soledad, alteración del ritmo de vida, dificultades para dormir de día, y múltiples pequeños detalles agobiantes. A algunos les había cambiado el carácter, volviéndose irascibles y violentos. Los casados o con pareja no tardaban en discutir con sus cónyuges, y todos iban perdiendo paulatinamente a sus amigos. Los que no podían soportarlo pedían un cambio de servicio a los pocos días, o se marchaban de la empresa; otros simplemente se excusaban por enfermedad o se pasaban el turno durmiendo, y los extremadamente débiles, pocos, es cierto, pero alguno hubo, se suicidaban.

Llevado por mi natural investigador, hablé con amigos médicos y psicólogos -en aquel entonces aún tenía amigos-, y hasta con expertos del sindicato, y todos coincidieron en sus apreciaciones: el trabajo a turnos y, especialmente el de noche, produce el número más alto de absentismo laboral, estrés, depresiones y, lo más significativo: separaciones y divorcios. No se duerme ni se hace vida social. Los padres no ven a sus hijos, los esposos no duermen juntos, lo que conduce a terminar haciendo cada uno su vida por separado. ¿No es al caer la noche cuando las parejas se comentan lo ocurrido durante la jornada, y comparten un poco de la alegría de lo que llamamos familia?

Yo me prometí no pasar por esa triste realidad.

Había tenido un par de novias y, he de reconocerlo, era y soy muy celoso. Sólo de pensar que mientras yo estoy trabajando en quién sabe qué fábrica inmundas, otro pueda estar gozando con mi chica, me exaspera. Esta actitud me complicó la vida. No podía evitar la desconfianza, las ironías y los malentendidos; qué enfermedad más terrible son los celos y cómo corrompen los corazones. Por eso, cuando mi última novia, Judit, me dejó agobiada por el excesivo control sobre sus idas y venidas, la inspección de su correo e, incluso, lo admito, el olfateo de su ropa, decidí pasar de las mujeres, o al menos de las obligaciones que impone una relación estable. Con esa decisión quitaba a mi vida una gran cantidad de preocupaciones.

Como este informe va dirigido a psicólogos, no dudo en confesar que hay muchas maneras de disfrutar del sexo sin tener que practicarlo, necesariamente, con una mujer, y no es desconocido para el común de la gente lo que algunos hombres solitarios hacen para satisfacer esa, llamémosla "necesidad fisiológica". De una u otra manera me fui apañando, y no eché de menos, salvo en contadas ocasiones, la parte dulce de una relación de pareja: el que alguien te quiera y se preocupe por ti, que te diga con cariño "te quiero", o "te necesito". Al menos fue bien al principio, aunque a veces era una tortura ver como algunas parejas se comían a besos en los parques, felices, y yo, en cambio, no tenía a nadie a quien coger de la mano.

Pero siempre he sido realista. Cuando las demás personas volvían a sus hogares a la caída de la tarde, para encontrarse

con sus seres queridos, yo cogía mis bártulos y me dirigía a mi puesto de trabajo. ¿Qué mujer iba a aceptar algo así: pasar en soledad las veladas nocturnas, dormir sola, soportar los fines de semana -cuando más horas trabaja un vigilante-, abandonada porque su cónyuge está de servicio o duerme?

Con el tiempo acepté mi propia decisión, y los "placeres" que la noche ofrecía, me hicieron soportable la soledad. De modo que, al final, como si fuera una droga, autoconvenciéndome de que eran más las cosas buenas que las malas, aquella "forma de vida" se convirtió en "mi" forma de vida.

Cuento estos detalles en el informe, porque el Dr. Xavier me lo ha pedido, y, además, porque deseo que comprendan que, a pesar de mi decisión y adaptación al tipo de vida nocturna, nunca se murió en mí el anhelo de amor verdadero. Por muy inalcanzable que parezca, dudo que nadie rechace sinceramente ese anhelo interior. Por eso, cuando al fin llegó hasta mí, lo mantuve en secreto, como si temiese perderlo. Tal vez, de nuevo, por mis celos incontrolados. Si me han de acusar de algo, tendrá que ser de eso.

Como he comentado, llevo veinte años en este oficio, y he pasado por muchas empresas y lugares, unos mejores, otros peores, hasta que hace cosa de un año tuve la oportunidad de ocuparme de la vigilancia del Museo Arqueológico de Valencia.

Aquello fue una gran oportunidad para mí, pues la licenciatura que he nombrado al principio era la de Geografía e Historia, y mi pasión más feroz, la lectura y la arqueología. Disfrutaba con los clásicos de Grecia y Roma, y todo lo relacionado con la arqueología egipcia, helénica o persa. Qué placer fue para mí pasear por los largos pasillos llenos de vitrinas, contemplando las obras de arte que han sobrevivido al naufragio de las antiguas civilizaciones, e informarme de sus orígenes e historia.

Aprendí maravillas sobre la cerámica celta, los bronceos iberos y las terracotas cartaginesas que procedían de los yacimientos encontrados en el litoral mediterráneo, pero más disfruté en las secciones dedicadas a las culturas orientales, que empezaban con Micenas y Creta y terminaban en la lejana Babilonia. No tardé mucho en aprender al dedillo todo el museo, y no sólo cada una de sus habitaciones, alarmas, extintores, salidas de incendio y demás parafernalia de mi oficio. No, cada una de las piezas engalanadas en las vitrinas de cristal: sus nombres, su material de fabricación, su pequeña historia. Los museos, aunque parezca lo contrario, están llenos de vida, y para quien sabe oír, siempre hay esperando un relato, un hecho, una leyenda, un mito.

Me hice amigo de casi todos los profesores universitarios que allí venían a trabajar y que solían quedarse hasta muy tarde enfrascados en sus estudios; además del personal propio del museo que coincidía con mi turno. A ellos remito para que pidan informes sobre mi persona. Alguno de ellos había sido mi profesor

en mis años de estudiante. Al recordarles que había aprendido con ellos, me dieron su confianza, y siguieron enseñándome.

Me prestaban libros difíciles de encontrar, y charlaban conmigo en sus descansos, mientras se tomaban una cerveza, contándome sus investigaciones, algunas un tanto reservadas. Muchas veces miraba o leía directamente los libros extraídos de las estanterías de sus despachos, cuando en las distintas rondas debía inspeccionar todo el edificio. Evidentemente tenía su permiso, como pueden comprobar si lo desean. Siempre he sido un hombre de fiar y me atrevo a decir que, incluso, soy un buen tipo. Matizo este punto por algunos comentarios despectivos que he oído sobre mí en las últimas horas.

Voy ahora a relatar la parte de la historia que más les interesa. He de decir, para ser sincero, que lo ocurrido no pensaba contárselo a nadie, y si ahora lo hago es por la presión a que me están sometiendo, apartándome de mi amada. Espero dejarles satisfechos y demostrar que lo sucedido, aunque aparentemente inverosímil, sucedió. No sabría explicar bien el cómo, pero sucedió.

El cuatro de julio de 2003 arribó una partida de material egipcio, proveniente del museo del Cairo. Llegó al atardecer y, como era mi obligación, estuve presente mientras descargaban las cajas en el almacén de la parte trasera del edificio, una sala espaciosa destinada precisamente a esos menesteres. Aunque mi horario comienza a las 21 horas, como Jefe de Equipo debía estar presente en envíos tan importantes como el mencionado.

Aquella partida era el descubrimiento, por parte de un equipo arqueológico de la Universidad de Valencia, de una tumba del Imperio Medio sita en el Valle de las Reinas.

Eran ya las diez de la noche cuando los bártulos terminaron de colocarse en el lugar adecuado del almacén y, debido a lo adelantado de la hora, se dejó para el día siguiente el desembalaje. Como el día siguiente era sábado, no se abrió ninguna caja hasta el lunes.

Aquella noche presentí que algo importante iba a suceder. Noté una sutil pero agradable sensación que parecía emanar de los objetos envueltos en paja y telas, como si el perfume de Egipto estuviera impregnado en la madera, y el cálido aire del Nilo fuera en mi busca. Además, para mi deleite, en una pequeña caja de cartón sin precintar se encontraban varios libros e informes sobre el descubrimiento.

Esa noche di las rondas inevitables para cerrar el edificio y, en la madrugada, abrirlo. Se me pasó el turno tan rápido, que me pareció como si una ronda siguiera a la otra sin descanso. Lo que hice fue sentarme en mi despacho, con mi termo de café y la caja de informes, y devorar hora tras hora todo lo que allí se decía de la expedición arqueológica, sobre todo de Sebknefrure, la reina egipcia que yacía en el sarcófago, aún guarecido dentro de la caja de transporte.

La expedición, según detallaba el informe, había encontrado la entrada de la tumba -como suele ocurrir a menudo en el mundo de la arqueología-, por casualidad, cuando una tromba de agua, de las que solo se precipitan cada veinte años, arrasó los escombros amontonados en una ladera del norte del Valle de las Reinas, dejados allí precisamente por otros arqueólogos, pensando que en ese lugar no había nada.

Cuando accedieron al pasillo de las almas, descubrieron que la losa que protegía la tumba tenía roto el sello de Anubis, y que las primeras estancias del hipogeo habían sido saqueadas. Pero, de nuevo por suerte, el lodo arrastrado por el agua durante siglos había inundado las salas interiores hasta el techo, solidificándose en una argamasa que parecía hormigón; en esas circunstancias era imposible que saquearan la tumba los ladrones. Cinco años habían tardado en romper y vaciar los escombros hasta dejar tres salas libres, y lo que descubrieron en la sala central fue más de lo que nunca hubieran soñado, compensando el esfuerzo y los muchos sacrificios. En lo más profundo del mausoleo, en la última habitación evacuada de tierra, se encontraba una puerta sellada con el signo del dios de la muerte, el conductor de las almas, y detrás, una vez abierta, hallaron un tesoro que no tenía nada que envidiar al de Tutankamon.

Después de catalogar los objetos encontrados y leer por encima los jeroglíficos, sobre todo los cartuchos con los nombres de dioses, faraones y nobles, llegaron a la conclusión de que aquella era la tumba de Sebeknefrure, una misteriosa reina del Imperio Medio que, al parecer, sucedió a Amenemes IV y reinó en solitario. No se sabía casi nada de ella, hasta el punto de que no estaban seguros tan siquiera de si había existido.

Disculpen si soy prolijo en estos detalles. Sé que esta información fue publicada en los periódicos y en los medios de comunicación de aquellos días, y ustedes deben de conocerlos de sobra, ahora bien, espero que comprendan que para mí, en aquel momento, era como si me hubiera tocado la lotería. Era una sensación maravillosa estar tan cerca de aquellos objetos sagrados. Doy gracias a los arqueólogos, al gobierno egipcio y a los dioses de ese país de ensueño, por permitir que una de sus hijas llegara a aquel profano santuario donde yo trabajaba.

Los días siguientes fueron apasionantes. El profesor Julio Casares se encargó del proyecto; sobre todo del desembalaje de los objetos y su colocación en una sala preparada exprofeso -por su orientación y medidas-, para alojarlos, recreando la equivalente del Valle de las Reinas. Lo ayudaban diligentemente un grupo de becarios de la Facultad de Historia. Dada la confianza que el profesor tenía conmigo -y me atrevería a decir que la amistad-, pude presenciar todo el proceso, de modo que aquellas semanas dormí muy pocas horas, empalmado la noche con el día.

Un mes tardó el profesor Casares en "montar" el panteón fúnebre según el modelo original, siguiendo las fotos y diagramas preparados por los arqueólogos que lo descubrieron, los que seguían en Egipto en otra temporada arqueológica. Cuando, exultante, colocó el último vaso canope y paseó largamente alrededor del sarcófago, situado en el centro de la sala, repasando todos los detalles, yo me sentí tan feliz como él.

Era magnífica la visión del conjunto sepulcral, destellando vida con los reflejos del oro y la plata. Diamantes, amatistas, pasta de vidrio de variados colores, se incrustaban en las láminas de oro que forraban la mayoría de los objetos. También había algunas piedras de alabastro y pórfido negro espléndidamente pulidas. Destacaban numerosas estatuas, vasijas y utensilios de madera del Líbano, restaurados con todo el brillo y suavidad del original; barcos en miniatura sobre peanas de granito, ejércitos contruidos con figuras de barro, apoyacabezas, sillas de ergonómico diseño con los reposa manos acabados en cabeza de león... Esas y otras mil maravillas y detalles demostraban que, si bien para nosotros Sebeknefrure era una reina olvidada, para sus contemporáneos fue la auténtica hija de Ra e Isis, sus padres celestes, y que la honraron con todo el fasto de la dignidad imperial egipcia.

Pero lo más alucinante era el sarcófago, aún sellado. Una estructura de forma antropomorfa, ricamente decorada con oro y lapislázuli que formaba la figura alada de la diosa Nuth, y que en la parte superior tenía pintado un rostro de mujer, adelantándose cientos de años a las modas de los enterramientos griegos y coptos.

¡Qué rostro! El pintor era, sin duda, un Leonardo, y había apesado con los pigmentos, todavía esplendorosos, los rasgos a la vez tiernos y maduros de una mujer, de una diosa, que parecía mirarme con sus ojos pardos, profundos, cautivadores. Era el rostro de la reina Sebeknefrure, a la que iba conociendo cada vez más, según el profesor Casares avanzaba en sus investigaciones.

A partir de aquel día no hubo noche que no pasara cuatro o cinco veces para verla, realizando más rondas de las necesarias, quedándome en ocasiones largos minutos contemplando su rostro sublime, y leyendo a su lado los escasos libros en los que se hablaba de ella.

Poco se conocía de tan esplendorosa mujer. Que fue regente en una efímera franja de tiempo indeterminado, y que su muerte, prematura, se debió a la eterna lucha por el poder. Me sentía su esclavo, su guardián, protegiendo su sagrado descanso. Mis noches eran gozosas veladas que pasaba hipnotizado contemplando a la mujer de mis sueños. Pero eso sólo fue el principio.

Ya he comentado que algunos profesores realizaban investigaciones más o menos reservadas. Eso es algo propio

de los intelectuales en el competitivo mundo universitario, y lo era aún más en el caso del profesor Casares. Su interés en las ciencias heterodoxas le llevó a preocuparse con fruición de los llamados “papiros mágicos griegos”, una amalgama de tradiciones y supersticiones gnósticas, herméticas y cabalísticas, fruto del sincretismo de las religiones y culturas que coincidieron en la zona mediterránea y oriental, cuyo foco fue la ciudad de Alejandría. Nunca mejor dicho lo de “foco”, si recordamos su famoso faro. Allí lo egipcio, griego, judío, cristiano y hasta caldeo e hindú, se fusionaron en una extraña y fecunda mezcla.

Al principio su interés fue –tal como me comentó–, de tipo meramente erudito, sin relación con ningún grupo sectario o influencia ocultista; aunque su recopilación de papiros mágicos era, como pude apreciar, la mayor colección de ensalmos, invocaciones, himnos, conjuros, fórmulas y demás rituales de poder mágico que había visto en mi vida. Es decir: el sueño de cualquier ocultista teórico o práctico.

El profesor Casares no creía en la eficacia de esas fórmulas de magia. Le interesaban, por encima de todo, los detalles de la vida cotidiana que se desprendían de su atenta lectura y estudio. Tampoco le atraía el posible efecto de sus invocaciones, las que eran, por cierto, una serie ininteligible de abracadabras que casi no se entendían, con procedimientos ilógicos y descabellados, aderezados con términos judíos, griegos, egipcios y coptos.

Confieso que yo tampoco creía en esas paparruchas, supersticiones que tanto interesan a los espíritus débiles, espíritus que no soportan la vida tal como es, con sus contradicciones y miserias; un puro y fortuito fluir de causas y efectos mecánicos. Sus débiles personalidades buscan en un echador de cartas, o en una pitonisa de tres al cuarto, la “solución” a sus turbaciones y anhelos; la mayoría de las veces mediocres. No, yo tampoco creía, hasta que sucedió algo maravilloso que cambió totalmente mi percepción del mundo.

Fue fruto de una casualidad, de un acontecimiento fortuito.

Como he dicho, pasaba largas horas en aquella improvisada tumba, y, gracias a la cortesía del profesor, leía, con cierto escepticismo al principio, algunos de los rituales de los papiros mágicos. Recuerdo que en ellos se explicaba cómo preparar amuletos, encantamientos amorosos de efecto inmediato, fórmulas apotropaicas, petición de revelaciones oníricas para conseguir victorias, etc., detallando perfectamente, como si fueran efectivos, los procedimientos a cumplir, los instrumentos, las horas adecuadas y las palabras mágicas, además de los dibujos cabalísticos indispensables para algunos de los ritos, y las combinaciones y proporciones para confeccionar misturas y otras drogas necesarias para la invocación del dios al caso. Era, en verdad, un tratado de

magia práctica en el que se detallaban, gracias a los traductores de los papiros, las sustancias modernas equivalentes a algunos de los productos usados en los rituales, como la mirra troglitis, la planta de artemisa, el heliópalo, el dedo de Hermes, etc. Pero yo leía aquello tan sólo por curiosidad y casi con aburrimiento. Mi interés era otro.

En aquellos meses el profesor se dedicó a transcribir los signos jeroglíficos que rodeaban el sarcófago, al tiempo que los traducía. Una noche se dejó las notas en lo alto de la tapa. Al realizar mi primera ronda y llegar a la habitación, las encontré y no pude evitar echarles un vistazo. Entre los dibujos de signos jeroglíficos y su traducción, había notas explicativas, observaciones de por qué elegía una palabra y no otra, e ideas que surgían en su mente de sabio al hilo de su discurso mental. Por ejemplo, algunas de sus reflexiones trataban sobre una diosa egipcia de la que yo nunca había oído hablar: Meruty, que al parecer, según las notas del profesor, era el prototipo egipcio de lo que se denominó en Grecia “brujas de la Tesalia”, luego “Dipsas”, y más tarde, en la Edad Media, se popularizó con el nombre de “Brujas”. Era una diosa misteriosa, relacionada con el alma del difunto, que podía transformarse en insecto o en serpiente. Yo no era consciente, en ese momento, de lo importante que iba a ser para mí la vieja diosa.

Pero había en ese texto del profesor algo que me cautivó con mucha más fuerza: las frases copiadas del borde longitudinal del sarcófago, eran semejantes a las de una de las invocaciones de los papiros mágicos griegos. Pensé que aquel descubrimiento encantaría al profesor, porque demostraba y dejaba resuelta, definitivamente, una de las polémicas respecto a estos papiros: la posibilidad de que gran parte de ellos pertenecieran a los Libros Herméticos de Thot, los Libros de Magia perdidos, o al menos no encontrados todavía, perpetuados generación tras generación y degradados notoriamente hasta llegar al siglo I.

Había, también, otra consecuencia más importante para mí, por la promesa futura que contenía. Esa invocación grabada en el sarcófago y recreada en el papiro, se refería y permitía, siguiendo los pasos del rito, devolver la vida a la materia muerta.

El descubrimiento me llenó de consternación, poblando mi mente de alucinantes ideas. Tanto es así, que decidí no contar nada al profesor y guardarme el secreto para mí mismo, hasta decidir qué debía hacer.

Deben entender que yo estaba enamorado de la reina egipcia, y consideré el descubrimiento como un regalo de sus dioses, o de ella misma que me enviaba un mensaje a través del tiempo. Me convertía en el instrumento para cumplir sus sueños, y los míos. ¿Acaso la mujer encerrada en el sarcófago no amaría apasionadamente a quién la liberase de su ajada mortaja?

He dicho que no creía en las promesas de los papiros mágicos, y es cierto, pero no podía dejar de preguntarme: ¿y si hubiera algo de cierto en ellos? ¿No habían pervivido durante milenios? Si fueran falsos, ¿no habrían sido desechados por ineficaces al poco de ponerse en práctica? ¿Y si funcionaban? Los Libros de Thot eran considerados como la suma de la ciencia egipcia, y de la ciencia egipcia había surgido un conocimiento médico profundo, además de la alquimia y numerosas disciplinas herméticas, seguidas con fruición por humildes y grandes sabios; fieles discípulos de los últimos arcanos. Ahora yo poseía una de esas fórmulas, que habían pervivido durante generaciones sin fin. ¿Y si funcionaba? ¿Qué perdía por intentarlo? Nada. ¿Qué ganaba? Todo.

Llevado por el deseo y una férrea determinación, comencé a prepararme para el rito. Pese a mi amistad con el profesor Casares, mantuve mi proyecto en secreto, y algunas preguntas que dejé caer sobre dudas en el procedimiento, productos y conceptos de los papiros, lo hice con tal tacto, que no sospechó nada sobre mis intenciones; al menos al principio.

La fórmula del Conjuro Amoroso dirigido a Anubis, detallado en los papiros 1.167, 1.179 y 574, exigía la preparación previa de varios requisitos. En primer lugar tenía que precisar el día exacto para la ceremonia. Para ello era imprescindible conocer cuándo la órbita de la Luna iba a pasar por la constelación de Virgo: "Magia cuya realización todo lo somete", y el mejor momento del día: "La tercera hora de la noche". Grabé con un clavo sobre una lámina de plomo la figura de Meruty, y luego preparé un brebaje con dos quénices de sal y de miel con vino, pronunciando mientras lo mezclaba las siete letras de los magos: "a eïoyô", y las ocho letras de Seleno que están fijadas en el corazón de Helios. Este brebaje lo tuve que tomar todos los días previos al rito. También me purifiqué física y mentalmente, preparando mi cuerpo y mi alma para el instante supremo.

Qué días más inquietantes aquellos, disponiendo los detalles en secreto, llevando a escondidas los productos necesarios y repasando una y otra vez las indicaciones de los papiros, mientras esperaba el día y la hora precisa para realizar la ceremonia. Mi corazón permanecía en un perpetuo latir apresurado, y los que me vieron en aquellos días –pueden comprobarlo si lo desean–, contemplaron a un niño feliz esperando la llegada de los Reyes Magos; aunque ellos no comprendían el porqué de mi afable rostro, talante y entusiasmo.

Un rito, explicaban los traductores de los papiros mágicos, es como la preparación de un producto químico, se han de tener en cuenta todos los componentes, sus proporciones, incluso el momento adecuado para mezclarlos y las condiciones atmosféricas óptimas. Si se hace bien, y eso pretendía yo, el fármaco conseguido, por poner un ejemplo, lograría milagros.

Al fin llegó el día fasto.

La Luna se encontraba en la órbita de Virgo y Júpiter cruzaba el horizonte en oposición a Neptuno y Plutón. Éste último planeta y dios era especialmente importante para la ceremonia, pues es el equivalente romano del Hades griego y del Osiris egipcio: el dios de los muertos.

Esa noche llegué al museo como de costumbre, media hora antes del relevo, e hice mi primera ronda con premura, pero al mismo tiempo con serenidad, preparando mi ánimo para la ceremonia. Por suerte era viernes, y al finalizar la ronda no quedaba nadie en el edificio. Apagué las luces y encendí las alarmas exteriores con más interés que nunca, porque no quería ser molestado ni interrumpido en mi labor mágica.

Cuando confirmé que me encontraba absolutamente solo, tomé de nuevo la pócima descrita en el papiro, que tanto me había costado preparar por los inencontrables ingredientes –llevaba tres días de ayuno–, y seguí memorizando las fórmulas que, junto al resto de procedimientos, harían que la magia fuese efectiva. Aún recuerdo el conjuro, porque era imprescindible sabérselo de memoria y recitarlo en el momento justo. Para potenciarlo, dibujé con una tiza en el suelo la combinación de vocales adecuada:

a	õ õ õ õ õ õ õ
e e	y y y y y y
ê ê ê	o o o o o
i i i i	i i i i
o o o o o	ê ê ê
y y y y y y	e e
õ õ õ õ õ õ õ	a

Cuando sólo faltaban treinta minutos para el punto álgido de la influencia planetaria, miré por última vez el cielo, límpido, sin luna, y, entonces, quitándome las ropas de vigilante, me coloqué la toga de lana prescrita para el ritual, que previamente había dejado a la intemperie en tres noches de luna llena, para que se impregnara de sus efluvios. Adorné mis manos con guirnaldas de flores, al tiempo que pasaba alrededor de mi cuerpo aromáticos palitos de incienso.

No puedo describir aquí toda la ceremonia, porque he decidido mantenerla en secreto, así que me guardaré ciertos detalles fundamentales. Sin esos detalles, como he dicho respecto a la preparación de un producto químico, el rito no puede funcionar correctamente. Espero que comprendan mi decisión.

En la sala coloqué cuatro velas, confeccionadas por mí mismo con el género habitual, al que había añadido algunas

hierbas y excrecencias de animales, además de grabar en sus curvas superficies los símbolos de Adonai, Hécate, Anubis, Basma, Charakō, Jacob, y, sobre todo, el de la diosa insecto Meruty.

Inciensos y mirras traídos expresamente de Constantinopla y Bagdad, a los que añadí unos polvos fabricados con huesos de cadáveres, invadieron la estancia de modo que casi no se podía ver nada. Sus aromas inhalados por mí se mezclaron con el brebaje que ya había tomado, ayudándome a adquirir el magnetismo y el poder que todo mago necesita y usa en sus ceremonias. Como, creo, es evidente, me he convertido en todo un experto en estas ciencias nigrománticas.

Luego, en la hora adecuada, la tercera de la noche, la sexta de la duada egipcia, cuando el invisible Plutón se situó perpendicular a la Tierra en el punto donde estaba colocado el sarcófago, inicié el rito, empezando por una fórmula para conseguir el amor de la reina Sebeknefrure y terminando por otra que la resucitaría. Quería asegurar el éxito de la ceremonia, el renacimiento de la mujer y su amor sin reservas.

Para la primera invocación abrí la tapa del sarcófago. Contuve la repugnancia que me producía la reina en ese estado de descomposición, y unté su sexo y los senos con un producto especial, colocando después en su boca una pequeña cantidad de un producto mezclado con mi bello púbcico, además de una hoja doblada en cuatro partes con palabras sagradas. Luego corté el cuello de una paloma blanca y derramé su sangre por el interior del sarcófago. Cerré la tapa y recité la fórmula para conseguir su amor, que decía así:

"Te conjuro, demon de muerto. Te invoco a ti, el inexorable Eros, con tu nombre más grande: azarachtharaza latha iathal, y y y lathai, athallalaph ouerieu, legeta, rhamaiana, rhatagel; el que aparece primero, el que se manifiesta en la noche, el que se alegra en la noche, padre de la noche, el que presta oídos, erekisthpe araracharara ephthisikere Iabezebyth iō, profundo, beriambō beriambebō, marino, mermergou; oculto y muy anciano achapa Adonáis, basma, charakō, Jacob, Iao, Caruer, Aruer, Laïlam, Semesilam, soumarta, marba, karba menabōth, ema. ¡Oh, dios!, dirige el alma de Sebeknefrure hacia mí, Juan Ribera, para que me quiera, para que me ame, para que me dé todo lo que tiene en sus manos. Que me diga lo que hay en su alma, porque yo he invocado en mi auxilio tu gran nombre. Invoco la fuerza inmortal e infalible del dios, dame la sumisión del alma por la que te invoco, tráeme a la reina en este día de hoy y a partir de esta hora, con su sexo y su corazón encendidos. ¡Ya, ya, pronto, pronto!"

Una vez recitada la Invocación del Amor, exhorté a su alma inmortal para que ocupara de nuevo su cuerpo rejuvenecido

por el sortilegio. En medio de las tinieblas grité:

“Así pues, Meruty, Anubis y demás Dioses Infernales, traed a Sebeknefrure hasta mí, sin ser sometida a tormentos, rápidamente: eiout Aboot psakerba, Arbatiao, lalaoith, iösachötou, allaletou; y tú, señora, borphorphorba, syntrakabi baubarabas enphnoun, Morca, Eresquigal Nebutosualet, envía a Erinia, Orgogorgoniotrian, que atiza con fuego a las almas de los que han muerto; héroes infortunados y desdichadas heroínas de este lugar, de este día, de esta hora, de ataúdes de mirra olorosa: escuchadme y despertad a Sebeknefrure en esta noche, apartad el dulce sueño de sus párpados y dadle una odiosa preocupación, una terrible pena y búsqueda de mis huellas y un querer lo que yo quiero, hasta que haga lo que yo le ordene. Soberana Hécate Phorba phorbôbar barô phôrphôr phôrbaï, protectora de los caminos, perra negra. ¡Obedece al que te invoca, por la fuerza de la magia que todo lo domina!”

Entonces callé y esperé, postrado de hinojos ante el sarcófago como si fuese un altar, rezando a los Dioses Infernales y repitiendo la salmodia aprendida en el papiro mágico una y otra vez, tantas como pedía el Rito, hasta que cumplí todas las prescripciones.

La niebla creada por los perfumes e inciensos se disipó, las velas se consumieron, dando antes una última explosión de luz, y el lugar se quedó en silencio. Creo que entonces vi una serpiente que se arrastraba por el suelo, y entraba luego en el sarcófago como si éste fuera intangible.

Yo me quedé postrado en la posición de oración egipcia una hora entera, como si fuese un escarabajo, y luego, siempre siguiendo las órdenes del papiro mágico, me erguí. Di tres vueltas alrededor del féretro, rozando con mis dedos la trabajada superficie de oro y piedras preciosas, como si estuviese acariciando a Sebeknefrure, y me situé en el lado derecho.

Todo era oscuridad, una niebla espesa producida por los inciensos que llenaban la habitación, a excepción de un pequeño resplandor que emanaba del sarcófago, lo suficiente para distinguir los ojos pardos del primoroso rostro pintado, que parecían mirarme inquietos y penetrantes. Entonces, intentando controlar mi alocado corazón, levanté lentamente la pesada tapa, dejándola en el suelo con suavidad, para contemplar luego el interior de la cámara del tiempo que tantos milenios había retenido a mi amada.

Es aquí, seguramente, donde su incredulidad se hará más manifiesta, y lo entiendo. Pero yo sé lo que vi, ¡yo lo sé!, y no podré olvidarlo mientras viva.

Dentro del sarcófago, anidando entre sus estrechas paredes, reposando plácidamente en un sueño de milenios, se encontraba una mujer joven, bella, perfecta, cubierta con una vaporosa gasa transparente que dejaba adivinar sus voluptuosas formas.

Era la reina Sebeknefrure vuelta a la vida, rejuvenecida por el Rito y el poder de la diosa Meruty. Espléndida, emanando vida por cada poro de su piel morena y tersa; respirando suavemente, como si estuviese inmersa en un profundo sueño.

Como un devoto permanecí largo rato contemplándola, admirando las primorosas líneas de su delicado cuerpo, los turgentes senos que se elevaban con cada inspiración, las caderas redondeadas como las dunas del desierto, sus labios aún rojos, brillantes como si el carmín egipcio también hubiera rejuvenecido; sus ojos cerrados, protegidos por largas pestañas, oscuras como el azabache.

¡Dios! Cuánta hermosura, ni en mis más alocados sueños me hubiera imaginado que la reina Sebeknefrure fuera tan bella. Aquel maravilloso ser que se mostraba ante mí, con todo el esplendor de la juventud, no era la andrajosa momia del principio de la ceremonia, sino la mujer ideal que cualquier hombre desearía. Y era mía.

Mi júbilo era inmenso, pero aún fue mayor cuando, cumpliendo un elemento primordial del Rito, di tres suspiros fuertes sobre su boca mirándola fijamente. Entonces sonrió, pues esa es la señal del amor. Sí, aquella hermosa hembra abrió los ojos y me miró.

Mis palabras son torpes para describir lo que sentí en aquel instante de gozo supremo. Les aseguro que no fue miedo, ni terror, ni espanto, nada más lejos. Fue amor, deseo infinito, pasión ilimitada. Mi diosa, mi amada inmóvil despertaba de entre los muertos, levantando lentamente su brazo derecho y acariciándome el rostro. ¿Se lo imaginan? Sus delicados dedos enojados con tres primorosos anillos acariciaron mi rostro, mientras una sonrisa se dibujaba en el suyo ¡Qué maravilla! ¡Qué gozo! ¡Qué delirio!

Confieso que al principio me turbé, no sintiéndome merecedor de su afecto, pero cuando se levantó del sarcófago y me pidió con un gesto aristocrático que le ayudara a salir, abrazándome con pasión y ternura, me sentí el hombre más afortunado de la tierra. Sebeknefrure, la hija de Isis, la Señora de Egipto estuvo entre mis brazos; su cuerpo escultural pegado al mío, susurrando palabras en mis oídos que no entendía, pero que sonaban a agradecimiento, como si escuchara las melodiosas notas de las arpas de Menfis flotar por el Nilo. Sí, fue un breve instante, pero para mí duró una eternidad.

Alcanzo el final de mi historia, y como ven, estoy siendo totalmente sincero, detallando sucesos e impresiones que otro se callaría, y eso sabiendo que les hablo de hechos muy difíciles de creer, si no imposibles, y que seguramente usaran en mí contra. Yo mismo era profundamente escéptico, pero ahora sé que el universo que nos rodea es mucho más amplio de lo que la ciencia de "este" momento histórico en concreto conoce. Lo cierto es que el rito cumplió su cometido, y la reina Sebeknefrure regresó a este mundo, enamorada.

Después de la ceremonia la llevé a una habitación escondida que había preparado en el sótano, un lugar al que sólo yo tenía acceso. Procuré que no le faltase de nada: un lecho, comida, agua, incluso música y lecturas. Al principio música antigua egipcia y textos escritos en jeroglífico, para ir después acostumbrándola a nuestro mundo y sus novedades. Allí la tuve recluida unas semanas, mientras yo denunciaba el robo de la momia y esperaba que se calmaran los ánimos. Mi intención era llevármela después a mi casa.

Mientras tanto, por las noches bajaba a hacerle compañía y yacía con ella. Nuestro amor era inmenso, y más aun la pasión que nos embargaba, como si los milenios de muerte de ella y mi prolongada abstinencia nos hubieran despertado un apetito sexual inagotable. Ya he descrito la cruda realidad de los que, como yo, trabajamos por la noche, y los sacrificios que hemos de hacer en este ritmo de vida; pero gracias a Dios, yo, al fin, he sido compensado espléndidamente.

¡Qué noches de amor, de deseo, de lujuria! ¡Qué pasión desenfrenada! Ir al trabajo ya no era un penoso deber ni un suplicio, era un premio, una cita, un encuentro caluroso con la persona que amas, lleno de dicha.

Así fue hasta que el profesor Casares descubrió mi secreto. ¡Y yo creía que era mi amigo! No sé si fue una pregunta mal medida por mi parte, o que envidiaba mi felicidad buscando su causa y mi desgracia, siguiéndome hasta mi rincón secreto; no lo sé. Lo cierto es que él me delató a las autoridades y ayer vinieron a detenerme. Me colocaron grilletes idénticos a los que he usado durante tantos años, y me llevaron a la comisaría. Lo que todavía no me han dicho es dónde recluyen a mi amada, ni cuándo me dejarán volver con ella.

Espero que esta sincera confesión les ayude a comprender el milagro que se ha realizado en este museo, y tengan a bien permitirme volver con la reina Sebeknefrure; ella es la prueba de que tengo razón.

Por favor, déjenme volver a su lado, aún no entiende en qué mundo ha renacido, y necesita que la vaya preparando para aceptar la realidad de su viaje en el tiempo y la victoria sobre la muerte. Nos amamos, y nuestro amor es eterno. Hemos roto los límites del tiempo y el espacio, vencido un asalto a Hades y Plutón, y los derrotaremos definitivamente cuando practique conmigo mismo un hechizo que me dará la inmortalidad. Así podremos amarnos por el resto de los tiempos.

Disculpen si este informe es un poco largo, pero quería ser prolijo en detalles para que fueran conscientes de lo sucedido y se dieran cuenta de que no estoy loco.

Gracias.

Atentamente:

Juan Ribera Martínez

Informe del Dr. Xavier Besalduch. Psiquiatra del Hospital Universitario de Valencia.

27 de Octubre de 2004

Adjunto en mi informe la “confesión” de la persona física, Juan Ribera, vigilante del Museo Arqueológico de Valencia, realizado por propia voluntad, que ayer fue retenido por la policía local y puesto en nuestras manos inmediatamente, al descubrir la aberración que dicho sujeto ha estado practicando las últimas semanas.

Según puede leerse en el informe, cree haber realizado un viejo rito mágico extraído de los conocidos papiros griegos, esa amalgama de supersticiones y fantasías de la época helenística -hecho éste reconocido por todos los historiadores serios-, por el cual cree haber conseguido resucitar la momia de la reina Sebeknefrure, muerta hace más de cuatro milenios y que fue traída al museo el cuatro de julio del año en curso, con todo su ajuar funerario.

Llevo muchos años ejerciendo esta profesión y no he visto nunca un caso más claro de alucinación, agudizada por una intensa esquizofrenia. Pero por respeto a mi vocación y cargo, no expresaré un dictamen definitivo hasta que conozca con más detalle las características psicológicas del sujeto y las distintas facetas de su personalidad. No quiero tergiversar los acontecimientos ni influir sobre el juez y su sentencia; de momento sólo me atenderé a los hechos proporcionados por la policía y el profesor Casares.

El día 25 se notificó la desaparición de la momia de dicha reina. El mismo vigilante denunció su sustracción y colaboró activamente en su búsqueda. Tras un intenso escrutinio e investigación por parte de las fuerzas de seguridad, ayudadas incluso por prestigiosos detectives -hay que tener en cuenta que el gobierno egipcio estaba extremadamente interesado en la recuperación intacto de su patrimonio-, no se llegó a encontrar la momia, ni ninguna explicación razonable. El ajuar se encontraba intacto, el oro, las joyas, las obras de arte; lo único que faltaba eran los restos de la reina.

Tres semanas después, el profesor Casares -según propia declaración-, notó un comportamiento extraño en su amigo. Le pareció verlo en un perpetuo “limbo” -textual-, como si estuviera inmerso en su mundo mental y no fuese consciente de sus obligaciones ordinarias. Ese indicio, en sí mismo, no era muy revelador, pero como también rechazaba sus invitaciones para conversar, algo habitual cuando se quedaba hasta altas horas de la madrugada trabajando, la sospecha se agudizó.

Además, en multitud de ocasiones desaparecía de su puesto por intervalos muy largos.

Por casualidad, hace unos días, el profesor tuvo que quedarse a trabajar hasta tarde, y cuando fue a despedirse de Ribera no lo encontró en su despacho. En cambio, le pareció ver una figura al fondo del pasillo que descendía a los sótanos, por las escaleras de servicio. Le llamó pensando que era él, pero no recibió respuesta.

Dado su extraño comportamiento, decidió seguirle a escondidas. Tal vez, pensó, su cambio de personalidad se debía al uso de algún tipo de drogas, pues es sabido que mucha gente no soporta largas horas de soledad o el mismo trabajo nocturno. Su intención, según nos ha confesado, era obligarle a hablar del tema, como amigo, para intentar ayudarle.

Así que le siguió y bajó tras él hasta el segundo sótano del edificio, una sección que no conocía y que no estaba documentada en ningún plano -lo comprobó la policía-. Allí lo vio entrar, en una habitación cuya puerta cerró tras de sí.

Se acercó hasta ella sigiloso y colocó su oído en la hoja de madera, intentando escuchar lo que decía, pues al parecer estaba hablando con alguien, pero no se oía otra voz excepto la suya. Al poco le pareció escuchar cómo Ribera se quitaba la ropa y, poco después, jadeos y movimientos propios de alguien que realiza el acto sexual.

El profesor Casares se indignó, pensando que su amigo había traído al museo una prostituta, y que tal vez por eso tenía ese extraño comportamiento de las últimas semanas. Prefería eso a la droga, por supuesto, pero, según comentó a la policía, algo dentro de él se irritó, y no un trasnochado puritanismo. Pensó que no era conveniente traer ese tipo de mujeres al museo y que estaba en juego, no sólo la propia dignidad de su amigo, sino el prestigio y buen nombre de la institución si se descubría. Así que, enfadado, decidió irrumpir en el recinto.

Pero cuando el profesor Casares abrió la puerta y entró en la habitación, sufrió el shock más grande de su vida. No estaba preparado para lo que iba a contemplar, y la sola visión de aquella escena le hizo llevarse la mano al pecho y vomitar repetidamente. Lo que ante sus ojos se realizaba era un episodio de pura necrofilia, el insano acto de un demente perturbado, sin el mínimo atisbo de discernimiento entre lo real y lo imaginario, entre el bien y el mal. Allí, delante de él, su amigo Ribera hacía el amor con... una mujer, eso sí, pero con una mujer muerta cuatro milenios atrás, un andrajo vagamente humano de carne podrida, envuelto en telas resquebrajadas y polvorientas: la momia corrupta y maloliente de la reina Sebeknefrure. Aquel loco, aquel desequilibrado hacía el amor con una muerta, hablándole con suavidad en las deterioradas y apergaminadas orejas, y acariciando los huecos

de los inexistentes senos, como si fueran los de una mujer real, al tiempo que la penetraba con mórbido deseo.

A pesar de todo, el individuo sigue creyendo que ha resucitado a una reina egipcia. En su distorsionada percepción de la realidad no hay muestras de ninguna otra enfermedad ni conducta alterada, salvo, quizás, un indicio de depresión propio, por otra parte, de los trabajadores nocturnos.

Sé que el juez necesita mi dictamen para emitir un juicio, pero, como he escrito más arriba, he decidido darme un tiempo para estudiar su extraño comportamiento; más adelante comunicaré mi opinión profesional. Mientras tanto, pretendo conocerlo mejor y ganarme su confianza. No puedo evitar sentir cierta pena por él.

En verdad, hay hombres que no soportan la soledad y buscan maneras inimaginables para escapar de ella. Y el deseo de amor y pasión puede trastornar la mente más cuerda.

Firmado:

Xavier Besalduch

C.N. VANDELLOS

Alicia Sánchez Martínez

Me llamo Alicia Sánchez Martínez, vivo en Barcelona, y soy periodista, aunque mi verdadera vocación es la escritura. He publicado varios relatos en diversas antologías y en alguna revista del género. También he quedado finalista en varios concursos, especialmente sobre literatura fantástica.

C.N. Vandellós es uno de los pocos relatos de ciencia ficción que he escrito, ya que suelo moverme más en géneros como el terror y la fantasía. Los culpables de esta esporádica incursión en la “ci-fi” son autores que me apasionan como Ballard, Houllebecq o Asimov. A la hora de escribir este relato supongo que también ha influido el hecho de veranear cada año en un pueblo marinero que está justo al lado de una central nuclear, una situación inquietante pero, al mismo tiempo, muy inspiradora.

1. EL ÉXODO

“Vivir en La Marina cambiará nuestras vidas” —me dijiste— y, cómo siempre, has resultado tener razón. No creo, sin embargo, que sospecharás hasta qué punto nuestra existencia se vería transformada con este simple cambio de domicilio. O quizás sí. No lo sé, he llegado un punto de que dudo de todo, incluso de ti. Reconocerás que tengo razones sobradas para ello.

Me lo dijiste el mismo día que nos despedimos de Abel. Todavía recuerdo sus ojos enormes, esa expresión tan triste... Abel nos miraba con desesepero desde su incubadora. No nos dejaron cogerlo. Ni siquiera pude tocarlo. Era mejor así, me dijeron las enfermeras.

Mi bebé estaba en estado crítico. Nació con una extraña malformación que los médicos bautizaron con un nombre imposible de memorizar. Aquel rosario de nombres científicos altisonantes, esa interminable sucesión de palabras sin sentido no eran otra cosa que eufemismos para ocultar la realidad. Una terrible realidad que nadie quería reconocer.

Abel había nacido con dos corazones. Su cuerpo era un laberinto de arterias, vasos sanguíneos y órganos multiplicados, un jeroglífico imposible de descifrar y que sometía a su pequeño cuerpo a un esfuerzo sobrehumano. “No vivirá más de una semana” —auguraron los médicos—, pero, pese a los malos pronósticos, los dos corazones de Abel seguían latiendo.

En la UCI de neonatos, mi bebé luchaba enconadamente por su vida. Me lo decían sus ojos, su enormes ojos negros enmarcados de piel violeta. Por ello, cuando tú pronunciaste la palabra eutanasia tuve aquella violenta reacción. Lo que para ti fue un ataque de histeria para mí no fue otra cosa que una reacción lógica. Yo sólo obedecía mi instinto maternal. Fui directa a la incubadora e intenté abrirla, quitarle los tubos uno a uno, llevarme a mi niño y calentarlo con mi cuerpo... Pero me lo impediste. Era mejor así, me repetíais todos, era mejor así.

Me inyectaron algo. Me llevaste a casa. Cuando el calmante empezó a hacer efecto, me enseñaste los planos de la hermosa mansión que estaban construyendo para nosotros. Dos plantas, maravillosas vistas al mar, piscina privada, jardín con especies autóctonas... “La urbanización es ideal —me dijiste—, me he informado. Volveremos a ser felices allí. Piensa en Paula, ella también necesita un cambio”.

La urbanización se llamaba La Marina y estaba cerca de tu trabajo, cerca de la C. N. o, lo que es lo mismo, la Central Nuclear de Vandellós, en Tarragona. “Así podíamos vernos cada día y no sólo los fines de semana, como hasta ahora”. Tendría que dejar mi trabajo en la Universidad, tendría que dejar a Abel... pero era mejor así. Volver a vivir juntos podría ser un nuevo aliciente para nuestra agonizante vida en pareja. Además, estaba Paula, mi hija mayor. “Allí sería más feliz —me dijiste convencido—, rodeada de naturaleza, al lado del mar. Haría nuevos amigos rápidamente, es una chica muy despierta”.

Dejar Barcelona, dejar mi vida, dejar a mi bebé, mi hermoso bebé con dos corazones...

No tenía elección. Si continuaba con mi vida de siempre, perdería a mis hijos, estaba segura. Si me metía de lleno en tu proyecto, aún había esperanza de salvar nuestra familia.

De acuerdo, lo haría, pero con una condición, no permitiría que mataran a Abel. “Es inhumano, está sufriendo —me decíais todos—”. Pero yo estaba segura de que mi hijo lo quería así. Abel quería una oportunidad para seguir viviendo y yo le concedería esa gracia. Él se quedaría en Barcelona, en el Hospital de Sant Joan de Déu, ya que su delicado estado no permitía el traslado a un hospital de Tarragona, pero no me importaba. Iría a verlo siempre que pudiera. Sabía que él aprobaba mi decisión. Mi conciencia estaba tranquila. Nos trasladaríamos a La Marina tan pronto estuviera terminada nuestra gran casa.

2. LLEGADA AL EDÉN

—Papi, ¿por qué la luna es roja?

La primera noche en La Marina fue el anticipo de lo que sería una vida sometida a la crueldad de una naturaleza poderosa y vengativa. Paula estaba frente a la playa, bajo la luna llena más extraña que había visto jamás. Tal como había dicho, la luna era roja y su reflejo sanguinolento se derramaba sobre el mar. Era una visión apocalíptica, dramática a pesar de su belleza.

—La luna no es roja, cariño, son las nubes que están delante de ella. Y eso quiere decir simplemente que mañana hará mucho viento —explicaste tú, con la seguridad que te daban tus conocimientos de brillantísimo hombre de ciencias, el ingeniero nuclear con más talento que la C.N. había tenido jamás.

—¿Y eso quiere decir, papi, que mañana mami y yo no podremos ir a la playa?

—Pues muy probable, cielo, en esta zona, el viento sopla muy fuerte.

—¿Tan fuerte como el lobo de los tres cerditos?

—Mucho más fuerte, Pauli, mucho más fuerte... ¡Qué graciosa es nuestra niña! ¿Verdad cariño?

Yo asentí con una sonrisa aunque mi mente estaba muy lejos de allí. Como siempre, yo sólo pensaba en Abel. Vivía pendiente del teléfono. Cada vez que sonaba mi móvil temía que fuera una llamada del Hospital:

—Señora, tenemos una mala noticia que darle..

Pero los meses pasaban y Abel seguía viviendo. Nadie se explicaba cómo podía ser. Mi bebé seguía estando muy grave, pero resistía, gracias a su inexplicable fortaleza.

Caminamos unos pasos, tan sólo unos pasos más, y Paula volvió a gritar.

—Papi, ¡mira como vuela esa estrella!

Era una estrella fugaz, un brillante punto de luz que dibujó un trazo firme sobre el cielo para apagarse en cuestión de segundos.

—Vamos a pedir un deseo —dijiste— seguro que la estrella fugaz nos lo concederá.

—Vamos a pedir un sólo deseo los tres juntos, así tendremos más fuerza —dije yo—.

—¡Estupendo! ¿Por qué no deseamos ser siempre tan felices como ahora? —sugeriste tú—.

—No —te contesté— vamos a desear que Abel se cure y pueda venir a vivir con nosotros.

—Cariño, no está bien que digas eso. No es bueno para Paula... —me amonestaste—.

—Sí, mami, vamos a desear que venga mi hermanito, para que juegue en la playa conmigo.

—De acuerdo —dije yo— cerremos los ojos y pidamos el deseo. ¡Que se cure Abel!

—¡Que se cure Abel!, gritó Paula con todas sus fuerzas.

Tú no dijiste nada. Creo que fue entonces cuando te empecé a odiar.

A aquella noche le sucedieron muchas otras. Volvimos a ver lunas rojas, estrellas fugaces, nubes de colores extraños... y tú seguiste con tu actitud de no querer hablar de Abel. Para ti, era como si nuestro hijo hubiera muerto. Eso es lo que deseabas, verlo muerto y enterrado, olvidarte de él para siempre. Entonces yo no sabía que el drama de Abel era la consecuencia de tu fracaso, no sólo como padre, sino también como científico. Nuestras vidas empezaban a convertirse en una pesadilla.

Y después estaba el viento. El viento en La Marina soplabla día y de noche, un fuerte viento caliente y espeso que quebraba los árboles, revolvía la arena y llenaba la casa de suciedad. El paisaje de la zona parecía un cuadro de Van Gogh: arbustos torturados por el viento, nubes en forma de espiral, montañas negras como manchas, estrellas que se movían...

También la fauna era extraña. Como en la Patagonia, otra zona tradicionalmente ventosa, las especies animales se habían adaptado para sobrevivir en ese clima inhóspito. Las hormigas eran enormes y reptaban por la arena como si tuvieran ventosas en sus patas. Los insectos voladores también tenían gigantescas proporciones: moscas, mosquitos, abejas y avispas planeaban amenazadores sobre todo aquel que se aventuraba a abandonar sus casas herméticamente cerradas y refrigeradas por el aire acondicionado. Las libélulas parecían helicópteros en miniatura, incluso tenían unos colores inusuales en un insecto: naranja butano, rojo sangre, verde traslúcido... Parecían pequeños aviones de feria que hubieran abandonado súbitamente el Tío—Vivo para volar a voluntad.

Rosa, nuestra asistente mexicana, tenía una curiosa teoría sobre el clima de La Marina. Estaba convencida de que la urbanización era la casa de Ehecatl, el dios azteca del viento y a diario rezaba una oración de su propia invención:

—"Ehecatl, dios del viento, soplo del creador Quetzalcoatl, limpia los caminos para que llegue Tlaloc, el dios del agua. Haz resonar tu voz divina para que los hombres se dobleguen a tu paso."

Rosa estaba convencida de que si Ehecatl soplabla tan fuerte, era por alguna razón. "El sol quema pero el viento purifica. Si Ehecatl sopla, es para llevarse los malos espíritus" Yo me reía de las supersticiones de Rosa, pero ella se tomaba su religión muy en serio.

Lo cierto es que, al igual que Rosa, yo estaba medio trastornada por ese huracán diario que me obligaba a encerrarme en casa de la mañana a la noche. Paula también estaba muy nerviosa. A pesar de que el sol brillaba con fuerza —un sol blanco y extraño que bañaba el paisaje con una luz irreal— no podíamos disfrutar de la playa ni de nuestra piscina privada. No, La Marina no era el paraíso que nos había parecido al principio. Nuestra casa era únicamente una hermosa urna de cristal que no sólo nos

preservaba de un clima cruel, sino también de una realidad que por aquel entonces desconocíamos por completo.

Tú te pasabas prácticamente todo el día en la C.N, en Vandellós 3. La Central Nuclear había sido ampliada en los últimos meses con un nuevo reactor. Tenías mucho trabajo. Me dejabas sola día y noche, pero a mí no me importaba. Cada vez me irritaba más tu presencia.

Vandellós. La central nuclear más importante de Europa. Tu reputación creció como la espuma cuando rehabilitaste el primer reactor de la CN, un reactor que había estado fuera de servicio desde 1989 tras haber sufrido el accidente nuclear más grave del país. También mejoraste el funcionamiento del segundo reactor y ahora habías creado un tercero, tu mejor éxito, tu gran logro profesional. Eras el mejor ingeniero nuclear del continente, de eso no había duda, pero eso no había beneficiado en absoluto nuestra vida matrimonial. Todo lo contrario.

Yo odiaba tu trabajo. Odiaba tu completa entrega a él.

Nunca te veíamos. Te habías convertido en un ser extraño, absorto en lo que tú llamabas “tus cosas”. Tu vida era la CN. Tan sólo allí eras completamente feliz. En la Central lo tenías todo: tu trabajo, tus amigos, tus amores... Paula y yo tan sólo éramos un complemento, un apéndice necesario para que tu vida pareciera normal ante los ojos de los demás.

Llegó un día en el que empecé a preguntarme qué hacíamos Paula y yo en aquel paraíso artificial, en esa urbanización de lujo que nos mantenía prisioneras y casi enajenadas por la inhóspita naturaleza que la rodeaba. Quería huir, pero no podía. No tenía el valor necesario para hacerlo. La situación se hacía insostenible.

Volví a las andadas. No lo pude evitar. Las drogas era la única salida que tenía. Las pastillas alucinógenas de INX eran ilegales pero yo tenía dinero, mucho dinero, por lo que podía hacerme con ellas con facilidad. Tú no te enterarías ¡cómo te ibas a enterar, si nunca estabas en casa!. Noche que tú no venías, noche que yo me drogaba. Así fue mi vida hasta aquel día en el que todo cambió.

3. A TRAVÉS DEL ESPEJO

Me dijiste que llegarías a la hora de la cena pero eran las once y todavía no habías venido. Otra noche más. Saqué mi pastillero y me tomé una INX con una copa de cava. Me hizo el efecto de siempre. Me sentí hermosa y voluptuosa. Me desnudé, me maquillé y bailé delante del espejo examinando cada rincón de mi cuerpo. Reía y reía. Era tan feliz en aquellos momentos que mi angustia se evaporó por completo. Tenía una casa preciosa, un cuerpo perfecto y toda la droga que pudiera desear ¿qué más le podía pedir a la vida? Me estiré en el sofá y creí soñar. Ahora sé que aquello no fue ningún sueño. Lo que vi aquella noche, ahora lo sé, fue una escena muy real.

Oí cómo se abría la puerta. Habías llegado a casa y no estabas solo.

Las voces me llegaban amortiguadas, como si provinieran del más allá. Reconocí tu voz. Estabas con dos personas: un hombre y una mujer.

—¿Qué le pasa a tu puta? —dijo el hombre, con un marcado acento extranjero—.

—Se droga. Es adicta a las INX y no es mi puta, es mi mujer —contestaste tú—.

A continuación, oí una carcajada femenina. La mujer se reía con una voz metálica, casi distorsionada, como si hubiera sido grabada con un mal equipo de sonido.

—Alex, para ti, todas las mujeres somos unas putas. ¿Me equivocó? —dijo ella—.

Quise abrir los ojos, pero los párpados me pesaban tanto que tan sólo pude entornarlos ligeramente. A través de mis pestañas, pude ver a la extraña mujer que habías traído a casa. Era altísima, casi tanto como tú, y muy delgada. Sus senos, redondos y voluminosos, contrastaban con su vientre plano y sus caderas infantiles. Su larga melena rubia le llegaba hasta la cintura. Llevaba un escotado vestido rojo y unas altísimas sandalias de tacón anudadas en los tobillos. Tenía todo el aspecto de una prostituta de lujo, pero algo me decía que era mucho más que una simple meretriz.

La mujer reía y reía y movía su melena de un lado a otro, iniciando las inconfundibles maniobras de seducción femenina. Quiso besar al hombre desconocido, pero él no quiso. Aquel hombre sólo me miraba a mí.

—¿Te importa si me follo a tu mujer, Alex?

—Estás loco —le contestaste—. Tienes todas las mujeres del mundo a tu disposición y se te ocurre follarte a mi mujer. Estás verdaderamente loco. ¿No crees que Sabina está mucho más buena? Y la tienes aquí mismo, dispuesta a todo.

—Tu puta no está nada mal —prosiguió el hombre desconocido—. Además, con el útero radiactivo que tiene, podría hacerle un niño deforme, como le hiciste tú. Un simpático niño con dos corazones para ponerlo en una pecera de formol y exhibirlo por todo el mundo. ¡Podríamos hacernos millonarios!

Tus invitados se rieron, pero tú no.

—Hans, te agradecería que no empieces con la historia de siempre —contestaste—. Por favor, relajémonos un poco. Sabina, te lo ruego, ocúpate de Hans. Está un poco tenso esta noche. Yo me llevaré a mi mujer a su habitación. Hacedme un hueco para mí. Enseguida vuelvo.

Diligente, la mujer se levantó de un salto del sofá y se arrodilló delante del tal Hans para hacerle lo que me pareció una felación. Tú me cogiste en brazos y me llevaste arriba. Me dormí en cuanto me tapaste con la sábana.

Al día siguiente, recordaba vagamente lo que creí la típica alucinación provocada por la droga. Cuando bajé al salón, todo estaba en orden. Tú habías llegado de madrugada —me dijiste— por culpa de una reunión que había durado más de la cuenta. Me encontraste dormida en el sofá y me llevaste a mi habitación. Aquel sueño, sin embargo, me hizo pensar. Aquella breve escena, con una estructura casi teatral, no parecía ser fruto de mi imaginación. Los personajes, los diálogos, las referencias a la malformación de Abel... eran demasiado reales, demasiado ajenos a mi universo onírico. Además, había una frase que me quedó grabada y sobre la cual empecé a hacer las más variadas conjeturas. ¿Qué habían querido decir con lo de “útero radioactivo”?

Empecé a sospechar y me dediqué a vigilar todos tus pasos. Dormía durante el día para poder estar despierta durante toda la noche, por si

volvías a organizar una velada con tus extraños amigos. Examinaba los mensajes de tu móvil, tus llamadas, pero no daba con ningún dato sospechoso. Te hacía preguntas intencionadas, revolvía tus bolsillos, examinaba tu cartera... O todo era fruto de mi imaginación o, evidentemente, utilizabas otra forma de comunicarte con Hans y Sabina. Pasaban los días y no conseguía nada. Estaba agotada por la falta de sueño, la tensión nerviosa y el síndrome de abstinencia, ya que había dejado de drogarme para estar más alerta. No era la sospecha de una presunta infidelidad lo que me obsesionaba —hacia ya años que sabía que ibas con otras mujeres— sino de la relación que la malformación de Abel pudiera tener con tu trabajo en la CN. Quería estirar del hilo y descubrir qué había detrás de todo ello.

Pero la confirmación a mis sospechas me llegó de una forma inesperada.

Un día me llamaste. Me preguntaste si podías invitar a unos amigos. A un compañero de trabajo y a su mujer. Él era extranjero, alemán, y se llamaba Hans Lindemann. Su esposa era tarraconense pero de origen francés y se llamaba Sabina.

Ya los tenía y de una forma mucho más fácil de lo que pensaba pero... ¿cómo debía actuar después de todo lo que había visto aquella noche?

Por fin llegó el día de la cena. Estaba con los nervios de punta, no sabía con qué me encontraría. Necesitaba relajarme. Me tomé un tranquilizante y un baño caliente. Pasé casi una hora examinándome el cuerpo, grácil y proporcionado gracias a la cirugía estética. Mi piel, después de varias exfoliaciones con ácidos, era casi perfecta: sin arrugas, poros ni manchas, era como una lisa envoltura de plástico blanco. Mis senos eran suaves y tersos, mi sexo extremadamente sedoso bajo el vello decolorado.

Pensé que Sabina volvería a vestir de rojo, por lo que decidí ponerme un vestido negro. Me compré, sin embargo, unas sandalias de tacón casi idénticas a las que ella llevaba aquella noche, las más parecidas que pude encontrar. Puro fetichismo. Estuve tentada de tomarme media INX, pero me resistí. Debía estar alerta por lo que pudiera pasar.

Cuando llamaron al timbre, cerré tan fuertemente los puños que me clavé las uñas en la palma de las manos. Después de varias semanas de pesquisas, estaba a punto de comprobar que Hans y Sabina, unos personajes que creían de ficción, no sólo eran reales sino que estaban a punto de incorporarse a la historia de mi vida. Era como un sueño, o más bien una pesadilla, que se hacía realidad.

No acerté en mis conjeturas. Sabina vestía de negro, aunque se había puesto las mismas sandalias que llevaba la otra vez. Nos reímos enseguida de la coincidencia. Sabina y yo parecíamos clones. Tocadas las dos por operaciones estéticas similares, tan sólo nos diferenciábamos por el color de nuestros implantes capilares: rubio y sedoso el de Sabina, rojo intenso el mío. Hans vestía traje oscuro y corbata de fantasía, como tú. Era, sin embargo, algo más alto y bastante más robusto. Nuestro invitado era el típico joven alemán: rubicundo y saludable, aunque bastante pasado de kilos.

Hans era ingeniero nuclear y llevaba dos años viviendo en Tarragona. Su misión era estudiar a fondo el funcionamiento de Vandellós 3 y

convencer al gobierno de su país para que reemprendiera la carrera nuclear. Nos encontrábamos en el año 2020, la fecha tope establecida por Alemania para clausurar todas las centrales nucleares del país y sustituirlas por centros de energías renovables. Hans trabajaba para una central eléctrica interesada en convencer a los políticos de los beneficios de volver a confiar en la energía nuclear, como se hacía en España, y tú querías ayudarlo a conseguirlo. Lo hacías por amistad, me dijiste entonces.

Sabina también me contó su historia. Me explicó que era hija de una modelo francesa y de un empresario turístico de Tarragona. Tenía una inmobiliaria en L'Ametlla de Mar y estaba especializada en vender apartamentos de lujo a jubilados extranjeros. Así fue como conoció a Hans. Se enamoraron cuando Sabina le ayudó a buscarse una casa cerca de la CN. Se casaron al año de conocerse y hacía tan sólo una semana que vivían en La Marina, muy cerca de nosotros.

La velada transcurrió con normalidad. Afables, correctos, de conversación culta e interesante, no había nada que me hiciera sospechar de ellos. Llegué incluso a pensar que la droga había tergiversado la realidad y lo que entonces creí una orgía no había sido más que una inocente reunión de amigos. Se marcharon a las doce de la noche. Al despedirnos, los labios de Sabina mancharon mi mejilla de carmín.

4. ¿QUÉ ES UN ÚTERO RADIOACTIVO?

¿Qué es un útero radiactivo? Tengo un reactor nuclear dentro de mi cuerpo. Vandellós 1, 2, 3... ¿Cuál debe ser su número? Me he pasado con las INX, está claro. Y esa botella de vino blanco, me la he bebido yo sola. Era delicioso... con ese delicado sabor a uvas. ¿El vino es radiactivo? Me divierto... tanto. Pienso en Sabina, en su boca rojo Chanel, en su lengua inabarcable. Sabina es mi hermana gemela. Un poco más alta, mucho más exuberante, pero igual que yo, igual. ¿Tendrá también el útero radiactivo? Que pena la otra noche. En el fondo, me hubiese encantado que la velada acabara en orgía. Intercambio de parejas, show lésbico.... Y, en nueve meses, Sabina y yo seríamos las felices mamás de dos monstruos, dos hijos del diablo. “Rosemary’s baby”, la Semilla del Diablo, ¡como me ha gustado siempre esa película! Mia Farrow era la madre del pequeño monstruo, como ahora lo soy yo. La semilla del diablo nuclear. Me siento la protagonista de una película serie B. La Mala Semilla, La Parada de los Monstruos, La Aldea de los Malditos, La Guerra de los Mundos, la lista es interminable... ¡Es tan divertido! Pero se me cierran los ojos. Me vence el sueño. No podré esperar a que Alex regrese. Mañana iré al hospital. Quiero ver a Abel, mi pequeño monstruo radiactivo. Soy feliz cuando estoy con él. Él es mi fracaso, la carne de mi carne... podrida. Somos los protagonistas de una serie de televisión de los años 60, vivimos en una realidad de blanco y negro. Nos movemos como autómatas. No somos dueños de nuestro destino. Nunca lo hemos sido. ¿Qué es un útero radiactivo?

4. PABLO

No sé cómo he llegado hasta aquí. Estoy estirada sobre la arena de la playa. Está lloviendo. Una fría cortina de agua me acaba de despertar. Estoy vestida tan sólo con el camisón. Me escapé de casa anoche. Ya no podía más. Debí quedarme dormida en la cama. Cada vez consumo más droga, cada vez estoy más alejada de la realidad. Me duele todo el cuerpo. Tengo frío y mucha sed. Tengo la boca llena de arena y de sal. Ojala me muriera ahora mismo y conmigo toda mi estirpe nuclear. Te haría un gran favor ¿verdad, querido Alex?

Mi imagino la noticia, es un diario de sucesos.

“Conmoción en Tarragona: Esposa de un conocido científico se suicida después de asesinar a sus dos hijos. Su marido, consternado, manifiesta: “No pude rescatarla del infierno de las drogas”

Tendría que haber sido periodista. Hubiese tenido un gran futuro. Pero elegí la docencia, primer error. Después te elegí a ti, segundo gran error.

Me enamoré de ti nada más verte. Inteligente, atractivo, tu genio deslumbrante brillaba como una estrella en la gris mediocridad de la Universidad. Me sentí tan afortunada de que me eligieras entre tantas mujeres que te admiraban... Nunca he vuelto a ser tan feliz. Ni siquiera cuando nació Paula. Las cosas entre nosotros ya no funcionaban por aquel entonces. Cuando nació Abel, yo ya era completamente desgraciada. Su anomalía me acabó de hundir.

Me vuelvo a dormir, me vuelvo a despertar. Estoy entre la ficción y la realidad. Sé que debo levantarme, sacudirme la arena de la ropa, volver a casa... pero no puedo. Me he convertido en un fardo lamentable, basura marina que huele a alcohol y a vómito. “Las drogas te matarán”, me dijiste una vez. Ahora, ya no dices nada.

Intento volver a dormirme aunque lo que quiero es morirme de una vez.

Pero el sol despunta y me hace abrir los ojos. De nuevo creo tener una alucinación.

Veo unos pies enormes, morenos, casi cómicos. Voy subiendo. También veo unas piernas delgadas y peludas, cubiertas por una tela azul. Cierro los ojos. Seguro que es otra de mis alucinaciones. Pero los vuelvo a abrir y la visión sigue allí. Delante de mí, mirándome muy fijamente aunque sin decir nada, se encuentra un chico alto, delgado, vestido con un pantalón floreado, una prenda inusual en una zona playera de alto standing, donde los hombres llevan bermudas blancas o azules y zapatos náuticos en tan sólo tres colores —rojo, marino o marrón—.

—¿Estás bien? —me pregunta—.

Me incorporo. No sé qué contestar. Evidentemente, no estoy nada bien pero... ¿qué se supone que debo decirle? ¿Explicarme la historia de mi lamentable vida? Opto por guardar silencio. Finjo desorientación.

—¿Quieres agua?

El joven me acerca una botella de agua mineral. Me abalanzo sobre ella. El agua fresca purifica mi cuerpo, limpia mi alma.

—Gracias. Tenía sed.

—¿Qué te ha pasado?

—Pues, la verdad, no lo sé. Me quedé dormida, supongo. Estoy avergonzada. No suelo encontrarme en esta clase de situaciones.

—Claro. No te preocupes. ¿Quieres que te acompañe a casa? ¿Dónde vives?

Ese chico no puede acompañarme a casa. No sería una buena idea. Intento levantarme pero no puedo. Un violento mareo hace que me caiga sentada de nuevo sobre la arena.

—No tengas prisa. Es mejor que descanses un rato. ¿Quieres que avise a alguien para que venga a buscarte?

—No te preocupes. En unos minutos estaré mejor. Gracias por todo.

—Te haré compañía mientras te recuperas, si no te importa. Me llamo Pablo.

—¿Vives aquí?

—Sí, aquí mismo, en una cabaña, junto a la cala.

Pablo me señala una cabaña de madera situada en un lugar privilegiado, un peñasco desde donde se divisa toda la costa.

—Es una casa preciosa, pero vulnera la ley de costas. ¿Me equivoco?

—Mi casa está totalmente integrada en el paisaje, todo lo contrario que esas mansiones de lujo que, aunque están construidas algo más atrás, les dan una patada en el culo a la estética del lugar, por no hablar del daño que le hacen al ecosistema...

Lo que faltaba, un ecologista demagógico. Lo peor que te puede pasar en una mañana de resaca. Decido cambiar de tema.

—¿A qué te dedicas?

—Soy biólogo marino y me dedico a estudiar el plancton.

—¿El plancton?

—Si esos pequeños seres vivos que viven en suspensión sobre el agua.

—Sé perfectamente lo que es el plancton. Soy maestra.

—¿Ah sí? ¿Das clase en el colegio del pueblo?

—No. Estoy... de año sabático.

—Ah. ¿Estás mejor?

—Sí, creo que puedo marcharme por mi propio pie. Además, no vivo lejos de aquí.

—¿Dónde vives?

—En una de esas mansiones que les dan una patada en el culo a la estética del lugar.

—He metido la pata ¿no?

—No te preocupes. Tienes toda la razón del mundo. Son unas casas feísimas.

Antes de irme, le beso en la mejilla, rasposa por la barba, y le acaricio el pelo mojado. Vuelvo a casa tambaleante con la sensación de haber recibido en la cara una limpia ráfaga de aire fresco.

5. NOTICIAS BREVES E INTRASCENDENTES

Aparece una noticia breve en el periódico, dentro de la sección dedicada a las comarcas de Catalunya. La noticia dice así:

“La nuclear Vandellós 3, paralizada por una fuga”

L’Hospitalet de l’Infant (Baix Camp). Uno de los dos sistemas de agua de mar de refrigeración de la central nuclear Vandellós 3 sufrió un escape el pasado jueves. El responsable de la central decidió cesar la actividad del

centro hasta que la anomalía quede totalmente reparada. Mientras el Consejo de Seguridad Nuclear califica el incidente de “intrascendente”, el portavoz de “Ecologistas en Lucha” en Tarragona, Pablo Muñoz, expresó la inquietud de su grupo por “la repetición de las paradas no programadas que demuestran el envejecimiento del centro”. El grupo ecologista ha demandado, en reiteradas ocasiones, la clausura de la central, alegando que sufre un proceso de agrietamiento múltiple que afecta a componentes de la vasija del reactor.

La noticia está ilustrada con dos fotos. En una de ellas apareces tú, en la otra, mi amigo Pablo. El pie de foto común dice así: Alejandro Cruz, responsable técnico de Vandellós 3 y Pablo Muñoz, portavoz de “Ecologistas en Lucha”:

Recorto la noticia para enseñártela. Empiezo a darle vueltas a la cabeza y redacto mentalmente mi propia noticia breve e intrascendente.

“Alarmante aumento de mujeres con un útero radioactivo en Tarragona” La Marina (Baix Camp). Ya son dos las mujeres afectadas por un trastorno denominado “Síndrome del útero radioactivo”. Se trata de Sonia Flix y Sabina Vall—Dardenne, ambas esposas de dos trabajadores de la central nuclear de Vandellós 3. Este síndrome provoca, entre otros síntomas, el nacimiento de niños con dos corazones. Mientras el Consejo de Seguridad Nuclear califica el incidente de “intrascendente”, el portavoz de “Ecologistas en Acción” en Tarragona, Pablo Muñoz, expresó la inquietud de su grupo por “la aparición en playas de la zona de mujeres con resaca traumatizadas por tener un hijo deforme”.

Lo que siempre digo. Hubiese tenido un gran futuro como periodista.

6. FUGAS

Estoy con Paula en la playa. Después del episodio del otro día, decidí controlarme con las INX. Quiero mucho a Paula y no puedo permitir que se hunda conmigo. Debo mantenerme a flote, por ella. Desde esta cala se divisa perfectamente la casa de madera donde vive Pablo. Desde que lo conocí, he pensado varias veces en él. Hacía mucho tiempo que no conocía a nadie que no fuera amigo tuyo. Mi círculo social se componía de compañeros de trabajo, esposas de tus compañeros de trabajo, vecinos... Personas poderosas, sofisticadas, totalmente seguras de sí mismas... “¿Qué es lo que has visto en ese imbécil?” Seguro que me preguntarías si lo conocieses. Ya lo sabes: idealismo, generosidad, naturalidad... Todo lo que tú y yo perdimos con los años.

Paula juega a hacer castillos con unos niños.

—Mi padre me ha enseñado a hacer castillos guachísimos —dice uno de los niños—. Porque es arquitecto.

—Mi papi también sabe hacer castillos —se defiende Paula—

—¿También es arquitecto?

—No, mi papá trabaja en una central nuclear.

El niño le mira con expresión de extrañeza.

—Sí —insiste Paula—. Como el padre de “Los Simpson”.

No puedo evitar reírme. Paula tiene unas salidas muy graciosas. A menudo pienso en su futuro. Seguro que tendrá una inteligencia deslumbrante, como tú, y elegirá una carrera para superdotados. Vivirá

unos años de euforia y después se quemará y acabará hundida y frustrada, como yo lo estoy ahora. Me enjuago una lágrima e intento que no me caiga ninguna más.

Un submarinista aparece de repente en el agua. Con su traje de neopreno, parece un molusco gigante emergiendo en medio del mar espumoso. Andando trabajosamente con sus pies de pato, el buzo llega a la arena y se desviste poco a poco. Como una stripper sadomasoquista, abre cremalleras, hebillas, numerosos cintos... todo de color negro, hasta quedarse en bañador, luciendo un cuerpo perfecto. El hombre que ha surgido del mar no es otro que Pablo.

Le hago una señal, pero él ya me ha visto. Se dirige hacia mí, se sienta en mi toalla.

—Hola Pablo.

—Hola. Al final no me dijiste tu nombre. ¿Te has recuperado ya?

—Sí, estoy mejor.

—¿Y tu nombre?

—Sonia. Me llamo Sonia.

—Me besaste pero no me dijiste tu nombre. Fue un poco raro. ¿No?

—Sí.

—Creí que eras una sirena varada en la playa y resulta que vives en una de esas mansiones para pijos. ¿De verdad eres profesora? Allí sólo viven los cerdos de la nuclear.

Paula aparece muy oportunamente. Como su padre, no le gusta que hable con extraños.

—¿Qué te dice este señor, mami?

—Este señor es un amigo de mamá que se llama Pablo.

—¿Tu pescas peces con una flecha? —le pregunta Paula, señalando tu traje de submarinista—.

—No, no me gusta pescar peces. Yo me sumerjo en el mar para hablar con ellos.

—¿Y qué te dicen?

—Que están muy tristes porque los hombres ensucian el mar.

—Sí. Antes he visto un vaso de plástico en el agua. Ahora mismo voy a cogerlo, para que los peces no se enfaden.

—Muy bien, eres una chica muy buena.

Paula se va corriendo y se mete en el agua, decidida a limpiar ella sola toda la basura que hay en el mar.

—Es mi hija, se llama Paula.

—Es muy guapa. Se parece a ti.

—Gracias.

—¿Estás casada?

—Sí, con un cerdo de la nuclear.

—Está visto que no hago más que meter la pata.

—No te preocupes, también en esto tienes razón.

—¿Eres ecologista y estás casada con un trabajador de la CN?

—No, no soy ecologista. Lo que pasa es que odio a mi marido.

Paula está distraída examinando el mar. No lo pienso dos veces y beso a Pablo en los labios.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Al poco tiempo, Pablo se levanta y se va. Paula y yo lo hacemos poco después.

Hoy vienes a cenar. Qué raro. En los últimos meses no te hemos visto el pelo. Te someto a un interrogatorio mientras degustamos el pollo con especias que Rosa ha cocinado especialmente para ti. No me ando con rodeos. Te hago una pregunta directa.

—¿Cuál crees que puede ser la causa de la anomalía de Abel? Nunca hemos hablado de ello.

—Ya lo dijeron los médicos. Es imposible saberlo.

—Sí, pero también dijeron que nos harían un estudio genético y, al final, no nos han hecho nada. Podríamos volver a hablar de ello con el doctor Cánovas.

—Te lo he dicho varias veces, Sonia. Lo que nos ha pasado es una terrible desgracia que ya no tiene solución, por lo que no creo que debamos darle más vueltas. Después del nacimiento de Abel decidimos no tener más hijos. Creo que lo del estudio genético no tiene sentido. Paula está sana. Tú y yo estamos sanos. No le pidamos más a la vida.

—El hecho de que tú trabajes en una central nuclear... ¿puede haber influido en algo?

Tragas saliva varias veces. Intentas fingir naturalidad, pero te conozco y sé que estás poniéndote nervioso.

—Sonia, por favor, no digas tonterías. La CN es totalmente segura. Hace muchos años que no hay ningún incidente importante. ¿Crees que trabajaría allí si sospechara que hubiese radioactividad en el centro? Además, sabes tan bien como yo que la energía nuclear es eficaz y ecológica. Creo que la enfermedad de Abel te está trastornando. Ya sabes mi opinión. Deberíamos acabar con todo esto de una vez. Prolongando su vida prolongamos su sufrimiento.

—He leído en el periódico que ha habido una fuga en la CN esta semana. No me habías dicho nada.

—Tan sólo afectó a un sistema de refrigeración. No hubo ningún riesgo. Se tomaron las medidas oportunas. Eres una ignorante respecto al tema de la energía nuclear, como esos ecologistas. Dejad el asunto a los expertos y dejad de hacer conjeturas. Sonia, tú siempre has confiado en mí. No me falles ahora.

Me acaricias y me besas. Rechazo tus mimos. ¿No te das cuenta de que acabas de humillarme? Me has tachado de crédula, de ignorante Me voy a mi habitación. Me cierro con llave. Me tomo dos INX. Picas a mi puerta, pero no quiero abrirte. Te vas. No sé a dónde ni me importa.

Voy a ver a Abel al hospital. No me lo dejan tocar. Tan sólo puedo verlo a través del cristal. Sigue teniendo los ojos grandes y el cuerpo extremadamente delgado. Sus finas costillas se marcan bajo la piel, como peldaños de una pequeña escalera. Pero Pablo ha crecido. Tiene ya seis meses Y su aspecto no es del todo malo. Sus dos corazones siguen latiendo, al compás. Vuelvo a jugar a ser la periodista que nunca seré.

“Un niño barcelonés vive feliz con dos corazones”

Barcelona. Abel Cruz Flix es un niño que lleva una vida normal a pesar de tener nada menos que dos corazones. Cuando los doctores diagnosticaron su anomalía, sugirieron a Alejandro y Sonia, sus padres, aplicarle la eutanasia. Afortunadamente para Abel, sus progenitores se negaron en

rotundo. “Cada paso que da es un milagro, teniendo en cuenta que tiene dos corazones”, asegura Sonia, una valerosa mujer que luchó con uñas y dientes por la vida de su hijo.

¿Estoy haciendo todo lo posible por Abel? Es evidente que no. Mi “sacrificio” se limita a visitarlo de vez en cuando. Sentada en la sala de espera empiezo a hacerme preguntas. ¿Por qué todavía está en la UCI? Que yo sepa, no recibe ningún tipo de tratamiento especial. Abel ha superado la etapa crítica, su organismo ya funciona por sí solo. Su aspecto es más o menos normal. Empiezo a sospechar que está allí para que nadie sepa de su existencia.

Pido cita con el doctor Cánovas, el jefe de cirujanos de cardiología infantil. Es casi tan hermético como tú. No quiere darme ninguna información adicional. Me desespero. Salgo de su despacho enloquecida, hablo con todo aquel que encuentro a mi paso: enfermeras, doctores, camilleros, padres de otros niños enfermos... Nadie sabe nada, todos parecen tener prisa, huyen de mi desesperación, evitan mi mirada enfrecida. Quiero volver a la UCI pero no me lo permiten.

—Ya ha finalizado el horario de visitas —me dice una enfermera—. Abandone el centro, por favor. ¿Quiere un calmante?

No, no quiero un calmante. No quiero nada.

Estoy completamente sola. Hace tiempo que dejaste de ser mi amigo, mi confidente. No tengo a nadie en quien confiar. Rosa es mi única amiga, pero ella no puede ayudarme.

Salgo a dar un paseo por la playa y me acuerdo de Pablo. Estoy muy cerca de su cabaña. ¿Y si le hago una visita?

Pablo está merendado en el porche de su casa. Se alegra de verme. Me invita a un café y a unas galletas integrales. La vista, desde su casa, es impresionante. El mar rugiente se abre a nuestros pies, como si quisiera erosionar las piedras que sustentan la cabaña.

—Si tienes unos minutos te explico la historia de mi vida —le digo—.

—Tengo todo la tarde para escucharte —me contesta mientras me sirve otra taza de café—.

Le cuento mi desgracia, la anomalía de Abel, mi frustrado matrimonio, mi problema con las drogas. Incluso me atrevo a explicarle el extraño episodio de Hans y Sabina.

Durante el cuarto de hora que dura mi confesión, Pablo no ha dicho ni una sola palabra. Mientras hablo me mira inexpresivo, con la boca inerte, los ojos perdidos, como si, en realidad estuviera muy lejos de allí, como si no le importara nada de lo que le estoy diciendo. Hay momentos en los que realmente dudo de que me esté escuchando. Hago pausas, le interrogo con la mirada, pero él sigue impassible, tan impassible como las rocas que hay bajo nuestros pies. Cuando por fin termino, se hace un prolongado silencio, tres o cuatro minutos en el que tan sólo oímos el rumor de las olas y los chillidos desesperados de las gaviotas. Pablo parpadea por fin, me mira directamente a los ojos y empieza a hablar, rápidamente, con las palabras atropellándose unas a otras, como si acabase de salir de un fuerte estado de shock.

— Yo podría ayudarte —me dice—, pero antes quisiera que supieras que pertenezco a un grupo que está totalmente en contra de la energía nuclear.

—Lo sé, vi tu foto en el periódico.

—Entonces comprenderás que la información que me proporcionas a partir de ahora podrá ser utilizada por “Ecologistas en Lucha” en contra de los intereses de tu marido.

—Será un intercambio de favores. Tú me ayudas a mí y yo te ayudo a ti. Pero... ¿qué opinas de todo lo que te he contado?

—No opino nada. Cada vez me doy más cuenta de que soy un simple intermediario, el peón en una complicada partida de ajedrez. Para hacer bien el trabajo que el destino me ha encomendado no debo opinar ni sentir nada, tan sólo actuar. Ayudarte pero, sobre todo, ayudar a la humanidad.

Le miro y me da la impresión de que estoy ante un robot o un soldado enloquecido. Un ser sin sentimientos ni convicciones que tan sólo actúa en función de la labor que le ha sido encomendada. No sé qué hacer ni qué decir. La situación es violenta. Nos acabamos el café y Pablo me invita a entrar en su casa. En circunstancias normales, podría pensar que, una vez dentro, Pablo y yo caeríamos el uno en los brazos de otro pero, como cabe esperar, las cosas no van por ahí.

Me siento en la esquina de un sofá, me mantengo a la expectativa. Realmente, me gustaría mucho acostarme con Pablo, pero su actitud es fría y distante. Desaparece durante unos minutos y, cuando regresa, lo hace cargado de papeles. Pablo sigue absorto, su rostro no revela ningún tipo de emoción. Sólo su ceño fruncido denota una cierta preocupación.

Se sienta a mi lado, procurando no tocarme lo más mínimo, y me enseña un informe que enumera los tipos de malformaciones que experimentaron los niños que nacieron después del accidente nuclear de Chernóbil. En el apartado de cardiopatías, aparece la malformación que sufre Abel: “Duplicación cardíaca”. Me pongo a llorar. Por fin he dado con la verdad que tanto buscaba pero que, al mismo tiempo, tanto temía encontrar.

—La Central se cae a pedazos —me explica Pablo—, es evidentemente que el mantenimiento es nulo. Vandellós 3 no deja de tener averías y no todas aparecen en la prensa. Las más graves, aquellas que ponen en peligro la integridad de todos los que vivimos alrededor de ella, se silencian. Estamos seguros que la inversión de capital y los esfuerzos del personal están destinados a hacer que la CN sea cada vez más rentable, sin pensar en el mantenimiento.

—Y los trabajadores son los que están más expuestos.

—Por supuesto.

—Y son los que más riesgo tienen de sufrir las consecuencias de la radiación, incluso sus hijos...

—Sí, e incluso sus parejas, contaminadas con su semen radioactivo. Lo siento Sonia.

De nuevo silencio. Un deslumbrante relámpago precede un trueno estremecedor. El sonido retumba en mi pecho como el latido de un gran corazón. En un acto reflejo, le doy la mano a Pablo, que sigue sentado en el sofá, junto a mí. Al momento, Pablo retira su mano de la mía mientras mira hacia otro lado.

—Sonia —empieza a decirme—, Sonia escúchame... va a llover, y mucho. Es mejor que te vayas. Aquí las tormentas son peligrosas.

Salvado por la campana. Mi querido Pablo siempre ha tenido a la Naturaleza a su favor. Pero antes de irme, le hago una pregunta.

—Pablo —le digo—. ¿Tengo un útero radiactivo?

Pablo no me contesta. Ya sé por qué se mantiene tan distante.

Cuando salí de la cabaña diluviaba. Llegué a casa con las mejillas llenas de lágrimas y gotas de lluvia.

7. ETHELCAL ESTÁ CERCA

Las noticias sobre Vandellós 3 no dejan de sucederse. Abro el periódico y allí está una nueva información, de nuevo en la sección de breves, aunque, esta vez, con un fondo en color que la destaca sobre los demás.

“La fuerte tormenta de ayer altera el funcionamiento de Vandellós 3”

L’Hospitalet de l’Infant (Baix Camp). La tormenta con relámpagos de ayer alteró los señalizadores eléctricos de la central nuclear Vandellós 3 sin que, en ningún momento, llegara a paralizarla ni causase daños, según ha informado el Consejo de Seguridad Nuclear. El suceso ocurrió a las 20.30 horas de ayer. A pesar de la incidencia, la central nuclear siguió operando al 100% de su potencia.

No pasa nada, nunca pasa nada. Vivimos en un mundo feliz, rodeados de lujos: sexo, drogas e incluso la compañía esporádica de un joven ingenuo y dulce, tan apetitoso como un caramelo de fresa. Pero yo estoy sucia, sucia de drogas caras, de pensamientos obscenos, de maquillaje exclusivo... Al caramelito le repugna esa mujer que tiene la piel de plástico y los senos rellenos de silicona. Esa mujer de labios hinchidos y ojos de color imposible —violeta Taylor, el tono más solicitado en las consultas de los oftalmólogos estéticos—. ¿Qué es lo que hecho? ¿En qué me he convertido? No hace tanto yo era como él, una joven de veinte años, con el cabello castaño y los ojos grises. Una hermosa mujer con problemas de acné y las caderas demasiado anchas. Pero te conocí y me convertiste en una de vosotros, una androide supersexy como Sabina y otras tantas mujeres. Una puta, una puta perfecta por fuera pero podrida por dentro, podrida de radioactividad. Te odio, te odio por todo esto: por haberme convertido en una mujer que no soy, por haberme inoculado tu semen contaminado, por condenar a nuestro hijo a la desgracia antes de que hubiera nacido.

Tengo la impresión de que estamos a un paso del apocalipsis. Las noticias sobre la CN, cada vez son más preocupantes. El Consejo de Seguridad Nuclear empieza a admitir que el nivel de radioactividad de la vieja central supera los niveles de seguridad. Además, el clima en la zona cada vez está más alterado. Las tormentas se suceden casi a diario, el viento sopla tan fuerte que casi no podemos salir de casa. Vivimos prácticamente aislados. Rosa no hace más que llorar y rezar “Ethelcal, el dios del viento, se manifiesta. Está rabioso. Algo le ha hecho enfadar”. Nunca la Naturaleza me había parecido tan violenta.

“El fin del mundo está cerca”. El tan repetido eslogan de los profetas apocalípticos ha dejado de ser una frase hecha, quizá está empezando a ser realidad.

Inexplicablemente, todas las demás personas que conozco no parecen acusar todos estos cambios que están sucediendo en los últimos días. Como los pasajeros de un barco de lujo a la deriva, celebran una fiesta

después de otra sin importarles lo que ocurre a su alrededor. Y tú, convertido en capitán de este Titanic en el que estamos todos, serás el último en abandonar el barco. Pues claro que sí.

Hoy celebramos tu cumpleaños en casa. Hemos organizado una fiesta por todo lo alto. Seremos unas veinte personas, todos ellos compañeros tuyos de la CN y sus respectivas parejas. Hans y Sabina son los invitados de honor. Lo vamos a pasar bien, muy bien.

Ya están todos en el salón y empezamos a descorchar las primeras botellas de vino. La comida es succulenta, la música perfecta. Yo estoy como ausente, apenas pronuncio palabra. Me recriminas mi silencio.

—¿Por qué no vas a hablar con Sabina? —me sugieres—. Ella te puede presentar a las demás mujeres.

Voy por la tercera copa, voy a hablar con Sabina. Está más hermosa que nunca, de nuevo con su sexy vestido de terciopelo rojo.

—Hola Sabina —le saludo— ¿Qué tal?

—¡Querida Sonia! —me dice— qué guapa estás. Deja que te dé un beso.

Sabina me besa muy cerca de los labios mientras me enlaza suavemente por la cintura.

—Vamos a sentarnos, cariño. Quiero hablar contigo.

Me sirve una cuarta copa de vino y nos sentamos en el sofá desde donde la vi por primera vez.

—Tenemos que vernos más a menudo —me susurra al oído—. Alex me ha dicho que estás muy sola. Seremos muy buenas amigas. Yo soy muy diferente a las demás esposas de la C.N. Un poco loca... como tú. Seguro que lo pasaríamos muy bien juntas. ¿Quieres otra copa?

Apenas hablo. Sólo sonrío y digo que sí mientras bebo una copa detrás de otra.

Llega un momento en el que me noto completamente borracha. Estoy tan mareada que apenas me tengo en pie. Te pones nervioso. Tienes ganas de chillarme, de pegarme, pero te contienes y te limitas a mirarme con odio mientras me aprietas el brazo fuertemente. Sabina intercede.

—Apenas ha comido, la pobre —te dice, con un tono de voz dulce y zalamero—. El poco vino que ha bebido le ha sentado fatal. No te preocupes Alex, la llevaré a su cuarto y me ocuparé de ella.

Sabina te guiña el ojo, tú le sonríes con toda la dulzura del mundo. Me pregunto qué vais a hacer conmigo. Me entran ganas de salir corriendo y refugiarme en casa de Pablo, acostarme en su cama y hacer el amor con él, pero no tengo fuerzas para resistirme.

A través de las brumas del alcohol, puedo ver cómo besas a Sabina en los labios. Cierro los ojos. Tengo miedo, mucho miedo. No me quiero ir con Sabina pero ya no soy dueña de mis actos. No tengo más remedio que esconderme en la habitación, con ella. No puedo organizar un escándalo delante de tus compañeros de trabajo.

Recuerdo muy poco de aquella noche. Más droga, más alcohol. Un intenso placer sexual. El peso del suave cuerpo de Sabina sobre el mío. Besos con sabor a carmin. El roce de su pelo sobre mi piel. Y después, los golpes, los mordiscos, los arañazos en el cuello y en el pecho... La penetración profunda y dolorosa de un miembro enorme, quizás el de Hans, o quizás de un monstruoso juguete sexual... No lo sé. No pude saberlo. Apenas dormí aquella noche y al día siguiente, no me podía mantener en pie.

Había llegado demasiado lejos, ya no podía escapar.

Se anuncian turbulencias. El Centro de Predicción del Clima (CPC) ha advertido que, antes de que pase un año, tendrá lugar una tormenta que puede dar lugar a un huracán de gran magnitud. Ethelcal se prepara. ¿A qué llaman un huracán de gran magnitud? Pablo me lo explica.

—Se trata de huracanes con vientos superiores a los 180 km por hora y con olas mayores de tres metros.

Estamos en la playa y realmente hace mucho viento. Los granos de arena se clavan en nuestra piel mojada como si fueran agujas diminutas. El aire sabe a sal.

—Esta no es zona de huracanes.

—No, no lo es, pero los cambios climáticos que han tenido lugar durante los últimos años han puesto las condiciones adecuadas para que se formen

—¿Qué condiciones?

—Una gran masa de agua cálida en la superficie del mar, vientos suaves que formen un castillo de nubes y que lo hagan girar... Es difícil que se den todas las condiciones pero a veces pasa y, cuando lo hace, las consecuencias son fatales.

—¿Y qué va a pasar, Pablo? ¿Nos vamos a morir todos? ¿Va a ser el día del juicio final?

—Te lo estás tomando a risa y, créeme, no es ninguna broma. Los huracanes se cobran vidas humanas. ¿Lo sabías?

—Morir de un golpe de viento. Sería un buen final. La verdad es que no me preocupa demasiado.

—¿Ni siquiera por Paula?

—No sé. Con el futuro que le espera... quizás sería mejor acabar con todo de una vez.

—Estás loca.

—Sí, cada vez estoy más convencida de ello ¿qué te esperabas? Yo no soy como tú ni como nadie que tú conozcas.

—Ya lo sé Sonia pero te aprecio y me duele verte así.

—¿Me aprecias, cariño? ¡Qué majo eres! Tú aprecias a todo el mundo y así te va.

—Me voy. No me gustas cuando te pones así. Por cierto, ¿cómo te hiciste ese cardenal?

Pablo señala una de las marcas que me aparecieron tras el día de la fiesta.

—Supongo que recibiría un golpe en una de mis orgías sadomasoquistas, pero no lo recuerdo. Estaba borracha.

—Estás loca, estás muy loca y, te repito, te estás destruyendo, a ti y, de paso, a tus hijos.

Indignado, Pablo se levanta y se marcha sin saludar.

—Adiós cariño —le digo—, que disfrutes de tu maravillosa vida.

Después de aquello temí no volver a verle más.

Rosa me explica que la costumbre de ponerle nombres de persona a los huracanes proviene de los países latinoamericanos. Años atrás se les daba el nombre del santo del día, quizás para conjurar su efecto devastador. Los brillantes científicos del siglo XX acabaron con esa costumbre y

decidieron designar a los huracanes por su posición pero, cuando llevaron a la práctica este nuevo sistema, reconocieron que su obsesión por la exactitud matemática generaba una gran confusión y decidieron recuperar la vieja costumbre. Hoy en día, los huracanes se vuelven a designar con nombres de persona, pero siguiendo el orden alfabético.

El viento. El fuerte viento de Mistral que siempre sopla en esta zona. Recuerdo lo que me dijo Pablo un día. El viento podría convertirse en energía, limpia y potente. Hace unos años quisieron instalar un parque eólico marino en la costa tarraconense, un ambicioso proyecto que podría desbancar la energía nuclear de la zona, pero aquella buena idea quedó en eso, en un simple proyecto. El precio de los aerogeneradores marinos era excesivo, decían, y nadie se atrevió a arriesgar su dinero en ellos. Me hubiese gustado tanto ver esos gráciles molinos blancos girando en el mar de La Marina....

Morir de un golpe de viento. Sigo estando convencida de no estaría mal, una forma limpia y natural de desaparecer de este mundo. Invoco a ese huracán que tiene que venir para que me recoja con su lengua caliente y me lleve muy lejos, lejos de allí.

La gente empieza a tomarse en serio las advertencias oficiales y quien más quien menos se prepara para su llegada. En los supermercados, se han acabado las existencias de alimentos básicos, linternas y... ¡papel higiénico! Me gusta la sensación apocalíptica que se respira en todos los rincones. El final del mundo está cerca, una posibilidad que cada vez me excita más.

Yo me río de todo y me resisto a contagiarme del alarmismo de mis semejantes. En mi casa no hay más comida que la que Rosa está guardándose bajo su cama a escondidas. No disponemos de sótano, no tenemos linternas... A ti no te importa el peligro que corremos, absorto como estás en tu trabajo, ni a mí tampoco. Pienso en Pablo ¿Tendrá él también su propio refugio como esos aprensivos suizos? Seguro que sí. A pesar del poco contacto que he tenido con él, lo conozco como si lo hubiera parido. Las personas tan dogmáticas son así de predecibles.

8. ADN

Pablo me ha llamado. Quiere que vaya a su casa, tiene que decirme una cosa muy importante. Tengo el presentimiento de que quiere utilizarme, aprovecharse de mi posición para sacarme información y después proporcionándosela a los miembros de esa absurda asociación ecologista. Decido vencer mis reticencias y caer voluntariamente en su trampa. Total, no tengo otra cosa que hacer. El amor siempre me ha convertido en un ser muy vulnerable.

Voy dando un paseo por la playa y llego animada y contenta a su cabaña. Pablo me recibe en el mismo lugar de siempre, en el porche, como si temiera que entrase en su casa y le pusiera en un compromiso. Una precaución muy razonable, teniendo en cuenta mi condición radioactiva.

—Hola Pablo, pensaba que no me querías volver a ver.

—¿Por qué? Todo sigue igual ¿no?

—¿No me odias entonces?

—Todo lo contrario. Lo que quiero es ayudarte, y lo voy a hacer.

—¿Cómo? ¿Qué te llevas entre manos?

—Se me ha ocurrido una idea. En realidad es una idea a la que llevo dando vueltas desde hace ya años. Tu llegada ha sido providencial porque tú eres la única persona que puede ayudarme. Eres una enviada de los dioses.

—Pablo, ¿has estado fumando o me estás tomando el pelo?

—No. Hablo muy en serio. Quiero entrar en la nuclear, examinarla a fondo, valorar su estado y hacer fotos.

—¿Pero tú sabes lo que estás diciendo?

—Tengo un amigo periodista, nos podría ayudar. Si encontráramos algo que mereciera la pena, se ha comprometido a publicarlo en su revista. Si conseguimos las pruebas de que supone un peligro para la sociedad, la CN está acabada.

—¿Y qué te hace pensar que yo podría ayudarte? No tengo ninguna llave, no conozco las claves de acceso...

—Tú no pero tu marido sí.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Sonsacarle la información como una Mata-Hari?

—Quiero entrar en el corazón de la C.N, un lugar al que tan sólo tu marido tiene acceso.

—¿Sólo él conoce la clave?

—No, el sistema de seguridad es mucho más complicado. Se basa en el código de ADN. Un sensor registra el ADN de quien quiere entrar y, si no es el de la persona que tiene memorizada, no se abre la puerta.

—Entonces no hay manera.

—Sí, sí que la hay. Pero necesitamos tu ayuda.

—¿Qué estás diciendo?

—Necesitamos una muestra de tu marido para descubrir su ADN. Un pelo, saliva, un trozo de uña, cualquier cosa servirá...

—Muy bien. Eso es fácil pero ¿qué conseguís con ello?

—Crear un clónico de tu marido para poder entrar en la CN.

—¿Qué estás diciendo?

—Somos capaces de hacerlo. Somos científicos de alto nivel. Tenemos medios. Estamos preparados para ello.

—No lo permitiré. Es algo monstruoso. ¿Y os llamáis ecologistas? Es el acto más anti—natura que he oído jamás. ¿Y todo eso para hacer unas fotos? No me lo creo. Seguro que hay algo más. No soy tonta, Pablo, dime cual es vuestra verdadera intención....

—Confía en mí Sonia, es lo único que puedo decirte. Confía en mí y no hagas más preguntas.

—No puedo confiar en ti. Hace tan sólo unas semanas que te conozco. En realidad no sé quién eres ni cuál es tu intención conmigo. Tan sólo quieres aprovecharte de mí, como todo el mundo. Aprovecharte de mi fragilidad, de mi desamparo... Nunca debería haberte contado mis secretos. Nunca. Aquello fue un gran error.

—Ahora no tiene sentido hablar de la naturaleza de nuestra relación. No, hasta que todo esto haya pasado. Comprendo que tengas tus dudas pero ya te dije que, si colaborabas con nosotros, te daríamos algo a cambio, algo muy valioso.

—Tengo dinero, tengo poder, lo tengo todo...

—Pero no tienes a tu hijo.

—¿Qué estás diciendo? No metas a mi hijo en esto.

—Nosotros podemos ayudarte. Podemos sacarlo del hospital y cuidarlo. No es la primera vez que lo hacemos.

—¿Y curarlo? ¿Podéis curarlo?

—Podemos conseguir que tenga una calidad de vida razonable. Que pueda vivir como un niño normal. En casa, con Paula y contigo.

—Me engañas. Como todos, me engañas. Abel morirá, lo dijeron los médicos.

—Sí, Abel morirá. Si no nos damos prisa, lo matarán, como a todos. Pregúntale a tu amiga Sabina. Ella también tuvo una niña con anomalías. La mataron antes de cumplir un año, cuando ya habían realizado todos los estudios y experimentos que quisieron hacerle. Por eso está como está. Loca, alcoholizada. La han convertido en su esclava. ¿Es que no te das cuenta? Van a hacer lo mismo contigo.

—No pueden matar a Abel. Yo no lo permitiré.

—No te pedirán permiso. Un día te llamarán y te dirán que tu hijo ha muerto. Te enseñarán un informe lleno de mentiras y se acabó la historia. Quiero ayudarte Sonia. No quiero que tu hijo muera, no quiero que sigas haciéndote daño, no quiero que tu marido te destruya... Dices que estoy obsesionado con la CN. Es posible, pero debes creerme, nunca haré nada que pudiera perjudicarte, ni siquiera por la causa.

Por primera vez desde que lo conozco, sus ojos me miran con amor, pero sigo sin creerlo. Es hábil, debe serlo, como el líder de una secta, esos poderosos seres que dominan la voluntad de los demás. Pero el caso es que estoy enamorada de él, enamorada como nunca lo he estado de nadie.

Salvar a Abel, salvar al Planeta. ¡Qué hermosa historia! Tan hermosa que me cuesta muchísimo creérmela. Pablo me acaba de contar un cuento de hadas y hace ya mucho tiempo que dejé de creer en la magia.

Cuando era joven, tenía una máxima que aplicaba siempre que debía tomar una decisión. “Donde el corazón te lleve”, decía constantemente, “donde el corazón te lleve”. Siempre seguí esa máxima, menos el día que te conocí. Desde ese día dejé de tomar decisiones con el corazón y fue precisamente a partir de ese momento cuando me empecé a equivocar una y otra vez. Quizá había llegado el momento de volver a confiar en mi intuición, en mis sentimientos. Si, tal como decían, el fin del mundo estaba cerca... ¿por qué no quemar los últimos cartuchos? Escuchar al corazón, volver a la Naturaleza, al instinto de madre, al amor... Mi corazón me llevaba a mis hijos, a Pablo, al futuro, a la ilusión. No, no podía decir que no.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer? —contesté secamente, como una autómata—.

—No te arrepentirás, Sonia, te lo juro. Confía en mí.

—¿Qué hay que hacer?

—Tráenos una muestra de tu marido. Nosotros haremos el resto.

—¿Qué haréis entonces?

—Sería mejor que no conocieras los detalles.

—Exijo saberlo. Si no, no colaboro.

—Crearemos un embrión clónico que, en poco tiempo, se convertirá en un ser humano idéntico a tu marido. Un ser con su mismo ADN que podrá

entrar sin dificultad en la CN.

—¿Él sólo? ¿Un bebé recién nacido? El sistema tan sólo dejará entrar al bebé, no a sus acompañantes y me temo que un niño de días es incapaz de hacer fotos.

—No será un recién nacido. Tenemos capacidad de crear un joven de quince años, capaz de realizar todo aquello que le pidamos.

—Sigo pensando que es algo monstruoso. ¿Y luego qué haréis con el chico?

—Lo siento Sonia, no puedo hablar más. Es mejor que no sepas más.

—¿Cuándo podré tener a Abel?

—Eso tendrá que esperar.

—Quiero a Abel en mi casa tan pronto como sea posible.

—No te lo podemos traer hasta que...

—¿Hasta qué?

—Hasta que todo haya acabado. Si se descubriera antes de tiempo, todo se iría al traste. Lo comprendes ¿verdad? No podríamos correr riesgos.

No, no podíamos correr riesgos. Tenía que tener paciencia pero, dadas las circunstancias, tener paciencia me resultaba tremendamente difícil. Pero... ¿qué otra cosa podía hacer que esperar?

No fue difícil conseguir una muestra tuya. Encontré un cabello en el lavabo y se lo di a Pablo. Misión conseguida.

Todo iba según lo acordado, pero yo tenía miedo, mucho miedo. Lo que Pablo y su gente iban hacer era algo horrible. Intuía que aquella compleja operación desencadenaría una gran desgracia.

Me puse enferma. Estaba tan nerviosa que vomitaba a cada momento. Tuve el impulso de huir, coger a Paula y escaparme lejos, lejos de aquella maldita urbanización, lejos de todos vosotros...

Pero estaba Abel. No podía dejarle solo. Lo matarían, seguro.

No volví a ver a Pablo. Simplemente desapareció. Un día fui a su cabaña, pero estaba cerrada. No tenía ninguna manera de ponerme en contacto con él. Me sentía sola, arrepentida de lo que había hecho y muy preocupada por Abel. Si era cierto lo que Pablo me había contado, su vida estaba en peligro.

9. EXPULSADOS DEL PARAÍSO

Pasaron las semanas y, por fin llegó el huracán. Rosa rezaba y rezaba, invocaba a su dios del viento día y noche, descuidando su trabajo en casa. Paula no iba al colegio, habían suspendido las clases por seguridad. El viento soplaba cada vez más fuerte y ya no salíamos de casa. Tan sólo tú seguías haciendo vida normal, yendo y viniendo de la CN como si nada ocurriera.

Hacia meses que no veía a Pablo ni tenía noticias tuyas. Mi única preocupación por aquel entonces era Abel. Temía por su vida, y llamaba al hospital casi a diario pero Abel seguía vivo, estable, dentro de la gravedad.

Los meses pasaban uno detrás de otro sin que nada perturbara nuestras vidas, vivíamos inmersos en una extraña calma, una tranquilidad imposible, teniendo en cuenta las alarmantes circunstancias en las que nos encontrábamos. La situación era tan insoportable que casi deseaba que llegara de una vez el temido huracán caribeño.

Y el huracán llegó. Y se llamaba Pablo, aunque Rosa no dejaba de asegurar que se trataba del mismo Ethelcal en persona.

Nos desalojaron. Nos llevaron a un refugio bajo tierra especialmente acondicionado para los trabajadores de la CN. Estaban todos, menos Hans y Sabrina. Me dijiste se habían ido a Alemania, huyendo del huracán.

Una noche ya no pude más, dejé a Paula con Rosa y me escapé del refugio. Escapé de ti.

Fui en busca de Ethelcal.

El viento soplaba tan fuerte que casi no podía tenerme en pie. Las calles estaban desiertas. En las carreteras no había coches. Estaba segura de que tu clon ya estaba en este mundo y tenía el camino libre para llevar a cabo su misión. Las circunstancias no podían ser mejores, ya que, por culpa del huracán, los alrededores de la CN estaban prácticamente desiertos.

Cogí un coche que alguien había abandonado en la entrada de un desvencijado granero. El coche funcionaba. Me dirigí hacia la Marina, en busca de Pablo. Cuando llegué, bien entrada la noche, vi luz en su cabaña. Como había intuido, Pablo había vuelto a ella. Dejé el coche en la carretera e hice el resto del camino andando. Las ramas de los árboles, que habían cobrado vida gracias al viento, no dejaban de azotarme todo el cuerpo. Tenía la ropa destrozada, el cuerpo lleno de heridas. Creí que no llegaría nunca. Pero llegué, aunque prácticamente sin fuerzas.

Me asomé a una de las ventanas. No estabas solo. Me escondí y escuche la conversación que mantenías con dos personas más: un hombre y una mujer.

—No puedo darte más datos —dijo el hombre—. La misión es secreta, incluso para ti. Tan sólo tu compañero estará totalmente al corriente de lo que hay que hacer. No podemos correr riesgos.

—¿Y cómo sabré lo que tengo que hacer? —preguntó Pablo—.

—Tu compañero te informará a su debido tiempo —contestó—.

La mujer se mantenía en silencio, ajena a la conversación, ocupando únicamente en avivar el fuego de la chimenea.

—Supongo que accederemos por los túneles —volvió a intervenir Pablo.

—Sí, iremos a través de los túneles. Sabemos que no los han descubierto.

—¿Llevaremos a Ka, ya vestido o lo vestiremos allí?

—Irá vestido, no podremos perder tiempo.

—Pero, si es así, el trayecto será muy peligroso.

—Sabías que la misión entrañaba muchos riesgos y ese es uno de ellos.

—No temo por nuestra vida. Temó por el éxito de la misión.

—No te preocupes Pablo. Está todo calculado al milímetro. Nada fallará.

Un extraño grito interrumpió la sigilosa conversación. La mujer se levantó y desapareció del salón.

—Bueno, os dejo —dijo el hombre apurando su café—. Recuerda. Mañana estará todo preparado. Recibirás las instrucciones en el último momento. Tu compañero vendrá a las diez para vestir a Ka. La misión se iniciará a las once en punto. Que tengas mucha suerte, Pablo. Adiós Ifigenia. Ten paciencia con Ka, está en plena adolescencia.

Ka era tu clon. Un joven exactamente igual a ti cuando tenías su edad. No era mi hijo, pero era responsable de su nacimiento. Además, aquel

chico guardaba una cierta relación de parentesco con mis verdaderos hijos. Ka era como su padre o, más bien, igual que su padre. Un verdadero galimatías. Lo que sí era cierto es que ese niño estaba sólo y estaba en peligro. Nadie excepto yo podía ayudarlo. Ka era responsabilidad mía.

Encerrada en un coche robado, a merced de un viento cada vez más violento, era incapaz de elaborar ningún tipo de estrategia. Estaba bloqueada. ¿Qué le iban a hacer a Ka? ¿Qué iban a hacer en la CN? Estaba claro que lo de la fotos era un simple engaño. El plan era mucho ambicioso y peligroso.

Decidí ir a ver a Pablo. Era lo único que podía hacer. Me lo jugaría todo a una carta. Confiaba en él. Sabía que, fuera cual fuera su misión, sería incapaz de hacerme daño. Volví a asomarme a la ventana de su cabaña. Pablo estaba solo, leyendo en su butaca. El hombre ya se había ido y la mujer no estaba en el pequeño salón. Seguramente estaría en la habitación, con el chico. Le hice señas. Tal como me vio salió rápidamente hacia el lugar donde me encontraba. No me abrazó ni me besó. Ni siquiera me saludó.

—¿Qué haces aquí? Es peligroso —me preguntó—.

—No me da miedo el huracán.

—No estoy hablando del huracán.

—Creí que tu organización era pacífica.

—Pues no, no lo somos. Es mejor que te vayas. Tu vida corre peligro. Si te descubren, yo no podría hacer nada.

—Pablo. He venido aquí buscando explicaciones. ¿Qué es lo que va a pasar mañana?

—Vete con tu hija, Sonia, vete ahora mismo o tendré que matarte.

—Mátame, cariño. Sabes que no tengo nada que perder pero, antes explícame lo que va a pasar mañana en la CN.

—¿Y por qué te lo tendría que decir?

—Porque si no le diré a la Policía que tenéis un clon de mi marido y que pensáis entrar en la CN. Y, por si os ocurre la feliz idea de raptarme o matarme, Rosa, mi asistente, lo sabe todo —mentí—, y si mañana por la mañana no estoy en el refugio, os denunciará. Ah, y no intentéis ir a buscar. Está escondida, muy lejos de aquí.

No sé si Pablo se creyó toda aquella sarta de mentiras pero lo cierto es que no se la podía jugar. No hice bien en confiar en él. Cuando entramos en la casa, me redujo y me maniató. Avisó a la mujer y me apuntaron con un arma.

—Dime donde está Rosa o te mataremos a ti y a tu hijo —me amenazó Pablo—.

—La Policía lo sabe, la Policía lo sabe todo. Vendrán a buscarme —contesté—.

—Mátala —dijo la mujer—. Mátala y acabaremos con todo. No me creo el rollo ese de la asistenta.

Ka empezó a gritar de nuevo. Tú me apuntaste en la sien, pero el pulso te temblaba.

—Mátala Pablo —volvió a decir la mujer—, mátala o la mato yo.

Como Pablo no se decidía, la mujer sacó su propia arma y me apuntó. Cuanto estaba a punto de accionar el gatillo, Pablo le disparó.

La mujer estaba muerta. Su pesado cuerpo cayó como un fardo sobre el suelo de salón, tiñendo de sangre la alfombra oriental que se encontraba

a nuestros pies.

Asustado, Ka empezó a gritar todavía más fuerte.

—Debe tener hambre —dije yo con toda naturalidad—. ¿Tienes algo para comer?

—En la cocina encontrarás todo lo que necesitas —me contestaste—. Haz que se calle de una vez. Yo limpiaré todo esto.

Cuando Pablo se deshizo del cadáver, nos fuimos a dormir, pero antes me explicó todos los detalles de la misión.

Iban a destruirlo todo. Pablo pertenecía a una organización ecologista radical que estaba dispuesta a hundir el país. La misión de Pablo era la de introducir a Ka en el corazón de la CN con las instrucciones precisas para destruir la nuclear desde dentro. Entraría cargado de bombas, bombas que distribuiría en un tiempo récord en los lugares claves. Pablo me explicó que Ka no sabía que con esa acción, él también moriría. Le habían programado para que tan sólo pensara en el éxito su misión. No sólo Vandellós estaba amenazaba, también lo estaban dos de las centrales nucleares más importantes del país: Zorita y Cofrentes. Habían creado tres jóvenes, cada uno de ellos clónicos a los responsables de los centros para hacerlos estallar al mismo tiempo. Si no desmantelaban todas las nucleares del mundo, las destruirían, ahogando el planeta en radioactividad. La obra de un loco.

—Es horrible —le dije a Pablo—.

—Sí, pero muy efectivo y ahora tú no puedes poner en peligro una operación que se ha organizado durante meses.

—Tienes que matarme entonces.

—Sí, tengo que matarte, pero no puedo hacerlo. Te pido, por favor, que guardes silencio. Te salvo la vida a cambio de tu silencio.

—¿No te da miedo morir?

—No. Confío en que las autoridades nos harán caso. Desmantelarán las nucleares y viviremos felices. Imagínate lo que ganaremos con tu silencio.

—No funcionará

—¿Prefieres vivir como hasta ahora? ¿Qué el mundo se llene de niños enfermos como Abel? Estamos condenados a una muerte lenta ¿es que no lo ves?

—No creo que la situación sea tan alarmante como dices.

—No sabes lo que estás diciendo. No tienes ni idea lo que han hecho contigo. Lo que harán con otras.

—¿A qué te refieres?

—Os inseminan con semen manipulado con radioactividad. Están haciendo pruebas para obtener el hombre perfecto.

—¿Qué estás diciendo?

—Os drogan, os introducen semen manipulado sin que os enteréis. Tu hijo Abel fue concebido de esa manera. Y seguro que lo han intentado de nuevo, sin que tú te des cuenta.

Al momento pensé en la extraña penetración que sentí durante aquella noche con Sabrina. Así que era aquello. Durante todos estos años, no he sido otra cosa que un conejillo de indias para ellos, para tí, para tu amigo Hans, para quién sabe cuantos más...

—En la CN no se ocupan tan sólo en proporcionar energía. En todas las centrales nucleares se experimenta con radioactividad. Están intentando crear una raza nueva, una raza de superhombres que dominarán la Tierra. Con Abel se equivocaron, como con tantos otros que acaban matando, pero hay muchos niños en el mundo que funcionan con genes radioactivos. Tu marido es uno de los cerebros de esta operación. No sólo queremos eliminar la energía nuclear en el mundo, queremos que las autoridades, al dismantelar las centrales, se den cuenta por fin de lo que realmente pasa allí y pongan freno a esa barbaridad.

—Vuestro propósito es legítimo pero no la forma de conseguirlo.

—No hay otro camino. Si lo hubiera, no dudaríamos en seguirlo. Es mejor morir ahora que sufrir una agonía dolorosa y dramática, la agonía nuclear.

No le contesté. Cerré los ojos y me dormí sin tomar ninguna decisión.

Ka se despertó de madrugada. Tenía hambre. Le preparamos un bocadillo y se durmió. A las ocho se volvió a despertar. Estaba obsesionado con la comida. Pablo no había dormido en toda la noche. Sus ojos nadaban enfrecidos de un lado a otro. ¿Qué íbamos a hacer? De repente me vino la imagen. Éramos como Adán y Eva, recién expulsados del paraíso, con nuestros hijos: Paula, la primogénita, la futura gran madre, y los hermanos Ka y Abel, el malo y el bueno, el origen de un nuevo mundo, un mundo igual de contradictorio e imperfecto como el que estaba a punto de desaparecer.

No hizo falta hablar. Pablo y yo abandonamos la cabaña con Ka antes de que llegase el activista que debía llevar a cabo la misión. Cogimos el coche robado, fuimos a buscar a Paula y, después nos marchamos a Barcelona. Nos llevamos del hospital a Abel a punta de pistola.

Una hora después llegaron las noticias, primero fue Zorita, le siguió Cofrentes. El Gobierno desatendió las amenazas, nadie se creyó la historia de los clones, hasta que fue demasiado tarde para detener aquella locura.

Ni siquiera Vandellós se salvó. Pero, en este caso, los encargados de destruirla no fueron los explosivos, sino Ethelcal. Tal como predijo Rosa, el dios del viento se cebó con la central y su fuerza fue tan grande que la dejó totalmente arrasada. La pureza del huracán sagrado limpió Vandellós, y te llevó consigo, mi querido y odiado Alex, y a todos aquellos que provocaron mi desgracia.

Miles de muertos, altos niveles de radioactividad en todo el mundo. Ese ha sido el resultado del atentado terrorista más devastador de todos los tiempos. Probablemente moriremos todos en los próximos años. Algunos lo haremos más tarde, todos aquellos que, como nosotros, tuvieron tiempo de buscar cobijo.

Pablo y yo, junto a nuestra familia, vivimos encerrados en un sofisticado refugio nuclear que Pablo construyó bajo su cabaña por si pasaba lo peor. De momento, estamos protegidos. El ambiente todavía es limpio y tenemos víveres para varios años. Conseguimos agua gracias a un yacimiento subterráneo que no parece contaminado, aunque no sabemos durante cuánto tiempo se mantendrá potable. Pablo hace crecer frutas y hortalizas en un rincón del refugio sin necesidad de luz solar. Fotosíntesis artificial le llama. Sus conocimientos en biología experimental son ilimitados y sorprendentes. Gracias a ellos nos mantenemos en vida.

Muchas veces pienso en nuestro futuro. Cuando Pablo y yo hayamos muerto, nuestros hijos, si sobreviven en un ambiente tan hostil, prolongarán la especie. Paula cuidará con amor a su hermano Abel, que seguirá viviendo a pesar de todo, y se llevará a matar con el violento Ka. Pero cuando llegue la noche y el deseo la guíe, buscará a su padre/ hermano y copulará con él hasta el amanecer, porque Ka será el más fuerte del clan, el macho dominante... Sus hijos, los hijos de Paula y de tu clon, Alex querido, serán seres extraños, una nueva especie humana que repoblará esta devastada zona.

Y ya no sé más, no tengo capacidad para imaginar nada más.

Sólo sé que moriremos, algún día.

UN CUENTO CHINO

Antonio J. Cebrián Berruga

Nace en Albacete en 1964 y desde pequeño muestra una gran inquietud por toda clase de actividades artísticas. Comienza con el dibujo y el cómic y, más tarde, con la música; cursando estudios clásicos de piano, violín y viola que compagina con el estudio autodidacta de la música moderna y la participación en grupos de rock. Cursa estudios de Ingeniero Informático y su pasión por la divulgación científica lo lleva a adentrarse en la literatura de Ciencia Ficción en su vertiente especulativa. Esta vocación literaria, aunque tardía, ha sido fructífera, obteniendo diversos premios y publicaciones como: Primer Premio Vórtice de Ciencia Ficción, Segundo premio del Concurso Axxón de relatos 2006, Ganador del Concurso de Radioteatro Radio Ahijuna 2006, Segundo premio Andrómeda de ficción especulativa 2005 (Historia alternativa) y 2006 (Comunicación y lenguaje). Finalista en los concursos: Pablo Rido (2004 y 2007), Domingo Santos (2003 y 2006), El melocotón mecánico (2006), Coyllur (2005 y 2006), y Terraignota (2002).

Ha publicado relatos en: Fabricantes de Sueños 2006, Visiones 2004, Revista literaria Ñ, Sinergia, Axxón y Bem on line.

En la actualidad, trabaja como profesor de Teclado en la EMMA (Escuela de Música Moderna de Albacete) y colabora activamente en la selección y publicación de relatos en la revista digital "Sinergia".

En su página web personal: www.condeboris.tk puede verse una muestra de los diversos trabajos que ha realizado a lo largo de los años.

El cuento incluido en esta selección constituye una aproximación un tanto especial al género de la Ucronía. No en vano, el título del cuento encierra un triple juego de palabras que hace referencia a varios aspectos del relato y cuya interpretación dejaremos en manos de nuestros perspicaces lectores.

Ling Wei apoyó las manos en el asidero de la cinta transportadora. Avanzaba lentamente a través del inmenso centro comercial “Dragón de Invierno”, donde cientos de establecimientos se congregaban para ofrecer al público chino una orgía de consumo al más puro estilo capitalista. Ling dirigió una mirada cargada de veneno al enorme emblema dorado flanqueado de banderas desde el cual, el rostro del presidente de la República Popular Renovada, Chang Yu, contemplaba con sonrisa indulgente pero firme actitud —en el más puro estilo comunista— el resultado de su importante e históricamente imprescindible labor. Wei odiaba a aquel embaucador; había engañado al pueblo chino de la forma más burda. Tras la crisis involucionista de los años treinta, Yu se había presentado como el gran reformista liberal, introduciendo cambios en la economía, suavizando las presiones políticas y vendiendo ciertas apariencias de libertad de expresión en el campo personal. Pero, básicamente, lo que había hecho era volver al punto de partida. En lo fundamental, todo seguía como siempre: el régimen se mantenía intacto y las fronteras permanecían cerradas, sometidas al sistema de visados inaccesibles tras toneladas de burocracia, tráfico de influencias y corrupción funcional. Al menos, él lo veía así. A sus veinticuatro años, aún conservaba intacto el espíritu rebelde y transgresor de la adolescencia. Cada día se enfundaba en sus vaqueros importados “Sanches Jeans” y su camiseta “Poul Bresse” y salía a la calle, paseándose retador ante los policías del régimen que solían seguirlo con la mirada, quizá más por curiosidad que por otra cosa. Bien era cierto que los productos del mercado negro habían perdido mucho de su encanto y el matiz de desafío político que tuvieran antaño, pues la mayoría de ellos se podían adquirir en mercados legales, aunque a precios mucho más elevados.

Encendió un cigarrillo rubio americano —los mismos que en Estados Unidos dejaron de fumarse hacía décadas por imperativo legal— y abandonó la cinta transportadora dirigiéndose hacia la cafetería. Pidió un té helado y se sentó en la barra. Entre la clientela, le llamó la atención un individuo sentado unos metros más allá. Cogió la bebida y se acercó hasta él, colocándose a su lado en la barra. En efecto, tal y como le había parecido, aquel hombre no tenía rasgos orientales; debía tratarse de uno de los numerosos visitantes que, gracias a los nuevos aires libertarios, podían encontrarse aquí y allá instalados de forma indefinida y viviendo como reyes en un lugar donde su dinero, al cambio, se revalorizaba considerablemente.

—Sorry, you not chinese. Yes? —dijo Ling en un inglés bastante torpe.

—¿Cómo dice? —respondió el otro en chino apartando la vista del periódico.

—Usted es extranjero, ¿verdad?

—Ah, es por mis rasgos, ¿no? No lo soy. Provengo de la provincia de Kat-Mensay, en el Bajo Oeste. En esa zona predominan los rasgos occidentales, dicen que como consecuencia del mestizaje con los colonos americanos de Oriente Medio, a mediados de siglo. ¿Quién sabe?

Y continuó leyendo indiferente.

—¿Realmente todo el mundo tiene rasgos occidentales allí? —interrumpió nuevamente Ling.

El tipo cerró el periódico definitivamente.

—No. Ciertamente no toda la población los tiene, aunque sí una gran mayoría. Hay un subconjunto mixto notable y una minoría con rasgos totalmente orientales. Debe tratarse de un gen dominante —sonrió con un ligero matiz de impertinencia.

De pronto, una chica joven con apariencia de estudiante se acercó hasta ellos y les entregó sendas octavillas de aspecto propagandístico. La chica se esfumó sin mediar palabra ante la presencia de una pareja de policías.

El contertulio de Ling arrugó el papel y lo arrojó disimuladamente al suelo mientras sonreía azorado a los policías.

—No sé lo que es pero estoy seguro de que es ilegal —masculló entre dientes.

Ling, por el contrario, alzó la hoja más de lo necesario y se puso a leerla justo cuando los policías pasaban junto a ellos. Los agentes se limitaron a observar con cierto estupor la falsa sonrisa de su compañero y uno de ellos le devolvió un saludo dubitativo, mientras continuaban caminando.

Cuando se alejaron, el tipo se dirigió a Ling con aire reprobador.

—Oye, ¿Qué pretendes? ¿Buscas problemas?

—¡Bah! Son sólo funcionarios —aquella era su expresión peyorativa favorita.

—Y ¿qué ponía en la dichosa hoja, si puede saberse?

Ling se dio cuenta de que, después de todo, no había llegado a leerla. Colocó la octavilla en la barra y leyó:

—No os dejéis embaucar por “La Gran Mentira”. Su final está próximo.

—Y ¿eso qué quiere decir?

—Pues eso... que vivimos en una mentira. Toda esta apertura y progreso económico son sólo maniobras de los de arriba, que siguen nadando en la corrupción y llenándose los bolsillos a costa nuestra —respondió Ling.

—Bueno, bueno... Yo... preferiría no hablar de política. Además, tengo que marcharme ya —e hizo un gesto a la camarera del estrambótico uniforme de colores.

—Déjalo, te invito yo.

—Gracias; ha sido un placer —respondió el otro mientras hacía una leve reverencia y se marchaba.

Ling pagó dejando una propina inusual y salió del centro comercial. Contempló la ciudad, aquella que lo vio nacer. Tan cambiada y a la vez tan familiar, tan... enorme, deshumanizada, peligrosa... y a la vez acogedora y hogareña. Siempre había sido y seguiría siendo su ciudad, su casa. Incluso después de que se marchara de allí para siempre.

Había salido esa mañana sin un propósito fijo, sin una dirección concreta, ningún sitio al que ir. Y había sido al final de su errático deambular cuando había comprendido lo que hacía: se estaba despidiendo. Quería ver una vez más todos aquellos lugares que lo habían acompañado a lo largo de su vida, retenerlos en su mente para poder llevarlos con él. No su simple imagen —no le sería difícil conseguir toda clase de fotografías y vídeos—, sino la sensación de su presencia en ellos, el viento, el aroma, el peso sobre sus pies en aquel suelo...

Jamás antes se había sentido tan susceptible ni tan emotivo respecto a una cosa así. No hasta que decidió marcharse. Llevaba mucho tiempo

planeando la fuga junto a su amigo kuei-abta, quien le había asegurado que tenía un contacto especializado en pasar gente al otro lado. La idea era cruzar al Bajo Oeste (cuyos dominios comenzaban en la antigua Sinkiang) y desde allí, con la ayuda de las correspondientes autorizaciones digitales (semiauténticas), cruzarían la frontera hasta Afganistán, situado ya en plena zona occidental. “Pasar la frontera con las provincias del Oeste es mucho más difícil que salir desde ellas fuera del país —le había oído repetir con frecuencia—, allí no se controlan exhaustivamente las autorizaciones porque hay demasiado movimiento de viajeros. El gobierno, prácticamente ha desistido en la lucha por impedir la occidentalización de esa zona”.

A partir de ahí probarían fortuna en la tierra de las oportunidades, y si por alguna inexplicable causa no pudieran salir adelante, siempre podrían recurrir al tío Tshen, o mejor dicho, François, como él prefería que lo llamaran. Había elegido aquel original nombre al nacionalizarse como ciudadano francés, después de regentar durante años un acreditado restaurante chino junto al Sena.

Ling subió a un Boo-Kei, uno de aquellos “ahuevados” taxis eléctricos de color amarillo limón que dominaban las calles en todas las ciudades, sustituyendo en gran medida a las tradicionales bicicletas, y se dirigió a casa.

Debido a la escasez de vehículos particulares —muy costosos de adquirir— y la gratuidad de los Boo-Kei —mantenidos por el estado—, se habían convertido en el sistema de transporte más usado, dando trabajo a millones de funcionarios, aunque un trabajo poco valorado socialmente y peor pagado.

El huevo lo dejó a un par de manzanas de casa.

—Por esta calle no puedo llegar hasta allí y no voy a dar toda la vuelta para dejarte en la puerta. Tú tienes buenos pies, así que ¡andando! —le dijo el taxista de malos modos.

Hubiera marcado su código y anotado un mal servicio de no ser porque eso constituía una forma de colaboración con el Estado en el control y represión de los ciudadanos e iba contra sus propios principios libertarios. “La gente debe tener libertad, aunque use esa libertad para ser un mal nacido” —era una de sus máximas.

Su casa —la de sus padres— estaba ya en las afueras, casi en medio del campo, donde la ciudad comienza a devorar el paisaje y las parcelas sin edificar se convierten en islotes de naturaleza agreste atrapada por sorpresa entre paredes de hormigón y alfombras de asfalto.

El terreno anejo a la casa era considerable. Durante toda una vida, su valor había sido insignificante, hasta que la ciudad lo engulló, convirtiéndolo en una posesión de valor incalculable, que incluía una zona boscosa y una pequeña casa de madera en la que seguía viviendo el abuelo Kwen.

Entró en casa. Sus padres estaban en el trabajo. A lo lejos escuchó el murmullo dulzón del violonchelo de su hermana Leico-nu. Habitualmente, ella tenía una forma de tocar exquisitamente delicada —en opinión del profesorado de la escuela donde estudiaba—, aunque traducida al idioma de Ling, podría quedar como “dulzor empalagosamente azucarado”, y por

ende, carente de sal y pimienta. Aunque en aquella ocasión le llamó la atención la melodía que estaba interpretando. Entró en el cuarto sin llamar sobresaltando a la chica.

—¿Estás tocando blues?

—¡Que susto me has dado! Podías llamar, ¿no?

—¿Qué hace una aspirante a funcionaria estatal tocando música norteamericana?

—No es blues, idiota. Es una escala pentatónica extendida del alto Oeste. Además, la música está por encima de la política, las fronteras y todas esas mezquindades que sólo interesan a los improductivos como tú.

—Tú sí que eres productiva. Mirate ahí con ese violonchelo que ni siquiera es tuyo. En el momento en que te descuides y bajes el nivel, el Estado te lo quitará. Vives de prestado.

—Por lo menos tengo ocasión de hacer lo que quiero, y si dejo de tocar al nivel que debo, entonces no lo merezco. Otra persona tendrá más interés que yo —respondió despechada Leico mientras se le hacía un nudo en el estómago ante la espantosa idea de que le pudieran confiscar su instrumento.

—Pues yo quiero que las cosas sean mías; sólo mías. Y poder romperlas si me da la gana sin tener que dar explicaciones a nadie.

—Si sólo es eso lo que te importa, poseer por poseer, entonces no mereces tener nada.

—Mira, no he venido a discutir. Sólo quería decirte algo.

—¡Vaya! Esto sí que es una novedad.

El semblante de Wei había cambiado. Ya no mostraba la expresión arrogante y prepotente que le caracterizaba.

—Me voy.

—Sí, ya sé que te vas a ese viaje de estudios que organizasteis irregularmente antes de tiempo para saltaros unas semanas de clase. Tampoco vamos a hacer un drama por eso. ¿Verdad?

—El viaje de estudios es una mentira. Me voy... del país.

Leico se quedó muda. Sus ojos, como platos lo miraban sin parpadear. Tardó un buen rato en articular palabra.

—Y... ¿A dónde piensas ir?

—Iré a Francia, con el tío François y luego, ¿quién sabe? Quizá a América.

Leico empezaba a reaccionar y a ponerse cada vez más nerviosa.

—Pero... ¿Con qué dinero? ¿Y... y los visados? ¿Cómo vas a salir del país?

—Tranquila. Lo tengo todo perfectamente planificado, además, no estoy sólo. Cuando llegue os mandaré un correo cifrado.

Y, por primera vez, desde que eran niños, la cogió por los brazos y la besó en la frente.

—¿Y nuestros padres? ¿Qué vas a decirles? No te dejarán.

—¡No seas estúpida! Ya no soy un niño. No tengo que pedir permiso a nadie.

El rostro de Ling volvió a adquirir su dureza habitual.

—He puesto toda mi confianza en ti al decirte esto. Quería despedirme sin mentiras. Ahora espero que tú demuestres que la merecías. Ni una palabra de esto a los padres ni a nadie, ¿OK?

Leico miró en silencio con una extraña mezcla de miedo y pena en la mirada. Estaba a punto de echarse a llorar. Ling le acarició la mejilla y se fue de la habitación.

Salió al patio de atrás —si se puede llamar así a aquella enorme extensión de terreno agreste que incluía un pequeño bosque y media montaña—. Respiró hondo, saboreando el aroma de las flores y el bambú, más intenso al ponerse el Sol, cuando la vista no distrae tanto la atención y los demás sentidos cobran preponderancia. Tenía pendiente una obligación más: despedirse de su centenario abuelo Kwen. El anciano vivía recluido, no se sabe por qué arcano voto o promesa, en una vieja casucha de madera que constaba de una sola pieza, sin más estancia ni instalación sanitaria para higiene o evacuación. Nadie sabía cuándo ni cómo se las arreglaba el abuelo para hacer sus necesidades; lo cierto era que a cualquier hora del día o de la noche que uno empujara la desvencijada puerta, lo encontraba allí, sentado en posición de Buda como un oráculo a la espera de una interminable procesión de fieles, prestos a recibir los infinitamente valiosos consejos del maestro.

Pero nadie entraba allí.

Nadie a excepción de la madre de Ling que, puntualmente, le llevaba la comida y retiraba los platos sucios.

Entró en la cabaña.

El abuelo le dirigió una fugaz mirada y siguió atareado intentando encender su pipa de bambú.

—Grandes acontecimientos deben estremecer el Mundo para que el pájaro anide bajo tierra —dijo.

—¿Cómo estás, abuelo? —dijo Ling, mientras se sentaba en el suelo frente a él.

—Bastante viejo.

—No pierdes el sentido del humor. Eso es bueno.

—Tengo ya poco que perder.

—¿No piensas salir de esta cabaña nunca?

—“Nunca” es demasiado tiempo. Tardaré poco en salir de aquí.

—Quiero decir... ¿No sientes curiosidad por ver lo que hay afuera; cómo ha cambiado el Mundo?

—Dime sinceramente. ¿Crees que lo que pudiera ver es mejor que lo que ya he visto? ¿Ha mejorado el Mundo en estos últimos años?

—No lo sé. Pero... vivir aquí encerrado, sin nada que hacer, sólo esperando la muerte...

—Quien menos tiene puede tejer sueños y esperanzas mucho más grandes, porque tiene más cosas que desear. La vida está hecha de sueños y esperanzas. Ellos son el futuro. Las cosas que se consiguen pertenecen ya al pasado y pierden su valor. El que desea todo es más rico y tiene más razones para vivir que el que todo lo tiene y no puede desear nada.

—Proverbios chinos. Una forma de resignarse y someterse al poder sin perder la dignidad. Hacer creer a los pobres que su miseria tiene más valor que la riqueza de su Amo y Señor.

—La riqueza material no es nada, parcelas de agua en mitad del río. Tienen el valor que las personas quieren darle. Los ricos son ricos porque los demás pensamos que lo son, pero una moneda sólo es un trozo de metal.

—Sí, pero con ese trozo de metal, con muchos trozos de metal, puedes conseguir todo lo que desees.

—Por las personas como tú que hay ahí fuera es por lo que no salgo de aquí.

—No te enfades abuelo. No he venido aquí después de... —repentinamente sintió un sofoco que le hizo ruborizar al darse cuenta de que no había entrado allí desde hacía muchos meses—... después de tanto tiempo para discutir contigo.

—Supongo que no. Pero todavía no me has dicho a qué has venido.

Ling bajó la cabeza, intentó varias veces articular una frase coherente pero no podía.

No sabía qué hacer. No podía correr el riesgo de decírselo. ¿Sería el abuelo capaz —con toda esa carga de filosofía— de guardar su secreto? ¿O se lo contaría a su madre en la primera ocasión con ánimo de evitar que se metiera en líos?

—Sólo quería saludarte... Ver cómo estabas.... Decirte que lamento haberme olvidado de ti tanto tiempo... Ya sabes, los exámenes y esas cosas...

Ahora lo procedente sería decir “a partir de ahora vendré a visitarte más a menudo”, pero en realidad lo que tendría que decir es que no volvería a visitarlo más. En ese instante se dio cuenta de que era la última vez que iba a ver con vida a su abuelo y experimentó tal opresión en el pecho y en la garganta que a punto estuvo de echarse a llorar. Sintió deseos de abrazarlo, o al menos de acariciar aquellos largos y ajados cabellos canosos pero le dio vergüenza, como si fuera a poner la mano sobre una reliquia sagrada que no debe tocarse.

—Ten —dijo el anciano—, enciéndeme la pipa si no te importa. Yo apenas tengo aliento para avivar la llama.

—No deberías fumar. A tu edad esto no puede ser bueno.

Y de pronto se sintió absolutamente ridículo a sus veinticuatro años dando consejos a un hombre que pasaba de los cien sobre lo que debía o no debía hacer para conservar la salud.

—A mi edad todo es bueno. Todo es infinitamente mejor, porque lo saboreas como si fuera la última vez.

Wei le pasó la pipa y en unos instantes, el abuelo Kwen se transformó en una silueta envuelta en espesas volutas de humo blanco. Sin razón aparente dijo:

—Es bueno tener deseos, pero no seas tan necio como para cumplirlos todos.

Ling se sintió como desnudo. ¿Era solo una frase resultona como las de los horóscopos o el abuelo Kwen le estaba leyendo el pensamiento?

—Cuidate, abuelo. Dentro de poco batirás un record y serás famoso.

—Bah, tonterías. Mi tia abuela vivió ciento cuarenta y dos años y no salió en ningún libro.

—Me tengo que marchar. Ya sabes que mi padre es muy estricto en lo de sentarse todo el mundo a la mesa con puntualidad.

—Sí, los estrictos. Los necios que creen que una norma es tanto más valiosa cuanto más gente consigan obligar a cumplirla.

Ling sonrió. Notó cierta antipatía del abuelo hacia su yerno. ¿De dónde vendría? Cuántas historias perdidas, apiladas y cubiertas de polvo albergarían el recuerdo de aquel hombre centenario y que él podría haber

conocido con solo acercarse a aquella desvencijada cabaña y pasar unos minutos allí, preguntándole, charlando tranquilamente...

—Y ahora, si no te importa, dale un abrazo a este pobre viejo... sólo para asegurarnos de que no dejamos ninguna tarea pendiente. A mi edad no se puede planear más allá de los próximos minutos.

Ling se abrazó al anciano y éste le dijo en voz baja, como si la susurrara un secreto que ninguno de los dos debiera oír:

—Tú eres el que debe cuidarse. No vayamos a invertir el orden natural de los acontecimientos.

Ling abandonó la cabaña tapándose la cara disimuladamente con la mano para que el viejo no pudiera ver sus ojos. Al salir, mientras caminaba hacia la casa, pensó: “Hasta ahora no me había dado cuenta de que me marchó dejando tantas cosas pendientes aquí”.

—Bien. ¿A qué se debe el magnánimo privilegio de que hoy no discutáis en la cena? —preguntó la madre.

Estaban los tres sentados a la mesa.

—La última vez que discutimos, Leico dijo que no volvería a hablarme y esta vez creo que va a cumplirlo, para variar —dijo Ling.

Su hermana se limitó a hacer una mueca, como una sonrisa burlona, pero no abrió la boca. Probablemente, el hilo de voz que consiguiera extraer de su garganta la delataría instantáneamente ante su perspicaz madre. Ling aún tuvo que hacer en varias ocasiones, gestos furtivos a su hermana para que volviera en sí, cada vez que ella se quedaba pasmada demasiado tiempo mirándole con ojos de tragedia.

—¿Qué le ha pasado hoy al funcionario? —dijo Wei intentando distraer la atención de la madre.

—¡Xiao! Ling! Sabes que no me gusta que hables así de tu padre. Está haciendo horas extras para que tú tengas todos esos caprichos que llevas encima.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no es funcionario?

—Claro que lo es. Pero en tu boca, esa palabra se convierte en un insulto. No sé de qué esperas vivir, ya has rechazado dos ofertas de trabajo aceptable.

—¿Yo funcionario? Antes me pongo a mendigar.

Su madre lo miró algo confusa.

—Aquí no hay mendigos.

—Claro que no. El estado se encarga de limpiar las calles para guardar las apariencias.

—Mira, lo último que quiero ahora es empezar a hablar de política. Que el estado haga lo que quiera. Tú olvídale y preocúpate de ti mismo.

—Eso es lo que voy a hacer —sentenció Ling.

Bajó la cabeza y siguió comiendo.

La madre parecía sorprendida de que la discusión terminara justo antes de empezar. Miró a Ling algo intrigada y después se volvió hacia Leico.

—¿Y tú qué haces ahí pasmada? ¿Es que no piensas empezar a cenar?

Mientras caminaban por el vestíbulo de la estación, Wei parecía nervioso.

—No hacía falta que me acompañarais hasta el mismo tren. He quedado con Kuei por aquí.

—¿Te da vergüenza que Kuei te vea con nosotras? —dijo su madre.

—¡Qué tontería! ¿Por qué dices eso?

—Sólo porque has dicho que no era necesario que te acompañásemos unas cinco o seis veces desde que salimos de casa.

Escuchó a alguien gritar su nombre a lo lejos. Era Kuei-abta, que avanzaba hacia ellos rezongando entre la multitud.

—¡Pero tú! ¿Qué pata de rana haces aquí? ¿No habíamos quedado en... en... encantado de saludarla, señora Ling!

—Hola Kuei —dijo ella—. ¿Qué era lo que ibas a decir?

—No, sólo que... habíamos quedado en... en la puerta. Sí, en la puerta. Es difícil encontrarse con tanta gente aquí dentro. Leico —dijo haciendo una pequeña reverencia hacia la chica.

—Bien. ¿Cuál es nuestro monorraíl? —preguntó Ling dirigiéndose a Kuei.

El otro lo miró con cierta estupefacción, pero inmediatamente reaccionó y examinó la veintena de trenes alineados en los dos niveles de la estación, señalando hacia uno en el que se veía movimiento de viajeros.

—Aquel, en el raíl 12.

—Bien, vamos allá —dijo Ling mientras en el interior de su cabeza gritaba con todas sus fuerzas, como si así pudiera conseguir que Kuei lo oyera: “que no lo diga, que no lo diga”.

Se refería a la frase que Kuei pronunció acto seguido:

—No es necesario que nos acompañen, señora Ling. Ya nos arreglamos solos.

—Sí, desde luego es algo que me ha quedado muy claro hoy —dijo ella—. Que no es necesario que os acompañemos, por eso me quedaré mucho más tranquila cuando os vea subir a ese tren.

Mientras echaban a andar, Kuei miró a Ling con cara de “póker” y éste le devolvió dos dardos incandescentes. “¿Y qué sabía yo? —trataba de decirle Kuei con el pensamiento.”

Llegados a la puerta del tren, Wei, tras un instante de duda, se acercó a su madre y le dio un beso.

—Tranquila, sabemos cuidarnos.

—¿Y esto? ¿Intentas presumir de hijo modelo delante de tu amigo?

—Somos un poco brutos, pero también tenemos nuestro corazoncito —dijo Kuei.

—No sé si decirte a ti que cuides de este cabeza hueca o decirle a él que cuide de ti. Entre los dos no sumáis un dedo de frente, pero ya sois mayorcitos, así que hacedme el favor de tener cuidado.

Ling se volvió hacia Leico para darle otro beso, pero el leve titilar en el brillo de sus húmedos ojos le aconsejó sustituirlo por una rápida palmada cariñosa en la mejilla.

—Que siga sonando ese blues —le dijo.

Y ambos subieron al tren.

Cuando las mujeres se marcharon, Ling y Kuei salieron del monorraíl magnético por la parte de atrás.

—¿¡Como se te ocurre venir con la familia!?! —protestaba Kuei— ¡Habíamos quedado en la parada de Boo-Kei! Milagrosamente te he visto pasar a la estación. ¡Y encima te metes en la estación de monorraíl, donde hay que pagar los billetes!

—¡No me mojes la leña! Por más que lo he intentado, no he podido quitármelas de encima. ¿Qué hacemos ahora? Puede que estén en alguna cafetería de la estación, o se entretengan en los comercios.

—No podemos salir por allí. Vamos a buscar otra salida y daremos un rodeo hasta la parada.

Tras una larga caminata y avanzando medio a escondidas, alcanzaron la estación de Boo-Key y subieron a un “huevo amarillo”.

—Vamos a Gház Køl.

—¿Gház Køl? —dijo el taxista— ¿El Gház Køl de la frontera con el bajo Oeste?

—Sí, ése.

Tras echar una rápida mirada y comprobar que no se trataba de una broma, el taxista respondió.

—¡Que te lleve la marrana madre de tu linaje! Yo tengo que estar en mi casa a la hora de comer. ¡Fuera del coche!

—¡Estás obligado a llevarnos! Es tu trabajo —protestó Kuei—. Si no lo haces te voy a marcar un mal servicio.

—Espera, que te voy a cortar la espalda en cinco trozos y así me marcas dos servicios malos...

Ling empujó a kuei fuera del taxi antes de que la cosa fuera a mayores.

—¡Vaya impresentable! Le voy a marcar un rojo —dijo Kuei— abta mientras manipulaba su teléfono de muñeca.

—Deja eso. ¿No ves que es una forma de colaborar con el control estatal? Vamos a probar con ese otro.

—Deberíamos usar un tren convencional, son gratuitos —protestó Kuei.

—Sí, además de lentos, cochambrosos y plagados de policías buscando vagabundos y haciendo preguntas a todo el mundo. Vamos a probar con ese, pero ahora déjame a mí. Voy a negociar este asunto.

Ling se acercó a la ventanilla y dijo:

—¿Cuánto por ir a Gház Køl?

El conductor le miró de arriba a abajo y se frotó la barbilla.

—Bueno... son quinientos kilómetros... Vamos a tener que parar a cambiar de batería por lo menos dos veces... y vamos a tardar muchas horas... tres mil podría estar bien.

—Te doy dos mil más propina si llegamos antes de que anochezca.

—No hay trato. En todo ese tiempo saco más con las propinas sin tener que salir de la ciudad. Ahora, si me perdonáis, tengo un servicio.

—Espera, espera. Te daremos lo que pides pero, hemos de llegar antes de las ocho.

—¿Los dos? Bien, son seis mil.

—¿Qué? ¡Eso es el doble de lo que has dicho!

—No me habías dicho que erais dos. Los “ajustes” se hacen siempre por persona.

—¿Pero qué dices? ¡No eres más que un corrupto y un mafioso! —intervino Kuei.

—Mira, ojo de pato —dijo el taxista con una calma amenazadora—, me estás hiriendo el yin. Como baje del coche te voy a cocer la cabeza.

Y mostró una amplia sonrisa con dientes relucientes. Después en tono conciliador añadió:

—Venga, dame cinco mil y subid al coche... ¡o largaos de aquí!

Entraron en el taxi y se pusieron en marcha. Kuei no paraba de protestar cuchicheando para que el conductor no pudiera oírle.

—Conque ibas a negociar esto tú. No sé si te has percatado de que nos ha costado más que los billetes del monorraíl.

—¿Sí?

—...habríamos llegado antes...

—Vale.

—...y más cómodo y espacioso que esto...

—Está bien, pero ya no tiene remedio.

—Hemos tenido que gastar parte de la reserva de emergencia que teníamos para el mundo libre...

—¡Déjame en paz! ¡Te pagaré tu parte si así te quedas conforme!

Y permanecieron en silencio mirando cada uno por su ventanilla... hasta que Kuei intervino nuevamente:

—En el monorraíl daban bebidas.

—¡La marrana madre...! ¡A ver si te enteras: vamos al mundo libre! Allí lo importante no es el dinero. ¡Lo importante es la facultad de decidir lo que quieres hacer!

Kuei—abta lo miró perplejo.

—Bueno... visto así... Quizá tengas razón.

Y continuaron el viaje en silencio, absortos cada uno en sus propias fantasías y cavilaciones acerca del inminente y prometedor futuro en el “Nuevo Mundo”.

El viaje hasta Ghâz Kôl, junto a la zona occidental de la Pequeña Muralla —que trazaba gran parte de la frontera con las provincias del oeste desde que fuera descubierta y desenterrada hacía más de veinte años— fue largo y estresante, siempre pendientes de que la policía detuviera el vehículo y los interrogara o registraran sus (sospechosas) pertenencias.

Al fin, tras cientos de kilómetros entre crestas rocosas y desiertos, muchas cabezadas, intercambios de batería y protestas del conductor; alcanzaron su destino: un pequeño hotel rural apartado de la ciudad y ubicado en un bucólico paraje desde el que se divisaba, a lo lejos, el contorno de los parapetos de la parte superior de la muralla que, desde esa posición, aparecían a ras del suelo. En realidad, estaban situados a más de veinte metros de altura respecto al fondo del pequeño valle excavado a lo largo de la construcción. Realmente, el nombre de “Pequeña Muralla” —asignado como contraposición y para distinguirla de la tradicional “Gran Muralla”— no hacía justicia a sus verdaderas dimensiones que no tenían nada que envidiar a las de su hermana mayor.

Esperaron en la pequeña habitación del hotel hasta la hora acordada. La hora pasó y nadie apareció. Ling caminaba de un lado a otro como una fiera enjaulada y empezaba ya a dar muestras de desesperación cuando llamaron a la puerta. Pasaban más de dos horas de lo acordado cuando el contacto entró en el cuarto. Tras reconocer a Kuei exigió ver el dinero antes de continuar. Satisfecha la condición, insertó cuidadosamente mediante un lector de mano, las autorizaciones en sus tarjetas de identificación. Las autorizaciones electrónicas fijaban origen en el Bajo Oeste y destino Francia.

—Necesitamos también autorizaciones para pasar desde aquí al Bajo Oeste —dijo Ling.

—El paso al Oeste lo haremos clandestinamente.

—Por el dinero que hemos pagado bien podíais habernos dado otros dos visados.

—Nuestros recursos son limitados y hay mucha gente esperando. Además, el control del paso desde la zona centro al Oeste es mucho más minucioso y podrían descubrir las autorizaciones falsas. El paso al Oeste podemos resolverlo sin necesidad de visados. ¿Habéis traído la cuerda y el resto del equipo?

—Sí. Tenemos las linternas, provisiones y los localizadores de pulsera.

—Bien. Es importante que no anotéis en ningún sitio las coordenadas de destino. Simplemente debéis memorizarlas y moveros sin perder de vista los localizadores. Ahora os explicaré el plan a seguir...

Ling apenas pudo dormir aquella noche. En su cabeza contaba repetidamente una por una todas las cosas que podían salir mal en el estafalario plan que el contacto les había expuesto. Kuei, a juzgar por las vueltas que daba bajo las sábanas, no corrió mejor suerte.

El día amaneció fresco y con una ligera neblina que impregnaba el paisaje y la piel con una imperceptible capa formada por miles de gotas diminutas.

Caminaban inquietos con el grupo de estudiantes al que se habían unido para visitar la parte occidental de la Pequeña Muralla. Las grandes mochilas a la espalda ponían nervioso a Kuei, que no paraba de lamentarse y lloriquear afirmando que en cualquier momento, los policías los registrarían y les preguntarían por qué llevaban un equipamiento como para escalar el Himalaya cuando aquello no era más que una pequeña excursión turística.

Por fortuna, tal y como había previsto el contacto, los policías no subieron a lo alto de la muralla, ahorrando las extenuantes escaleras de piedra, sino que hicieron el camino por abajo hasta el punto de salida, conscientes de que no era posible escapar desde allí arriba. Desde donde ellos iban precisamente a hacerlo, según lo planeado.

Se habían rezagado del grupo y todo indicaba que habían alcanzado el punto acordado, pero allí no pasaba nada.

De pronto, alguien vino desde atrás y, tras tocar a Kuei en el hombro — lo que le causó un sobresalto mayúsculo—, les hizo una señal en dirección a uno de los antepechos de piedra y continuó avanzando hasta introducirse en el grupo de turistas.

Poco después se escucharon algunos gritos entre la gente. Ling pudo entrever entre las piernas de la muchedumbre al chico que les había hecho la señal. Estaba en el suelo y la gente se agolpaba a su alrededor tratando de ayudarlo. Nadie prestaba atención a otra cosa.

Se asomaron sobre el pequeño muro y descubrieron en su parte exterior la argolla. Estaba oxidada y la sujeción a la piedra no parecía muy fiable. Ling tragó saliva al ver tras el oxidado asidero, según miraba hacia abajo, el suelo allá a lo lejos. Con el corazón acelerado, sacó la cuerda de la mochila y la pasó por la argolla. Tenía que pasarla hasta la marca que habían hecho en la mitad, pero la marca no llegaba.

—¡No teníamos que haber usado una cuerda tan larga! Mira a ver si alguien nos ve.

Kuei contemplaba al grupo mientras intentaba tapar con su cuerpo a Ling.

Por fin la cuerda estuvo preparada y Ling se descolgó por el muro. A pesar de su arrojo y convicción, no pudo evitar encomendar su alma a los espíritus del Más Allá cuando se soltó de la pared y el peso de su cuerpo bamboleante pendió sólo de la corroída argolla.

Pero resistió y ambos pudieron deslizarse, uno tras otro, hasta el suelo. Tras recoger la cuerda —deslizándola por la argolla—, abandonaron la hondonada de la excavación a través de una rambla cercana que les condujo a un pequeño bosque. Corrieron entre los árboles separados una decena de metros uno del otro y pendientes de los localizadores de mano.

Alcanzaron las coordenadas previstas pero la entrada del túnel no estaba allí. Buscaron y buscaron abriendo progresivamente el radio de la zona, pero no encontraron nada.

—Es mentira. ¡Todo es una maldita mentira! —gritó Ling—. Ese mamón de contacto tuyo nos ha estafado el dinero y nos ha dejado tirados. ¡Esa mierda de túnel ni siquiera existe!

Kuei—abta no se daba por vencido y continuó buscando frenéticamente, hasta que, de pronto, llamó nervioso a Ling:

—¡Wei! ¡Mira! ¡Creo que está aquí!

Cuando Ling lo alcanzó, Kuei se estaba deslizando por una rendija rodeada de maleza, entre las piedras a ras de suelo.

Una vez hubieron entrado ambos, aún tuvieron que arrastrarse muchos metros tragando polvo y magullándose entre rocas y salientes mientras atravesaban zonas claustrofóbicas, donde suelo y techo apenas distaban dos palmos uno de otro; hasta que al fin pudieron ponerse en pie. Avanzaron por un estrecho túnel excavado en la roca viva hasta desembocar en una gran caverna natural.

Para su desgracia, había innumerables oquedades, grietas y túneles que partían desde allí en todas direcciones. Anduvieron perdidos muchas horas recorriendo galerías, simas y pasadizos que, o bien terminaban sin salida o conducían nuevamente al punto de partida.

—¡Esto es un maldito laberinto! —protestaba Kuei—. ¡No vamos a salir nunca de aquí!

—Calma. Hagamos un recuento de las salidas que hemos intentado ya.

Tras hacer un pequeño esquema mental de las galerías que ya habían atravesado y tratando de tener en cuenta aquellas que a su vez se ramificaban, iniciaron un proceso sistemático basado en la simple regla: “si esta no sirve, probar la inmediata siguiente a su derecha”.

Por fin, en una de las galerías, un nuevo túnel excavado artificialmente en la roca viva les recondujo al itinerario correcto. Éste era bastante más amplio que el primero y en algunos tramos se observaban bajorrelieves tallados en la roca representando signos y caracteres extraños.

—¿Qué crees que será todo esto? —preguntó Ling.

—¿Y a quién le importa? —respondió Kuei, que encabezaba la marcha a paso ligero—. Esta es la última batería que me quedaba para la linterna. Cuando se apague, no sé cómo vamos a buscar la salida.

—¡Espera! —gritó Ling—. Vuelve aquí; creo que he visto algo.

Kuei retrocedió e iluminó una abertura lateral que daba paso a otra caverna natural de grandes dimensiones.

—¡Ahí! ¡Mira eso!

—Parece... una calavera —dijo Kuei.

Se acercaron hasta los pequeños montículos que resultaron ser los restos de un esqueleto humano cubiertos por el polvo de siglos de quietud en aquella oscura sima.

—¡Allí hay más! —exclamó Kuei acercándose hasta otro montón. ¡Y otro, y allí...! ¡Por Buda, está todo lleno de cuerpos, creo que hay docenas... o cientos...!

—¿Cuánto tiempo crees que llevan aquí?

—Mira esas armaduras. Parecen samuráis japoneses o algo así. Deben llevar aquí más de mil años... ¿Qué digo mil? ¡Por lo menos cuatro mil!

—¿Crees que murieron atrapados en esta especie de laberinto? —preguntó Ling inquieto.

—¿Qué sé yo? Probablemente intentaban sortear la Muralla por debajo. Ahora vámonos. No quiero acabar como ellos, en un futuro yacimiento arqueológico.

—Espera... Mira esto. Parece un estandarte.

Ling elevó la frágil tela, que se partió entre sus manos, desecada por el paso de los años. El diseño que la coloreaba consistía en barras blancas horizontales alternadas con otras de un granate desvaído. A un lado era azul con varias estrellas blancas de cinco puntas.

—Qué curioso... —dijo Kuei—, pero no es lo que imaginas. Estos tipos llevan aquí miles de años. Los diseños de las banderas a veces se parecen, o se inspiran unos en otros.

Continuaron por el corredor principal siempre pendientes de los localizadores, aunque la inquietud había hecho mella en el ánimo de Ling.

“¿Y si ahora empezamos a encontrar los restos de los que nos han precedido? Todos muertos, atrapados en este laberinto...” —pensó—.

Quizá no existía ninguna otra salida. ¿Quién podía asegurarlo? Pero no. Tío François había pasado. Él y mucha otra gente también... Aunque no sabía por qué medios... Tal vez no lo hicieron por los túneles.

Y estaba el asunto de la bandera, con ese parecido más que sospechoso con la bandera estadounidense. ¿Pero qué sentido tenía? América como nación occidental no existiría hasta miles de años después de que toda esa gente muriera. Era tan sumamente extraño.

Ling caminaba absorto en éstos y otros funestos pensamientos cuando Kuei apagó la luz y exclamó:

—Mira allí...

—¿Qué? No veo nada.

Tras unos segundos de intensa oscuridad. Al fondo, una tenue claridad azulada se fue abriendo paso, deslizándose por las paredes de roca gris y perfilando siluetas oscuras.

—¡Luz! ¡Es luz natural! —gritó Kuei mientras corría hacia ella.

Alcanzaron la zona iluminada y treparon dificultosamente por los montones de peñascos desprendidos de la entrada. La salida daba a una cornisa rocosa en el exterior situada a bastante altura y prácticamente inaccesible desde abajo. Por fortuna conservaban la cuerda y gracias a ella consiguieron bajar hasta el suelo.

—Kat-Mensay, en el Bajo Oeste. La puerta de entrada a Occidente —dijo Kuei—. Queda inaugurado este suelo que pisamos por primera y probablemente última vez en nuestra vida.

La frase fue dicha con ánimo de chanza, pero ninguno de los dos sonrió. Se diría que Kuei lamentaba haber abierto la boca.

Pronto empezaría a anochecer. No habían comido nada desde la salida del hotel por la mañana, quizá porque inconscientemente deseaban poder hacerlo en algún establecimiento de Kat-Mensai, ya en lugar seguro, pero no se avistaba desde los oteros de los alrededores ninguna ciudad ni pueblo cercano, de manera que acamparon y llenaron el estómago en previsión de una larga caminata hasta la población más próxima.

Sin perder demasiado tiempo se pusieron en camino dirigiéndose hacia una lejana columna de humo, única señal de vida que parecía apreciarse en las inmediaciones.

Alcanzaron lo que parecía ser una gran zona industrial cuando el sol se acomodaba ya tras la línea de horizonte. Aunque podían escuchar ruido y signos de actividad en el interior de las naves, resultaba extraño que las calles estuvieran completamente desiertas. Sólo tras un rato de deambular por ellas buscando algún bar o restaurante donde descansar, vieron aparecer a lo lejos las siluetas de dos personas que caminaban por su misma acera.

—Bien, vamos a preguntar —dijo Kuei.

Su paso decidido se tornó vacilante y casi se detuvo al reconocer en las figuras que se aproximaban el tono oscuro de los uniformes policiales. El rostro de Kuei era el espejo de su alma, en ese momento de pétreo mármol blanco pero, para creciente inquietud de Ling, la cara de los policías era asimismo de absoluta perplejidad ante la presencia de los dos muchachos en aquel lugar.

Cuando el encuentro era ya inevitable, Ling habló.

—Perdonen. ¿Podrían ayudarnos? —dijo, intentando aportar algo de espontaneidad al encuentro.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo vosotros aquí a estas horas? —fue la respuesta.

—Calma, sólo estamos aquí de paso. Tenemos autorizaciones en regla para Francia.

Y buscó atropelladamente por todos sus bolsillos las tarjetas de identificación que, como era habitual en esos casos, no parecían estar en ningún sitio. Temió lo peor: que se hubieran perdido en el polvo de la cueva en alguno de los tramos en que se arrastraron y rodaron por el suelo.

En todo el tiempo Kuei no movió ni un músculo. Probablemente necesitaba toda la energía y hasta la última caloría de su cuerpo para mantener en funcionamiento su encogido corazón. Pero al fin, las tarjetas aparecieron y Ling las entregó con un leve temblor de mano que contradecía la apariencia de seguridad y autosuficiencia que enmascaraba su rostro.

Los policías casi entrechocaron las cabezas en pugna por ver la pantalla del lector donde habían introducido las tarjetas, sin que de sus caras desapareciera la expresión de estupor y asombro que mantenían desde el primer instante del encuentro.

Uno de ellos, tras leer repetidamente el texto, esgrimió una sonrisa que dio paso a una risa contenida y luego a una carcajada.

—¿Has visto? —exclamó.

El otro comenzó a reír también.

—¡Ésta es de pata de rana! Para Francia, pone...

—Fíjate en el certificado digital. ¡Te juro que a éste le pongo un marco!

Tras un buen rato de risas y comentarios jocosos que Ling no acertaba a comprender, se dirigieron a ellos.

—Realmente habéis hecho un buen trabajo llegando hasta aquí, xiao Ling y xiao Kuei. Ahora vais a obtener la recompensa a vuestros esfuerzos —ambos rieron de nuevo por lo bajo.

Después de cachearlos e inspeccionar las mochilas, uno de ellos, con un gesto de la mano les indicó que caminaran delante.

—Supongo que no haréis necesario que saque este trozo de hierro, ¿Verdad? —dijo poniendo la mano sobre la cartuchera—, pesa mucho y hoy no tengo ganas de trabajar. Con el alma en los pies, Ling y Kuei se pusieron en camino seguidos por los dos policías. Caminaron entre grandes naves industriales y barracones metálicos. Al pasar frente a un gran portón de acero, Ling se fijó en un pequeño cartel en el que se leía: “SANCHES JEANS”.

Siguieron caminando hasta dejar atrás la zona industrial y llegaron hasta una pequeña estación de monorraíl. Allí los policías entregaron su custodia a otra pareja de agentes que salieron del tren. Ling no pudo escuchar la conversación entre los dos agentes de mayor rango, el otro policía lo obligó a tumbarse boca abajo y le esposó las manos atrás. Los introdujeron en el tren y, tras subir los agentes, se pusieron en marcha.

El viaje fue largo, pero nadie pronunció una palabra. La zona de destino no parecía demasiado diferente de la otra: más naves y factorías, aunque contra la azulada claridad del cielo nocturno se perfilaba la silueta de grandes bloques de edificios, probablemente viviendas u oficinas. A través de un acceso directo desde la estación, penetraron en los sótanos de uno de ellos y caminaron por un sinfín de asépticos corredores desiertos, utilizaron distintos ascensores en varias ocasiones siempre en sentido ascendente. El edificio tenía una estructura enorme y compleja, probablemente fruto de múltiples ampliaciones que habrían terminado por fusionarlo con los bloques circundantes.

Por fin se detuvieron en una amplia y suntuosa antesala donde un subordinado susurró algo en un comunicador y procedió a abrir la gran puerta de doble hoja que les condujo a un impresionante despacho.

Su ocupante, al que alguien se dirigió como “el Secretario”—persona de gran influencia y posición, sin duda—, instalado tras una mesa al fondo, hizo un leve gesto con la mano señalando dos sillas frente a él. Los policías los condujeron a empujones hasta allí. Se sentaron con dificultad, pues seguían esposados con las manos a la espalda.

Ling empezó a hablar atropelladamente, a tartamudear excusas respecto a sus pases para Francia, pero el funcionario le hizo detenerse en seco con un simple gesto de la mano.

—Como comprenderán —dijo—, por aquí pasa mucha gente al cabo del día. No tengo ni ganas ni tiempo para pretextos y coartadas, debería estar ya en mi casa. Para aclarar su actual situación, permítanme que les cuente una pequeña historia: hace muchos miles de años, llegaban a la gran China, viajeros procedentes de lugares remotos. Traían con ellos relatos fascinantes sobre lejanas culturas y pueblos con peculiares

tradiciones y costumbres muy distintas a las nuestras. Sus relatos calaban hondo y despertaban la curiosidad y admiración del pueblo chino. Pero, con demasiada frecuencia, los viajeros, con ánimo de acrecentar sus proezas, agrandaban las distancias y situaban aquellos lugares mucho más allá de donde estaban realmente. Eso, unido a las deficientes técnicas de cartografía de la época condujo al establecimiento de una idea del mundo notablemente deformada.

“No tenemos constancia exacta de cuándo esa visión basada en el mito y la leyenda pasó a convertirse en una mentira deliberada, pero sabemos que su primer cronista y reformador, el maestro Xa nsiang nació en el siglo XV, en el año del Dragón y fue el asesor de, al menos dos emperadores en la compleja tarea de estructurar y administrar en beneficio de nuestra comunidad esa, digamos... peculiar visión del Mundo.

“Multitud de guerras asolaron nuestras tierras hasta lograr la unificación de las provincias del Este y las del Alto y Bajo Oeste; y fueron precisamente los ejércitos del Bajo Oeste los que en 1945 culminaron la anexión de la provincia de Cipango y las islas Polinesias; aunque mucho me temo que la versión sobre estos hechos de la que ustedes tienen constancia difiere notablemente...

—¿Qué está diciendo este ojo de...? —susurró, estupefacto, Kuei.

—No tengo ni idea —murmuró Ling entre dientes.

—...Les estoy haciendo partícipes del Conocimiento supremo — continuaba el Secretario—, del Gran secreto, de la Verdad sagrada: Occidente no existe.

Ling y Kuei se miraron atónitos y luego al funcionario intentando encontrar la razón por la que aquel hombre les contaba semejante cúmulo de despropósitos.

—El advenimiento del Comunismo —continuó absorto el Secretario— acogió con Júbilo semejante patrimonio y proyectó para el mismo un propósito nuevo y audaz, cargado de capitales virtudes para con nuestro esforzado pueblo y creciente patria. Aquel occidente imaginario serviría de acicate para la moral de las gentes y de revulsivo para los pusilánimes y los inconformistas, ayudándoles a extraer de donde no las había, las fuerzas y la ilusión necesarias para reconstruir primero y engrandecer después este gran hogar común.

“Había que hacer de aquel Occidente imaginario un lugar detestable, algo que hiciera a nuestro pueblo valorar y amar más que nunca el privilegio de vivir y formar parte de este gran proyecto. Para ello se creó la idea de un Occidente decadente, un lugar donde los pobres mueren de hambre junto a lujosos edificios, donde la gente gana más cuanto más tiene y menos cuanto menos tiene y más lo necesita, donde el valor del dinero y de las cosas está sometido al azar de algo tan peregrino como “la confianza” de alguien desconocido en no se sabe qué. Un lugar en el que el dinero y no el hombre, toma las decisiones... Un lugar, en definitiva, contrario a la Justicia que la dignidad humana merece...

“Y entonces ocurrió lo inesperado, lo inverosímil, lo que nadie hubiera podido calcular ni prever: la gente empezó a amar a Occidente. La gente deseaba aquello. ¡El pueblo chino quería vivir en Occidente! ¿Pueden creerlo? —casi gritó poniéndose en pie—... Sí... supongo que sí... Por eso están aquí.

El secretario volvió a sentarse y recobró la calma. Se enjugó las gotas de sudor de la frente y ordenó levemente algunos papeles que había sobre la mesa.

—Pues muy bien. ¡Enhorabuena! Bienvenidos a Kat—Mensai, capital del Alto y Bajo Oeste y por ende de Occidente. Del verdadero Occidente. Aquí están todos esos lugares con los que ustedes han soñado alguna vez, esas grandes ciudades, mecas de tal o cual industria; las calles de todas esas películas, los grandes monumentos... A partir de ahora tendrán ocasión de trabajar en ésta, la única y auténtica fábrica de sueños, que alimenta las ilusiones de nuestro pueblo. “Encontraremos un trabajo apropiado a sus capacidades, aunque lamento comunicarles que tendrán que renunciar al “Sueño Americano”. El capitalismo no ha existido nunca, excepto en la mente de los maestros creadores del Gran secreto o, como otros gustan en denominar... La Gran Mentira.

Ling y Kuei permanecieron en silencio mirando perplejos al funcionario que había comenzado a escribir y sellar varios documentos. Finalmente Ling intervino.

—Supongo que nos cuenta toda esa sarta de... —sustituyó la palabra “estupideces” en atención a los uniformes situados a su espalda— ... esa sarta de mentiras para que no intentemos escapar y nos dejemos explotar dócilmente en estos... campos de prisioneros.

El secretario hizo un gesto de “alto” con la mano cuya finalidad Ling no comprendió hasta que se percató de que iba dirigido al policía que blandía la porra tras él.

—Les digo esto para que no pierdan el tiempo huyendo hacia el Oeste, donde sólo encontrarán el mar y sobre todo, para que no intenten regresar a la China Central. La frontera se puede cruzar en esta dirección —eso es lo que nos provee de mano de obra—, pero créanme, nadie la cruza en la otra dirección... Quiero decir, no sin nuestro consentimiento. Aún pueden conservar cierta esperanza de volver a casa. El camarada subsecretario de zona les informará a su debido tiempo.

—No puede ser. ¡No me lo trago! No se puede engañar a tantos millones de personas. Alguien lo hubiera descubierto —insistió Ling.

El funcionario sonrió condescendentemente, se diría que con cierta simpatía y un ápice de tristeza.

—La gente cree lo que quiere creer. No es necesario dar grandes razones para que uno acepte lo que necesita o lo que desea fervientemente. Cuando Las provincias del Oeste se saturaron y fueron incapaces de hacer frente a la producción que la China central demandaba, empezamos a instalar fábricas en la propia China central. Fábricas de donde salían los productos que se supone que venían de Occidente. Fabricados por chinos en China. Muchos dijeron que era una locura, que se descubriría el pastel; pero la gente siguió creyendo. ¡Comprando los productos occidentales que ellos mismos fabricaban! ¿No es increíble?... La naturaleza humana es así. Cuando se obceca en algo —y siempre lo hace—, todo parece darle la razón, hasta la más contundente prueba en contra.

Permaneció un rato en silencio con la mirada perdida, absorto en quién sabe qué intrincados y enigmáticos pensamientos. Después volvió a la tarea de escribir en los documentos que había sobre su mesa e hizo un gesto con la mano a los policías indicando que la entrevista había terminado.

Caminaron de nuevo por los corredores. Kuei se acercó a Ling y susurró tratando de que los policías no lo escucharan.

—¿Crees que es verdad todo eso que nos ha dicho?

—No... no sé. Hay mucha gente que ha salido. Tío Tshen vive en Francia hace mucho tiempo. ¿Cómo va a ser todo mentira? No puede ser...

Un pequeño grupo de infelices también esposados se les unió y juntos fueron conducidos a través de una gran sala de la que pendía un gigantesco globo terráqueo que giraba lentamente. Por primera vez contempló estupefacto junto a los demás el verdadero aspecto del mundo. Allí estaban China, La India, Japón... La mayoría de los países asiáticos, aunque figuraban como provincias de la Nueva República. Al norte, la gran extensión correspondiente a Rusia figuraba como Alto Oeste. Hacia Occidente, donde debería estar Europa, un gran muñón de tierra etiquetado como Bajo Oeste, se recortaba contra el océano Pacífico; un único océano, el mismo que un lejano día, atravesó un intrépido marino del Bajo Oeste abriendo una ruta alternativa para la comunicación entre las dos costas del mismo continente.

Un funcionario lo apartó del grupo.

—¿Ling Wei? Creo que hay alguien aquí a quien a debe ver. Acompañeme.

Separado de su amigo Kuei por primera vez, viajó junto a aquel hombre en varios trenes subterráneos. Cuando llegaron a su destino, el hombre le indicó con la mano que entrara en una habitación y él esperó afuera. Ling entró en la estancia indeciso. Una figura se le acercó en la penumbra; a medida que se acercaba, sus rasgos se hicieron más definidos hasta que Ling pudo identificarlo.

—¿Tío... François? —tartamudeó.

—¿Xiao Ling? ¿Q...que... haces tú... aquí?

Permanecieron mirándose en silencio. No hacían falta más preguntas ni más respuestas. Su tío Tshen le dedicó una sonrisa triste y después desvió la mirada hacia el suelo.

Durante las primeras semanas estuvo sólo. Fue asignado a una cadena de inserción de remaches en una fábrica de vaqueros Sanches Jeans —quien hubiera imaginado que acabaría trabajando allí—. Al cabo de un mes, consiguió un permiso de movilidad gracias al cual, podía ver periódicamente a su tío Tshen. Día a día, su tío le fue explicando los pormenores de la vida en el Bajo Oeste.

—Después de todo, la vida en Kat-Mensay no es tan mala —le explicaba Tshen—; tenemos una jornada laboral razonable y, con un buen comportamiento, si aprendes a mentir lo suficientemente bien, te dejarán visitar a tus padres.

—¿Mentir tan bien como tú? —le recriminó Ling.

—Jamás se me ocurrió que pudieras hacer una tontería semejante.

—¡Claro! Sólo tú, el gran François, podía hacerlo. Los demás debíamos conformarnos con nuestra cochambrosa vida y tus visitas periódicas.

—Tienes razón. Ignoré vuestras aspiraciones. Lo siento, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si filtraba cualquier pista, cualquier indicio, me impedirían volver a veros.

—Nadie tenía por qué saberlo. Yo no hubiera abierto la boca.

—¡Seguro! solo que no hubieras creído una sola palabra y, probablemente te hubieras lanzado a comprobarlo por ti mismo. De todas formas, no dramaticemos. Aún no está todo perdido; con un buen comportamiento, en el plazo de unos años, podremos regresar sometiéndonos a un borrado selectivo de recuerdos. Kuei lo tiene peor en ese aspecto, parece ser que es la segunda vez que llega aquí; ya lo reinsertaron en una ocasión y si vuelve por tercera vez... se acabó.

—¿Olvidarlo todo y volver a vivir otra vez con la frustración y el deseo de huir?

—No parece que haya otra salida..., aunque la gente aquí piensa mucho. Es lo único que se puede hacer en el tiempo libre. Hay grupos y asociaciones clandestinas de todo tipo. Las hay que incluso preparan una revolución para instaurar el capitalismo; después de todo, tenemos las infraestructuras y todo lo demás, sólo falta instituirlo a nivel político y económico, aunque no hay nadie que sepa muy bien cómo hacer algo así. También hay quién afirma que ese modelo de sistema económico es puramente teórico e insostenible en la práctica y en el otro extremo están los alarmistas; los que sostienen que, si se lleva a cabo, nos sumiría en un mundo de esclavitud económica y de brutales injusticias sociales. En cualquier caso, las circunstancias siempre nos empujan sospechosamente a quedarnos con lo malo conocido antes que arriesgarnos en una aventura posiblemente cruenta y con un resultado imprevisible.

Permanecieron en silencio sumidos cada uno en sus propias cavilaciones; hasta que Ling habló de nuevo.

—¿Cuándo crees que podré hablar con mi familia?

—No sé. De momento, debes tratar de acumular tiempo de buen comportamiento. Seguir colaborando en el mantenimiento de este sueño que da sentido a muchas vidas al otro lado de esa frontera. Al fin y al cabo y a pesar de todo, nadie puede negar que es un noble fin...

EPÍLOGO:

Amados padres y hermana:

Como ya habréis leído en la nota que dejé en mi cuarto, me he marchado a Occidente. Preferí no decir nada para evitar que la despedida se convirtiera en una ruptura familiar. Espero que me perdonéis; en el fondo, sabéis tan bien como yo que no había otra forma de hacerlo.

Siento haber tardado tanto en escribiros. Me ha costado localizar un acceso público a la Red con sistema de cifrado y mis condiciones económicas al principio, como podéis imaginar, no eran muy buenas.

La vida aquí, en Occidente, no es nada fácil; hay que trabajar tan duro como allí. Por fortuna, hemos conseguido dar con el tío François y nos ha ofrecido trabajo, provisionalmente en su restaurante, hasta que consigamos dinero suficiente para seguir ruta hacia América.

La gente en este país es hospitalaria y afable y, poco a poco, Kuei y yo hacemos progresos notables con el idioma.

Según me han dicho, no es difícil conseguir un visado como turista para cruzar la frontera. Quién sabe, quizá en el verano pueda ir a visitaros, aunque

sea bajo un falso nombre. Hace sólo unas semanas que me marché y ya estoy deseando regresar.

Os mando un beso y un abrazo. Y otro para el abuelo, cuyos consejos deberíamos escuchar más a menudo.

Al fin he logrado alcanzar el mayor de mis sueños, aunque he de reconocer que las cosas no parecen tan grandes cuando consigues tenerlas al alcance de la mano.

*Os quiere:
Xiao Ling Wei*



LOS BUENOS AMIGOS

Carlos Martínez Córdoba

Anticipando hipotéticas críticas o discusiones (en todo caso positivas, pues serán señal de que alguien ha leído este cuento), diré que sí, que posiblemente “Los buenos amigos” no tenga demasiado de “fantástico”.

En otra ocasión comenté mi interés por el mundo de la infancia. Ahora me vienen a la cabeza “It”, de Stephen King, los “Paracuellos” de Carlos Giménez, “El camino” de Delibes... no porque pretenda compararlos con este relato, sino por algunos temas que esas obras tocan (cada una a su manera) y que yo también he intentado abordar. Por un lado, el poder de la amistad, la amistad en la infancia, por otro, el tiempo, aún más poderoso, y con él lo inevitable, los “caminos” que se desvían y se alejan sin promesas de reencuentro.

Pero yo me he preguntado qué pasaría si, en lugar de resignación, los personajes se opusieran activamente a ese inexorable “todo se acaba” para el que no están preparados ni tal vez vayan a estarlo nunca.

Y quiero creer que es ahí donde sí aparece la “fantasticidad”, aunque solo sea por las ideas, los razonamientos, la lógica de esos “amigos”, la lógica particular de un mundo, el de su niñez, bastante “fantástico” ya por sí mismo.

De hecho, ya lo decían Les Luthiers con más claridad y concisión que muchos estudios sesudos: “...los niños son seres pensantes, casi podríamos decir que son seres humanos”.

Seguramente no es un argumento de peso para demostrar que el relato que viene a continuación sea más o menos “fantástico”; pero tiene mucha gracia.

Tras todo un eterno día de reclusión, en aquella tarde colmada de grises, poco más quedaba que contemplar la lluvia recalcitrante estrellándose contra el cristal, salpicando y salpicando en los charcos de calles desiertas e inundadas, discurriendo en pequeñas riadas por calzadas como torrenteras. Por si fuera poco el inminente fin de las vacaciones, ese tiempo fastidioso se empeñaba en estropearles todos los planes.

Adrián, Daniel y Paquillo solían sentarse en la mesa más cercana al ventanal. Paquillo a ratos se levantaba y paseaba por el restaurante recolocando alguna silla desplazada aquí o recogiendo papeles del suelo allá; labor que no parecía demasiado necesaria en un negocio casi tan decaído como el tiempo. El local estaba menos concurrido incluso que en la peor tarde invernal; en esas noches gélidas y prematuras en que hasta los asiduos preferían quedarse en casa. Tres personas se sentaban en la barra. La más alejada, un hombre que sorbía tristemente una cerveza sin alcohol, era uno de los últimos veraneantes que aún estaban por irse; los demás, todos del pueblo. En la mesa del rincón, justo debajo del televisor apagado, su sitio, se encontraban “Los Tres Mosqueteros”, (que eran cuatro, como los mosqueteros) en una de sus inacabables partidas de dominó. Eso era todo.

Pero últimamente Paquillo no dejaba de insistir en que su hermana mayor, que ahora estaba pasando una semana en París, el próximo curso se iría a estudiar a la Universidad, y entonces tendría que ser él quien echara una mano en el negocio familiar; de ahí su actitud hacendosa. Cuando hablaba de ello no ocultaba cierto orgullo. La responsabilidad le hacía sentirse importante; aunque ver a su hermana marcharse también le apenaba, les apenaba a todos, porque eran ya demasiados los que les habían abandonado, o desertado, o huido; tantas palabras habían buscado para definirlo. Cierto era que en los últimos tiempos venía siendo algo habitual, pero nunca como en aquel verano; el pueblo entero parecía haberse puesto de acuerdo.

Paquillo seguía moviéndose con ese nervioso caminar que siempre tenía, sobre todo en el restaurante de sus padres, y con ese mismo caminar regresó a la mesa y se sentó entre ellos. Sonia les había llevado un buen plato de pipas para que se entretuvieran. Si la cosa se alargaba, a no mucho tardar aparecería con churros y chocolate, o con unos refrescos; les regalaría un par de sonrisas o se sentaría un rato con ellos si la clientela se lo permitía, y aquella tarde se lo permitiría. Siempre estaba muy pendiente de “sus niños”, como ella decía.

Sonia era una prima lejana de Paquillo que vivía en Madrid. Solo había ido a trabajar en el restaurante los meses de verano (la época en que más negocio había), para hacer algo de dinerillo; pero su popularidad había sido inmediata. Por si fueran poco su juventud, su simpatía natural y no haber estado nunca en el pueblo, trabajaba en el bar más frecuentado de por allí, o eso decían Paquillo y sus padres. Así, la gente, sobre todo al principio, no había parado de interrogarla ni en un solo instante de sus largas jornadas. Tenía 22 años, estudiaba Filología Hispánica (Brígido, de “Los Tres Mosqueteros”, decía “Filosofía Hispánica”, lo que provocaba carcajadas inmediatas en Paquillo y sus amigos y una sonrisa cómplice

en la chica) y tenía un novio en Madrid, un compañero de carrera.

Pero no todo era verdad. Eso se lo había confiado discretamente a ellos la primera y tórrida tarde de julio, justo en la mesa que ahora ocupaban. Lo de que tenía novio era pura invención, solo lo contaba para alejar “moscones”. Pero hablaba de él con insistencia, incluso respondía con detalladas explicaciones cuando alguien le preguntaba, por ejemplo, por qué no iba por allí para visitarla, como parecería lógico. A los niños les hacía una gracia tremenda eso de los “moscones”, y más aún que tuviera a todo el mundo engañado. Tanto les encantaba ser los únicos en el pueblo que lo supieran, que guardaban el secreto como un auténtico tesoro, pues a los amigos no se les puede fallar, y Sonia había demostrado serlo sobradamente. Por eso, porque todos convenían en que era una más de la pandilla, a pesar de ser chica y mayor, les resultaba más doloroso que pocos días después, cuando acabara el verano, también fuera a regresar a su casa de Madrid, a sus estudios y a su novio inexistente. No era otro verdadero abandono, pero casi.

Adrián miró a sus amigos como asegurándose de que continuaban allí. La lluvia, la lluvia chinchorrera, por muy necesaria que fuera (siempre alguien se ocupaba de sentenciarlo cuando más les molestaba), no solo impedía salir, también volvía a recordarles un montón de esas cosas ingratas. Qué poético. Lo había dicho con bastante mala idea la madre de Paquillo desde la barra, y su padre, que estaba dentro, en la cocina, se había asomado solo para reírse. Todo lo arrastraba el agua; el final del verano, el final de las vacaciones, y acercaba el principio del nuevo curso. “Qué poquito les queda a los estudiantes”, les repetía para pincharles, “poquito poquito”. Pero luego estaba lo otro, por supuesto, lo de las ausencias, todos los que faltarían a ese primer día de colegio cada vez más cercano; aunque de eso ella no dijera nada. Increíblemente, parecía considerarlo normal.

Iván “el lentejas”, “Santito” y “Riqui” eran los últimos que se habían despedido para no volver; algún verano si acaso, pero ya no sería lo mismo. El uno porque su padre había encontrado un trabajo de nosequé en nosedonde, y los otros... por algo parecido; por “cosas mejores”. Los tres estaban cansados de oír lo mismo y de la misma forma. Eran afirmaciones gastadas de tan repetidas, como lo de que la lluvia era muy necesaria. Nadie daba detalles, nadie aclaraba cuáles eran esas “cosas mejores”, como si los mayores pensaran que con diez años uno es demasiado joven para entenderlo. Y así debía ser, porque ninguno lo entendía, porque eso no se hace, porque esos abandonos (o deserciones, o huidas) separan a los amigos, y los amigos han de estar siempre juntos. Y aquello si que no hacía falta que se lo dijera nadie para saberlo.

Menos mal que la llegada de Juana había animado el tramo final de esas vacaciones nefastas.

—Jo —murmuró distraídamente Daniel por enésima vez mientras miraba el cielo encapotado—, y que no deja de llover.

—No pasa nada —dijo Paquillo resignado—. Si no podemos ir hoy ya iremos mañana.

—Pero es que le prometimos que iríamos hoy. A lo mejor se enfada, o algo; ya visteis cómo se puso las últimas veces.

Tenía razón. Aquél era otro motivo de disgusto, y más pensando en lo

bien que se había portado hasta entonces. De hecho Juana había llegado en el momento preciso; cuando todos los grandes propósitos de principios de verano ya se habían esfumado, cuando los días comenzaban a transcurrir con una parsimonia similar a la de las interminables jornadas de colegio.

Juana no solo había aparecido igual que el personaje de un cuento, como por arte de magia, sino que el personaje de un cuento parecía. Tenía edad indeterminada, el pelo negro y largo, casi siempre recogido en una coleta descuidada (aunque en su coronilla la cabellera era más bien escasa), y un bigote y una barba bastante poblados. La primera vez que le vieron, además, tenía una nariz de payaso colocada sobre la suya, que era menos roja pero no mucho más pequeña.

Le habían encontrado un buen día por casualidad en la Casa del médico; la casa más vieja y destartalada del pueblo, la casa eternamente abandonada. Con toda tranquilidad (tras el susto inicial, por supuesto), como si frecuentar aquellos lugares fuera habitual para él, les dijo que estaba de paso y solo se había instalado allí unos días porque había oído que el tiempo iba a empeorar. Su verdadero nombre era Juan Ángel, pero los que le conocían siempre le habían llamado “Juanan”, hasta que una de sus “noviejas” (así lo había contado), medio en broma medio en serio, empezó a decirle “Juana”, y al final con “Juana” se había quedado. Desde ese momento Paquillo dejó de enfadarse cuando le llamaban “Paqui”, cosa que Daniel, Adrián y otros hacían porque sabían que le molestaba, que era nombre de niña.

—¿Os acordáis de la cancioncita? —dijo de repente Daniel, y se puso a silbar dificultosamente mientras movía sus dedos delante de la boca como si tocara la flauta. Al instante sus dos amigos empezaron a dar palmas y canturrear hasta atraer una por una todas las miradas del local.

—Pero bueno ¿puede saberse qué pasa? —dijo la madre de Paquillo mientras deslizaba un paño por toda la barra. Siempre estaba tan atenta a todo como si tuviera cien ojos y doscientos oídos—. ¿Estáis de fiesta o qué?

—Déjales que canten hombre —graznó Brígido, pero inmediatamente volvió a centrarse en la partida.

Los niños se callaron y volvieron a hablar en susurros.

—¿Os imagináis a Juana aquí, tocando la flauta? —preguntó Daniel—. Seguro que les gustaba a todos. Yo no sé por qué no quiere que le vean.

—Ya nos lo explicó, pareces tonto —susurró Adrián tan débilmente que casi no se le oía—. ¿No contó que había tenido problemas en otros pueblos? ¿Qué le miraban raro y que no querían darle trabajo?

—Pero ¿por qué?

—Pues por eso, porque es un... un viajero, un aventurero, un... *incomprensible*.

—No es como los demás —intervino Paquillo mientras miraba cómo el hombre que no era del pueblo, el de la cerveza sin alcohol, saltaba del taburete y, con un frío “adiós, buenas”, caminaba hasta la puerta, salía a la calle y emprendía una loca carrera bajo la lluvia.

—Claro, eso es lo que pasa —continuó Adrián—. Y por eso no quería que fuéramos a verle, por si le descubren y le echan de la casa —hizo una pequeña pausa—, o algo peor.

—¿Algo peor? —Daniel dio un pequeño respingo.

—Estás tonto; que llamen a los guardias, le detengan y le metan en la cárcel.

—¿En la cárcel?

—Claro, por sospechoso o algo, yo que sé.

—Bueno, pero cuando vayamos a verle le decimos que toque otra vez la canción ¿vale? —propuso Daniel, y los demás asintieron.

Y es que había sido genial. Juana les había dicho que ese instrumento no era una flauta, que se llamaba *dulcina*, o algo así; pero ellos seguían llamándole flauta, porque venía a ser más o menos lo mismo. El caso era que cuando la tocaba nadie podía estarse quieto. Juana sacaba aquel estuche alargado de su vieja mochila, lo abría, cogía la flauta (o lo que fuera) y se la llevaba a los labios ceremoniosamente. Siempre daba primero unos pitiditos como para calentar, y luego empezaba la música mientras golpeaba con su pie en el suelo, y ellos se ponían a dar palmas. Al principio Juana parecía un poco cohibido, como si temiera que alguien les escuchara. Pero la Casa del médico tenía gruesas paredes y estaba convenientemente apartada. Tal vez algún paseante perdido, pero era un riesgo que ellos estaban dispuestos a correr.

Sí, todo había sido genial.

—Parece que llueve menos —dijo de repente Paquillo.

Adrián y Daniel miraron al cielo. Efectivamente, ya no caían más que finísimas gotas que el viento zarandeaba.

Les ocurría a veces, no necesitaban decirse las cosas para saber que todos estaban pensando lo mismo, como si tuvieran poderes especiales para hablar mentalmente. Por eso, sin mediar palabra, se pusieron en pie y se dirigieron a la puerta aparentando observar la calle desde otro ángulo. Adrián la abrió con toda discreción, pero fue lo único que pudo hacer antes de oír la voz inconfundible.

—¿Y dónde creen que van los caballeretes?

Los tres se dieron la vuelta para encontrarse cara a cara con la madre de Paquillo, que había salido sigilosamente de la barra. Les tenía controlados.

—Ya ha dejado de llover —musitó, más para sí, un Paquillo lastimero.

—No, no ha dejado. Ahora llueve menos, pero mirad cómo está el cielo, dentro de nada está cayendo otra vez, y luego vuestras madres me echan a mí la bronca. —Miró a Adrián y Daniel con esos ojos negrísimos, y tan fijamente que ambos inclinaron la cabeza hasta localizar sus propios zapatos—. Así que aquí quietecitos.

—Y dad gracias —volvió a gritar Brígido, que siempre parecía más pendiente de lo que ocurría alrededor que de la partida—, que esta lluvia hace mucha falta.

—Jo, mamá —protestó impotente Paquillo con una última mirada a la mujer; pero ya seguía resignadamente a sus amigos hacia la mesa.

—Desde luego... —continuó ella— con todas las cosas que podéis hacer. ¿Queréis merendar? ¿Os hacemos unos sandwiches de jamón y queso en la plancha? Ahora le digo a Sonia que os haga algo, ¿un chocolate con churros? Poned la tele, podéis jugar a las cartas.

—Sí hombre, a las cartas —contestó Paquillo algo fastidiado, y pensó, “o al dominó, como «Los Tres Mosqueteros»”, pero no lo dijo. Y también

pensó, y tampoco lo dijo, si Juana sabría hacer algún truco con cartas. Tendrían que preguntárselo. Seguro que podía; además de músico también era malabarista, y mago; les había contado que durante algún tiempo trabajó en un circo, y muchas cosas más. Nunca habían conocido a nadie como él. Además, era emocionante tener un amigo así, un amigo escondido y misterioso, un amigo secreto, y para ellos solos, para cuando quisieran, si no era hoy ya sería mañana.

Paquillo miró a Adrián y a Daniel más animado y vio que también sonreían. Seguro que estaban pensando algo similar.

—¡A por ellooooo! —Era el grito de guerra de Adrián, o de Daniel, o de Paquillo, y se lanzaban a por ellos; a por quien fuera, siempre había algún enemigo que combatir.

Desde la plaza de la iglesia, donde solían dar comienzo las gloriosas andanzas, recorrieron en sus bicicletas buena parte del pueblo pedaleando relajadamente, charlando y riendo, gritando, atravesando charcos y recibiendo miradas de desaprobación. Por momentos, cuando se acercaban a alguna meta imaginaria, aceleraban con brusquedad y la cruzaban, y se recuperaban del esfuerzo ralentizando de nuevo la marcha.

Salieron del pueblo por la carretera que desembocaba en la general a un par de kilómetros; aunque no llegaron a ella, y no por tenerlo absolutamente prohibido, sino porque solo habían tomado esa dirección para despistar. Unos metros más adelante abandonaron el asfalto hacia Los Arroyos, y continuaron hasta considerar por unanimidad que se habían alejado lo suficiente. El camino estaba casi impracticable, pero eso no les disuadió de introducirse en uno mucho peor. El barro saltaba con cada golpe de pedal; las ruedas se hundían y les hacían tambalearse entre gemidos de esfuerzo o poner el pie en el suelo, que se clavaba con un brusco chapoteo. Pero al fin, tras unos minutos largos y penosos (y excitantes) llegaron a la Casa del médico.

Todavía se encontraba en las afueras; pero no tardaría en unirse al pueblo, en clara expansión a pesar de la progresiva desbandada de habitantes. Era la última de un grupito de construcciones dispersas, todas residencias de verano (cada vez más abundantes) abandonadas unas semanas antes hasta las próximas vacaciones o el próximo puente. Siempre la habían conocido vacía y siempre cerrada, aunque no tan deteriorada como en la actualidad. Decían que eso ocurría porque pertenecía al Ayuntamiento y nunca había dinero para ocuparse de ella. Tiempo atrás, Adrián y los otros, cuando aún eran una buena panda, descubrieron la forma de entrar, y durante una corta temporada se convirtió en su centro de reuniones. Era un sitio espacioso y algo tétrico donde no quedaba ningún vestigio de habitantes; vivos al menos, como alguno recalca de vez en cuando provocando un buen surtido de temblores excitados y risotadas nerviosas. Pero todo acabó cuando Rodolfo y sus amigotes, que eran más mayores y un poco matones (afortunadamente Rodolfo también se había ido en busca de “cosas mejores” el año anterior), se enteraron de todo y les expulsaron del lugar para quedárselo ellos. Sin embargo, su reinado fue aún más corto. Se rumoreó que alguien de su grupo, de los desahuciados, había dado el chivatazo; aunque nunca se supo si era cierto ni el nombre del presunto valiente. Sea como fuere, una mañana, sin que nadie lo

esperara, la Casa del médico amaneció con todas las puertas y ventanas tapiadas y las visitas terminaron.

Pero eso fue hasta la semana pasada, cuando, también de la forma más inesperada, Adrián se percató del negro agujero que había en el tabique de una de las ventanas. Así regresó la posibilidad de entrar, y entraron, y se encontraron con Juana de sopetón.

El hueco estaba en la parte de atrás, y hasta allí pedalearon; se detuvieron y desmontaron. Tras un disimulado estudio de los alrededores, ocultaron las bicicletas como mejor pudieron entre los hirsutos matorrales, todavía chorreando, que invadían los alrededores de la vetusta estructura.

—¿Creéis que estamos seguros? —dijo Adrián.

—No se ve a nadie —contestó Paquillo sin dejar de mirar a un lado y a otro.

El día que se toparon con Juana todos se llevaron un buen susto, Juana incluido. Después hubo unos segundos de desconcierto, que acabaron con un torrente de risas. Al fin y al cabo, aquel hombre de rostro bonachón, con su nariz de payaso, parecía más un extraño Papá Noel en ropa de andar por casa que algún aparecido.

Fue el principio. Ese personaje curioso empezó presentándose y diciendo todo eso de que se encontraba allí de paso y que estaba haciendo un viaje muy largo. Luego les preguntó lo que anodinamente hubiera preguntado cualquier persona mayor, que cómo se llamaban, si vivían allí, el colegio, las vacaciones, los amigos, esas cosas. Sin embargo, el verdadero Juana no tardó en aparecer. Fue empezar a hablarles de sí mismo y verse envueltos en un montón de historias cautivadoras; no se sabía muy bien qué tenían de cierto y de falso, pero era lo menos importante. También les hizo trucos de magia, y juegos malabares, y tocó la flauta, sobre todo tocó la flauta. Así transcurrió una de las mejores tardes de todo el verano.

Antes de que se fueran les hizo dos peticiones. La primera, que no le hablaran a nadie de él, pero eso no hacía falta decirlo, pues los amigos han de guardarse los secretos. La segunda más bien fue una advertencia; les dijo que era preferible que no volvieran por allí, que solo iba a estar unos días y no quería líos. Pensaba que si alguien les descubría en su compañía y en esa casa abandonada, seguramente se pensaría alguna “cosa rara” (tampoco había dado más detalles), que en esos pueblos no sería la primera vez que le pasaba.

A esto último sí que no le hicieron mucho caso, porque no era cuestión de prescindir de amistades tan interesantes como ésa. Ya se cuidarían de llegar hasta la casa sin ser vistos y de no contar nada. Por eso siguieron yendo. Y por eso estaban allí otra vez.

Definitivamente convencidos de que nadie podía observarles, se acercaron a la ventana con el agujero. En el muro que la tapiaba faltaban unos cuantos ladrillos, que estaban caídos en el interior. Bien visto, el hueco, que en la distancia parecía un ojo, no era demasiado grande. No se explicaban cómo Juana podía haber pasado por allí; posiblemente por sus habilidades circenses.

Adrián fue el primero en entrar. Con un pequeño impulso, se metió en él y desapareció como si fuera engullido. Le siguió Paquillo, y después Daniel, aunque con algo más de dificultad. Dentro estaba oscuro; pero cuando se esperaba un rato, pequeños hilos de claridad llegaban por todas

partes: desde la ventana por la que habían entrado, a través de algunos agujeros más pequeños en las viejas paredes, a través de otros más grandes en el tejado. En absoluto servía para convertirlo en un lugar luminoso, pero sí permitía ver lo suficiente, de lo poco que había por ver.

La ventana se abría a una cocina grandísima con una chimenea más alta que ellos mismos. Junto a ella seguían todas las posesiones de Juana: su mochila, abierta en un bostezo deformado, unos trapos y cartones tirados por el suelo, el saco de dormir extendido que era su cama. La lluvia había formado muchos charcos sobre el decrepito embaldosado, hacía casi frío y olía a humedad.

—¿Juana?, ¿Juana?, ¿estás ahí? —corearon Daniel y Paquillo.

—Chicos —contestó él. Su voz se escuchaba apagada; tenía algo de fantasmal— ¿sois vosotros?

En la cocina había dos puertas. Una conducía a una especie de recibidor, o gran salón, mayor aún que la propia cocina. Allí estaba la entrada principal (ahora un infranqueable muro de ladrillos) y el paso al resto de la casa. La otra puerta se abría a un cuarto estrecho y alargado, con estantes vacíos en las paredes y algo como un fregadero al fondo, bajo el ventanuco a un diminuto patio de luces que solo cumplía su función de mala manera. Lo sabían porque habían entrado allí unas cuantas veces en aquellas visitas años antes.

Sorteando los charcos, cruzaron la cocina en fila india. La puerta del cuarto estaba cerrada. Era muy robusta y no parecía afectada por el paso del tiempo. Tenía un grueso cerrojo bastante oxidado que, aun así, funcionaba perfectamente. Paquillo y Daniel se sentaron al lado y Adrián puso la mano sobre ella.

—¿Sigues ahí Juana? —dijo.

—¿Y dónde voy a seguir? —contestó él con hosquedad desde el interior del cuarto; su voz salía por la tosca gatera que había en la parte de abajo— ¿dónde iba a estar...?

Juana se interrumpió y los niños intercambiaron miradas. Pudieron ver que sus rostros, envueltos en sombras, compartían la misma contrariedad por el tono de aquellas palabras.

—Solo era una pregunta —se disculpó Adrián, pero ni siquiera sabía si Juana había llegado a oírle.

—Escuchad, niños —volvió a decir el hombre con más delicadeza—. Esto es absurdo, no podéis tenerme aquí encerrado, así, sin más, porque sí.

—No es porque sí —protestó Paquillo poniéndose de rodillas—. Ya te lo dijimos. Es porque somos amigos.

—Y querías irte —completó Daniel.

—Pero... si ya os lo expliqué todo. Las cosas son así, hay gente que viene y se va, no podéis obligar a nadie a que esté con vosotros contra su voluntad.

—No es contra su voluntad —dijo otra vez Paquillo—. Tú dijiste que te gustaba el pueblo, que te gustaba mucho. Que te gustaría instalarte en un sitio como éste. Y también que éramos amigos.

—Por supuesto que lo somos. Y por eso no entiendo cómo podéis tenerme aquí encerrado. ¿Eso es lo que le hacéis a los amigos? ¿Sabéis lo que es esto? ¿Sabéis cómo está este cuarto con lo que ha llovido? Todo encharcado.

Cogeré una pulmonía, me moriré aquí y será culpa vuestra. ¿Se hace esto a los amigos?

Durante unos instantes el silencio casi les abrumó; en algún lugar resonaron gotas cayendo sobre los charcos de la cocina. Los niños volvieron a mirarse. Aquella conversación no les gustaba. Ellos habían ido con la esperanza de que Juana tocara la flauta, o les contara alguna historia de las suyas.

—Contestadme —siguió el hombre—. No sabéis qué decir ¿verdad? ¿Se encierra a los amigos?

—Pero... —Adrián comenzó a hablar gesticulando nervioso—, es como si yo... como...

—Como cuando tus padres te dicen que algo es bueno para ti, aunque no te guste —continuó Paquillo.

—Sí, las judías verdes —añadió Daniel.

—Dijiste que los amigos no deben separarse —volvió a decir Paquillo.

Desde el otro lado de la puerta surgió un sonido largo y suave, como si algo se restregara contra ella.

—Sí,... bueno, no, quiero decir que sí, que lo dije, pero... no me refería a esto. Esto... esto no está bien. ¿No os he contado historias? ¿No he jugado con vosotros y he tocado la dulzaina? ¿No os dais cuenta de lo que estáis haciendo? Somos amigos, es cierto, y los amigos no deben separarse, sí, también, pero es que los amigos, en el fondo, nunca se separan, porque siempre se llevan en el corazón, se vaya donde se vaya, por muy lejos que se esté.

—Si... —dijo Daniel—. Pero... ¿por qué no tocas la flauta?

Un violento golpe en la puerta que hizo moverse el cerrojo les sobresaltó. Adrián se apartó de ella y retrocedió unos pasos como si estuviera a punto de salir algún animal furioso.

—Que me dejéis salir de una puta vez —gritó—. Que me dejéis salir de aquí.

Tras unos segundos de desconcierto, los niños formaron un corro y comenzaron a murmurar.

—Creo que sigue un poco raro —dijo Adrián; los otros no contestaron, aunque asentían levemente.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Paquillo.

—Me parece que no va a tocar la flauta ni nada. Casi podíamos irnos.

—¿Irnos? —contestaron Paquillo y Daniel casi a la vez—. Pero si acabamos de llegar, y ayer no pudimos estar con él.

—¿Pero no veis que no va a hacer nada?

—¿Puede saberse qué decís? —interrumpió Juana—. ¿Qué pasa ahí afuera? ¿Qué coño pasa?

Adrián se acercó a la puerta lentamente. Habló con la mayor dulzura posible, pero fuerte, para ser escuchado.

—Decíamos que estás algo... ¿enfadado?

—¿Enfadado? ¿Cómo enfadado? Lo que estoy es hasta los... ¿Cómo voy a estar? —Un nuevo golpe movió la puerta—. ¿Cómo? ¿Cómo voy a estar? ¡Coño! ¡Joder!

Adrián retrocedió de nuevo hasta sus amigos.

—Tienes razón —dijo Paquillo—. Lo mejor es irse. Podemos volver mañana y le traemos alguna cosa a ver si se pone contento.

Adrián asintió. Daniel solo observaba; parecía enormemente decepcionado.

—Bueno... Juana —gritó Adrián titubeante—, ya si acaso volvemos mañana ¿vale?

—¿Cómo que vale? No, no vale, no os vayáis otra vez sin sacarme de aquí. No os vayáis, no os vayáis.

Se oyeron nuevos golpes; pero los niños no respondieron. Comenzaron a caminar hacia la ventana; sin embargo, cuando apenas habían dado unos pasos, volvió a oírse la voz de Juana. Era mucho más suave.

—No os vayáis, no os vayáis, no me dejéis —decía, no, rogaba.

Los niños se detuvieron y volvieron a girarse hacia la puerta cerrada expectantes. Nadie habló inmediatamente, como si no encontraran palabras, pero al cabo de unos segundos Juana terminó por hacerlo.

—Está bien, está bien —dijo—. Tocaré la... la flauta.

Cuando parecía haberse marchado, el verano regresó. El mal tiempo se retiró sin más, aunque los augurios meteorológicos no eran optimistas; incluso ese calor repentino y excesivo resultaba bastante sospechoso.

La plaza parecía un océano candente. El sol, que caía sobre los adoquines del suelo sin un solo instante de tregua, la mantenía desierta; nadie paseando por ella, nadie en los bancos recalentados, ni siquiera bajo las sombras aisladas de los pequeños árboles que la rodeaban. Adrián y Daniel se ocultaban en la arcada de la iglesia, sentados en las escaleras e introduciéndose más en ella a medida que el sol la iba invadiendo. Mientras esperaban, se entretenían lanzándose monótonamente una pelota de tenis.

—Paquillo siempre llega tarde —protestó Adrián como si aquella vez le molestara más que nunca. Cogió la pelota, la miró y se la tiró a Daniel.

—Tiene que ayudar en el restaurante, su hermana... —dijo él mientras la recibía.

—Ya sé, ya sé.

Daniel se levantó del escalón para volver a sentarse uno más arriba, otra vez huyendo del sol que llevaba un rato calentándole los pies. Al hacerlo aplastó ligeramente la bolsa blanca que tenía a su lado. En ella llevaba los bocadillos; el suyo, de jamón y queso, y el de Adrián, cuyo contenido era un misterio.

—Jo —dijo—, qué poco verano queda. Qué pocas vacaciones quedan... qué mierda.

Pero en sus palabras había más desencanto del que realmente sentía. Que Juana, la tarde anterior, hubiera vuelto a ser él mismo hacía todo más llevadero, incluso el colegio, incluso los amigos perdidos. Seguramente no había sido más que una mala racha, a veces ocurre, como cuando ellos se enfadaban por cualquier tontería. Pero las malas rachas pasaban, como pasaba el mal tiempo, porque entre amigos no podía ser de otra forma.

Adrián abrió las manos para que Daniel volviera a lanzarle la pelota, y su amigo lo hizo, pero con un gesto algo brusco y excesiva energía. El tiro fue defectuoso y rebotó en el borde de un escalón. Adrián se estiró como si su vida dependiera de ello, pero no consiguió alcanzarla ni evitar que saliera despedida hacia la plaza. Por suerte no tuvieron que ir a por ella, pues Paquillo llegaba hasta allí con su rápido caminar y las manos en los

bolsillos. Al ver la pelota, la recogió y siguió andando y mirándola como un adivino consultaría su bola de cristal.

—Hola —dijo al llegar. Llevaba una gorra azul que le quedaba grande. Por debajo asomaban unos cuantos mechones negros humedecidos y resbalaban gotas de sudor. Las correas de una mochila le rodeaban los hombros—. Jo, qué calor.

—Sí, mucho calor —corroboró Daniel.

—Llegas un poco tarde —dijo Adrián sin mucho interés, pero al instante captó la expresión inquieta de Paquillo.

—Ya lo sé —contestó el niño nerviosamente. Miró a su alrededor, se aproximó aún más y bajó la voz aunque no hubiera nadie cerca—. Tíos, por poco nos pillan.

El comentario atrajo toda la atención de sus dos amigos. Con el dedo pulgar señaló la mochila que colgaba de su espalda y volvió a hablar.

—Ha sido cuando cogía las provisiones...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Adrián.

—En la siesta, cuando no había nadie, me he metido como otras veces en la cocina del restaurante. He cogido algunas cosas, unos filetes con guarnición, unas patatas, y eso, y cuando estaba allí ha aparecido Sonia.

—¿Y qué ha dicho? —dijo ahora Daniel.

—Pues me ha preguntado que qué hacía con toda esa comida. Yo le he dicho que era para nosotros, que íbamos a ir al campo. Es lo primero que se me ha ocurrido. Pero es que Sonia no es tonta, y creo que se me ha notado mucho que estaba mintiendo.

—Pero tampoco estabas haciendo nada malo, y tampoco estabas mintiendo del todo. La comida es para Juana, que también es un amigo, y está... bueno, casi en el campo.

—Sí, pero lo malo es que en la mochila también tenía una botella de vino escondida, y si llega a descubrirla... La cogí para ver si Juana se alegra cuando se la dé.

—Pero no la ha visto ¿no? —dijo Adrián.

—No. Pero estaba cagado, y como ella no se iba y me miraba un poco raro, he terminado contándole...

—No le habrás contado lo de Juana, dijimos...

—No, hombre. Le he dicho que era un secreto, pero que no era nada malo, que si no decía nada ya se lo contaría, como ella nos contó lo de su novio, pero que de verdad que no era para nada malo.

—¿Y qué ha hecho ella?

—Nada, se ha reído y me ha dado un capón. Pero flojito, y me ha dicho que a ver si era verdad que le contaba ese secreto tan importante. Y luego se ha ido. Qué susto me he llevado. Y menos mal que era ella; si llegan a ser mis padres...

—Bueno, pero no ha pasado nada.

—No.

—¿Y se lo vamos a contar?, ¿el secreto? —intervino Daniel algo confuso.

—No hombre, si Sonia se va en unos días a su casa. Seguro que ni se acuerda.

Los tres soltaron una buena cantidad de aire retenido. Los acontecimientos iban demasiado bien para que un tonto incidente los estropeará.

—Pues lo del vino es buena idea —dijo entonces Adrián—. Seguro que a Juana le gusta. Se va a poner más contento.

—Eso espero, con lo que me ha costado conseguirlo.

Al tiempo que daba palmas, Daniel golpeaba el suelo con el pie imitando a Juana cuando tocaba la flauta; y lo hacía con una desenvoltura admirable. Los demás le miraban casi con curiosidad. Daniel siempre había sido algo medroso y retraído, y constantemente indeciso, por cualquier tontería se ponía colorado, por eso resultaba sorprendente ver aquella actuación.

Pero tampoco era tan extraño. La música, que salía en cascada por la gatera, era la melodía más endiablada que habían oído en su vida. Ahora comprendían un poco más el cuento del flautista ése que se llevaba a los niños.

Cuando la música terminó, Daniel se tambaleó entre carcajadas. Los tres pidieron más; pero Juana era demasiado modesto para ceder a la primera.

—Toca otra —dijo Daniel, que estaba absolutamente desbocado—, una con mucha marcha.

—Bueno bueno —respondió Juana desde detrás de la puerta—. Esperad que me reponga un poco.

—Yo quiero aprender a hacer juegos malabares —dijo Paquillo—. He traído tres pelotas de tenis y todo. Me tienes que decir cómo se hace.

—Es facilísimo. Si me abris...

—Bueno, bueno, eso otro día —volvió a decir distraídamente Daniel—. Ahora a lo que importa, tienes que tocar.

Como única respuesta se escucharon unos pitiditos, inequívoco preámbulo de una nueva canción, y los niños se miraron sonrientes. Se alegraban tanto de que a Juana se le hubiera pasado por fin el enfado que solo deseaban oír su música y estar con él. Y más aún cuando, con un corto “bueno, pues allá va”, la melodía comenzó. Los tres volvieron a bailar tan alocadamente como en una orgiástica danza tribal. Tan embebidos estaban de esos terribles sonidos, que terminaron por iniciar espontáneos cánticos, tan incomprensibles como un revoltijo de quejidos.

Hasta que la música cesó de nuevo y el trío, rendido, se derrumbó sobre el duro suelo.

—Me parece que ésta sí que os ha gustado —dijo Juana divertido.

—Ha sido genial —clamó Adrián—, genial.

—Y ahora a merendar —ordenó Paquillo poniéndose en pie—. A por ellooooo —gritó, y se lanzó sobre su mochila, que había colocado junto a la de Juana. Nerviosamente la abrió y se puso a rebuscar hasta sacar los bocadillos. Primero la bolsa blanca de Daniel y Adrián; se la entregó. Después el suyo y, por último, un paquete más grande.

—Te he traído unas cosas del restaurante —dijo—, unos filetes con guarnición. Los he envuelto muy bien para que no chorreen.

—Vaya —dijo Juana—, cómo me cuidáis.

Paquillo se acercó a la puerta e introdujo el paquete a través de la gatera; tuvo que empujar, pues entraba un poco justo, hasta que Juana se hizo con él.

—Bien chicos —dijo el hombre—, os estoy agradecido de verdad, pero...

creo que tenemos que hablar seriamente. Muy pronto va a empezar el colegio —los niños le interrumpieron con sus lamentos—, sí, sí, es un rollo, pero es así. ¿Y habéis pensado que ya no vais a poder venir aquí todos los días?

—Sí, bueno... —empezó a decir Adrián.

—Entonces tendréis que abrir esta puerta ¿no?

—¿Abrir? —exclamaron los tres al unísono.

—No vais a tenerme aquí para siempre, no puedo seguir aquí, esto está...

—Qué pesado, todavía con lo mismo —gruñó Paquillo algo fastidiado—. Anda, voy a darte una sorpresita para que te pongas contento y te dejes de todo eso. Con lo bien que estamos ahora.

Volvió a correr hasta la mochila, sacó la botella de vino y regresó junto a la puerta.

—Toma —dijo mientras la introducía por la gatera—. Y a ver si se te pasan los enfados.

—Pero... escuchad niños...

—Que tomes hombre, que tomes —insistió Paquillo graciosamente—, que para eso somos amigos.

Durante unos instantes la botella permaneció inmóvil, pero Paquillo sintió al fin que Juana la agarraba y todos vieron cómo también se perdía por el agujero.

—Vaya, qué sorpresa, esto sí que no me lo esperaba —se oyó decir a Juana, y al instante su mano apareció por la gatera—. Choca esos cinco, amigo.

Paquillo agarró la mano divertido y la agitó un par de veces, pero cuando iba a soltarse no pudo.

—Bueno, pues ahora las cosas han cambiado —el tono de Juana se tornó mucho más serio—. ¿No contestáis?, pues voy a ser más claro. Yo no quería, pero vosotros me obligáis. O abris ya, o sea, ¡ya!, o veremos lo que le pasa aquí a Paquillo. Y ojito que ya no estoy con bromas.

—Creía... que... éramos amigos —dijo tímidamente Paquillo.

—¿Amigos? ¿Qué os pensabais? ¿Qué me ibais a tener aquí para siempre? ¿Estáis locos? Estoy empapado, helado, la comida que me trajisteis sabe a rayos, debe de estar podrida. ¿Sabéis cómo tengo que cagar y que mear? ¿Y aún me decís...? Esto es peor que una mazmorra.

—Nosotros... —tartamudeó Adrián— queremos que te quedes... Los amigos...

—¡Basta ya! —vociferó el hombre como un loco— ¡Estoy harto de...!

La frase se cortó súbitamente cuando, ante la sorpresa de todos, Daniel se lanzó sobre las manos unidas y mordió con todas sus fuerzas la de Juana, hasta que se abrió con un grito de dolor y desapareció por la gatera. Daniel se irguió. La tenue iluminación no disimulaba una mancha de sangre oscura en sus labios.

Automáticamente los tres se retiraron de la puerta. Paquillo estrechaba su mano contra el pecho, como si se sorprendiera de tenerla todavía consigo.

—Vá-vá-vámonos —murmuró asustado.

Sin contestar, sus dos amigos le obedecieron y caminaron hasta la ventana tras él, fue entonces cuando los gritos de Juana volvieron a

escucharse.

—¿Estáis ahí? ¿Aún estáis ahí? ¿Me oís? Chicos, perdonadme, no sé qué me ha pasado. Por favor, perdonadme, pero dejadme salir. Todo esto es por estar encerrado. ¿Me oís? Dejadme salir, por favor... ¿Me oís? ¿Me oís?

Los niños siguieron paralizados hasta que Paquillo, sin dejar de estrecharse la mano contra el pecho, regresó hasta la puerta, aunque se mantuvo a una prudencial distancia.

—Juana,... Juana —dijo.

—Dime, dime Paquillo —contestó el hombre—. Lo siento. ¿Vas a abrirme?

—Yo... te perdono. Seguimos siendo amigos.

Durante unos instantes todos esperaron alguna respuesta, pero en lugar de eso, una especie de gran chispazo se coló por todos los agujeros de la casa, y después un ruido mucho más fuerte que si toda ella se viniera abajo.

Cuando se recuperaron del susto, percibieron algo en el interior del cuarto. Juana parecía reír.

Fueron dos días como no se recordaba.

Sentados junto a la gran ventana, a Adrián, Daniel y Paquillo (que a ratos se levantaba para recolocar alguna silla o recoger papeles perdidos) no les quedaba otro remedio que aceptar resignados aquella lluvia que les mantenía recluidos.

La tormenta era impresionante. En medio de esa oscuridad casi nocturna, todo se iluminaba súbitamente con algún inesperado relámpago y, al momento, un trueno imponente que acallaba su conversación.

—Jo —musitó distraídamente Adrián mientras miraba los riachuelillos de agua sobre los cristales—, y que no deja de llover.

—No pasa nada —dijo Paquillo resignado—. Si no podemos ir hoy ya iremos mañana.

—¿Creéis que estará bien? —susurró Daniel.

—Y ¿por qué no iba a estarlo? —preguntó Adrián.

—Como llueve así...

Todos seguían pensando en Juana; pero tanto habían hablado de lo ocurrido que ya no había mucho que añadir.

—¿Os acordáis al principio qué bien? —dijo Daniel, tal y como había repetido mil veces ya en esa misma tarde.

—Sí, pero... —respondió Adrián— no hay quien entienda a los mayores.

—Que me lo digan a mí —dijo Paquillo acariciándose la mano que Juana le había estrujado.

—A lo mejor se ha cansado del pueblo —insistió Adrián.

—Si decía que le gustaba mucho.

—Sí, pero iba a irse. Como todos. Estaba empeñado en que le dejáramos salir. No hay quien entienda a los mayores, ni siquiera a Juana. ¿Por qué se ha vuelto así, a ver, por qué?

—A lo mejor, si le lleváramos algo... algo más, no sé, alguna cosa...

—¿Más vino? —preguntó Daniel.

—Yo no se lo doy —dijo Paquillo con cara de circunstancias.

—Que no, que no, que quiere irse, quiere dejarnos, como todos, como

todos —protestó Adrián irritado.

Hubo unos instantes de silencio. Primero miraron a la calle, luego al cielo. En el interior, debajo de la televisión apagada, “Los Tres Mosqueteros” discutían sobre alguna jugada dudosa, con puñetazos en la mesa y todo, pero la sangre no llegaría al río. Tras la barra, la madre de Paquillo estaba manipulando algo que ellos no podían ver. Su padre estaba dentro, en la cocina.

Otro relámpago, otro trueno.

Volvió a ser Adrián quien tomó la palabra.

—¿Vosotros queréis que se vaya?

Paquillo y Daniel dirigieron sus ojos hacia él; en sus miradas no había verdadera sorpresa, más bien pesadumbre. Todos tenían aquella pregunta en la cabeza, como si compartieran sus pensamientos, solo que era Adrián quien se había atrevido a formularla.

—No, eso no —contestaron casi al tiempo. Adrián se mostró de acuerdo. Sin duda Juana todavía tenía mucho que ofrecerles, mucho que contarles, mucha música que tocar. Eso significaba ser amigos, estar para lo bueno y para lo malo. Seguro que había alguna forma; si le daban el tiempo suficiente...

O quizá no. Tal vez las cosas fueran así y así había que aceptarlas. Tal vez debieran ir a la Casa del médico, abrir la puerta y dejarle salir, y que se marchara si tantas ganas tenía. Seguramente se olvidaría de ellos para siempre, por mucho que dijera que eran amigos. Igual que se olvidarían “el lentejas” y “Santito”, y los otros. Como Roberto, el profesor que habían tenido el año pasado, y como Santi casi tres años antes, uno de los primeros que se fue a buscar “cosas mejores” y al que no habían vuelto a ver ni siquiera en los veranos. Y como Rodolfo y alguno más de su grupo, por mucho que eso les hubiera alegrado. Igual que la hermana de Paquillo.

Alguien se acercó por la espalda y los tres se sobresaltaron. Al instante se escuchó una carcajada suave y musical.

—¿Qué están conspirando mis niños? —dijo Sonia, y colocó una bandeja con tres tazas humeantes y un plato rebosante de churros. Los tres levantaron la mirada y sonrieron.

—Contábamos cuentos de miedo —dijo automáticamente Paquillo.

—Bueno, pues ya me contaréis alguno a mí —contestó la chica.

Era una frase de cortesía, claro. Eso no iba a ocurrir porque Sonia se iba al día siguiente, casi como el verano; y qué más daba ya. Los padres de Paquillo le habían insistido en que ya no hacía falta que trabajara ese último día; pero ella dijo que para eso le habían pagado y por allí estaba, igual que siempre, pendiente de todo el local, aunque ya no tuviera demasiado que hacer.

Adrián la observó mientras se alejaba hasta el fondo del restaurante y se detenía junto a “Los Tres Mosqueteros”, que parecían bastante satisfechos en su compañía. No le extrañaba; era tan buena. El niño estuvo a punto de reír. Incluso en ese último día, Brígido había vuelto a decirle a Sonia algo sobre su novio y ella, una vez más, le había hablado del chico como si existiera de verdad. Pero no existía y, casi seguro, ya nadie más que “sus niños” llegaría a saberlo.

De repente, Adrián giró la cabeza hacia sus amigos, y tan rápido que el cuello le dolió. Daniel y Paquillo ya le miraban a él.

A veces, las ideas surgían y se extendían por sus mentes como si fueran una sola. Puesto que Sonia había confiado en ellos de esa forma, ¿no deberían contarle también su propio secreto, tal y como le habían prometido?

Aunque les costara aceptarlo, Juana sí tenía algo de razón; pronto empezaría el colegio, y allí, en esa casa tan vieja y tan grande, podía sentirse un poco solo. Ése era el problema, seguro, el verdadero problema, ¿cómo no se habían dado cuenta antes?; por eso estaba tan raro. Pero ellos podían ayudarle.

Al fin y al cabo, para eso están los amigos.

HIGHWAYMAN

David Prieto Ruiz

Nacido en Salamanca en 1977, estudió Medicina y es especialista en Análisis Clínicos, profesión que ejerce en la actualidad.

Ha sido mención honrosa en el II Premio Coyllur y ha publicado relatos en varias antologías, entre las que se encuentra Visiones 2006, Te lo Cuento, Pequeños Grandes Cuentos y Tierra de Leyendas V. Su primera novela, *Urnas de Jade: Leyendas*, fue publicada el año 2007 por la editorial Grupo AJEC. La segunda parte *Urnas de Jade: Mentiras*, ha sido editada recientemente dentro de la colección Excálibur Fantástica, también en AJEC.

—El progreso colonizador se extendió a lo largo de tres siglos, desde la invención de los motores de plasma hasta la llegada de los modernos y novedosos sistemas de plegado —la voz, metálica y sin apenas inflexiones, repetía las mismas pistas pregrabadas que había repetido durante los cien años anteriores a las sucesivas generaciones de muchachos que habían pasado por aquel aula. Mientras, la figura de mujer que hacía las funciones de profesora, señalaba con una de sus manos las imágenes que iban sucediéndose tras ella—. De los tres sistemas estelares originales, pronto se pasó a más de una veintena, a medida que la población iba creciendo y rellenando los últimos nichos ecológicos. En estos trescientos años...

Frank, entonces Frankie, apenas prestaba atención a las palabras surgidas de los sintetizadores. ¿De qué podían servirle? Todos sabían lo que había pasado después, cuando los planetas útiles dejaron de aparecer y la terraformación de muchos sufrió un retroceso brutal o se aceleró, lanzándolos a un millar de años de evolución geológica en menos de treinta, mientras aquella misma población, en la que las potencias veían un arma, se convertía de pronto en una carga. Un arma de doble filo, que habrían dicho unos siglos antes. Superpoblación y caos en un mundo perfecto. Aunque las autoridades sabían lo que había que hacer.

Después, la radiación de las armas y de las fallas geotérmicas, liberada a la superficie. La muerte azabache, la esterilidad en gran parte de la población y la locura en los supervivientes. La gran marcha... los rebeldes que se negaron a escapar y que se quedaron atrás... todos esos sinsentidos que el niño conocía desde siempre, porque iban con la época que le había tocado vivir.

No, Frank no prestaba atención. Sus ojos, del mismo gris que el metal de las naves antes de ser pintado, se mantenían fijos en las irregularidades del borde de la *profesora*, donde se notaba que la imagen tridimensional no lo era en absoluto. La guerra de la que hablaba, mostrando las cifras de muertos junto con las videocintas censuradas, era algo que estaba al otro lado de las paredes. Se había imaginado en multitud de ocasiones ir hasta allí, combatir a los malos a bordo de un caza y su regreso victorioso a casa, mientras veía las viejas videocintas o los holos.

El pequeño Frank no había sabido de un tiempo que no fuera de guerra y las únicas referencias que tenía de él eran aquellas palabras: *El progreso colonizador se extendió a lo largo de tres siglos, desde la invención de los motores de plasma hasta la llegada de los modernos y novedosos sistemas de plegado. De los tres sistemas estelares originales, pronto se pasó a más de una veintena, a medida que la población iba creciendo y rellenando los últimos nichos ecológicos. En estos trescientos años...*

Para un niño de doce años no querían decir mucho.

A su espalda, la mampara que le separaba del pasillo se abrió con un zumbido y un resoplido de los compresores que la accionaban. Desplazó la cabeza lo justo para dar la sensación de que estaba prestando atención a la lección de aquel día. Imágenes de bombardeos, de los llamados inteligentes, hacían temblar el holomonitor. Entonces le parecieron muy reales, cosa de no haberlos visto. Claro que, de verdad, nunca los había visto, aunque las cámaras de inmersión mnemónica en las que se

sumergiría unos años más tarde fueran tan realistas que en ellas se podía incluso oler el pelo y la carne quemados.

—Proyección fuera.

La imagen de la profesora se desvaneció con un chasquido, convirtiéndose en un punto luminoso que pareció caer al interior del mecanismo que había bajo ella. Frank se volvió hacia la voz que había dado aquella orden. Enfundada en un uniforme azul con líneas verdes a lo largo de sus esbeltas piernas, su madre era ya sólo un vago recuerdo. Un uniforme, el ajustado mono con protecciones que él mismo vestiría durante buena parte de su vida adulta, y un rostro serio y decidido. No tenía consciencia de haberla visto sonreír nunca. A lo largo de su vida no había tenido demasiadas oportunidades de hacerlo.

—Hola, madre.

—Buenos días, Frankie. Tenemos que hablar.

Eso sólo quería decir una cosa. A pesar de su edad, sabía muy bien qué. Iba a salir y eso suponía que podía ser la última vez que se vieran o que intercambiaran unas pocas palabras. El exterior, por atrayente que pudiera ser para una imaginación infantil, era muy peligroso.

Hablaron. No recordaba que frases había dicho ella, pero seguramente no se diferenciarían demasiado de las que había utilizado las veces anteriores. El deber, el honor, la necesidad de crear un mundo mejor para él y para sus hijos —si es que algún día llegaba a tenerlos—... las palabras de tantas ocasiones se mezclaban en aquella, mientras la seguía por los estrechos pasillos. Los rostros con los que se cruzaban, tensos y serios como los de su madre, apenas si alzaban la vista para mirarlos, como si les tuvieran miedo o sintieran pena por él. Años después, creería comprender en aquellos gestos la vergüenza que sentían por no ser ellos quienes salían al exterior a hacer un universo mejor para todos. Con el paso del tiempo, acabó por decidir que sí que sentían vergüenza, pero que no era por aquello.

La siguió, atravesando una serie de puertas que en otras circunstancias le estaban vedadas, cada vez hacia salas más amplias. Los compresores de aquellas, de gas y tan grandes como su propio brazo, resoplaban con sonidos torturados, moviendo los gruesos paneles. No eran ya de los que se limitaban a separar estancias y corredores para ofrecer una falsa sensación de intimidad a los habitantes de aquel sector, sino de los otros, de los que les protegían de los verdaderos peligros del vacío y la radiación. Pero, igual que las otras veces, tuvo que detenerse ante la última de las puertas, aquella marcada con una gran cruz roja y sin cerradura visible. Ante ella, de manera idéntica también a las otras salidas de su madre, aguardaba el capitán Scholtz. Frankie sabía las palabras exactas que iba a pronunciar justo antes de que abriera la boca.

—Área restringida, Frank —la voz del viejo Scholtz era algo que nunca podría olvidar. A medias hecha por balbuceos y a medias prestada por el sintetizador de voz que llevaba sobre el hombro izquierdo, era un sonido que sólo podía catalogarse como de pesadilla—. Si quieres, puedes ir al observatorio, pero no entrar. Eres demasiado pequeño todavía y querrás crecer, ¿no, Frank?

El capitán ni se molestó en cogerle de la mano o hacer algún comentario que sirviera para calmarle. Tras dejarle un par de segundos para despedirse definitivamente, le escoltó hasta el observatorio. Junto a las compuertas,

pudo ver cómo su madre pasaba la tarjeta de identificación que colgaba de su cuello por delante del sensor y se disponía a realizar los escaneos de retina y de voz obligatorios. No llegó a ver como entraba. Antes de que se abrieran, ya habían pasado a otra de las salas y la pesada puerta que les separaba de la otra se había cerrado a cal y canto.

Scholtz seguía caminando delante de él. Era, con toda seguridad, el hombre más viejo que había visto en su vida. Arrugado, de pelo blanco y con quemaduras en el rostro, había perdido la mitad de su mano derecha en la misma deflagración que le había arrebatado su voz natural, en uno de aquellos bombardeos que tan impresionantes resultaban en las videocintas. Era de los pocos que habían sobrevivido, aunque el precio que había pagado hacía que todos murmuraran a sus espaldas que no había merecido la pena.

—Bien, Frank —rechinó Scholtz—. Guarda aquí.

Le dejó en la habitación a la que llamaban el observatorio, un cubículo de dos por dos, con un banco del mismo material gris metálico que el suelo y las paredes, marchándose por la puerta contraria a la que habían entrado. El niño se sentó, como ya había hecho otras tantas veces, y se situó frente a uno de los tragaluces, bloqueados con planchas antirreflectantes, que había justo encima del asiento.

—Controles —susurró.

Un pequeño proyector, uno sencillo, monocromo, emitió un haz de luz desde la pared que quedaba a sus espaldas. Un teclado se materializó junto a su mano derecha y una parte del aire que había junto a la izquierda comenzó a brillar, formando un cubo de color anaranjado. Frank lo cogió entre sus pequeños dedos y éste pareció adaptarse a ellos. Sin demasiado ánimo, lo giró, sintiendo como el aire vacío de la matriz de imagen respondía ante su presión, al mismo tiempo que tecleaba con la otra mano. Uno de los paneles comenzó a moverse: donde un momento antes sólo había habido metal gris y sin adornos, surgió una claridad creciente que fue envolviéndole hasta que reguló los protectores y ésta se atenuó lo suficiente como para ver.

La pared en la que se abrían aquellas escotillas se combaba hacia ambos lados, en una curva interminable que se desplazaba rápidamente alrededor de un punto fijo que se mantenía en su centro. Grandes proyectores de luz, como cañones de luz sólida, iluminaban el exterior, haciéndolo brillar en innumerables tonos, pero aquello no era nada comparado con lo de más abajo, si es que había un abajo. Aparte de por la falsa gravedad, hacía tiempo que aquella palabra había perdido su sentido.

El planeta, la copia de la Tierra de la que la generación de los padres de sus abuelos había tenido que escapar para no verse consumida junto a ella, se mostraba en todo el horizonte como una gigantesca luna, que dejaba en ridículo el tamaño de la estación orbital. Pero era aquella una luna rota. Los pedazos de planeta, fríos en el exterior, pero calientes aún en el interior, flotaban unos junto a los otros, destrozados por las energías geotérmicas y nucleares combinadas y sólo manteniéndose cerca por las fuerzas de la gravedad. Ya no había azules ni verdes en ellos, tonos que se habían evaporado junto con la atmósfera.

Ante el cadáver del planeta, se encontraba la minúscula sombra del transbordador de su madre, escoltado por cazas y dispuesto a obtener de sus restos algo que les permitiera sobrevivir un día más.

Altas columnas se alzaban junto a las paredes del hangar. Por aquella época, Frank tendría unos veinte años y ya había dejado de crecer, por lo que no había ningún peligro en la radiación residual que los generadores de los cazas y transbordadores dejaban a su paso. Aquella era la primera vez que atravesaba las grandes puertas marcadas de rojo y lo que había encontrado al otro lado era tal y como lo había imaginado, como lo había visto en las holos y lo había experimentado en las cámaras de inmersión mnemónica. Gracias a aquellas últimas, era igual que si conociera desde hacía años hasta el último de los detalles de las máquinas que reposaban frente a él, aunque aquellos recuerdos implantados no podían compararse con lo que tenía ante sus ojos.

Pasó los dedos por encima de la carcasa de uno de los afilados cazas, notando el cálido tacto que emanaba bajo el metal. Pudo notar cómo se le erizaba el vello de los brazos. Era tal y como debía ser y eso le satisfacía. Pero sabía que él no estaba destinado a pilotar una de aquellas naves de escolta y ataque, sino una de las otras, uno de los pesados transbordadores que se encontraban más al fondo, donde el hangar entero parecía acabarse en una caída interminable.

—Es sólo una matriz de imagen —escuchó decir, a su espalda—. Detrás hay unas compuertas enormes.

Se volvió para ver quién le hablaba y se encontró con una mujer joven, de pelo rubio y unos pocos años más que él, no muchos. Hasta aquel momento, había esperado que fuera el viejo Scholtz quien se presentase para acompañarle en su primer vuelo fuera de los simuladores, pero la presencia de ella era toda una mejora. Vestía un uniforme acolchado, parecido al suyo, aunque aquel mostraba distintivos de combate y le quedaba muy ajustado. Una piloto de caza.

—Ya lo sé.

—Supongo que eres Frank. Yo soy Janis. Seré tu escolta.

Janis tenía una sonrisa preciosa y el muchacho no pudo evitar quedarse mirándola. A lo largo de su vida no había tenido la oportunidad de ver muchas como aquella. La estación, aunque habitada por varios miles de personas, era un entorno en el que las relaciones no estaban bien vistas. Se decía que, de aquel modo, se evitaba la superpoblación, el mal que había destruido la armonía y el mundo que se desgajaba bajo la mirada de sus habitantes. Aquel simple recuerdo sirvió para terminar de convencer a Frank. Además, nunca había necesitado a nadie cerca de él y, desde el último viaje de su madre, se las había arreglado bien solo. Después de la noticia de que no volvería, le habían sacado de la sección dedicada a los niños y le habían conducido a la parte de la estación asignada a los de su edad, preparándole para la labor que iba a cumplir.

De todos modos, no pudo mirarla durante demasiado tiempo. Los pilotos de los otros cazas ya salían por las escotillas laterales y se dirigían a sus aparatos. Los soldados y los mineros, los encargados de recoger cuanto fuera útil, llegaban también. Notó un sudor frío llenándole las palmas de las manos y recorriéndole la espalda por dentro del mono de contención. Cuando éste se encargó de absorber las últimas gotas, sólo le quedó el frío.

En silencio, caminó hasta el transbordador que le habían asignado y se sentó en el asiento que colgaba bajo la carlinga. Los sistemas de sujeción

le anclaron las piernas con fuerza, mientras que el casco que completaba su vestimenta descendía desde el hueco que había sobre su cabeza. Con un sonido sordo, quedó unido al resto del mono. La succión del asiento contra su espalda terminó de anclarle. Otros pilotos llegaban a sus naves, entre ellos Matt y Vroznik. Les había visto en los simuladores; no eran de los peores a los mandos de los de carga más lentos. De pronto, la sensación de estar ascendiendo y los paneles y las consolas de mando aparecieron a su alrededor. Estaba dentro de la carlinga.

Media hora después, recorría el interior del anillo por primera vez, dejando atrás la gravedad artificial mientras los eyectores hacían su trabajo. El transbordador era pesado, como buena nave de carga, pero respondía bien a sus movimientos y apenas daba bandazos mientras cambiaba el rumbo, siguiendo la ruta de trabajo que les habían marcado. A su alrededor, los cazas volaban en formación abierta, sondeando cualquier peligro que pudiera permanecer oculto y tras él se desplegaban los otros cargueros, rodeados de idéntico modo. En unos pocos centenares de millas se encontrarían en espacio de nadie y la carga que iban a recoger tenía demasiados interesados.

En un suspiro, dejaron atrás a los otros grupos y atravesaron el primer círculo de asteroides, formado en buena parte por los restos de naves de todos los tamaños y por las rocas a la deriva que habían sido proyectadas hacia los cielos con las primeras explosiones. Frank las evitó sin intentar lucirse, más preocupado por no hacer el ridículo ante Janis que por cualquier otra cosa. A su paso, los cadáveres de los viejos transbordadores les rendían homenaje. La estación dependía de gentes como ellos para mantenerse.

El aterrizaje fue suave, un juego de niños comparado con lo que había tenido que hacer en los simuladores. Los generadores, con un ronroneo, descendieron al mínimo de potencia, la justa para mantener los soportes de vida y encender los focos que iluminaban los alrededores. Desde la cabina, no podía verse demasiado, por lo que Frank encendió las pantallas de plasma que ofrecían las imágenes de las holocámaras exteriores. Nada raro a su alrededor, sólo rocas muertas. Los mineros ya se movían entre ellas, con los martillos percutores entre las manos y enfundados en trajes parecidos al suyo, aunque acorazados con varias capas de polímeros para evitar fisuras accidentales.

—Muy bien, Frank —susurró el piloto a través del comunicador—. Nos mantendremos al tanto de lo que haya por aquí. Rastrea la superficie.

El joven conectó el resto de los sensores pasivos y se dispuso a esperar. Aquella era la parte más aburrida de su trabajo y a la que más le había costado habituarse en las simulaciones. Atado al asiento, sin apenas poder mover más que los brazos y obligado a orinarse encima si se veía en la necesidad —el mono se encargaba de eliminar cualquier rastro de suciedad—, no podía sentirse más incómodo. Pero era necesario. Le habían advertido de lo peligroso que resultaba no prestar la atención debida. Los escáneres de los cazas, sus sensores pasivos e incluso la limitada I.A. de la nave podían cubrir muchos de los huecos en torno al transbordador, pero no todos. La vista humana, a través de las holocámaras y los monitores, resultaba irremplazable a la hora de descubrir los ataques terrestres.

Hizo un par de rondas, alternando las vistas de las distintas cámaras de forma aleatoria, de la manera que le habían enseñado, y después siguiendo una serie de patrones complejos. Seguía sin haber nada que se saliera de lo habitual. Estaban posados en una roca de clase cinco, ni de las más grandes, donde los rebeldes campaban a sus anchas, ni de las más pequeñas, cuya geología era demasiado inestable e incluso una nave del tamaño de la suya podía hacer que se fragmentara en pedazos o entrara en un rumbo de colisión con las de los alrededores. Las nanosondas habían rastreado allí una buena proporción de piritita y otros minerales ferruginosos, muy necesarios para mantener en condiciones las compuertas y los paneles de la estación. Alrededor de unas tres toneladas de carga, si los cálculos eran correctos.

Paseó la vista por las pantallas y se entretuvo un momento mirando a través de la escotilla principal, la única que dejaba ver el mundo como era y no a través del anaranjado monocromo de los monitores de plasma. No había restos de vegetación, como mostraban las videocintas antiguas. Aquello era lo primero que había desaparecido, cuando la madera se convirtió en un bien de lujo y hasta la más pequeña astilla en un tesoro de valor incalculable. Había oído decir que algunos científicos estaban a un paso de poder clonar algunas de las especies más sencillas; todos esperaban que así fuera. Al menos a la hora de lograr que el sabor de los batidos proteicos mejorara un poco.

La I.A. lanzó una pequeña exclamación a través de los auriculares de membrana incorporados en el casco y Frank giró la cabeza, buscando la imagen a la que se refería. La señal de las nanosondas que flotaban alrededor de la nave, interpretada por el ordenador como un ligero movimiento proveniente de la parte inferior del transbordador, el que en aquel instante se encontraba posado en la roca, era mínima. Sin dejarse llevar por la emoción o el miedo, el joven siguió con la rutina, encendiendo y apagando las cámaras, a la espera de las imágenes anaranjadas que le mostrarán aquella parte de la nave. No se detuvo durante más de un segundo, mientras iniciaba una ronda más rápida, aquella cambiando discretamente el orden de las holocámaras.

Sí, allí.

Con los dedos temblándole dentro de los guantes, levantó el protector de uno de los pocos botones que existían físicamente y no eran parte de ninguna matriz holográfica. Una concesión a cómo habían sido las cosas antes de que surgiera aquella tecnología que había salvado incontables vidas. Mecánica pura en lugar de juegos de luces y sombras. Algo muy parecido a lo que despreciaban en sus enemigos puesto al servicio de las estaciones orbitales.

—Aquí nave en tierra por la línea segura. Confirmar línea segura.

—Tres—cinco—seis—cuatro—delta —respondió la voz de Janis desde el comunicador—. Confirme código.

—Confirmada línea segura. Soy Frank. Vienen desde abajo.

—Bien visto. Calienta motores y apártate. Estaremos ahí en cuanto te eleves para un barrido. Corto.

Frank hizo lo que la piloto le decía. Sus dedos recorrieron la matriz holográfica siguiendo una serie de complicadas pautas, mientras encendía sectores de los generadores secundarios al azar y aumentaba la frecuencia de los disipadores para que sus maniobras no pudieran ser notadas desde

fuera. Cuando la potencia acumulada fue suficiente, colocó los eyectores en posición y obligó a la nave de carga a dar un rápido salto hacia atrás. Al caer, con un golpe pesado, las figuras que sólo había podido intuir a través de las holocámaras, quedaron situadas justo enfrente de la escotilla frontal.

Eran tres, vestidas con monos de contención parecidos al suyo, aunque manchados de polvo y cubiertos con unos pesados capotes que, sin duda, eran parte de los generadores de estática que les habían servido para esconderse hasta llegar tan cerca. En las manos llevaban largas abrazaderas, con lo que luego le explicarían eran unos garfios de fusión, capaces de atravesar el casco del carguero de lado a lado en un suspiro y destrozando los sistemas de propulsión antes de dar la oportunidad a sus ocupantes de reaccionar. Un arma vil de gentes viles.

Pero eso tuvieron que contárselo más tarde, porque el joven apenas tuvo tiempo de ver nada. Los cuatro cazas, como habían convenido, llegaron en aquel momento, en perfecta formación. Se imaginó el rostro de Janis en el interior de uno de ellos, con su preciosa sonrisa, mientras del fuselaje del que iba en cabeza se desprendía algo. El objeto estalló a unos pocos centímetros del suelo, con una luz blanca que se extendió en una circunferencia a su alrededor. Los filtros pudieron contener la mayor parte.

Sin embargo, no evitaron que viera lo que sucedía.

La explosión, la luz desplazándose por el vacío sin sonido alguno y los gritos mudos al otro lado de la ventana de material plástico. Años después, todavía podía verlo como si fuera la primera vez, aunque había habido otras muchas más, en situaciones como aquella o mucho peores, como cuando se vieron rodeados por rebeldes al tratar de alcanzar los restos de una mina abandonada. Cuando tuvo estómago para preguntar por aquellos chismes que utilizaban... una pierna, todavía dentro de su traje, había salido despedida contra la escotilla. Las gotas de sangre surgían de ella, hacia todos lados, en aquel ambiente de microgravedad. Esferas perfectas se alzaban para luego caer lentamente, mientras los cuerpos, segados por el impacto, se derrumbaban, sus miembros cercenados y dispersos entre las rocas, que nunca antes le habían parecido más rojas.

—El procedimiento es sencillo —le habían explicado—. Pautas de vibración determinadas para el tipo de estructura a la que se quiere afectar. Ni más ni menos.

—Pero... en el vacío.

—En el vacío son inútiles, pero donde usted estaba no era el vacío. Alrededor de los cuerpos grandes siempre queda una discreta capa atmosférica que no termina de escapar de la atracción gravitatoria. No sirve para respirar y apenas se eleva más allá de unos pocos metros, pero, para las segadoras... ¿qué le voy a contar a usted que no sepa de antemano?

No, desde luego que no podía contarle nada que no supiese ya.

Estaban en una sala anexa a uno de los muelles de carga de la estación —no en la que se había criado, sino en otra de las cercanas, algo más grande que la suya y un poco más poblada—, mientras los mineros descargaban el envío y aguardaba su partida. El hombrecillo con el que hablaba era bajo, medio calvo y con unas lentes gruesas que flotaban unos centímetros por delante de su nariz, dándole cierto aire alienígena.

Era uno de aquellos científicos de segunda que habían sido asignados para comprobar que los niveles de radiación de la nave se encontraran dentro de los límites permitidos y que eran poco más que mecánicos con algo de rango. Aquél había llamado la atención a Frank por su buena disposición a responder sus preguntas. Y a hacérselas, como comprobó al cabo de unos instantes.

—¿Vio que sucedió con los cadáveres?

—Los metieron en sacos de plástico y los cargaron en la bodega. Es el procedimiento —respondió, de manera automática.

—Pero no llegó a verlos de cerca... ¿y por qué los metieron en el transbordador? Ya estaban muertos. Sí, esa es una pregunta que debería hacerse y no cómo funcionan las segadoras.

Vroznik le llamó. Estaba junto a un par de mineros y a Janis, hablando. Todavía les quedaba un vuelo largo, por una región del espacio que, sin ser profundo, sí se encontraba lo bastante apartada del territorio de los rebeldes. Un viaje fácil, pero que debía ser preparado con antelación. Se marcharon a hacerlo y no volvió a ver al hombrecillo en su vida, aunque aquella conversación le dejó un regusto amargo. Las últimas palabras del científico se quedaron en torno a él hasta mucho tiempo después de que los sonidos hubieran desaparecido del aire y hubiera olvidado incluso el rostro del hombre que las pronunció.

Otra jornada y otra misión. Había volado pegado a los grandes asteroides del anillo exterior durante varias horas, moviéndose lentamente mientras trataba de esquivar los sondeadores de ondas de los rebeldes. Tenía que acercarse hasta una de las minas principales, sin su escolta, que se había convertido en un cebo mucho más apetitoso a algunos cientos de millas de allí. No era un vuelo para un novato y las recompensas no serían sólo unas cuantas toneladas de metal en bruto. Les habían informado de que, en aquel mismo lugar, estaban utilizando prisioneros de la estación orbital como mano de obra, exponiéndoles a intensas cantidades de radiación y enviándolos a una muerte segura.

En silencio, con los propulsores apenas emitiendo un hilillo de gas en la parte posterior, las últimas rocas fueron quedando atrás, mientras Frank continuaba con su vuelo errático, como si fuera una enorme partícula a la deriva. Los generadores, casi apagados del todo, emitían un leve zumbido que bien podía ser confundido con la radiación de fondo, pues aquel era un territorio donde los bombardeos con atómicas habían sido importantes. Los mineros y los soldados que les escoltarían en la toma de tierra se mantenían en silencio, como en aquellas videocintas antiguas de submarinos que tanto le habían gustado de niño. Era absurdo, con el vacío a su alrededor, pero nadie decía ni palabra. Las cámaras exteriores apenas daban señal, una cada medio minuto, pasando las instantáneas a las pantallas de plasma durante largos segundos, en una imagen fija y anaranjada de lo que sucedía fuera. Las comunicaciones permanecían muertas, como les habían ordenado, y nada se movía.

Hasta que lo hizo.

La batalla contra los rebeldes, escondidos entre los asteroides, como ellos, no duró más que unos pocos instantes. Los garfios, horadando en el

casco, no tardaron en desconectar los sistemas de soporte. Los quince hombres que estaban a su cargo, en la cabina posterior, fueron reducidos. A los que se resistieron, les dispararon, exponiéndoles al exterior. A Frank le golpearon y perdió el conocimiento.

Tras despertar, fue conducido a las minas y llevado de un lado a otro de aquellos trozos de planeta cada vez que las fuerzas del enemigo —pues eso eran los suyos para los rebeldes— se acercaban demasiado. A su alrededor, los que habían sido capturados junto a él morían, ya fuera en sus intentos de fuga o por accidente. Pocas veces mostraron crueldad con él, aunque las hubo. Él no mostró rencor hacia sus captores. Estaban en guerra y hacían lo que se suponía que debían hacer, pero, durante aquel tiempo, mantuvo sus grises ojos abiertos, observando a los rebeldes todo cuanto pudo. Viendo sus puntos flacos, sus puntos fuertes y aprendiendo, mientras caminaba por los estrechos pasadizos excavados en la roca, tan parecidos a los corredores de las estaciones. Trabajó también en los campos de cultivo, donde, en medios hidropónicos, los rebeldes obtenían las cosechas que necesitaban para sobrevivir. Rudimentarios, como todo lo que hacían, daban fruto cada pocos días.

Aquello no duró mucho. El día que fue liberado fue, en cierto modo, un día triste. Cuando Janis y los suyos bombardearon el refugio que había en las secciones de las minas, pudo oír los gritos de la gente al romperse las escotillas que les protegían. Sólo fue un segundo y sólo fue en su imaginación, pero fue aún más real que los recuerdos de los bombardeos, implantados en las cámaras mnemónicas. Trescientas personas murieron de inmediato y, a pesar de ser sus enemigos, sintió pena por ellos. Perdió el conocimiento con el impacto un proyectil de conmoción perdido. Cuando despertó, estaba en la estación y habían comenzado las preguntas.

Al principio amables, después irritantes, querían saberlo todo, qué había sentido, qué había visto y qué había oído. Su preocupación iba más allá de las necesidades estratégicas de las estaciones orbitales, o eso le pareció, aunque estaba demasiado cansado. Tras horas sondeándole, por fin le dejaron en su antiguo cubículo de piloto y parecieron olvidarse de él. Pero él no olvidó. Tardó dos días en abandonar el cuarto, alimentándose en él de las barritas proteicas que le habían dejado, y acudir a los muelles para reanudar sus funciones. Cuando lo hizo, sus credenciales y sus huellas retinales sólo obtuvieron una luz roja y un pitido de desaprobación.

Por más que lo intentó en los días siguientes, lanzó peticiones por los videocomunicadores y trató de entrevistarse con sus superiores, no obtuvo respuesta alguna. Sólo cuando amenazó con armar jaleo, enviaron a alguien.

Era Janis y, al mismo tiempo, no lo era. Su cabello rubio estaba cubierto de canas y ya no sonreía con aquella sonrisa magnífica de antes. Una larga cicatriz rosada le cruzaba el lado derecho del cuello, donde una esquirra perdida había estado a punto de seccionárselo y sus ojos apenas brillaban ni parecían reconocerle. En aquel tiempo había cambiado mucho, pero era ella.

—Quiero volver a pilotar.

—Imposible, Frank. Las autoridades han decidido mantenerte en cuarentena.

—¿Cuarentena? —preguntó, sorprendido—. ¿No creerán que tenga ninguna enfermedad? En el chequeo, los niveles fueron correctos.

—No se trata de eso.

—¿De qué, si no? Esto no tiene ningún sentido, Janis...

—Es probable que los rebeldes te hayan contaminado con sus ideas. No podemos permitir que pilotes hasta que no estén seguros de que no es así. Sé que es una mala noticia para ti, Frank, pero tienes que asumirlo. Esas son las órdenes...

¿Contaminado? Pasó aquella noche sin dormir, sin poder dar crédito a aquellas palabras. A pesar de su captura por los rebeldes, se había mantenido fiel a los suyos. No había rebelado ni un solo detalle sobre las defensas de las estaciones o sobre las tácticas de los transbordadores. Por el contrario, se había dedicado a memorizar todo lo que se ponía ante sus ojos, a ver los puntos débiles de las bases que se asentaban en lo que antes había sido un planeta, convertido por los fallidos terraformadores en un cadáver reseco. Frank no durmió aquella noche ni las siguientes, dándole vueltas a aquellas acusaciones sin sentido.

Entonces volvió la pregunta: *¿Y por qué los metieron en el transbordador?*

Pronto, aquella sencilla pregunta se convirtió en una obsesión. Sin poder hacer su trabajo, se sentía inútil y aquello era lo único que le quedaba. Se agarró a ella, como a un clavo ardiendo, mientras las paredes de metal y plástico parecían hacerse cada vez más estrechas a su alrededor. Y mientras lo hacía, empezó a vagabundear por los corredores, al principio sin un destino específico, de la manera que le habían enseñado a hacer para no ser detectado. Del mismo modo que manejaba las holocámaras cuando se encontraba en territorio enemigo. Lo malo era que, el que había sido su hogar hasta entonces, se había convertido en la zona fronteriza que para los demás estaba en el exterior.

En una verdadera pesadilla.

No podía creer lo que había visto.

Hasta unos segundos antes de verlo, había sido algo impensable. Después, se había convertido en inaudito. Frank no vomitó. Su estómago estaba hecho a cosas peores que aquella, pero, de todos modos, sintió náuseas y cómo se le iba la cabeza. Tanto, que el regreso a su cubículo lo hizo dando bandazos, equivocándose de camino y consultando los monitores en muchas ocasiones, algo inconcebible en un piloto capaz de orientarse en el espacio.

Frank había visto. Con sus propios ojos.

Cuando logró recuperarse, se encontraba en el interior de su cuarto, con la espalda apoyada contra una de las mamparas de metal e intentando calmar su respiración. Estaba casi seguro de que no habían podido verle, de que había vulnerado su seguridad. Casi una semana hasta conseguir atravesar la última puerta, memorizando las pautas y con la ayuda indispensable de un portátil y algo de fortuna.

Apartado de las redes, había tecleado en el aire durante días, transcribiendo los fragmentos de código y filtrándolos a un pase de seguridad de nivel inferior. Cuando lo tuvo, solicitó una nueva reunión con la soldado Janis. No fue difícil que acudiera y, cómo siempre, le transmitió la negativa de sus superiores a que regresara al servicio activo. Ya sospechaba que pasaría algo parecido.

—Necesito volver al exterior, ver el vacío. Tú lo entiendes.

—Lo entiendo, pero no puede ser. De momento, el único espacio que verás será desde uno de los observatorios. Para eso sí te ofrecen permiso. Si lo quieres.

—Si es lo único que puedes darme...

Le entregó la tarjeta junto con el consejo de que la utilizara en menos de veinticuatro horas, el tiempo que tardaría en caducar. Frank dijo que así lo haría. Algo más tarde, fue hasta el observatorio. La circunferencia perfecta se alzaba sobre el mundo roto, tan llena de secretos como él. Pero él estaba dispuesto a desvelarlos. Sin los controles de una nave bajo sus manos, siendo sospechoso por algo que todavía no había hecho, aquella no era la vida que quería vivir.

Estuvo allí cerca de una hora y, después, regresó a su cubículo utilizando la tarjeta como pase de vuelta. Pero no la que Janis le había dado, sino la otra, la que él mismo había programado. Aunque no completa, esperaba que le concediese las pautas de seguridad que no había logrado hasta entonces.

Cosa que hizo.

Y vio.

Una llamada en el videocomunicador. Frank trató de recomponerse antes de conectarlo. Todavía sudaba y le dolía el estómago, pero consiguió contestar con voz queda, tratando de no parecer tan aturdido como en realidad estaba.

—Sí.

—Soy Vroznik. Te han dado vía libre, vuelves a volar. Quieren que estés en el hangar de inmediato.

—Voy.

No terminó de creerse lo que acababa de oír. Serio, frío como un témpano, se puso el mono y fue hacia donde le habían dicho. En su mente ya se veía a los mandos del transbordador, pero junto a aquellas imágenes había otras. Las de lo que acababa de ver y las que su imaginación le proporcionaba, advirtiéndole de que podía tratarse de una trampa, de que le habían descubierto y aguardaban a que llegara para... no, ellos eran demasiado previsibles. Si quisieran detenerle, no necesitaban más que una orden y entrarían por la puerta armados y dispuestos a disparar.

Se acercó a las puertas. La piloto les esperaba frente a ellas. Le entregó un pase provisional y un holo con los códigos de voz. Fue él quien abrió las compuertas, pero entraron codo con codo, en silencio. En el hangar reposaban las naves que tanto había echado de menos. Los equipos de trabajo, uno para su propio transbordador y otro para el de Vroznik, les aguardaban.

—Las autoridades han completado tu perfil psicológico, Frank. Parece que tu visita al observatorio les ha convencido de que nada ha cambiado en ti.

—No, nada ha cambiado.

Pero sí lo había hecho. Ahora sabía cuál era la amarga verdad y no le quedaba más remedio que huir de ella.

Como en un sueño, las estrellas se deslizaban al otro lado de los paneles. Un zumbido, lejano, pero aún así nítido, llenó las paredes de metal y plástico, expandiéndose con una serie de vibraciones pulsátiles por el

interior. Por el interior, sí, porque en el exterior, el vacío congelado del espacio no dejaba que ningún sonido lo traspase. Si lo hiciera... lo que sucedía fuera debería haber tenido su propio sonido para que la visión del conjunto resultara completa. Sí, sería lo adecuado, el punto romántico en la guerra, el mano a mano entre los combatientes, en el que el futuro se decide por un brillo, por una mirada...

Sin embargo, Frank sabía que lo adecuado y la realidad, pocas veces van de la mano. Y que lo romántico en la guerra había acabado mucho antes de que él naciera, si es que existió alguna vez y no es sólo fruto de las videolecturas y los holos baratos.

Algo estalló, no demasiado apartado del transbordador, y el impacto de las esquirlas contra el fuselaje fue lo único capaz de sacarle del estado de ensoñación en el que se había sumido. Lo que un momento antes era lento, entonces era rápido y lo que antes parecía llenarlo todo, queda de repente en segundo plano.

Sin embargo, las estrellas seguían allí, inmóviles, en un telón de fondo que tuvo lugar hace muchos millones de años y que tardará en bajarse otros tantos.

Sus dedos, enguantados, se tensaron sobre los controles en un movimiento innecesario, de piloto novato que aún se encontrase en la academia. Después, sin apartar la mirada del panel delantero, del fino plástico que era lo único que le separa del vacío del otro lado, tecleó en la consola... o en el aire, donde antes había una consola. Los fotones que iluminaban la matriz de imagen reaccionaron ante su contacto. Los motores, con un ronroneo, cambiaron la posición de los eyectores. El del alerón derecho estaba atascado, como ya había supuesto. Frank pudo escuchar la vibración del servo al llegar al punto de donde no pasaba, reverberando por la carlinga de una forma que sólo un experto podría distinguir.

No importaba.

Algo más estalló fuera. No necesitó girar la cabeza para reconocer las imágenes que le llegaron a través de una de las pantallas de plasma que había adheridas bajo la mampara. Vroznik acababa de desaparecer, convertido durante un nanosegundo en una intensa llamarada que el vacío ya había apagado antes que le diera tiempo a echarle de menos. Frank sabía que está muerto. Los generadores no dejaban supervivientes. Las fisuras mataban más pronto o más tarde. Si no se había quemado con ellos, la radiación directa acabaría con él en menos de una semana.

Trató de consolarse pensando en que se había ido. Nadie se merecía caer de la otra manera.

Un bamboleo y recordó lo que estaba haciendo. No podía volar con un solo propulsor, si es que no quería pasarse la vida dando vueltas sobre sí mismo, como una peonza. Hizo que la I.A. buscara una posición alternativa para el que todavía se movía libre, para mantener una trayectoria coherente. Cuando lo logró, se permitió bajar la vista durante un segundo. Como puede que hiciera Vroznik unos instantes antes. Frank prefirió no saberlo.

Como si sirviese de algo.

Un impacto directo y, de pronto, ya no vio nada.

El despertar fue tan desagradable que casi hizo que Frank deseara estar muerto. Aunque la verdad era que el simple hecho de hacerlo le supuso una sorpresa. Eso sólo podía querer decir una cosa: que muerto habría estado mucho mejor.

Hacia mucho que había dejado de ser un niño de doce años y en aquel tiempo había comprendido que los deseos eran vanos y que lo único que primaba eran los hechos. Se encontraba en aquella situación porque se lo había buscado, porque no había sabido asumir los riesgos o porque los había infravalorado.

A su alrededor, había una cueva. Alta, de paredes que ascendían a lo largo de muchos metros para combarse formando un techo irregular. El suelo estaba lleno de agua, helada y oscura, y la única luz que le iluminaba era la de una hoguera que se alzaba en el centro de la caverna, sobre una isleta, alimentada por los restos de los maderos y astillas que los otros arrojaban a las llamas.

Los otros...

Les observó durante horas y no pudo reconocer a ninguno de ellos que no fuera Vroznik. Aquel cráneo cuadrado, aquellos andares patosos y aquella mueca de no estar entendiendo nada que siempre le había fastidiado tanto, eran inconfundibles. Iban y venían en silencio, sin hablar con nadie, alimentando la hoguera con los restos más secos, subiendo a las rocas los más húmedos para que se secasen... un trabajo ímprobo e interminable al que Frank no le vio sentido alguno. Habían sido capturados y aquella era la cárcel en la que les habían encerrado. Estaban peor que muertos.

Pero eso no fue lo que asustó al piloto. Ni siquiera el hecho de saber que iba a morir sin poder controlar cuándo o saberse vigilado a cada minuto por ojos invisibles, por aquellos elementos de avanzada nanotecnología que eran capaces de medir hasta los detalles más íntimos con una precisión que dejaba en pañales a la de los sondeadores. Ellos decían que no los tenían... pero, ¿quién sabía? No, aquello no le asustaba tanto como lo otro.

El suelo, sin las vibraciones a las que se había acostumbrado tras toda una existencia en el vacío del espacio, permanecía quieto, muerto. Aquello le hacía sentir extraño, fuera de lugar. Para Frank, el mundo siempre había estado sujeto a imperceptibles vaivenes y en aquel momento, todo movimiento había desaparecido. Se sentía mareado y cansado. El mareo de tierra firme, que decían aquellos que vivían en los planetas que todavía subsistían enteros, aquellos que se sujetaban a las pocas motas del espacio que todavía se mantenían en equilibrio.

Tardó un rato en ponerse en pie, mientras sentía como la cabeza se le iba al menor movimiento. Cuando consiguió enfocar la vista, se dio cuenta de que Vroznik estaba de camino hacia él. Sus ojos, claros y vacuos, se mantenían fijos en los suyos, mientras chapoteaba, entre los reflejos de la hoguera en el agua. Fuego vivo, no como el de los generadores o el de los focos. Frank se perdió en sus pensamientos durante un momento. Cuando volvió de ellos, el otro hombre se encontraba a su lado, medio agachado, dispuesto a saltar contra él. Tenía el mono de trabajo empapado y el cráneo le relucía con multitud de gotas de sudor.

—¿Por qué no ayudas? ¿Acaso el fuego no nos ilumina a todos?

—A algunos no nos importaría perdernos en la oscuridad. La derrota no es un camino digno.

—¿No lo es? ¿Te parece mejor la muerte?

Cuando alzó la cabeza, pudo ver que Vroznik ya había sido tocado por la parca, por la muerte azabache. La mitad izquierda de su rostro estaba formada por una quemadura oscura alrededor de la que se abrían pústulas que no dejaban de supurar. No le cupo duda alguna de que por dentro estaba todavía peor que por fuera. Lo de la piel... eso eran sólo marcas, cicatrices. Sus órganos internos, sometidos a la radiación de los generadores rotos de su transbordador, se deshacían por momentos, convertidos en masas tumorales. Aquel era un final al que no se podía escapar con la ayuda de la tecnología de sus captores o las arriesgadas operaciones quirúrgicas a las que se sometían algunos, destinadas a alargar la vida durante algunas semanas, tal vez meses. No. Cuando la muerte golpeaba, lo hacía de forma despiadada y no dejaba heridos a su paso.

—No tiene por qué parecerme o dejarme de parecer. La muerte está ahí. Tú estás muriendo y seguro que yo también. Ni siquiera soy capaz de recordar lo que sucedió... un impacto y me encontré aquí.

Era cierto, no podía recordar. Aparte de observar a los incansables trabajadores, había intentado hacerlo durante todo aquel tiempo. Sin duda un disparo lejano o alguna esquirla que atravesó el fuselaje junto a uno de los sistemas más críticos. Le resultó impensable creer que se tratara de un impacto de alguno de los torpedos, como debió de sucederle a su desagradable compañero. Supo que no le había dado tiempo a pulsar el botón de pánico, a hacer que la carlinga saltara y le alejara del centro de la explosión. Pudo ser en uno de los sistemas de soporte, razonó, sin apartar la vista de Vroznik, que le miraba igual que una bestia ansiosa de compartir con él su fatídico destino. Eso explicaría que hubiera quedado inconsciente y, por lo visto, indemne.

—¡Qué afortunado, Frank!

Era un poco más alto que Vroznik, pero éste lo compensaba con más músculo y rabia. Como siempre, como cada una de las innumerables veces que se han enfrentado, el hombre optó por una carga directa. El agua que le empapaba las piernas saltó por encima de las irregulares rocas y le bañó el rostro. Sus puños giraron para golpear.

No lo hicieron.

En lugar de eso, fallaron y la carga se convirtió en una presa. Los brazos de Frank se abrazaron a su cuello, inmovilizándole casi por completo, mientras seguía debatiéndose del mismo modo que un toro enfurecido, sacudiéndose y farfullando entre dientes. Dijo algo que habría preferido no tener que oír nunca, menos en una situación como aquella. Pero lo oyó y las palabras se le clavaron en los tímpanos, con la fuerza de un martillo pilón...

—¡Frank! —gruñó Vroznik—. ¡Nos llevaste a una trampa! Siempre has sido un...

Su cuello crujió con el siguiente movimiento, pero, aún así, le pareció escuchar la última palabra. Un siniestro epitafio.

—... traidor.

Frank volvió la vista. Había dado la vuelta alrededor de toda la cueva, manteniendo las llamas como punto central, y se encontraba muy cerca de donde había abandonado el cuerpo de Vroznik, con el cuello roto por sus propias manos. No había ninguna salida y eso empezaba a incomodarle. Apenas tropezaba ya, el mareo de tierra firme nunca duraba demasiado, y sus movimientos eran cada vez más ágiles, mientras se acostumbraba a la gravedad lineal, bien distinta de la artificial, curva y variable según las secciones de las grandes estaciones.

Sí, allí estaba el tipo, su compañero. Se alegró de ser él el que acabara con su vida en lugar de la radiación que se lo estaba comiendo. Ninguno de los otros, los que llevaban la madera hasta la hoguera, se había acercado a él. Aquellos mantenían sus propias pautas, yendo y viniendo todo el tiempo como si les fuera la vida en ello. Había visto las quemaduras de muchos. Pronto morirían... Frank quería ver que pasaba cuando aquello sucediera, cuando la millonaria carga que estaban quemando se acabase y sólo quedara oscuridad. No había visto ningún cadáver aparte del de Vroznik. Debería haberlos, pero no los había. La mente del piloto trabajaba a su ritmo lento pero concienzudo. Sus captores tenían que llevárselos en algún momento. Si había entrado, era que existía una salida, aunque no hubiera sido capaz de encontrarla.

Durante su caminar errático entre las piedras medio cubiertas de agua, había comprobado algunas otras cosas. Por ejemplo, el estado de su mono de contención. Estaba integro a falta del casco, pero le habían quitado todos los accesorios de comunicación, la linterna que llevaba adosada sobre el hombro izquierdo y el pequeño generador de bajo voltaje que alimentaba los sistemas de soporte en vacío y todas las funciones importantes. Habían sido listos, aunque el traje no fuera parte de sus propios diseños.

Pero no lo suficiente.

Frank observó con desprecio el cadáver durante un rato antes de bajar hasta el agua donde flotaba y golpearle un par de veces con todas sus fuerzas, mientras se aseguraba de que el mono que llevaba estuviera tan intacto como el suyo. Le propinó un par de patadas más, mientras murmuraba que no debería haber dicho aquello, que no debería haberle acusado de traición. Vroznik siempre había sido un bocazas, pero al menos su muerte serviría de algo. Le arrancó trozos de ropa mientras lo arrojaba de un lado para otro, como un pelele, manchándose las manos con su sangre coagulada. Cuando se cansó, lo tiró al agua. Se quedó allí, flotando, con sus miembros en posiciones extrañas y antinaturales, roto como todas las cosas rotas que Frank había tenido que ver.

Imágenes que desearía que no estuvieran ahí pasaron ante sus ojos. Hacía mucho que no las recordaba, aunque le marcaron. No, se dijo, no es el momento de hacerlo. Apretando lo que había arrebatado a su antiguo aliado, subió a una de las rocas y esperó. Si tenía razón... las nanosondas eran demasiado sensibles en ambientes cargados como aquél, lleno de gases. Tendría que haberse dado cuenta desde el principio. Si es cierto lo que había pensado, entonces tendría que esperar. A solas con sus recuerdos.

Vroznik, boca arriba en el agua, le miraba, con sus ojos vacuos y la muerte azabache comiéndosele media cara.

—Yo no soy el traidor.

Frank notó cómo el brazo derecho se le iba quedando frío poco a poco, hasta que se volvió insensible y dejó de notarlo. Al poco, comenzó a sucederle lo mismo en las piernas y, finalmente, el toque helado se extendió hasta su propio pecho y su brazo derecho.

Había pasado ya rato que las luces se apagaron, cuando los continuos viajes de los presos enloquecidos llegaron a su fin. La mayoría habían muerto ya y los pocos que quedaban agonizaban entre gemidos y convulsiones. Demasiada radiación y demasiado rápido, un efecto que ya había visto antes en persona, no en los tanques mnemónicos ni en las holos. De vez en cuando, un cuerpo caía al agua oscura y Frank sabía que ya faltaba menos. En la oscuridad todo era más fácil.

Sintió que se desmayaba, mientras el frío le invadía y dejaba de respirar. Habría rezado por que funcionase, si es que hubiera a alguien a quien rezar. El piloto hacía mucho que había dejado de creer. La Era de los Milagros, la de los planetas terraformados, hacía demasiado que había expirado y con ella las maravillas de la colonización. En lugar de oraciones, confiaba en lo que sabía, en lo que conocía. En la razón por la que las autoridades de la estación habían desconfiado de él desde su regreso. En lo que habían alentado sin saberlo, llevándole hasta donde se encontraba, convirtiéndole en un verdadero peligro para todos los que se ocultaban tras las mentiras.

Pasaron los minutos, mientras se sumergía en un mar de inconsciencia. Notó la humedad del agua, acurrucándole y cómo le rodeaba. Por un momento, tragó agua, pero luego quedó plácidamente, flotando boca arriba, igual que Vroznik. Más minutos y el estertor agónico del último de los condenados a muerte. Sonrió, con los ojos clavados en el lejano techo antes de cerrarlos y se quedó allí, rígido como el resto de los cadáveres, sin poderlo evitar. El pecho le dolía. Si tenía razón, habría un último atisbo de esperanza... si no la tenía, estaría tan muerto como ellos.

Y la verdad con él.

—*Traidor*—pensó.

Una puerta, sonido de aire a presión y de servos, se abrió en alguna parte. Al final, parecía que alguno de sus planes salía bien.

¿Cuántos inocentes pagarían por él?

No quedaba ningún inocente.

El bamboleo le despertó, aunque sus miembros todavía permanecían rígidos por la baja temperatura del freón de los depósitos que había sacado de su traje y del de Vroznik. Un sacrificio necesario para engañar a los soldados, pero que podría haberle costado la vida. Consiguió mover un dedo y tocó la superficie de plástico que le rodeaba. Como había imaginado, estaba en una bolsa. Otros cuerpos se amontonaban alrededor del suyo, aquellos rígidos de verdad.

El movimiento cesó y los pasos se alejaron de nuevo. Silencio. El calor fue regresando a sus músculos y el dolor de su pecho desapareció junto con el atontamiento. Oyó el sonido de líquido fluyendo y de compresores, apagado, algo lejano. Los tanques hidropónicos que alimentaban las plantas de las que se nutrían los rebeldes. Habría reconocido aquel sonido en cualquier parte. Se contorsionó como pudo, rompiendo el saco y liberándose.

Allí no había nadie. Otra cámara, excavada en la roca, aunque aquella mucho más pequeña, del tamaño de un cubículo medio de los de las estaciones. A su lado había más bolsas, todas llenas, amontonadas sobre una especie de camilla baja y muy ancha, con pistones neumáticos. Vistos así, los cuerpos apenas parecían humanos. El plástico los convertía en objetos... ¿qué darían los rebeldes por saber la verdad de lo que sucede sobre sus cabezas? ¿Le permitirían convertirse en uno de ellos? ¿Regresar a las cavernas? Frank se preguntó si eso es lo que en realidad quería. Por primera vez desde que comenzó su odisea, el piloto dudó. Unirse a ellos le privaría de volar. Él deseaba volar. ¿O no era él el que sentía aquel anhelo?

Y, mientras dudaba, una puerta se abrió. No había tiempo.

La tarjeta abrió la compuerta que conducía desde el observatorio a una de las grandes salas laterales, a través de las cuales se llevaba la carga en cada uno de los viajes. Potentes manipuladores mecánicos seleccionaban los minerales, los diminutos fragmentos de materia orgánica y todo cuanto pudiera resultar de utilidad —que en el espacio lo era todo— y los dejaban caer en largas cadenas de goma, que se separaban en diferentes carriles. Unos uniformes, también de goma y con las marcas de aislamiento químico y biotóxico, se encontraban en un vestuario acristalado. Se puso uno de ellos sobre sus ropas de civil. Tenía una capucha y una máscara que dejaba su rostro completamente oculto.

Una nueva carga llegó en el momento en el que salía, procedente de un transbordador. Dos bolsas de plástico negro viajaban ya por una de aquellas cadenas sin fin. Frank se dispuso a seguir las. Atravesó varias salas más, sin encontrarse con nadie, siguiendo el proceso mecanizado. Al final, no le quedó más remedio que subirse sobre la goma y permitir que le llevara a donde fuera.

Entonces llegó a su destino, a aquel que parecía reservado para él. Había grandes tanques, llenos de un líquido verde transparente, dentro de los cuales flotaban cuerpos, como grandes peces putrefactos. Multitud de cables salían de unas grandes consolas de mandos e iban a las cabezas de los cuerpos flotantes, en grandes ramales. Algunos, de múltiples colores y llenos de destellos, se clavaban en sus extremidades... Frank conocía aquellos tanques, igual que todos en aquella estación.

Un manipulador enorme cogió una de las bolsas y la depositó sobre una camilla. Otros, más pequeños, salieron de debajo de ella y, concienzudamente, abrieron el plástico y dejaron expuesto el cadáver que había dentro. Un rebelde, vestido con uno de aquellos monos reparados mil veces y una capa polvorienta. Igual que le habían arrancado la bolsa, le arrancaron también las ropas. Pudo ver entonces que una segadora le había cercenado las piernas a la altura de los tobillos y que su pecho comenzaba a ennegrecerse. Un marcador de radiación mostraba que los niveles a los que había sido expuesto eran altos, aunque no demasiado. Pero, sin duda, estaba muerto. Los ojos parecían salirse de las órbitas y tenía una mueca de horror en el rostro.

La gran pinza de acero volvió a recoger el cuerpo y lo introdujo en un tanque algo más pequeño, aquel lleno de una sustancia viscosa. En cuanto estuvo cubierto por ella, dos inyectores surgieron de los lados y depositaron su carga en el interior con un siseo. Frank también reconoció aquellos

aparatos. Estimuladores de curación mediante nanomédicos. No podía creerse lo que estaba viendo. Se apoyó en el borde del tanque para ver mejor y estuvo a punto de caerse en su interior cuando, entero, comenzó a deslizarse sobre unos raíles que hasta entonces habían permanecido ocultos.

A toda prisa, mientras el cuerpo se alejaba para caer a una de las cámaras más grandes, se apartó de allí. Los cables, impulsados de alguna manera que no podía ni imaginar, se lanzaron desde todos los lados contra el cadáver, arrojándolo de un lado a otro como un pelele. Las largas agujas se clavaron en sus brazos y piernas, que se sacudieron con los primeros impulsos eléctricos. Después, quedó en calma, como muerto. Porque, a pesar de todo, estaba muerto.

Aunque no debía estarlo del todo. ¿Por qué si no iba a estar en una cámara de inmersión mnemónica? En los holomonitores estaba la respuesta.

De pronto, Frank la supo y fue cuando su pequeño mundo enloqueció.

Las armas de los rebeldes le apuntaron. Viejos artilugios de metal, lanzaproyectiles de explosión, y garfios de fusión. Al cabo de un instante le rodearon, en silencio. Las palabras inapropiadas y le cortarían en pedazos sin dudarle. Las adecuadas y podría sobrevivir un día más, aunque sin volar. Tal vez no mereciera la pena, pero la verdad debería vivir aunque él no lo hiciera.

—Sé cuál es el secreto de las estaciones y estoy dispuesto a compartirlo. Sé la respuesta a la gran pregunta, sé lo que hacen con vuestros muertos...

Abrieron fuego y Frank cayó.

En la caída a cámara lenta, su vista quedó fija en el rostro de uno de los rebeldes que le disparaban. Conocía aquel rostro. Había estado siempre en algún remoto de su memoria. Recordaba haberse despedido de él en un centenar de ocasiones.

Con su último aliento, comprendió que aquella no era una verdad que desearan escuchar. Siempre había habido demasiada radiación. Desde el comienzo. Nadie la había evitado.

En una cámara, el piloto que en otro tiempo se llamó Frank, reposaba en un estado que se encontraba entre la vida y la muerte. A su alrededor, cientos de cables se clavaban en sus extremidades e introducían largas agujas en sus terminaciones nerviosas y en su corteza cerebral. Los recuerdos de una vida fluían a través de ellos, introduciéndose en su ser. Pero no era su vida. Era la vida de uno de aquellos rebeldes que se mantuvieron alejados de las estaciones orbitales y permanecieron fieles a los mundos rotos.

Y con los recuerdos ajenos, los que consideraba suyos murieron.

Pronto, un soldado se alzaría.

A saber cuántas veces había sucedido ya.

Sólo eran peones en un juego sin fin.

En una guerra interminable.

¿Desde cuándo?

*I fly a starship across the Universe divide.
And when I reach the other side,
I'll find a place to rest my spirit if I can.
Perhaps I may become a highwayman again.
Or I may simply be a single drop of rain;
But I will remain.
And I'll be back again, and again and again and again and again...*

De Highwayman (Jimmy Webb)

65 INSTANTES

Rafael Avendaño Torres

No puedo imaginar mejor presentación para este relato que las palabras del físico Roger Penrose en su libro *La Nueva Mente del Emperador*:

“Cuando nos hacemos adultos y las preocupaciones del ‘mundo real’ comienzan a cargarse sobre nuestros hombros, solemos olvidar las maravillosas sensaciones de cuando éramos niños. Los niños no tienen miedo de hacer preguntas básicas que nosotros, como adultos, sentiríamos vergüenza de plantear. ¿Qué sucede a cada uno de nuestros flujos de consciencia después de morir?, ¿dónde estaba antes de que naciera?, ¿podríamos convertirnos en, o haber sido, algún otro?, ¿por qué percibimos en absoluto?, ¿por qué estamos aquí?, ¿por qué hay un universo en el que podamos estar?”

Recuerdo haber sido turbado, yo mismo, por muchos de estos enigmas cuando era niño. Quizá mi propia consciencia podría ser intercambiada repentinamente con la de algún otro. ¿Cómo sabría yo alguna vez si no pudiera haberme sucedido tal cosa antes? O quizá estoy viviendo simplemente las mismas experiencias de diez minutos una y otra vez, cada vez con exactamente las mismas percepciones. O quizá solo existe para mí el instante presente. Quizá el yo de mañana, o el de ayer, es realmente una persona muy diferente con una consciencia independiente. O quizá estoy viviendo realmente hacia atrás en el tiempo...”

Preguntas a las que yo añadiría otras que probablemente también nos hemos hecho todos en algún momento: ¿será posible algún día recrear una mente en un computador?, ¿cómo podremos estar seguros alguna vez de se trata de una verdadera inteligencia artificial, por muy humanas que parezcan sus respuestas?, ¿tiene sentido pensar en una mente aislada de un cuerpo?, ¿cuáles serían los límites de esa inteligencia?

Podemos hacernos todas esas preguntas, y podemos fantasear con algunas posibles respuestas...

Su primera novela, «*Los Eternos*», aparecerá en los próximos meses en AJEC.

Rafael Avendaño vive en Laguna de Duero, Valladolid.

Cuando era niño, Richard solo tuvo un único amigo. Se llamaba Mario y vivía en el interior del computador portátil que sus padres le regalaron en su quinto cumpleaños. Mario era un hombrecillo de rostro ovalado y ojos saltones, vestía un trajecito azul con el logotipo de Windows y siempre sonreía. Durante las dilatadas y solitarias tardes de verano que Richard pasaba encerrado en el dormitorio, su principal diversión consistía en satisfacer su inagotable curiosidad infantil. Mario era muy listo. Parecía saberlo todo sobre cualquier tema, desde historia o geografía hasta matemáticas. Su repertorio de juegos también era inagotable, aunque el favorito de Richard era el ajedrez. Al principio Mario siempre ganaba, hasta que Richard descubrió que podía pillarle desprevenido si no se limitaba a pensar únicamente en la jugada inmediata, sino que anticipaba sus consecuencias en los ocho o diez movimientos siguientes.

Sin embargo, en ocasiones Richard se irritaba porque sospechaba que Mario le ocultaba algo.

—¿Por qué mis padres pasan tanto tiempo fuera de casa? —preguntó en cierta ocasión.

Mario levantó las cejas durante unos instantes. Richard había aprendido a interpretar aquel gesto como la señal de que Mario no tenía una respuesta inmediata y necesitaba cavilar intensamente.

—¿Qué significa exactamente *fuera de casa*? —dijo al cabo de unos segundos con su vocécita metálica.

—Pues eso, fuera, por ejemplo viajando —intentó explicar.

—Probablemente ellos necesitan viajar.

—Sí, pero ¿por qué?

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Quiero saber por qué papá y mamá no están aquí conmigo.

—Porque están viajando.

—Sí, pero ¿por qué?

—¿Puedes aclarar tu pregunta?

Y así continuaban, encadenando una pregunta tras otra en círculos sin sentido, hasta que la conversación derivaba hacia un tema completamente diferente del inicial, y Mario recuperaba de nuevo su discurso de datos y significados concretos.

Un día Richard tuvo una extraña ocurrencia. Tumbado sobre la moqueta naranja del dormitorio, mascando un trozo de caramelo, observaba fijamente la pantalla del ordenador, en el suelo frente a él. Permaneció en silencio durante un rato, mientras los grandes ojos de Mario le devolvían impávidos la mirada, aguardando pacientemente.

—Mario —dijo al fin mirándole con atención—. ¿Cómo es estar ahí dentro?

No le gustó que el hombrecillo levantara las cejas.

Richard sabía que la próxima vez que abriera los ojos la locura podría haberse apoderado de su mente. No le importaba. Aunque se jugase la cordura, estaba decidido a averiguar qué estaba fallando en el interior de

la simulación. Después de todo, perder la cabeza no parecía tan importante cuando es tu vida entera la que ya está perdida. Dio la orden de activar los inhibidores neuronales que le sumieron en un profundo sueño.

Simultáneamente, despertó en otro lugar.

Tuvo la fugaz visión de un largo túnel, justo antes de que algo le empujase desde atrás, precipitándole al vacío. La vertiginosa caída duró un instante eterno, y cuando por fin se detuvo, se encontró inmerso en una pesada oscuridad que le aterró. Las tinieblas, plagadas de ausencias, se extendían hasta el infinito devorándolo todo. Tuvo la certeza de que nunca podría salir de allí.

Quiso gritar.

Silencio.

Envuelto en un acuciante sentimiento de pérdida, de nostalgia de materia, sintió como le asediaba un vacío intolerable, que tiraba de él desde todas direcciones rompiéndole en un millón de pedazos, como si quisiera diseccionar su alma para difuminarla en volutas incorpóreas.

¿Dónde estoy?

La pregunta se transformó en una duda punzante que viajó por espacios infinitos, atravesó estancias y sombras y se instaló fugaz en un punto indeterminado. Se esforzó por recordar quién era, pero los recuerdos de su pasado huyeron recorriendo distancias sin fondo, hasta perderse en los inhóspitos confines de territorios deshabitados.

Más allá, delante. Había algo. ¿Qué era? Detrás, detrás, más allá.

Estaba tan cerca, detrás de todo. Al otro lado de un horizonte sin llegada.

El futuro se llama ayer. Segundos, siglos, eternidad. Hoy y mañana junto al nunca.

Despertó.

El corazón latía con fuerza en el pecho. Cobró consciencia, como nunca antes la había tenido, de cómo la gravedad tiraba de la masa de su cuerpo, presionándolo contra la camilla sobre la que estaba tendido. Sintió con alivio las piernas entumecidas, la áspera sequedad en la garganta, el familiar dolor de espalda. Parpadeó agradecido de poder abrir los ojos deslumbrados. Unos brazos le ayudaron a incorporarse. Lentamente, a su alrededor se materializaron familiares rostros expectantes. Por fin reconoció a Dave, que le miraba, el semblante tenso.

—Richard, amigo ¿te encuentras bien?

Richard cerró de nuevo los ojos. Tenía náuseas. Un gélido susurro le recorrió la espalda hasta la nuca.

—Sí... creo que sí. —respondió por fin.

—¿Puedes recordar?

—Yo... —se dejó caer flojamente sobre la camilla—. He estado ahí dentro..., estoy seguro. Pero algo..., algo tiraba de mí, no... no podía pensar...

—Tranquilo, descansa. Habrá tiempo para analizar lo que ha sucedido.

Pero en su cabeza ya revoloteaban los turbios recuerdos una y otra vez. En esos exiguos recuerdos residía la prueba de que no estaba equivocado, se dijo abandonándose a un frío sentimiento de triunfo.

—De acuerdo, señor Allen, puede comenzar su informe.

Richard se aclaró la garganta mientras estudiaba las caras que se congregaban junto a él. Ocupaba uno de los extremos de la ovalada mesa de juntas. A su alrededor se sentaban los doce miembros del comité de evaluación de proyectos, y en el otro extremo se encontraba Makencie, el presidente de la comisión y probablemente el único que aún le apoyaba. Pero tal vez ya ni siquiera su ayuda fuese suficiente para que el maldito comité prorrogara la investigación. Empujó imperceptiblemente los hombros hacia atrás, intentando librarse de la molesta tensión en la espalda. Sabía que no podía permitirse el lujo de mostrar su desagrado. Pasar por las revisiones del comité suponía un esfuerzo cada vez mayor para su voluntad. Sentía ganas de levantarse y golpear a cada uno de aquellos acomodados burócratas que se atrevían a cuestionar la continuidad de su trabajo, a amenazar con poner fin a lo poco que todavía le daba algo de sentido a su vida. Y sin embargo, no tenía más remedio que fingir su cara más amable. Probablemente era la última oportunidad que tenía para convencerles.

—Veo rostros nuevos —dijo con voz esforzada— así que comenzaré con un resumen del trabajo que hemos venido desarrollando estos últimos años. —Miró a Makencie en busca de aprobación. El jefe de la comisión asintió con un leve gesto de su gran cabeza calva.

—Como todos ustedes saben, estoy al frente de un ambicioso proyecto que trata de reproducir una inteligencia artificial— miró de reojo a Smith, uno de los nuevos. Desde que él y los otros dos controladores financieros se incorporaron al comité, la rentabilidad económica había sido el único criterio para determinar qué proyectos seguían adelante y cuáles se paralizaban.

—Para lograr ese fin —continuó— hemos seguido la línea de investigación probablemente más evidente, pero sin duda también la más compleja: realizar una simulación informática del propio cerebro humano.

Todos asintieron. El escaneo de la totalidad de las sinapsis neuronales de un cerebro se había logrado un par de décadas atrás. Gracias a las nuevas técnicas basadas en el mapeado y modelado de la mente humana la neurociencia dio un importante salto cualitativo. Sin embargo, pese a las expectativas que se generaron, la potencia de cálculo se constituyó en un escollo aparentemente insalvable. La información de cien mil millones de neuronas interconectadas entre sí resultaba tan compleja que, en la práctica, solo era posible simular computacionalmente el comportamiento de pequeñas regiones de unos cuantos miles de ellas. Pero pronto se descubrió que el cerebro actúa como un sistema distribuido, en el que cada función se reparte entre conjuntos aislados de varios millones de neuronas, así que modelar una pequeña parte no fue suficiente para reproducir, siquiera de forma aproximada, la mayoría de las actividades que una mente humana lleva a cabo.

Otras líneas de investigación trataron de abarcar la totalidad del cerebro, desarrollando modelos simplificados mediante técnicas de compresión de la información o eliminando ciertos aspectos que no se consideraban relevantes. Pero los resultados también fueron desalentadores. No se consiguió nada remotamente parecido a una respuesta humana. El fracaso sirvió para constatar lo intrincados que se encuentran los procesos

mentales en la red neuronal, y cómo hasta el último detalle es fundamental para definir un comportamiento netamente humano.

—Mi trabajo —explicó Richard— se basó en modelar con exactitud el cien por cien del conexionado neuronal del cerebro en su conjunto, sin preocuparme de qué tipo de procesos mentales estaba codificando realmente cada segmento de programa. En cuanto a la potencia de cálculo, confiaba esperanzado en que otros solucionasen el problema.

—Ese problema —interrumpió Smith— se resolvió hace tres años, señor Allen—. Smith le miró con unos profundos ojos grises, nublados de hostilidad. Su expresión recordaba a un ave de rapiña—. Hace ya más de dos años que este Instituto adquirió, con notable esfuerzo, uno de los primeros supercomputadores.

Se trataba de un computador cuántico auto-replicado. Con el innovador sistema, formado por millones de ordenadores moleculares elementales dotados de capacidad para replicarse a si mismos, se podía obtener una capacidad computacional casi ilimitada a partir de unos cuantos centímetros cúbicos de materia y una fuente suficiente de energía.

—Es de suponer que por fin pudo probar su modelo cerebral completo, y sin embargo después de tres años sus resultados siguen siendo negativos.

Richard reprimió un gesto de rabia.

—Así es —admitió suavemente—. No fue fácil adaptar los modelos de datos de nuestros diseños al código máquina del computador. Pero ahora que hemos superado esas dificultades y por fin hemos realizado las primeras pruebas...

—Han sido un fracaso —interrumpió de nuevo Smith.

Richard respiró hondo antes de hablar. Si el hijo de perra quería hacerle perder los nervios, no lo iba a conseguir. Debía evitar que aquello se convirtiese en una discusión personal entre ellos dos. Eso era lo que sin duda estaba buscando, desgastarle frente a los demás, vaciar su discurso de contenido.

—Tengo que admitir que las primeras simulaciones no han resultado como esperábamos —explicó pacientemente—, la actividad mental que se manifestó ha sido prácticamente inexistente. Podríamos decir que, tras unos segundos, la respuesta monitorizada ha sido análoga a la de una muerte cerebral.

—¡Muerte cerebral! —espetó Smith— curioso eufemismo para expresar que su simulación no produce ningún resultado en absoluto.

Richard le miró con una sonrisa forzada.

—Hay una diferencia entre una respuesta nula y una respuesta plana... —dijo— aunque lo verdaderamente importante...

—Dígame, señor Allen —esta vez fue otra voz la que interrumpió, una voz aguda, casi femenina. Era Sanders, otro de los controladores financieros. Ojeaba despectivo el grueso dossier del proyecto repartido al inicio—. Si no he entendido mal sus notas, sus programas tratan de reproducir la mente real de un sujeto particular.

—Así es.

—¿Y de quién se trata?

Richard se llevó un dedo a la sien. Sanders levantó las cejas.

—Interesante. Así que espera usted conseguir una inteligencia artificial que imite su propia personalidad...

—No se trata de una imitación, sino de una reproducción exacta de mi propia mente, perfectamente consciente...

—¿Consciente? —la voz de Sanders subió varios tonos—. ¿Insinúa usted que cree realmente, que si su simulacro funciona —la boca se torció en una maliciosa sonrisa— será consciente de su propia existencia?

—Así es —Richard fue tajante.

Sanders parpadeó sorprendido.

—Aunque admito que no soy ningún experto en el tema, en mi opinión, cualquier simulación de una mente humana, aunque se comporte y responda exactamente como un ser humano, incluso si actuase de forma creativa y artística —sus dedos aletearon sobre la mesa, como si tocase un piano— nunca podría experimentar la sensación del yo interior. En definitiva señor Allen, no se trataría de un ser vivo.

—No estoy de acuerdo —espetó Richard—. Si el modelo reproduce exactamente un cerebro humano, la consciencia brotará. ¿Acaso no da igual que sean las neuronas o los procesadores moleculares los que generen los procesos mentales, siempre y cuando sigan las mismas pautas?

—Me temo que está discusión es estéril —advirtió Smith—. Nunca podremos distinguir una cosa de la otra porque nunca sabremos qué ocurre realmente en el interior del computador.

Richard le miró directamente a los ojos. *Te tengo*, pensó.

—Existe una forma de averiguarlo —anunció recorriendo con la mirada al resto de los reunidos—. Como algunos de ustedes conocerán, la técnica de escaneado opera en dos direcciones. Además de leer los datos de las sinapsis neuronales, también permite crear nuevas conexiones.

—¡Richard! —intervino Mackenzie alarmado— ¡eso es una locura! No puedes correr ese riesgo.

Todos conocían lo ocurrido cuando se intentaron los injertos de nuevos recuerdos en el cerebro. Se puso de manifiesto que al igual que descifrar la información leída resultaba una tarea tremendamente compleja, también lo era configurar nuevas conexiones neuronales que actuaran como recuerdos reales. Los implantes resultaron extraños, de pesadilla, y en el mejor de los casos, los sujetos de los experimentos acabaron presa de la locura, cuando no en un profundo coma. Un famoso neurólogo describió la situación en la que se encontraba la técnica del escaneado cerebral como 'poder abrir un libro en un idioma desconocido que no alcanzamos a descifrar y tener un lápiz para escribir en el libro, pero sin saber reproducir nada coherente.'

—Conocía los riesgos y los asumí —dijo Richard con firmeza—. Sepan que esta mañana hemos revertido el proceso —un murmullo de asombro recorrió la sala—. Los datos generados en la simulación fueron traducidos y escritos secuencialmente de vuelta a mi cerebro. Y, según parece —sonrió ligeramente— sigo cuerdo.

—Dios santo Richard, espero que no suceda una desgracia— murmuró Mackenzie, la frente surcada por arrugas de honda preocupación.

—¿Y qué nos puede decir después de la experiencia? —preguntó Smith con voz indolente.

Richard trató de aparentar confianza en sí mismo.

—Aún es pronto para sacar conclusiones, lo admito, pero sí les puedo decir que recuerdo perfectamente haber estado consciente en el interior

del computador. Algo me impidió mantener bajo control el hilo de mis pensamientos, pero les aseguro que pronto resolveré ese problema.

—¡Pronto! —exclamó Smith—. Señor Allen debe usted concretar los plazos. El computador cuántico ha significado una inversión extraordinaria para nosotros. Solo podemos hacer frente a la carga financiera que supone utilizando su potencia inigualable a pleno rendimiento, en proyectos que produzcan una rentabilidad a corto plazo. Cada precioso segundo que usted pierde con él, nos cuesta una fortuna.

Richard sabía a qué se refería. El mercado de los fármacos genéticos a la carta, fabricados al instante, crecía sin parar desde que aparecieron los primeros supercomputadores.

—Señores —prosiguió con voz fatigada—. ¿Acaso dudan de que mi proyecto no les reportaría beneficios si tiene éxito?

—Las aplicaciones de su inteligencia artificial aún están por determinar —replicó Smith.

Llegó el momento de sacar el as de la manga. Si se mantenía lo suficientemente sereno quizás nadie notara que se trataba de un farol.

—Déjenme explicarles algo. Cualquiera que se haya enfrentado a la programación de un algoritmo básico sabe que los ordenadores no solucionan los problemas por sí solos. Los ordenadores no resuelven ecuaciones. Implementan métodos de aproximación que alcanzan una solución tan exacta como se quiera en microsegundos. El computador solo ahorra tiempo, pero no llega a ninguna conclusión que una persona no pueda obtener con un lápiz y papel, aunque necesite un millón de años. Los ordenadores facilitan el avance de la ciencia solo en el sentido en que hacen posible explorar miles de alternativas de forma mucho más rápida. En cambio —hizo una pausa para que sus palabras calasen en la audiencia— la mente humana posee lo que ningún computador ha conseguido siquiera aproximar hasta el momento: la capacidad para resolver problemas por caminos totalmente inextricables. Lo hemos llamado intuición.

—Piensen por un instante —prosiguió— qué ocurriría si se conjuga esa misteriosa habilidad del cerebro humano con una potencia de cálculo prácticamente ilimitada. Imaginen el infinito campo de aplicación que se abriría. Con un cerebro así a nuestra disposición podríamos desentrañar muchos de los misterios que aún desafían al hombre. Desde cuestiones puramente teóricas hastaremedios de enfermedades o avances tecnológicos.

»Y por supuesto —concluyó— todos esos nuevos descubrimientos les reportarían a ustedes unos jugosos ingresos.

Smith le miró con el ceño fruncido y gesto inexpresivo.

—¿Cree usted que eso es realmente posible? —preguntó finalmente.

—No le puedo asegurar nada —admitió—. Pese a toda la complejidad del entramado que constituye el modelo cerebral, apenas consume un quince por ciento de la capacidad del computador. Mi hipótesis es que, una vez liberada de las limitaciones orgánicas, la mente artificial podrá hacer uso de esa capacidad extra.

Smith pareció meditar intensamente durante unos instantes. Luego, cruzó una mirada con Mackencie y asintió levemente.

—Bien, señor Allen —dijo el presidente del comité— creo que podremos prolongar el costo de esta investigación. ¡Un mes! Si en ese periodo sus

resultados no se consolidan, suspenderemos el proyecto.

Richard se levantó sin decir una palabra y salió de la sala. Un mes sería suficiente. Tendría que serlo.

Cuando llegó a casa, bien entrada la noche, la tensión de su cuerpo había dado paso al agotamiento.

Se dejó caer en el gran sofá que presidía el salón y encendió un cigarrillo. El humo siempre tenía el efecto casi místico de alejar sus miedos. Con el cigarro entre los labios, se quitó los zapatos que lanzó al otro extremo de la habitación. Se levantó con esfuerzo para dirigirse hasta el mueble bar, donde tomó un vaso y la botella de whisky, y regresó con ambos al sillón. Su mirada recayó sobre la fotografía de la pequeña mesa de cristal. Una mujer joven, rubia, de finos labios curvados en un gracioso mohín y ojos brillantes, posaba junto a un hombre pálido, de pelo castaño e incipientes entradas, y una gran sonrisa que mostraba unos dientes ennegrecidos por el tabaco. Habían transcurrido ya cinco años desde que él y su esposa se tomaron la fotografía, y ahora, la mayoría de su pelo había desaparecido, sus ojos estaban hundidos tras unas pronunciadas ojeras y su cara casi nunca sonreía. Ella estaba muerta.

Caminó por la habitación como un animal enjaulado, deteniéndose brevemente cada poco para dar un pequeño trago al vaso de whisky. Estaba más cerca que nunca de lograr su sueño, y sin embargo solo sentía una profunda lástima de sí mismo. Volvió a sentir la misma soledad que en su infancia, cuando su única compañía había sido el hombrecillo que habitaba el interior del computador. En aquella ocasión, la decepción inicial que sintió al crecer y descubrir que su fiel amigo no era más que un toscos simulador de conversación, había servido para despertar en él una gran curiosidad. Diseñar una verdadera inteligencia artificial se convirtió en la obsesión que marcó una meta a su vida. Pero ahora ya no le quedaba ningún horizonte al que apuntar. Porque cuando ella murió él también murió con ella. Algo tan estúpido como el reventón de un neumático había puesto fin a sus vidas.

Apenas recordaba nada de los primeros meses después del accidente, que pasó sumido en una niebla alcohólica de dolor y autocompasión. Luego, la idea compulsiva de acabar su trabajo se apoderó de él, y se aferró a la investigación como a una tabla salvavidas. Ahora, después de tres años de febril actividad, casi había llegado al final.

Se esforzó en evocar una vez más cada exiguo detalle. Por un instante había sido consciente de sí mismo, no tenía ninguna duda. Aunque desposeído de recuerdos, sin pasado ni futuro, esa vocecita interior que siempre le acompañaba estuvo presente. Y sin embargo, desapareció tan rápido. Fue como caer dormido en el interior de un sueño. *Tal vez así es la muerte*, pensó sombrío.

Apuró el vaso de un trago. La cabeza le ardía. Fue hasta el cuarto de baño donde tomó un pequeño frasco de tranquilizantes del estante. Permaneció inmóvil, observando las diminutas cápsulas rosáceas vertidas sobre la palma de la mano. Las blancas paredes enlosadas parecían girar imperceptiblemente a su alrededor. Un par de cápsulas y podría engañar a su cabeza para dormir, como si todo estuviese bien, como si no hubiese ningún motivo para no querer despertar jamás.

—¡Eso es! —gritó de repente.

Arrojó las pastillas al suelo y corrió hasta el teléfono. Marcó el número de Dave.

—¡Ya sé lo que ocurre!

—Richard, ¿eres tú?

—¡Lo he comprendido! Se detenía. ¿Entiendes? Simplemente se detenía.

—Richard, son... las tres de la mañana, ¿qué rayos pasa?

—Sé cómo resolver el problema. Escucha. Enciendes tu ordenador, se carga tu sistema operativo Linux, y ¿qué sucede?

—Maldita sea, no son horas para acertijos —gruñó.

—Contesta Dave, ¿qué sucede?

La línea quedó en silencio durante unos segundos.

—Nada —se escuchó finalmente—. Creo que empiezo a entender...

—Es evidente —Richard caminaba frenético por el salón—. ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? Sin un cuerpo al que atender, los procesos mentales no tienen sentido en sí mismos, se atenúan. ¡Bioquímica! ¡Son los impulsos nerviosos los que hacen brotar los nuevos pensamientos! Por sí sola la mente no genera nuevas ideas.

—Humm... es posible, ¿qué sugieres entonces?

—Le daremos un estímulo artificial. Un foco de atención —la mano libre tomó la botella y vertió un largo chorro en el vaso.

—Vamos a programar un guía, una azafata —dijo después de engullir el whisky de un trago— un programa residente autónomo. Lo lanzaremos antes de la transferencia. Cuando yo llegue ella me estará esperando, me ayudará a aglutinar mis pensamientos, ¿comprendes?

—Amigo, ya estoy trabajando en ello —exclamó Dave. Su entusiasmo podía adivinarse al otro lado de la línea telefónica.

Richard colgó y corrió hasta el ordenador. Se le ocurrieron más de cien funciones básicas que podría programar en Azafata. La noche iba a ser fructífera después de todo.

Una mujer vestida con un ceñido traje blanco de azafata de vuelo y un ajustado sombrero en la cabeza se materializó repentinamente. Sonreía mostrando una perfecta dentadura, tan nivea como su vestido.

—Bienvenido señor Allen —saludó con una voz sedosa y gutural.

Los pensamientos dispersos de Richard acudieron desde todos los rincones de la nada, reuniéndose en torno a la mujer como esquilas de hierro atraídas por un imán. Súbitamente supo quién era y qué estaba haciendo allí. Sin embargo, era incapaz de ver nada más allá de la imagen de la mujer. El mundo parecía comenzar y acabar en ella. No podía pensar en otra cosa que no fuese aquel cuerpo que se deformaba continuamente, oscilaba, giraba sobre sí mismo, se estiraba o se encogía. Tan pronto parecía alejarse hasta convertirse en un diminuto punto que concentraba toda su atención, como crecía hasta que la visión de una sola parte de su anatomía, un ojo, la boca o una pierna le desbordaba.

Haciendo un terrible esfuerzo logró articular un pensamiento en forma de pregunta.

—¿Puedes escucharme?

La mujer asintió con un gracioso gesto de cabeza que provocó que su pelo dorado ondease ligeramente

—Sí —dijo— Me alegra informarle que su modelo mental se ha compilado con éxito.

—Me estoy volviendo loco —espetó angustiado—. ¿Qué puedo hacer?

—Debe construir un marco de referencia —respondió Azafata—. Piense en un entorno que le transmita sensación de familiaridad. Eso evitará su dispersión.

Richard rebuscó con esfuerzo entre sus recuerdos, que parecían huir cuando trataba de aprehenderlos, como huyen esos pensamientos fugaces que brotan en el inicio del sueño y que acaban escapando sin que se alcance a recuperarlos por mucho que se persigan.

—N... no puedo acordarme de nada...

—Piense en su casa, por ejemplo —indicó Azafata.

¡Sí! Su hogar. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Lentamente, fragmentos de imágenes comenzaron a instalarse en sus recuerdos. Se concentró en los detalles del despacho, las paredes forradas de libros, la colección de música, el cómodo sillón de piel café donde solía sentarse a fumar mientras meditaba, la moqueta gris. El escenario se materializaba a su alrededor desde la negrura, borroso al principio, como visto a través de una lejana neblina, enfocándose lentamente hasta adquirir un aspecto nítido, sólido y luminoso. No obstante, todos los detalles gravitaban a su alrededor, desordenadas hojas de papel impreso cubiertas por cientos de líneas de código, la pata de una mesa, destellantes luces del equipo informático, letras en lomos de libros, el bordado de una cortina.

No. Era él quien flotaba como un gas, girando y oscilando sin control como un astronauta en órbita.

Se hundió despacio, hacia lo alto.

—Un cuerpo le ayudará a ubicarse espacialmente —informó Azafata observándole desde el suelo.

Sin lograr ver otra cosa que el techo, Richard buscó inútilmente su mirada. ¡Cierto! Un cuerpo era fundamental. La habitación giró ciento ochenta grados. Vio bajo él, aunque no sentía nada en absoluto, un simulacro de carne, brazos y piernas. Y pese a que no podía verla, tuvo la reconfortante ilusión de tener una cabeza que contenía sus pensamientos.

—Trate ahora de caminar —indicó amablemente Azafata dando unos ilustrativos pasos alrededor del cuarto.

Su punto de vista respecto a la habitación se desplazó mientras las piernas, obedeciendo fielmente a sus órdenes, se movían como lo hubieran hecho de tratarse de un cuerpo de carne y hueso.

—Fantástico —exclamó aliviado—. Vuelvo a ser yo mismo —habría sonreído de haber tenido una cara que pudiese sonreír.

Recorrió encantado la habitación. Se detuvo frente a una de las estanterías repletas de libros. Estiró un brazo y observó con placer como la mano se movía entre los lomos extrayendo un ejemplar al azar. En la portada leyó "Así habló Zaratustra". Abrió el libro por una página cualquiera y leyó:

"Yo soy cuerpo y sólo cuerpo; y el alma no es más que una palabra que designa algo del cuerpo"

Sonrió para sus adentros.

—Cuánta razón tenías viejo amigo... —murmuró—. Bien, creo que estoy preparado —sugirió mirando a Azafata.

Con expresión impasible, Azafata se acomodó en uno de los sillones mientras señalaba al otro con un educado ademán. Richard se sentó obediente frente a ella. El gesto era simbólico. Puesto que no experimentaba ninguna sensación física, estar de pie o sentado no suponía ninguna diferencia, aunque le otorgaba mayor naturalidad a la situación. Y cuanto más familiar le resultara el entorno, mayor control tendría sobre sí mismo.

—Comenzaremos con el test de Turing reformulado —anunciaron los labios carnosos.

Iniciaron un veloz intercambio de preguntas y respuestas. En ocasiones tenía que describir una imagen o un dibujo. Richard contestaba sin vacilar, con creciente seguridad. El interrogatorio se prolongó durante lo que pareció una hora, hasta que finalmente, su rubia acompañante le miró con una gran sonrisa y dijo:

—Hemos terminado, señor Allen. Sus datos están siendo monitoreados desde el exterior, y me complace informarle que todo indica que es usted un ser consciente.

¡Ja! Richard reprimió el impulso de levantarse y abrazar a la mujer. ¡Claro que era un ser consciente! No necesitaba ningún test para constatarlo. Pero desde fuera las cosas no se verían igual. Incluso él mismo podría tener dudas cuando despertara si por algún motivo sus vivencias no se grababan correctamente en el cerebro.

Se levantó y miró a su alrededor. La imagen de la habitación se había vuelto tan estable que parecía absolutamente real. Pese a ello, la idea de que más allá de aquellas paredes no había nada le causaba cierto vértigo. Pensó que se sentiría más cómodo en un espacio abierto. La habitación se esfumó para dar paso a una pradera de brillante hierba verde, que se extendía indefinidamente en todas direcciones bajo un cielo azul.

Tal y como había sospechado, no era necesario construir el mundo virtual mediante una tediosa programación externa. Los paisajes interiores de su mente funcionaban como verdaderos escenarios de realidad virtual. El auto-código necesario podía generarse directamente a partir de sus recuerdos y fantasías. En ese sentido, aquel mundo no tenía más limitación que la de su imaginación.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que entré? —preguntó— Tiempo real quiero decir.

—Diecisiete segundos —respondió Azafata tras una breve pausa.

Genial. La velocidad de reloj del computador era tan elevada que sus pensamientos discurrían increíblemente más rápido que en el exterior.

—Bien, ahora voy a tratar de comunicarme. Activa los interfaces de entrada y salida.

Habían preparado un par de ojos artificiales, similares a las prótesis médicas utilizadas para curar la ceguera, conectados a un compilador que traducía los impulsos eléctricos a código máquina. El código se suministraba mediante un interfaz análogo al que usaba Azafata para interactuar con Richard. También dispusieron un par de prótesis auditivas y un generador de voz. En realidad no sabían si daría resultado. La dificultad radicaba en traducir los datos en imágenes. Aunque con los años las prótesis artificiales habían alcanzado una gran similitud con el

ojo humano, los ciegos que se sometían a un trasplante no recuperaban la vista inmediatamente. Percibían imágenes desde el primer momento, pero les resultaban totalmente inteligibles hasta trascurrido un largo periodo de adaptación, en el que su cerebro debía aprender a interpretar de nuevo la información.

—Los interfaces de entrada y salida están activos —anunció Azafata al cabo de unos instantes.

Richard miró a su alrededor, atento ante cualquier cambio. Los detalles de la habitación permanecían inmutables. Descubrió que sin la adrenalina corriendo por las venas resultaba verdaderamente difícil ponerse en alerta.

—Es posible que las imágenes virtuales estén bloqueando las que llegan de los ojos —dijo en voz alta—. Nos quedamos tú y yo solos de nuevo.

Con un esfuerzo se desligó del paisaje que les rodeaba y quedaron suspendidos en el vacío, formando una isla habitada solo por dos voces. La imagen de Azafata volvía a concentrar toda su atención, como si el universo comenzara y acabase en su cuerpo. Comprendió que si quería dejar paso a las imágenes del exterior, también tendría que suprimirla a ella.

—Azafata —dijo ignorando una punzada de pánico— necesito que salgas. Pero debes estar alerta para acudir cuando te llame.

Se preparó para luchar contra la resistencia sorda de la oscuridad. Se dijo que él estaba allí y ninguna ausencia de percepciones le haría desaparecer.

—De acuerdo —dijo la muchacha dulcemente antes de esfumarse.

Su alma quedó ciega, convertida en una sombra diáfana que anhela una luz que la ampare, sutil copia de una idea que aparece o desaparece, se hace tenue o se diluye. Lo obvio se transformaba lentamente en incertidumbre. Su atención se difuminó en extrañas preguntas, entre conceptos errantes. Olvidó qué estaba buscando, como al olor de una rosa se le olvida la rosa. Tan solo sabía que buscaba.

Persiguiendo una huella de la huella. Luego también olvidó el hecho mismo de buscar.

Se sumergió despacio, suavemente, en un dulce sueño descarnado.

El tiempo borró al tiempo. Durante una eternidad.

Un peregrino jirón de pensamiento halló una fuente de luz y, como un vigía que divisa el distante faro oculto por la niebla, llamó congregando al resto de su ser. ¡Una luz! Despertó de un profundo abismo. Recreó inmediatamente un cuerpo y su presencia se reafirmó de nuevo, sólida como un cúmulo de estrellas. Le rodeaba un vaporoso y multicolor caos luminoso. Asombrado, se dejó asediar por miles de rayos de luz que llegaban aleatoriamente desde todas las direcciones. No, no aleatoriamente. En realidad cada rayo había recorrido una determinada trayectoria y contenía información precisa del objeto en el que había rebotado.

Intentó distanciarse, coger una cierta perspectiva. Paulatinamente la anarquía luminosa fue cobrando orden, hasta que, como si estuviese enfocando una lente graduada, una imagen se volvió casi nítida en todos sus detalles. Alcanzó a distinguir las parpadeantes pantallas indicadoras, las hileras de consolas de control, los mazos de cables que brotaban de centelleantes equipos de soporte vital. Un cuerpo yacía fláccidamente sobre

una camilla, la cabeza envuelta en un enjambre de cables. No lo reconoció al instante. Al principio le pareció un poco grotesco, ligeramente desproporcionado. Las piernas parecían demasiado delgadas para el voluminoso tronco y los anchos hombros. Cuando entendió que se estaba viendo a sí mismo experimentó una intensa sensación de disgusto, como si observase a un animal muerto, totalmente ajeno a él. Se obligó a mirar hacia otro punto.

Vio al personal del laboratorio, que se movía a cámara lenta. El tiempo parecía casi detenido, avanzando en lapsos imperceptibles. Recordó algo que le había dicho una vez su esposa: ‘en un momento hay sesenta y cinco instantes’. Ella leía un libro sobre meditación zen, y él se rió tomándolo a broma. ‘¿Cómo puedes saber eso?’ ‘Por los monjes de las cuevas’ respondió ella, ‘esos monjes meditan imperturbablemente durante treinta años. Sus mentes llegan a funcionar tan despacio que pueden distinguir cómo surgen los instantes y contarlos’

Ahora entendía a qué se refería.

Un rumor sordo llamó su atención. Las prótesis auditivas. Se concentró en el murmullo imperceptible que crecía lentamente. Identificó sin esfuerzo las diferentes componentes espectrales del sonido, una multitud de ondas vibrando en un mar de distintas frecuencias. No, una vez más tenía que abstraerse del detalle, subir un escalón conceptual. La información no se encontraba en cada forma de onda, sino en la envolvente. Segundos más tarde alcanzó a reconocer las voces procedentes del exterior.

Era el momento de intentar comunicarse.

—Tengo imagen y sonido. ¿Alguien puede oírme?

No tenía ni idea de si habría activado correctamente el generador de voz. Solo podía confiar en que sus procesos mentales hiciesen bien su trabajo. Repitió la pregunta varias veces. Temía que, debido a la diferencia de velocidad entre el tiempo máquina y el tiempo real, desde que formulara la pregunta hasta que llegase a respuesta transcurriese una eternidad. Tenía la vaga esperanza de que sus procesos mentales utilizaran los tiempos muertos de espera para realizar otras funciones, adecuándose al flujo de información entrante, al igual que el cerebro realiza infinidad de tareas rutinarias en distintos niveles debajo del pensamiento consciente. Sería como escribir muy lentamente mientras prestas atención a alguien que te habla muy deprisa. Ambos procesos no tienen porque interferir entre si. Si no sucedía así, la comunicación en tiempo real con el exterior sería inviable.

—¡Richard! ¡Richard! ¿Puedes oírme? Te hemos escuchado.

Era la voz de Dave. Richard pudo verlo de pie junto a sus ‘orejas’.

—Alto y claro —respondió.

—¡Dios santo! Es increíble, estás ahí realmente.

Oyó gritos de júbilo y vio como todos se miraban sonrientes, gesticulando triunfalmente. Dave le miró a los ‘ojos’:

—¿Y qué hay del video?, ¿puedes verme?

—Puedo distinguir hasta el último pelo de tu barba —bromeó— ha sido lo más difícil pero creo que ahora lo tengo controlado.

—Fantástico —exclamó Dave entusiasmado—. ¿Experimentas algún retardo?

—Realmente no —informó Richard— aunque siento que puedo hacer mil cosas distintas mientras hablamos.

—De acuerdo, tenemos todos tus datos. Creo que es suficiente por ahora.

—Azafata —llamó.

La mujer apareció junto a él, pero ahora ya no ocupaba todo el espacio. Podía percibir dos realidades distintas, el mundo exterior, captado a través de los ojos artificiales, y el virtual. Ambos aparecían superpuestos, pero no había ninguna duda sobre dónde acababa el uno y dónde empezaba el otro. Tuvo la impresión de que una nueva dimensión se abría ante él, como si un ser bidimensional levantara la vista para descubrir que sobre su mundo plano existen infinitos estratos por los que también puede desplazarse. Sin perder de vista el mundo real, podía pasear por los ricos paisajes interiores de su realidad virtual.

—Creo que hemos terminado por hoy —anunció— Azafata, por favor prepara mi desconexión.

Richard bebió un trago de whisky mientras contemplaba, con la mente en otra parte, el desorden a su alrededor. La improvisada celebración había terminado. Todos se habían marchado salvo él y Dave, que se encontraban más borrachos de lo que hubiesen deseado, sentados en el suelo, rodeados por las cajas del almacén cubiertas ahora de vasos y botellas vacíos. Dave y él se conocían desde hacía años. Su pasión común por la I.A. les convirtió en amigos después de compañeros de investigación. Dave siempre le había apoyado en los momentos duros. Era de esas personas que saben encontrar las palabras justas que aligeran las dificultades y alimentan las esperanzas.

—¿Queda para una última copa? —preguntó Richard alzando el vaso.

—Voy a mirar —Dave se levantó tambaleante. Alzó una botella ante sus ojos, observándola con el ceño fruncido.

—Hemos acabado con todo —dijo mientras vertía las últimas gotas de whisky en el vaso de su amigo.

—Teníamos motivos para celebrarlo —masculló Richard.

—Sí, la cara de Smith cuando le hablaste desde el computador ha sido lo mejor que he visto en mi vida.

Richard sonrió.

—Ahora nos dejarán en paz durante una temporada —murmuró.

Permanecieron en silencio durante unos minutos, acompañados por el zumbido de los tubos fluorescentes del techo.

—Creo que deberíamos irnos ya a dormir, o mañana lo lamentaremos. —Dave se frotó los ojos con las palmas de las manos tratando de incorporarse.

—Vosotros lo lamentaréis. Para mí la resaca desaparecerá en cuanto comience el trabajo.

—Quizás, pero los demás tenemos que estar bien despiertos, ¿no querrás que friamos tu cerebro por un error en la calibración de escritura? —intentó que sonara como una broma, pero el semblante de Richard adquirió un aspecto grave de repente.

—A veces pienso que no me importaría —dijo lacónicamente.

—¿Qué quieres decir? —Dave logró ponerse de pie, mirándole con el ceño fruncido.

—¿Por qué no? —se encogió de hombros—. No sería como morir. Siempre y cuando mantuviésemos en marcha la simulación del computador, yo seguiría vivo.

Richard cerró los ojos recostando la cabeza contra la pared.

—Mi vida aquí está perdida —balbuceó— puede que aún tenga una oportunidad ahí dentro.

—Mierda, Richard, ¿en qué diablos estás pensando?

—Podría recuperar a Marta —contestó mirándole con ojos hundidos en tristeza.

—¡Joder tío! ¡Estás borracho! —exclamó—. No hablas en serio.

—¡Maldito seal! ¿Y tú que sabes? —gritó airado—. Todos mis recuerdos parecen reales ahí dentro. ¿Por qué iba a ser distinto con ella?

—Sencillamente —replicó Dave suavemente— porque tu estás vivo y ella no.

Los ojos de Richard se llenaron de lágrimas. Sus manos se aflojaron dejando caer el vaso, que se estrelló ruidosamente contra el suelo. Sacó un cigarrillo y lo puso entre sus dientes. Con gesto tembloroso acercó un encendedor que flameó en su mano como una pequeña hoguera.

—Si —susurró en una bocanada del humo— probablemente estoy borracho.

Cerró los ojos sintiendo el familiar tacto de las ventosas de los electrodos adheridas a la piel desnuda del cráneo. El escáner cilíndrico avanzó hasta cubrir su cabeza. Estaba tranquilo ahora, y sin moverse, se dejó caer flojamente en los destellos del escáner tras los párpados. La lectura de las sinapsis neuronales duraría unos minutos, y después, los inhibidores neuronales le llevarían al otro lado.

Cada día esperaba con ansia el momento de salir de su cuerpo. En el mundo real, sobrevivía manteniéndose ocupado día y noche. Siempre había algo que hacer, revisar los registros, optimizar el código de los interfaces, chequear los instrumentos, reprogramar algunas funcionalidades de Azafata. Los calambres en la espalda se hicieron cada vez más frecuentes, y el dolor de cabeza por las horas sin dormir se convirtió en un compañero habitual. Pero cuando despertaba en el interior del computador, el agotamiento y las dolencias quedaban atrás, junto a su cuerpo, como si nunca hubiesen existido.

Azafata le esperaba de pie, enfundada en un traje blanco, mostrando unas delicadas piernas torneadas. Instintivamente recreó su cuerpo y un paisaje, una soleada pradera esmeralda rodeada de colinas cubiertas por brillantes bosques de árboles dorados.

—Estoy dentro —anunció.

—Bien. Comencemos —dijo la voz de Dave—. Tómame el tiempo que necesites. Estaremos a la espera registrando tus números.

Antes de escuchar la respuesta ya estaba concentrado en la tarea que tenía por delante. Había llegado el momento de poner a prueba los límites de su mente.

—Uno. Tres. Cinco. Siete. Once. Trece. Diecisiete. Diecinueve, veintitrés, veintinueve...

Continuó recitando los mil primeros números primos.

—Siete mil ochocientos ochenta y tres...siete mil novecientos uno, siete mil novecientos siete, siete mil novecientos diecinueve... —se detuvo.

Hasta ahí era fácil. Prácticamente conocía de memoria la mayoría de los números primos de cuatro cifras. Cuando hicieron la prueba en el exterior no había podido pasar de ese número. A partir de ahí tenía que calcularlos mentalmente. La tarea era difícil incluso para una máquina. Cuanto más alto es un número primo, mayor es el tiempo que se necesita para factorizarlo. Fijada una determinada potencia de cálculo, siempre se puede elegir un número de cifras lo bastante alto como para que el elevado tiempo de cómputo haga inviable tratar de dar con él. Sin embargo había personas capaces de generar números primos de un número de cifras asombroso sin más ayuda que su propia mente. Cómo lo lograban, ni ellos mismos lo sabían.

Richard tampoco tenía idea de qué algoritmos debía emplear para obtener el resultado. Simplemente se concentró en las características del número que estaba buscando y esperó.

Sin ser apenas consciente de lo que hacía, vocalizó el número que acudió súbitamente a su mente.

—10393 —dijo—. ¿Lo tenéis? ¿Lo habéis comprobado? —preguntó.

—Es primo —respondió Dave— ¿puedes seguir?

No tuvo que hacer ningún esfuerzo para continuar. Cuando acabó con los números de cinco cifras pasó a los de seis, y luego a siete, ocho, nueve, diez. Ni siquiera esperaba confirmación. Sabía que eran correctos. De igual forma que sabes que dos más dos son cuatro sin necesidad de comprobarlo en una calculadora.

Entendía esos números.

En ese instante, mientras continuaba recitando números cada vez mayores, tuvo una revelación. Supo que cuando conoces la naturaleza de algo, cuando comprendes cuál es la esencia misma que lo origina, entonces eso se encuentra inevitablemente bajo tu control.

—¡Richard! ¡Detente! —los gritos venían del exterior—. Has saturado el modulador de voz. No entendemos nada.

Se detuvo. Miró a Azafata.

—¿Tienes los números? —preguntó.

—Sí señor. Los he pasado al exterior.

—Bien. ¿Has registrado alguna variación en el consumo de la potencia de cómputo?

—Ha crecido en punto cero quince —informó Azafata con una voz suave carente de emociones.

—Fantástico. No es mucho, pero el problema era sencillo. Más tarde trataremos con un problema más complejo. ¡Dave! ¿Me escuchas? —gritó hacia el exterior.

No hubo ninguna respuesta.

—El modulador de voz debe ser reparado —informó Azafata—. Les llevará unos minutos tiempo real.

—Eso es una eternidad para nosotros —murmuró impaciente—. Pasaremos a la siguiente prueba. Por favor habilita la conexión de área local.

Lo siguiente que intentaría sería comunicarse con el exterior por medio de una conexión puramente de datos. Y para lograrlo, debía conectarse de

alguna forma con el protocolo de transmisión de datos que previamente habían ensamblado en el sistema de su mente. Richard sospechaba que no iba a ser fácil. Aunque la actividad de sus 'ojos' resultaba infinitamente más compleja que el mero hecho de recibir y descifrar datos encapsulados en tramas, había contado con la ventaja de que los mecanismos de interpretación de imágenes ya se encontraban presentes de forma innata en su cerebro. Pero ahora se trataba de manejar un flujo de información en absoluto familiar para sus esquemas mentales. Al menos esperaba que fuera de ayuda el haber estudiado en profundidad la estructura del protocolo de transmisión, pese a que el objetivo no era tratar con los datos directamente, sino con su significado. Al igual que los rayos de luz se habían transformado finalmente en imágenes, los bits de información debían transformarse en conocimiento.

—Azafata —dijo mientras cerraba el canal con el exterior y suprimía el paisaje virtual—. Déjame solo. La experiencia con los órganos sensoriales le había enseñado que para conectarse con un sistema ajeno tenía que suprimir cualquier percepción, interna o externa, y confiar en que alguna parte de su mente errática encontrara el foco de atención proveniente del exterior.

Azafata se esfumó.

La oscuridad solo fue el prelude de algo peor. Al principio trató instintivamente de combatir en vano la angustiada sensación de su alma descomponiéndose en miles de pedazos, que huían en todas direcciones, como si la fuerza que mantiene cohesionada cada pieza se tornase de pronto en repulsión. Luchó tratando de salir de un espacio infinito donde ardían unos fuegos fríos. Pero finalmente cesó el esfuerzo por mantener encadenados los volátiles pensamientos, y se abandonó a las trémulas tinieblas.

Súbitamente, un aluvión de datos se estrelló contra los fragmentos de su mente, agitando los últimos rescoldos de sus pensamientos, ahogándolos bajo mar de hechos, cifras, fechas, imágenes, opiniones, rostros, palabras, tesis, conceptos, ideas, hipótesis, cálculos, teorías, estadísticas, críticas, noticias, un tsunami de conocimiento que anegaba a su paso las deshabitadas estancias de su ser.

En alguna parte, un resorte de su mente logró cerrar el canal de comunicación que había abierto. Fue como despertar de una pesadilla en la que sueñas que te ahogas hasta que descubres que lo único que tienes que hacer para detener la subida del agua es cerrar el grifo.

—¡Azafata! —llamó recuperando el control de sí mismo. La muchacha apareció frente a él.

—Tenemos conexión con la Intranet de la Universidad —anunció.

Richard no necesitaba la confirmación, pero la presencia de Azafata le reconfortaba. Realmente alcanzaba a ver todas las bases de datos interconectadas a la red, como si una vez más se abriese una nueva dimensión ante sus ojos. Podía absorber toda esa información de un solo golpe, con solo dirigir la atención hacia ella, como se aprehenden de un vistazo los detalles de una fotografía.

Ahora, salir al exterior, a la omnipresente Internet, solo era cuestión de mirar un poco más allá. Se le ocurrió intentarlo en primer lugar con la Biblioteca Nacional. De forma instantánea, en alguna parte de su mente,

su deseo de acceder al catálogo de novedades se transformó en una trama encriptada que albergaba una petición de búsqueda. La trama viajó por las redes mundiales de fibra óptica, rebotando de pasarela en pasarela hasta encontrar su destino. La petición fue aceptada por el servidor de la biblioteca y los datos fluyeron de vuelta por la intrincada red hasta el computador que albergaba su mente, donde se transformaron en conocimiento. Vio unos cuantos títulos interesantes y solicitó leerlos.

No ocurrió nada.

El sistema de pago automático. Se había acostumbrado tanto a el que casi había olvidado cómo, cada vez que descargaba un libro, el sistema le descontaba una pequeña cantidad de su cuenta corriente. Se impacientó. Estaba cansado de las barreras del mundo real y no iba a permitir que también entrasen en su mundo. Decidió darles una pequeña lección. No era un experto en hackear sistemas, pero conocía algunos sitios en la red donde podría aprender lo suficiente. Leyó en pocos segundos decenas de manuales que describían con detalle ingeniosos procedimientos de ataque para romper la seguridad, y esperó unos instantes hasta que sintió que el interfaz de comunicaciones, totalmente integrado ahora en su cerebro, se reprogramaba a sí mismo.

Lo intentó de nuevo, y esta vez, de igual forma que casi inconscientemente se aparta una cortina para pasar al otro lado, se deshizo de la barrera que le impedía acceder al contenido íntegro de la biblioteca. Descargó gran parte de los títulos en su propio y casi ilimitado almacén de memoria.

‘¿Hasta dónde puedo llegar?’ se preguntó. Sentía como despertaba un voraz apetito de conocimientos, un ansia de nuevos desafíos.

Entró sin dificultad en su cuenta bancaria y añadió varios ceros al saldo. Demasiado fácil. ¿Que hay de las bases de datos del Pentágono? Leyó la información pública, pero cuando trató de ir más allá algo se interpuso. Se esforzó por apartarlo pero no pudo. De acuerdo, se dijo, no hay sistema imbatible, solo se trata de encontrar la forma de romperlo. Esta vez realizó una búsqueda exhaustiva de todos los conocimientos relacionados con programación y contraprogramación de medidas de seguridad en redes, se dio a sí mismo unos instantes para asimilarlos y lo intentó de nuevo. La oposición que había sentido se derrumbó sin estrépito en un callado cataclismo informático. Estaba dentro, o tal y como él lo sentía, toda aquella información formaba ahora parte de él.

‘Así que eso fue lo que le sucedió realmente a Kennedy. ¡Ja! Nunca lo hubiera pensado, malditos cabrones conspiradores’ Todos los trapos sucios de la Administración Norteamericana desfilaron ante sus ojos divertidos. Sin embargo, pronto se agotaron las novedades. Dio una vuelta por la mayor parte de las grandes bases de datos, pero después de aprehender todo lo que le pareció interesante comenzó a sentir cierto tedio. Diablos, ¿acaso en todo el jodido planeta no había nada capaz de mantener su interés durante más de unos segundos?

Claro que no tenía por qué limitarse a la Tierra. Recordó cómo el recientemente inaugurado PEEP —Proyecto de Exploración del Espacio Profundo— había puesto en marcha una red de satélites equipados con telescopios de alta resolución capaces de escrutar el espacio exterior como nunca hasta entonces había sido posible. Después de un breve tanteo, se

coló sin ningún problema en el Centro de control de Houston, donde se procesaban las imágenes en tiempo real.

La escena que apareció ante él le sacudió conmoviéndole profundamente. La red de satélites captaba múltiples imágenes del espacio desde distintos puntos del arco visual, para luego recomponer una única imagen tridimensional. La reconstrucción era de una riqueza en detalles que nunca podría ser apreciada por los astrónomos, incapaces de asimilar más de una cierta cantidad de información de forma simultánea, y constreñidos por las propias restricciones de profundidad de campo inherentes a la visión humana. Richard había superado esas limitaciones. Lo que él veía no dependía de las meras propiedades ópticas de la retina, ni se limitaba al espectro de radiación visible; podía combinar toda la información radioeléctrica que los instrumentos recogían y que los científicos analizaban normalmente por separado. El espectáculo del universo se desplegó ante sus ojos, en su inmensidad y profundidad casi ilimitadas. Podía percibir cada detalle con igual intensidad, como si observase un infinito mosaico cósmico en el que cada tesela reclamara atención por igual. Como un cometa errático en la vasta noche sideral, vagó atravesando destellantes cuásares y sombrías nubes de denso polvo y gas; se dejó arrastrar por los rojizos vientos galácticos entre fulgurantes supernovas y efervescentes chorros de antimateria expulsada en violentas explosiones escarlata; y se abandonó dominado por la maravillosa visión de gigantescas nebulosas y voraces agujeros negros. Millones de abrumadores cúmulos de galaxias, grumosas estructuras estelares configuraban una telaraña cósmica que se asemejaba a...

¿A qué? La misma pregunta fundamental que desde la noche de los tiempos atormenta al hombre cada vez que levanta la vista al cielo, agitó su espíritu hambriento de saber. Averiguarlo tal vez sería un desafío a su altura. Nadie volvería a dudar jamás de él si desentrañaba el mismísimo misterio del universo.

Sin vacilar un instante, saqueó las bases de datos mundiales, recopilando cualquier información relativa a la física y mecánica cuántica. No le llevó mucho tiempo revisar los datos para descubrir que había demasiadas lagunas en las teorías cosmológicas. Decidió comenzar por lo más sencillo, el modelo estándar de la física de partículas, y a partir de él, programó un modelo donde introducir los datos empíricos que recibía a través de la red de satélites. Comparando las diferencias entre el resultado de la simulación con los datos reales, comenzó a entender que es lo que fallaba en las ecuaciones. Pronto vio cuáles eran las limitaciones del modelo estándar y lo amplió al modelo estándar supersimétrico mínimo.

—¡Dave! ¡Ven a ver esto! —era Hal, se ocupaba del mantenimiento del computador cuántico. Su voz sonaba alarmada.

—¿Qué ocurre? — Dave corrió hasta él.

—Algo está sucediendo. Mira —dijo nerviosamente apuntando con un dedo al monitor—. El volumen de la transferencia de datos del enlace con el exterior se ha disparado hace unos segundos. Es como si estuviera descargando información de forma masiva.

Dave observaba los datos sin entender. La tasa de transferencia había subido hasta alcanzar varios gigas por segundo.

—¿Qué rayos está haciendo?

—No lo sé. Pero eso no es lo peor —Hal señaló hacia otra pantalla—. La cantidad de potencia utilizada por el computador ha empezado a crecer exponencialmente. Si sigue así en unos cuantos minutos la habrá agotado.

Dave le miró incrédulo. Algo estaba yendo mal.

—¡Richard! —exclamó preocupado— ¿puedes oírme? ¿Qué está pasando?

Comenzaba a comprender ciertas cosas cuando escuchó una voz que le llamaba. Era Dave. Dirigió la mirada hacia el laboratorio, y vio como su amigo se agitaba patéticamente nervioso frente a él. Junto a Dave, el resto de ridículos hombrecillos se movían a cámara lenta, como pequeñas hormigas atareadas incapaces de apreciar la grandeza de lo que les rodea.

Ignorándoles, regresó a su análisis. Estaba a punto de abordar la teoría de supercuerdas y de enfrentarse al problema de la materia oscura. En ese punto, todas las teorías cosmológicas le resultaron inútiles. Sintió como llegaba a un callejón sin salida.

Decidió abordar el problema desde un punto de vista diferente. Al fin y al cabo él no era físico, sino programador. El ordenador cuántico en el que se encontraba se basaba en la idea de que cada electrón, cada fotón o cualquier partícula elemental codifica un bit —ya que su eje o spin puede apuntar sólo en una de dos direcciones— comportándose como una puerta lógica de un ordenador. Cualquier sistema físico se podía describir también como un número finito de bits. Se preguntó qué ocurriría si aplicaba los principios de la Teoría de la Información al análisis del universo. Comenzó a cartografiar la geometría del espacio tiempo calibrando las distancias mediante transmisión y procesamiento de información. Con ese método obtuvo el número máximo de operaciones que habría podido realizar el universo desde su comienzo: 10^{123} . A partir de la densidad de energía cósmica, comprobó que ese número coincidía exactamente con el número máximo de operaciones que las leyes de la física permitían realizar, si consideraba únicamente la materia ordinaria. ¿Qué ocurría entonces desde esa perspectiva con la materia oscura, mucho más abundante? Si estuviese codificando el número máximo de bits permitido, la abrumadora mayoría de esos bits no habría tenido tiempo para cambiar de estado más de una vez en el transcurso de la historia cósmica. Así que esos bits no eran sino meros espectadores de los cálculos efectuados a velocidad mucho mayor por un número mucho menor de bits ordinarios. Eso significaba que la materia ordinaria actuaba como un computador ultrarrápido, computando en paralelo, mientras que la materia oscura se comportaría como un ordenador secuencial sobre el que se basaría el resto de materia. La materia oscura actuaba como el Sistema Operativo, suministrando al universo la materia que necesita y acelerando su expansión.

Richard observó la imagen del espacio exterior que le rodeaba y sintió como todas las piezas comenzaban a encajar. Sonrió para sus adentros. *‘Claro, por eso se expande, es evidente’*. Ajustó su modelo teórico y realizó

algunas correcciones aquí y allá sobre las constantes cosmológicas tradicionalmente aceptadas. Los errores le parecieron tan evidentes que no pudo evitar soltar una condescendiente carcajada de satisfacción. Ahora todo tenía sentido. Comprendía los fundamentos del Universo. Comprendía cómo se originó y qué mecanismos le daban forma. Pero... ¿cuál era su finalidad? Si el Universo se comportaba como una gigantesca computadora, ¿qué estaba computando?

La respuesta fue evidente para él, cuyo propio ser no era más que la consecuencia de la computación de un metro cúbico de materia. El resultado del cálculo del universo debía de ser una suerte de súper-consciencia cósmica. O dicho en términos mundanos, debía tratarse de Dios.

Entonces tuvo la certeza de que la única diferencia entre él y Dios era la cantidad de materia que estaba en juego. Había logrado trascender las limitaciones de su ridículo recipiente de carne y hueso, pero seguía estando en inferioridad. Él contaba con un metro cúbico, Dios con el resto del Universo. No parecía demasiado justo. Debía encontrar una forma de ampliar su capacidad, de controlar más materia. Entonces podría rivalizar con Él. Hablarle de igual a igual.

Todo Su poder estaría también a su alcance. Y si Dios proporcionaba la vida...

Sí, tal vez. Marta, su amada esposa...

—¡Dios mío Richard! ¡Reacciona!

Dave gritaba frenético. Había tomado la decisión de detener la transferencia, pero no lograban reactivar los procesos mentales de Richard. De su nariz brotaba un preocupante hilillo de sangre.

—Ha entrado en coma.

Era el neurólogo del equipo. Observaba un mapa del cerebro de Richard con el ceño fruncido.

—Su mente ha sufrido un colapso. Y por el aspecto del mapa neuronal, me temo que es irreversible —anunció.

Todos quedaron en silencio, mirándose consternados unos a otros, los rostros sombríos, sin acabar de entender lo que estaba sucediendo. Violentamente la puerta del laboratorio se abrió de par en par y alguien entró vociferando.

—¿Qué demonios está sucediendo aquí? —era Makencie. Tras él entraron en tropel varias decenas de soldados haciéndole bruscamente a un lado. Los soldados se abalanzaron sobre cada uno de los atónitos miembros del equipo de investigación, inmovilizándoles contra el suelo, apuntando cada cabeza con una pistola. Un hombre apareció en el umbral, vestido con un immaculado traje azabache e impenetrables gafas de sol.

—Señores —anunció observando a su alrededor con un altivo movimiento de cabeza— por orden del Presidente quedan ustedes detenidos, confiscado todo el material de este laboratorio y suspendida cualquier actividad que aquí se estuviese llevando a cabo.

—¿Y de que se nos acusa? —preguntó Dave luchando por levantar la cara fuertemente aplastada contra el suelo.

—Entre otras cosas... —el hombre de las gafas mostró una canina sonrisa— de violar la seguridad y extraer ilegalmente información de la mayoría de centros de datos del planeta, incluido —dio un paso adelante— y ese es fundamentalmente el motivo por el que yo estoy aquí, el archivo del Pentágono.

Dave dejó de forcejear con el soldado que le retenía. Las lágrimas arrasaron sus ojos. Al menos él podía sentirse afortunado de pudrirse en una cárcel el resto de sus días. Su amigo Richard había corrido peor suerte.

Epílogo

Durante un brevísimo instante algo llamó su atención, un fugaz brote de inteligencia, leve como el susurro del viento galáctico. Se trataba de una de las semillas. En el tercer planeta de la pequeña estrella, en uno de los brazos de su galaxia. Llamó a su compañero.

—¿Lo viste?

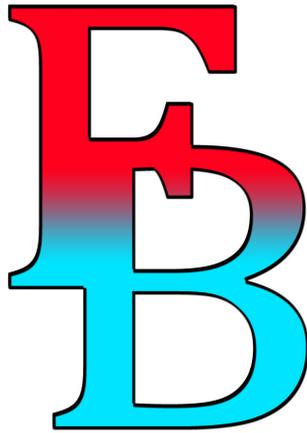
—Sí. Parece que esa semilla empieza a germinar. Voy a tener que darte la razón. Tal vez el carbono también pueda evolucionar.

—Te dije que confiaras en mí. Solo necesitaban un pequeño empujón hacia la dirección adecuada. Creo que no tendremos que esperar mucho más antes de tener compañía.

—¿Sigues pensando que lo lograrán?

—Estoy convencido. Incluso puede que sean los primeros de esta galaxia. Eso que los hace tan destructivos también les hace avanzar mucho más rápido que los demás.

La súper consciencia cósmica, que algunos de los habitantes del minúsculo planeta Tierra habrían llamado Dios, miró a su compañero y sonrió confiado.



FICCIONBOOKS.COM